



La  
**BIBLIA**  
Popular

Nahum

Habacuc

Sofonías

Hageo

Zacarías

Malaquías

Mateo

**Marcos**

Lucas

Juan

Hechos

Romanos

Harold E. Wicke

# **La Biblia Popular**

ROLAND CAP EHLKE

*Editor General*

ARMIN J. PANNING

*Editor del Nuevo Testamento*

MENTOR KUJATH

*Editor del Manuscrito*

## **Marcos**

**Harold E. Wicke**

EDITORIAL NORTHWESTERN  
Milwaukee, Wisconsin, EE.UU.

Ilustraciones internas por Glenn Myers. El mapa del viaje de Pablo fue dibujado por el Dr. John Lawrenz. El mapa de Palestina en los tiempos de Cristo fue dibujado por Harold Schmitz.

Todos los pasajes bíblicos son tomados de la Santa Biblia, versión Reina Valera Estándar 1995 [América Latina], derechos reservados.

Derechos Reservados. Ninguna parte de esta publicación puede ser reproducida o archivada, ni transmitida por ningún medio—ya sea electrónico, mecánico, fotocopia, grabado o de cualquier otra forma—sin permiso de la editorial, excepto si se trata de breves citas para revisión.

Library of Congress Control Number 00-136428  
Northwestern Publishing House  
1250 N. 113th St., Milwaukee, WI 53226 3284  
© 2000 Northwestern Publishing House  
Publicado en 2000  
Impreso en los Estados Unidos de América  
ISBN 0-8100-11291-X

# CONTENIDO

---

<i>Prefacio del Editor</i> .....	v
<i>Prefacio a la edición en español</i> .....	vi
Introducción .....	1
Bosquejo .....	8
Los atributos de Jesús (1:1-13) .....	13
La primera etapa del ministerio de Jesús en Galilea (1:14-3:6).....	21
La segunda etapa del ministerio de Jesús en Galilea (3:7-6:6).....	49
Se aproxima el fin ministerio de Jesús en Galilea y regiones circunvecinas (6:7-8:30) .....	88
Los últimos días de Jesús en Galilea (8:31-9:50).....	127
Jesús en camino a Jerusalén (10:1-52).....	148
El ministerio de Jesús en Jerusalén (11:1-14:11) .....	162
El Jueves Santo (14:12-72) .....	211
El viernes Santo (15:1-47) .....	231
La resurrección y ascensión de Jesús (16:1-20).....	246

# ILUSTRACIONES

---

La ciudad congregada.....	<i>cubierta</i>
El primer viaje misionero de Pablo.....	5
Jesús sana a un leproso .....	32
Jesús calma la tempestad .....	73
Palestina en los tiempos de Cristo .....	89
Jesús enseñando a sus discípulos .....	126
La Santa Cena .....	212
El alzamiento de la cruz.....	239
La resurrección .....	247

## PREFACIO DEL EDITOR

---

La Biblia Popular es precisamente lo que su nombre implica: una Biblia para el pueblo. Ella incluye el texto completo de la versión Reina-Valera, Revisión de 1995. (El comentario original en inglés se basó en la *New International Version*). Los comentarios que siguen a las secciones de las Escrituras contienen el trasfondo histórico y explicaciones del texto, así como también aplicaciones personales.

Los autores de la Biblia Popular son eruditos con una visión práctica, adquirida en los años de congregación a los ministerios de la enseñanza y la predicación. Por esto han querido evitar el vocabulario técnico, que ha hecho de otras series de comentarios solamente material útil para especialistas en temas bíblicos.

La característica más relevante de estos libros es que están centrados en Cristo. Hablando de las escrituras del Antiguo Testamento, Jesús mismo declaró: “ellas son las que dan testimonio de mí” (Juan 5:39). Cada volumen de la Biblia Popular dirige nuestra atención a Jesucristo. Él es el centro de toda la Biblia. Él es nuestro único Salvador.

Los comentarios están provistos de mapas y de ilustraciones, e incluso de información arqueológica cuando se considera conveniente. Todos los libros disponen de encabezamiento en las páginas, lo que permite al lector encontrar fácilmente el pasaje que busca.

Esta serie de comentarios fue iniciada por la Comisión de Literatura cristiana del Sínodo Evangélico Luterano de Wisconsin.

Es nuestra oración que este empeño continúe tal como comenzó. Dedicamos esta obra a la gloria de Dios y al bienestar de su pueblo.

*Roland Cap Ehlke*

## PREFACIO A LA EDICIÓN EN ESPAÑOL

---

Los comentarios de esta edición en español han sido ligeramente modificados del original para su mejor adaptación a la versión Reina-Valera, revisión de 1995.

Cuando el comentario, originalmente referido al texto de la New International versión, no concuerda plenamente con el de la versión Reina-Valera de 1995, se cita la Nueva Versión Internacional (en español) o alguna otra versión española de la Biblia. En caso de que algún fragmento del texto bíblico de la versión inglesa no aparezca en ninguna de las versiones antes mencionadas, damos nuestra propia traducción del mismo, haciendo la correspondiente aclaración.

El traductor de este volumen es una persona dedicada a la obra del Señor y competente en esta disciplina. Respetamos su deseo de permanecer anónimo. La revisión fue hecha por la Sra. Cristina Zimdars, natural de México y esposa del pastor Ernest Zimdars, quien hizo la revisión teológica. Los dos residen en Claremont, California. Agradecemos la valiosa labor de estos siervos de Dios.

Domingo de Pentecostés del 2000  
Paul Hartman, director  
Publicaciones para Latinoamérica  
Sínodo Evangélico Luterano de Wisconsin  
El Paso, Texas

El Nuevo Testamento se inicia con cuatro evangelios: Mateo, Marcos, Lucas y Juan. Ninguno de ellos revela el nombre de su autor. Sin embargo, eso no quiere decir que sean anónimos. La iglesia de los primeros tiempos, en cuyo medio fueron escritos y a la que fueron originalmente dirigidos, da testimonio de sus autores. Así no tenemos razones para dudar de ello.

Eusebio (275-339 a.C.), historiador de la iglesia, cita en su Historia Eclesiástica (*Manifestación de Dios*) un pasaje tomado de una obra, ahora perdida, de Papías (140 d.C.), que fue uno de los padres de la iglesia; en ese pasaje, Papías menciona al apóstol Juan, llamándolo el anciano, término con el que se identifica a sí mismo en su primera y segunda epístolas. La cita de Eusebio dice: “El anciano dijo también esto: Marcos, que vino a ser intérprete de Pedro, escribió con exactitud, aunque no en orden, todo lo que recordaba de las cosas que fueron dichas o hechas por el Señor. La razón de esto es que él no había oído al Señor ni había sido uno de sus seguidores, sino que después, como he dicho, había seguido a Pedro, que acostumbraba a hacer sus discursos teniendo en cuenta las necesidades de los oyentes, y no como si estuviera brindando una relación ordenada de los dichos del Señor. Por lo tanto, Marcos no cometió errores al relatar algunas cosas tal como las recordaba, ya que fue muy cuidadoso de no omitir ninguna de las cosas que había oído, ni de hacer afirmaciones falsas en ellas”. Así que ambas autoridades apostólicas, tanto la de Pedro, como la de Juan, apoyan el Evangelio de Marcos, y esto sin mencionar a Pablo, que hace otro tanto (véase 2 Timoteo 4:11).

Pero, por encima de todo, el evangelio de Marcos también fue escrito por inspiración, y por eso contiene lo que Dios el Espíritu Santo quiere que sepa la iglesia, tanto los primeros lectores como sus lectores actuales, incluyéndonos a usted y a mí. Aunque Pablo hablaba específicamente del Antiguo Testamento cuando escribió las palabras de 2 Timoteo 3:16, 17: “Toda escritura es inspirada



por Dios, y útil para enseñar, para redargüir, para corregir, para instruir en justicia, a fin de que el hombre de Dios sea enteramente apto, bien pertrechado para toda buena obra”, esta expresión abarca también todo lo que se registra en el Nuevo Testamento, incluyendo el evangelio de Marcos.

¿Por qué nos da el Espíritu Santo cuatro evangelios en el Nuevo Testamento? Aunque en ellos hay mucha repetición de material, cada uno tiene su propia forma de aplicarlo y sus propias razones para incluirlo. Si comparamos lo que tienen en común, no encontramos distorsión ni manipulación de los hechos. Los escritores de los evangelios fueron escogidos y movidos por el Espíritu de Dios para redactar el mensaje del evangelio de acuerdo a las diferentes capacidades e intereses de cada uno de ellos. Por eso satisfacen nuestras necesidades, aunque seamos todos distintos.

Mateo está claramente interesado en presentar a Cristo como el cumplimiento de las profecías del Antiguo Testamento; su evangelio habría sido por tanto de especial interés para aquellos creyentes que vinieran a Cristo procedentes del pueblo de Israel. El propósito de Lucas es satisfacer las necesidades de un hombre llamado Teófilo, aparentemente un nuevo converso, que necesitaba tener certeza. Así que Lucas entra en muchos detalles, particularmente en los que conciernen a los primeros años de la vida de Nuestro Salvador. Además, lo que escribió este evangelista también está basado en una cabal investigación personal, incluyendo entrevistas con testigos presenciales e indagaciones en documentos escritos con anterioridad a su obra sobre la vida de nuestro Señor, y que ya no existen, a menos que los evangelios de Mateo y Marcos sean parte de esos documentos. Juan, el último de los evangelios, fue escrito poco antes del año 100 d.C., donde es necesario, complementa a los de más temprano origen, y revela una tendencia decididamente teológica, que trata en particular de la deidad de nuestro Señor y de su relación con el Padre y con el Espíritu Santo. Más de la mitad del evangelio de Juan está

dedicado a las palabras y los hechos de Cristo durante sus últimos días aquí en la tierra.

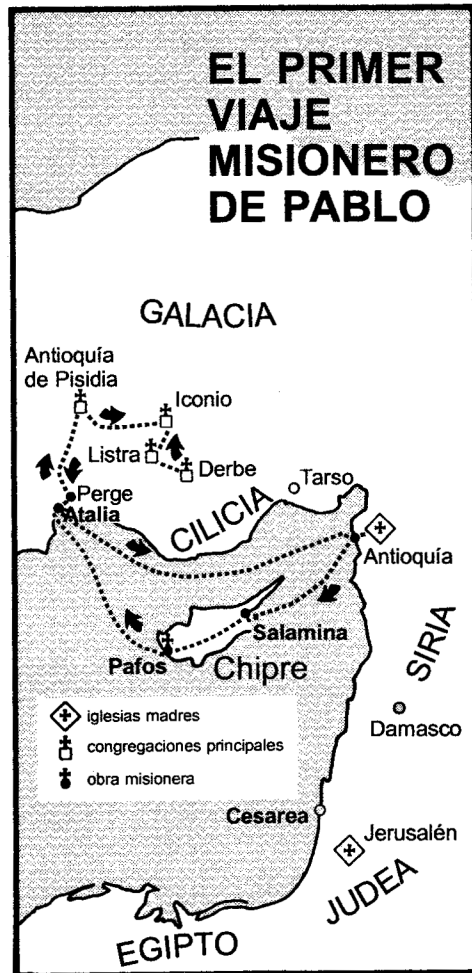
En cambio, el de Marcos, el más breve de los cuatro evangelios, se destaca por ocuparse más de las acciones que de los dichos de Nuestro Señor. Como autor, este evangelista cita el Antiguo Testamento sólo en una ocasión y lo hace al inicio de su obra. No hay duda de que este discípulo escribió para un auditorio que ciertamente había escuchado el mensaje del evangelio, pero que no conocía a fondo el Antiguo Testamento. Sus lectores eran predominantemente gentiles, pues Marcos se toma el cuidado de traducir todas las expresiones arameas y de explicar todas las costumbres hebreas, cosa innecesaria si la mayoría de sus lectores hubieran crecido bajo la influencia de la sinagoga. El hecho de que utiliza numerosas expresiones y palabras del latín sugiere que sus primeros lectores eran romanos o provenientes de Italia.

Cuando se lee el evangelio de Juan, hay que detenerse a reflexionar ante casi cada una de las oraciones. Eso no ocurre con Marcos, su evangelio es un libro de acción que va de un incidente a otro; nos da el cuadro del activo ministerio de nuestro Salvador a medida que ayuda a hombres y mujeres en su aflicción y luego en su pasión mientras lleva a cabo el cumplimiento de la misericordiosa voluntad divina de salvarnos. Cristo es un hombre entre hombres, pero la narración de Marcos al mismo tiempo abre nuestros ojos al hecho de que este hombre es la a la vez el mismo Hijo de Dios, el Salvador de la humanidad. Leyendo a Marcos nos damos cuenta de cómo nuestro Señor, paso a paso, a través de hechos y palabras, les enseña a sus discípulos a reconocer lo que en realidad es él, y nos fortalece también a nosotros en la fe para decir junto con Pedro: “Tu eres el Cristo” (Marcos 8:29). Exclamemos junto con el centurión al pie de la cruz: “Verdaderamente este hombre era hijo de Dios” (Marcos 15:39). Después de seguir la resurrección y la ascensión de Jesús a los cielos, el relato de Marcos nos impulsa a unirnos a los discípulos, de quienes se dice: “Ellos, saliendo, predicaron en todas partes,

ayudándolos el Señor y confirmando la palabra” (Marcos 16:20).

La utilidad práctica del Evangelio de Marcos es muy evidente para nosotros; le ayudó a la iglesia de su tiempo y le ayuda a la iglesia de hoy en día a responder las interrogantes de la humanidad acerca del pecado y de la salvación, acerca de la vida cristiana y acerca de Cristo.

¿Quién es el escritor que nos ha legado tan apasionante relato de la vida, muerte y resurrección de nuestro Salvador, y que cautiva a tal punto nuestros corazones y nos impulsa a seguirlo? Tanto nosotros, como la iglesia de los primeros tiempos, lo hemos identificado como Juan Marcos, el primo de Bernabé. Este hombre, llamado en hebreo Juan, y en latín Marcos, aprendió a seguir paso a paso al Señor de quien más tarde iba a escribir. Las Escrituras se refieren a él por primera vez en hechos 12:12: “[Pedro] llegó a casa de María la madre de Juan, el que tenía por sobrenombre Marcos, donde muchos estaban reunidos orando”. La madre de Marcos era una feligresa de la congregación cristiana de Jerusalén que estaba rogando por la liberación de Pedro, después de que éste había sido arrestado y puesto en prisión por Herodes Agripa. Como respuesta a la oración de la congregación, Pedro fue liberado por un ángel, y sin duda este suceso causó profunda impresión en Marcos. La Biblia no dice si Marcos vio alguna vez a Cristo en persona, pero existe la posibilidad de que así haya sido (Marcos 14:51). Tampoco sabemos cuándo el evangelista reconoció a Cristo como el Salvador prometido en el Antiguo Testamento. Sin embargo, cuando unos pocos años más tarde su primo Bernabé y el apóstol Pablo fueron comisionados por la iglesia de Antioquía para llevar el evangelio a Asia Menor, leemos que tomaron a Juan Marcos como ayudante (véase Hechos 13:5). Evidentemente su trabajo no consistió solamente en ocuparse del equipaje, sino que debió haber incluido también el de dar testimonio del evangelio.



Durante este viaje misionero, Marcos escuchó a Pablo y a su propio primo proclamando las buenas nuevas y sin duda también todo acerca de la conversión de Pablo en el camino a Damasco. Sin embargo, en Perge de Panfilia, Juan Marcos los dejó y regresó a Jerusalén. Cualquiera que haya sido la razón para regresar, no debió haber sido de las aceptables, pues Pablo no confió lo suficiente en él como para llevarlo consigo en su segundo viaje

misionero (véase Hechos 15:37, 38). Eso produjo desacuerdo entre el apóstol y Bernabé, y por esa razón cada uno tomó su propio rumbo. Visto retrospectivamente, pudiéramos decir que de esa forma el Señor dispuso de más equipos misioneros en marcha, porque Bernabé tomó a Marcos y se embarcó hacia Chipre. En el libro de los Hechos de los Apóstoles no se vuelve a mencionar a Marcos, tuvo que aprender de la manera difícil; su nombre aparece en breves referencias en las epístolas de Pablo, por ejemplo: Colosenses 4:10; 2 Timoteo 4:11 y Filemón 24. Pablo debió haberle perdonado y olvidado el asunto.

Cuando Marcos reaparece junto a Pedro en Roma, a la que este último llama “Babilonia”, se aprecia una posición muy diferente a la anterior. Pedro, enviando saludos desde la congregación de Roma y escribiendo a los cristianos esparcidos por el Ponto, Galacia, Asia y Bitinia, les dice: “La iglesia que está en Babilonia, elegida juntamente con vosotros, y Marcos mi hijo, os saludan” (1 Pedro 5:13). Eso revela dos cosas acerca de Marcos: primero, la relación entre Pedro y el evangelista era muy estrecha, parecida a la de padre e hijo; y segundo, los cristianos de Asia Menor conocían a Marcos. Eso sugiere, que posiblemente había trabajado allá como misionero. Sin embargo, ahora estaba en Roma con Pedro y escuchado fielmente su predicación. Por eso Papías puede decir que Marcos era intérprete de Pedro; su evangelio refleja la predicación y las enseñanzas de Pedro.

La tradición relata la ejecución de Pedro en Roma poco después del incendio del año 64 d.C., que destruyó gran parte de la ciudad. Por esa época Pablo estaba en España; al volver a Jerusalén el apóstol fue arrestado y enviado a Roma como prisionero, siendo éste su segundo encarcelamiento. Desde la prisión le escribió a Timoteo, que se encontraba en Asia Menor, pidiendo se apresurara a venir, y añadiendo: “toma a Marcos y tráelo contigo, porque me es útil para el ministerio” (2 Timoteo 4:11). No sabemos si llegaron a Roma antes de la decapitación del apóstol, pero sí sabemos que Marcos había vuelto a ganarse la total

confianza de este apóstol. Lo que es más, también Lucas acompañaba a Pablo en esos momentos. De esta manera dos escritores de evangelios, Marcos y Lucas, sin ser apóstoles, pasaron algún tiempo juntos y quizás también hayan comparado sus escritos; claro que esto último es sólo una suposición.

Aquí tenemos al escritor del segundo evangelio, un hombre que a través de las dificultades aprendió a ser fiel, y cuando lo logró, llegó a ser depositario del amor y de la plena confianza de los apóstoles; los oyó hablar, enseñar y predicar, y llegó a ser también en su confidente. Su evangelio es reflejo de lo que asimiló de testigos oculares: de Pablo, que había visto al Señor en virtud de una revelación especial después de su ascensión; de Pedro, que había andado con Jesús por los caminos y senderos de Galilea y Judea; de Bernabé, que era miembro de la primera congregación cristiana de Jerusalén, y de otros muchos más.

Con toda razón se puede decir que Marcos es el intérprete de Pedro; eso se puede ver en todos los detalles y en los toques humanos que incluye en su obra, y que sólo un testigo presencial le pudo haber contado a Marcos. El hecho de que Marcos, cuando menciona a Pedro habla claramente sin disimular las debilidades del apóstol, sugiere que para cuando Marcos escribió su evangelio Pedro quizás ya había fallecido, pero su reputación estaba sólidamente establecida. Le agradecemos al Espíritu Santo por haber inspirado a Marcos a escribir de esa forma, pues así nosotros, que enfrentamos ahora los mismos problemas, podemos aprender de sus errores y de sus fallas y ser fortalecidos así en nuestra propia fe.

Marcos nos da un relato tan vívido como cierto; desde las palabras iniciales conocemos el propósito claro y definido que lo animó a escribirlo. Su interés no fue el de darnos una biografía, sino presentarnos a Jesucristo como el verdadero Hijo de Dios, enviado en forma humana por el Padre celestial para que tomara nuestro lugar, es decir, para que obtuviera la salvación para nosotros. La propia historia de Marcos nos enseña cómo Dios lo

preparó para la misión de escribir el evangelio acerca de Jesucristo; para que conozcamos por la fe personalmente al Salvador y vivamos para su eterna gloria. Marcos comienza su evangelio con estas palabras: “Principio del evangelio de Jesucristo, Hijo de Dios”, para recordarles a sus lectores, a cada uno de nosotros, el deseo que hay en el Salvador de hacernos parte de la continuación de esta historia. ¡Que el Espíritu Santo alcance esa meta en nuestra vida a través del Evangelio según San Marcos!

Puesto que en la época de Marcos no existían leyes sobre derechos reservados de autor, su evangelio no lleva la fecha de su publicación; pero por su contenido queda claro que fue escrito algunos años antes de la destrucción de Jerusalén y poco antes o poco después de la muerte de Pedro.

### ***El evangelio acerca de Jesucristo, el Hijo de Dios***

- I. Prólogo (1:1-13)
  - A. Título (1:1)
  - B. Los atributos de Jesús (1:2-13)
- II. Jesús revelado como Cristo, el Hijo de Dios, durante su ministerio en Galilea y regiones circunvecinas (1:14-8:30)
  - A. La primera etapa del ministerio de Jesús en Galilea (1:14-3:6)
    - 1. Jesús comienza su ministerio en Galilea (1:14-4:5)
    - 2. Jesús enfrenta una oposición creciente (2:1-3:6)
  - B. La segunda etapa del ministerio de Jesús en Galilea (3:7-6:6)
  - C. Se aproxima el fin del ministerio de Jesús en Galilea y regiones circunvecinas (6:6-8:30)
- III. Jesús se revela como el Cristo, el Hijo de Dios, en sus sufrimientos, muerte y resurrección (8:31-16:20)
  - A. Los últimos días de Jesús en Galilea (8:31-9:50)

- B. Jesús en camino a Jerusalén (10:1-52)
- C. El ministerio de Jesús en Jerusalén (11:1–14:11)
- D. El Jueves Santo (14:12-72)
- E. El Viernes Santo (15:1-47)
- F. La resurrección y la ascensión de Jesús (16:1-20)



## PRÓLOGO

---

### *Título*

Como Marcos se encontraba en Roma al final de la vida del apóstol Pablo (véase 2 Timoteo 4:11), es indudable que sus primeros lectores fueron cristianos habitantes de esa ciudad, en Italia. Después de la muerte de Pedro y Pablo, los que habían escuchado y creído su mensaje acudieron, como sería natural, a quienes habían sido ayudantes de los apóstoles para pedirles que les predicaran las buenas nuevas de Jesucristo. No tardó en hacerse evidente lo benéfico y conveniente que sería escribir sus palabras. De hecho, puede haber sido el mismo Pedro, quien estando aún entre ellos, lo hubiera sugerido (véase 2 Pedro 1:12-15). Marcos se impuso a sí mismo esta tarea para la cual lo escogió el Espíritu Santo, de la misma manera que llamó a Mateo, Lucas y Juan para tareas semejantes. Marcos da inicio a su evangelio con las siguientes palabras que sirven perfectamente como título para toda su obra.

### **1 Principio del evangelio de Jesucristo, Hijo de Dios.**

Cada palabra de este título resulta importante para poder entender lo que Marcos les quiere transmitir a sus lectores. No hay duda de que el título es, ante todo, una rotunda afirmación de la propia fe del autor. Marcos no narra la vida de Jesús de Nazaret como si se tratara de una simple biografía; les muestra a los lectores que Jesús de Nazaret es “Jesucristo, el Hijo de Dios”. Estas son las buenas nuevas que cada lector necesita oír. Los pecadores necesitan un Salvador.

“Principio”, la palabra que da inicio al Evangelio de Marcos lleva a los que están familiarizados con la Biblia a Génesis 1:1, donde leemos: “En el principio creó Dios los cielos y la tierra”.

Con la llegada de Jesucristo, nos dice Marcos, hay un nuevo comienzo, una nueva creación. Con su venida culminan todas las profecías del Antiguo Testamento respecto al Salvador, que venía a redimir a los hombres del pecado y de la muerte eterna. La expresión “principio” que emplea Marcos, encierra todo cuanto escribió en su evangelio. Este evangelista identifica el nuevo comienzo como Jesucristo y todo lo que él hizo y dijo.

Leyendo a Marcos pensamos también en los frutos de su obra evangélica, la historia de la difusión del evangelio a todas partes del mundo. Parte de esos frutos es nuestra propia fe en Jesucristo, el hijo de Dios, nuestro Salvador. En el día del Juicio final cuando el Señor nos diga: “Venid benditos de mi Padre; heredad el Reino preparado para vosotros desde la fundación del mundo” (Mateo 25:34), estaremos viviendo el último capítulo de la historia de este evangelio.

Marcos describe su mensaje como *evangelio*. Esta palabra significa buenas nuevas, o sea, buenas noticias. No todas las noticias son buenas, pero las concernientes a Jesucristo, el Hijo de Dios, sin duda son verdaderamente buenas. Las malas noticias son las del pecado y sus amargas consecuencias. El hombre no puede hacer nada para salvarse a sí mismo, es indispensable que alguien ocupe nuestro lugar y pague por nuestras culpas. Ese alguien vino y cumplió plenamente todo lo prometido y predicho; eso es lo que Marcos llama con toda razón las buenas nuevas. Por eso no debe extrañar que más tarde fuera escogida la palabra *evangelio* para designar en el Nuevo Testamento los cuatro registros que nos narran la historia de Jesucristo. Él es la buena noticia.

Las buenas nuevas que Marcos y los otros escritores evangélicos nos reportan están centradas en Jesús de Nazaret, a quien Marcos llama Jesucristo, el Hijo de Dios. Jesús era su nombre propio, que fue escogido por Dios y le fue revelado a José cuando el ángel le dijo: “Y llamarás su nombre Jesús, porque él salvará a su pueblo de sus pecados” (Mateo 1:21). Jesús es la versión del Nuevo Testamento del nombre Josué, que significa

“Jehová es auxilio y salvación”. Este nombre era muy popular en esos días, y en Jesús de Nazaret describe perfectamente la misión de Nuestro Señor, la de ser el Salvador de la humanidad.

El nombre Cristo, que se usa aquí como nombre propio, también describe la misión de nuestro Señor. Cristo significa “el ungido”. Este Jesús, de quien Marcos escribe, no es uno cualquiera, sino el Jesús ungido por el Espíritu Santo para ser nuestro Profeta, Sacerdote y Rey. Jesús mismo en su ministerio evitó el uso del nombre Cristo, o Mesías, porque en esos tiempos se le habían dado a ese nombre falsas implicaciones políticas; por eso prefirió llamarse el Hijo del Hombre. Sólo al final, después de haberlos instruido con hechos y palabras, les preguntó a sus discípulos: “¿Quién decís que soy yo?” y entonces aceptó la confesión de Pedro: “Tú eres el Cristo” (8:29). Y cuando Caifás, el sumo sacerdote, le preguntó: “¿Eres tú el Cristo, el hijo del Bendito?” Jesús respondió: “Yo soy” (14:61, 62).

Las palabras “Hijo de Dios”, con las que termina Marcos la primera oración de su evangelio, enfatizan y destacan el punto desde donde el evangelista está presentado su narración de las buenas nuevas de Jesucristo. Aunque Jesús fue rechazado por su propio pueblo y crucificado como malhechor, Marcos nos muestra que Jesús fue todo menos eso. A la pregunta “¿quién es Jesucristo?”, él nos responde: Este hombre es el Hijo de Dios. Estudiando el evangelio de Marcos llegamos paso a paso a la misma conclusión a la que llegó el centurión al pie de la cruz: “Verdaderamente este hombre era Hijo de Dios” (15:39). Jesucristo de Nazaret, que vivió como hombre entre los hombres, que sufrió el cansancio, el hambre y la sed, y también experimentó el dolor y la muerte, no sólo fue un personaje ilustre, un maestro elocuente y un portentoso obrador de milagros; él es Dios el Hijo, es Dios junto con el Padre y el Espíritu Santo. El propósito de Marcos, otorgado por Dios, es el de llevarnos a reconocer al hombre Jesucristo como el Hijo de Dios mismo y a confesarlo como tal (véase 1:11; 3:11; 5:7; 9:7; 12:16; 13:32; 14:36, 61;

15:39). En esto Mateo (1:23), Lucas (1:35) y Juan (1:14; 20:31) concuerdan plenamente con Marcos.

### *Los atributos de Jesús*

Los versículos del 2 - 13 presentan las credenciales de Jesucristo, el Hijo de Dios; el mensajero que fue predicho en el Antiguo Testamento prepara su entrada en escena. Él es aprobado por su Padre celestial y ratificado por la manifestación del Espíritu Santo en ocasión de su bautismo. Después de este suceso, en la tentación en el desierto, él triunfa sobre Satanás, el archienemigo de Dios y del Hombre.

#### *Juan el Bautista prepara el camino*

**<sup>2</sup> Como está escrito en el profeta Isaías:**

**«Yo envío mi mensajero delante de tu faz,  
el cual preparará tu camino delante de ti.**

**<sup>3</sup> Voz del que clama en el desierto:**

**“Preparad el camino del Señor.  
¡Enderezad sus sendas!”»**

**<sup>4</sup> Bautizaba Juan en el desierto y predicaba el bautismo de arrepentimiento para perdón de pecados. <sup>5</sup> Acudía a él toda la provincia de Judea y todos los de Jerusalén, y eran bautizados por él en el río Jordán, confesando sus pecados.**

**<sup>6</sup> Juan estaba vestido de pelo de camello, tenía un cinto de cuero alrededor de su cintura, y comía langostas y miel silvestre. <sup>7</sup> Y predicaba, diciendo: «Viene tras mí el que es más poderoso que yo, a quien no soy digno de desatar, agachado, la correa de su calzado. <sup>8</sup> Yo a la verdad os he bautizado con agua, pero él os bautizará con Espíritu Santo.»**

*(Mateo 3:1-6,11; Lucas 3:1-6,16; Juan 1:15-28)*

En el Evangelio de Mateo hay una declaración que sobresale de entre todas las demás por la constante repetición de las palabras: “esto aconteció para que se cumpliese lo dicho por el Señor por medio del profeta”. Mateo le dio énfasis a ese hecho en su evangelio porque estaba dirigido a lectores judíos que conocían bien el Antiguo Testamento. Marcos, que escribió para los gentiles, no hace mención de las profecías del Antiguo Testamento, con excepción de esta cita que ahora comentamos. En su obra él simplemente quiere, lo mismo que Mateo, que nosotros, al observar las acciones de Jesús, lleguemos a la misma conclusión en cuanto a la profecía del Antiguo Testamento que se cita tan frecuentemente. El Espíritu Santo ha bendecido ambas maneras de escribir, y las dos son importantes.

Marcos comienza su evangelio con la profecía del Antiguo Testamento acerca de Juan el Bautista. Al presentar a Juan, nos da los atributos no sólo de él sino también de Jesucristo, el Hijo de Dios, a quien Juan precedió en su ministerio terrenal. Salta a la vista que el cristianismo no es una nueva religión, sino el cumplimiento de las promesas del Antiguo Testamento.

Aunque las palabras que cita Marcos están tomadas de Malaquías 3:1 y de Isaías 40:3, menciona sólo al segundo, porque es este último, entre todos los profetas del Antiguo Testamento, quien habla con más detalles del Salvador prometido. Sus palabras nos permiten captar el sentido mesiánico de las que fueron dichas por Malaquías, el último de los profetas del Antiguo Testamento. No yerra en esto Marcos como algunos comentaristas pretenden; es el Espíritu Santo quien lo inspiró a escribir como lo hizo. Y es el mismo Espíritu Santo quien nos enseña aquí que las palabras de Isaías, cumplidas inicialmente al retorno de Israel de Babilonia en tiempos de Ciro, alcanzaron su pleno cumplimiento en Juan y en Jesús.

Estas antiguas predicciones dejan claro que fue Dios quien envió a Juan el Bautista como su mensajero para anunciar la llegada de su Hijo y así preparar los corazones de su pueblo para que lo recibieran. Marcos nos demuestra cómo cumplió Juan estas

palabras proféticas. Cuando el Bautista vino, los que lo vieron y escucharon tuvieron que llegar a una sola conclusión, que también el Mesías prometido estaba a punto de hacer su aparición. Comparando la profecía y su cumplimiento, no cabe duda alguna de que quien venía después de Juan el Bautista era en verdad el Mesías prometido. Juan fue voz y mensajero de Dios; él no proclamó su propia sabiduría, sino la del Todopoderoso.

No llevaba el Bautista atuendos refinados, su ropa estaba hecha de pelo de camello tejido y su comida era la del desierto, langostas y miel silvestre. Era otro Elías, como el que se describe en 2 Reyes 1:8: “un varón que tenía vestido de pelo, y ceñía sus lomos con un cinturón de cuero”. Cuando Juan comenzó su obra en la región del desierto, el área deshabitada cerca del Jordán, no se dejó de notar la similitud en todo el campo de Judea ni en toda la gente de Jerusalén que salió a escucharlo. El viaje de 36 km era arduo, cuesta abajo desde Jerusalén y cuesta arriba en el regreso, y los obligaba a abandonar sus negocios y a sacrificar sus horas de descanso. Pero las gentes acudían y lo hacían con entusiasmo porque sentían en Juan el poder de Dios. Después de 400 años sin que apareciera un verdadero profeta, un acontecimiento como ese merecía ser palpado, y eso fue lo que la gente hizo.

“Apareció Juan bautizando en el desierto y predicando el bautismo de arrepentimiento para perdón de pecados”. Lo hizo porque los corazones de los del pueblo se habían convertido en un desierto y necesitaban ser rescatados, lo que les ofrecía en el bautismo del arrepentimiento no era un mero lavamiento ritual, sino el regalo del perdón. El bautismo que practicamos, y mediante el cual el Señor viene a nosotros con su paz y su perdón, no difiere en su esencia del de Juan. Este misericordioso don de Dios no era una recompensa porque se habían arrepentido, sino un maravilloso regalo; a través de la predicación del Bautista Dios los llevaba al arrepentimiento y al cambio en el corazón.

Es por eso que Marcos no le da énfasis a la predicación de la ley, proclamada también por Juan el Bautista, como nos lo demuestran los otros evangelios. El mensaje de Juan, como

Marcos lo dice, era un evangelio que señalaba hacia Jesucristo y su gran obra redentora. Juan nunca pretendió ser lo que no era; él no era el Cristo, y eso lo aclaró bien cuando dijo: “Viene después de mí el que es más poderoso que yo, a quien no soy digno de desatar, inclinándome, la correa de sus sandalias”. En presencia de Jesús, Juan, su precursor, no se consideraba ni siquiera digno de hacer la tarea de un esclavo.

Note también esta comparación: “Yo os he bautizado con agua, pero él os bautizará con el espíritu Santo”. Poco antes de ascender al cielo, Jesús explicó las palabras de Juan; en hechos 1:5 Jesús dijo: “Porque Juan ciertamente bautizó con agua, mas vosotros seréis bautizados con el Espíritu Santo dentro de no muchos días”. De este modo las palabras de Juan se referían al día de Pentecostés, cuando la iglesia iba a experimentar el poder del Espíritu Santo. En los meses precedentes, la gente se había apartado de Cristo; en Pentecostés, cuando Pedro proclamó a Jesús, vemos que “los que acogieron bien su palabra fueron bautizados; y se añadieron aquel día como tres mil personas” (Hechos 2:41).

Todo esto dependía de algo más, algo que había de preceder. Ese algo era la obra redentora de nuestro Señor; solamente por eso el bautismo de Juan trajo el perdón de pecados y hoy Dios nos trata de igual forma en palabra y en sacramento. Sin Cristo esto nunca hubiera ocurrido. Por eso fue enviado Juan, para preparar al pueblo que habría de recibir a Cristo. Su venida es la confirmación de que este Jesucristo, el Hijo de Dios, es nuestro Salvador. Juan el Bautista es parte del principio del evangelio de Jesucristo, el hijo de Dios.

### *El bautismo de Jesús*

**<sup>9</sup> Aconteció en aquellos días que Jesús vino de Nazaret de Galilea, y fue bautizado por Juan en el Jordán. <sup>10</sup> Luego, cuando subía del agua, vio abrirse los cielos y al Espíritu como paloma que descendía sobre él. <sup>11</sup> Y vino una voz de los cielos**

**que decía: «Tú eres mi Hijo amado, en ti tengo complacencia.**  
*(Mateo 3:13-17; Lucas 3:21, 22; Juan 1:32)*

Cuando Marcos nos habla del bautismo de Jesús con el subsiguiente otorgamiento del Espíritu Santo y la elogiosa aprobación del Padre Celestial, está dando el segundo atributo para darnos la seguridad de que Jesús de Nazaret es en verdad “Jesucristo, el Hijo de Dios”. En ninguna parte de las Escrituras se nos dice la forma de llevar a cabo el bautismo, ya sea por inmersión, por vertimiento de agua, o aspersion. Pero las Escrituras sí nos dicen lo que Dios hace por nosotros mediante este sacramento.

La predicación y la obra de Juan fueron para Jesús una señal de que había llegado la hora de comenzar su obra de redención. Así pues salió de Nazaret, y sin ser llamado ni obligado llegó al río Jordán, donde se encontraba Juan. Allí le pidió a Juan que lo bautizara invistiéndole así en su cargo; y al hacerlo, el Señor tuvo que asegurarle al Bautista: “Así conviene que cumplamos toda justicia”. Ciertamente, como el Evangelio de Mateo lo menciona, Juan veía un problema en bautizar con “el bautismo de arrepentimiento para perdón de pecados a quien no lo necesitaba”, pero era obligación de Juan como el mensajero de Dios y la obligación de Jesús como el Mesías prometido, iniciar formalmente el plan de salvación de Dios. Al insistir en ser bautizado, Jesús tomó deliberadamente nuestro lugar, tal como el Padre le había encomendado. “Al que no conoció pecado, por nosotros lo hizo pecado, para que nosotros fuésemos hechos justicia de Dios en él” (2 Corintios 5:21). La obra de Jesús comenzó oficialmente en ese momento y culminó en el Calvario.

Cuando Jesús alcanzó la orilla, después de haber sido bautizado por Juan, Dios mismo aprobó y autorizó la acción de Jesús. Primero que todo, los cielos se abrieron y el Espíritu Santo descendió sobre Jesús en forma de paloma, representación simbólica del sacrificio. Esa no fue una visión para Jesús



solamente; Juan y los allí reunidos también la vieron. En Juan 1:32, Juan el Bautista da testimonio de que vio al Espíritu descender sobre Jesús. En hechos 10:38 aprendemos el propósito y el por qué de todo esto: “Ungió Dios con el Espíritu Santo y con poder a Jesús de Nazaret”. De esa forma Dios lo dedicó públicamente para la gran encomienda; y apoyado por el Espíritu Santo fue facultado con poderes para cumplir esa gloriosa misión. Eso era necesario, ya que leemos en Filipenses 2:7, 8 que Jesús “se despojó a sí mismo, tomando forma de siervo, hecho semejante a los hombres; y hallado en su parte exterior como hombre, se humilló a sí mismo, al hacerse obediente hasta la muerte, y muerte de cruz”.

Eso explica mucho de la agonía que padeció en Getsemaní y nos permite entender cómo, siendo verdaderamente humano, pudo ocupar nuestro lugar y salir victorioso. Al venir y descender sobre Jesús, el Espíritu Santo estaba también designando a este ser humano como el verdadero Salvador prometido, el Hijo de Dios.

Luego vino desde el cielo la voz del Padre que identificó claramente a Jesús como su Hijo. Aquí la palabra “amado” no expresa un vínculo afectivo sino la total aprobación divina de la obra iniciada por Jesús a favor de los descendientes de Adán y Eva. El Padre también expresa su completa confianza en Jesús cuando dice “En ti tengo complacencia”. Así manifiesta públicamente que no había errado al asignarle a su hijo esta tarea. De ese modo Dios reconocía que la vida que había llevado previamente Jesucristo en Belén, Egipto y Nazaret, era ejemplar, y sin falta alguna. El Salvador estaba libre del mortal error en que habían caído Adán y Eva. Los atributos de Jesús resultaron absolutamente perfectos. Tengamos esta certeza, así como la tuvo el mismo Jesús en su bautismo.

Antes de hablar del tercer atributo de Jesús que Marcos nos expone, queremos destacar cómo en el bautismo de Jesús, Dios se revela como tres personas: el Padre, hablando desde el cielo, el Hijo de pie en la ribera del Jordán, y el Espíritu Santo descendiendo desde los cielos abiertos. Ni Juan Bautista ni

ninguno de los presentes pone en duda el hecho. Aunque el Antiguo Testamento afirma claramente: “Jehová nuestro Dios, Jehová uno es”, también revela que son tres personas en la Deidad. Quienes rechazan esa enseñanza del Antiguo Testamento lo hacen porque rechazan a Jesucristo. Cómo Dios es uno, y al mismo tiempo tres personas, es algo que las Escrituras no nos revelan, pero la verdad se manifiesta para que nosotros sin titubear creamos que Jesucristo, nuestro Salvador y Redentor, es Dios el Hijo.

### *La tentación de Jesús*

**<sup>12</sup> Luego el Espíritu lo impulsó al desierto. <sup>13</sup> Y estuvo allí en el desierto cuarenta días. Era tentado por Satanás, y estaba con las fieras, y los ángeles lo servían.**

*(Mateo 4:1-11; Lucas 4:1-13)*

Inmediatamente el Espíritu Santo envió a Jesús al desierto para su primera confrontación con Satanás, el diablo que había hecho que Adán y Eva cayeran en el pecado, que se transmitió a todo el género humano. Jesús lo afrontó solo, sin la compañía de creyentes que lo animaran y fortalecieran, puesto que las bestias del desierto no eran fuente de ayuda espiritual. Jesús tuvo que afrontar solo esta batalla, como sustituto de todos los seres humanos.

La batalla fue ardua y larga, duró 40 días sin respiro, muy diferentes a los 40 días que pasó Moisés en la montaña con Dios (véase Éxodo 24:18), totalmente diferente de los 40 días que anduvo Elías en su viaje a Horeb sustentado por el alimento que Dios le dio (véase 1 Reyes 19:8). Mateo y Lucas nos relatan tres ataques específicos; Marcos se limita a presentar a los contendientes, Jesús y Satanás.

No piense que esta batalla fue relativamente fácil para Jesús, porque él no tenía ninguna posibilidad de pecar; no fue así. Como hombre, Jesús podía sentir hambre y sed, apreciar el poder y las riquezas, y por lo tanto sentía las presiones de esas tentaciones. No fue fácil para él por ser el Hijo de Dios; aunque durante su

ministerio Jesús usó de su omnipotencia para sanar y bendecir, muy raramente la empleó para defenderse; así pues, le hizo frente a la tentación del mismo modo en que nosotros debemos enfrentarla hoy, con la palabra de Dios. No fue éste el único enfrentamiento con el diablo, a quien siguió combatiendo hasta el momento cuando dijo en la cruz: “¡Consumado es”

Únicamente después de ganar la batalla en el desierto, completamente agotado, “los ángeles le servían”. Haciendo hincapié en esto, pudiéramos decir con Lutero en sus plegarias matutinas y vespertinas: “Tu santo ángel este conmigo, para que el maligno no tenga ningún poder sobre mí”.

Nuestro Señor salió de este campo de batalla plenamente capacitado para enfrentar cualquier reto y cualquier retador. Había sido reconocido por el precursor prometido, aceptado por el Padre, bendecido por el Espíritu Santo, y había resultado victorioso en su lucha contra Satanás. Sus atributos eran perfectos, y así fue como entró en su ministerio. En el evangelio de Marcos podemos ver sus obras, oír sus palabras, y regocijarnos en el “principio del evangelio de Jesucristo, Hijo de Dios”.

# JESÚS SE REVELA COMO EL CRISTO, EL HIJO DE DIOS, EN SU MINISTERIO EN GALILEA Y LAS REGIONES CIRCUNVECINAS

## La primera etapa del ministerio galileo de Jesús *JESÚS COMIENZA SU MINISTERIO EN GALILEA* *Llamamiento de los primeros discípulos*

**<sup>14</sup> Después que Juan fue encarcelado, Jesús fue a Galilea predicando el evangelio del reino de Dios. <sup>15</sup> Decía: «El tiempo se ha cumplido y el reino de Dios se ha acercado. ¡Arrepentíos y creed en el evangelio!»**

**<sup>16</sup> Andando junto al Mar de Galilea, vio a Simón y a su hermano Andrés que echaban la red en el mar, porque eran pescadores. <sup>17</sup> Jesús les dijo: —Venid en pos de mí, y haré que seáis pescadores de hombres.**

**<sup>18</sup> Y dejando al instante sus redes, lo siguieron.**

**<sup>19</sup> Pasando de allí un poco más adelante, vio a Jacobo, hijo de Zebedeo, y a su hermano Juan, que estaban en la barca remendando las redes; <sup>20</sup> y en seguida los llamó. Entonces, dejando a su padre, Zebedeo, en la barca con los jornaleros, lo siguieron.**

*(Mateo 4:12, 17-22; Lucas 5:1-11)*

El ministerio de Jesús, como lo narra Marcos, comienza cuando Juan el Bautista es puesto en prisión. Es difícil determinar el tiempo que transcurrió desde el Bautismo de Jesús y su tentación en el desierto; quizás llegaron a ser hasta seis meses. En su evangelio, Juan nos narra algunos de los acontecimientos que ocurrieron durante este período.

Cuando Jesús retornó del desierto, Juan el Bautista aún estaba bautizando y predicando en Betania, el poblado situado al otro

lado del Jordán (y no en el de igual nombre más cercano a Jerusalén donde vivían María, Marta y Lázaro). El mensaje del Bautista no había cambiado, seguía proclamando a Jesucristo como el Cordero de Dios que quita el pecado del mundo. Por eso no nos sorprende que les dijera a algunos de sus discípulos, entre ellos a Juan y Andrés, Pedro y Felipe, que siguieran a Cristo. Por lo tanto, la narración de Marcos acerca del llamamiento de Pedro, Andrés, Jacobo y Juan no es sinónimo de un primer encuentro de ellos con Jesús ni del inicio del ministerio del Salvador. Ya había pasado algún tiempo proclamando su mensaje en Jerusalén, Judea, Samaria y en parte de Galilea; unas veces con sus discípulos y otras sin ellos. De hecho, los discípulos de Jesús no se limitaban a los doce; Lucas 10:1 habla de setenta y dos que fueron enviados por el Señor en viaje de predicación. Cuando estaban en Galilea, muchos de ellos pasaban parte del tiempo en sus hogares, trabajando en sus propias ocupaciones. Galilea era el lugar de nacimiento de la mayoría de ellos y de muchos de los primeros cristianos. Galilea, a pesar de estar bajo el control de Herodes, que había encarcelado a Juan el Bautista, era una región muy abierta a influencias no judías. Por eso, cuando surgía la oposición en Jerusalén, Jesús desplazaba hacia Galilea el peso de su ministerio. Lo hacía porque aún faltaba mucho por hacer y por enseñar antes de que los discípulos estuviesen listos para la pasión del Señor.

Marcos resume el mensaje que proclamaba Jesús, era “El evangelio del reino de Dios”, o en las propias palabras de Cristo: “El tiempo se ha cumplido, y el reino de Dios se ha acercado; arrepentíos y creed en el evangelio”. Este mensaje condujo a sus primeros oyentes a volverse a las Escrituras que habían oído en las sinagogas y que algunos de ellos habían entendido en su verdadero sentido religioso. Esto ya lo vemos en la presentación del niño Jesús en el templo, conforme a la ley. Allí Simeón estuvo “aguardando la consolación de Israel”, y Ana “comenzó también a expresar su gratitud a Dios y a hablar de él a todos los que aguardaban la redención en Jerusalén”. La fe de ambos estaba sustentada en las promesas del Antiguo Testamento acerca del

Salvador. Promesas como la de Deuteronomio 18:15: “Un profeta como yo te levantará Jehová, tu Dios, de en medio de ti, de tus hermanos.”; y la de Jeremías 23:5, 6: “Vienen días, dice Jehová, en que levantaré a David un renuevo justo, y reinaré como Rey, el cual será dichoso y actuará conforme al derecho y la justicia en la tierra. En sus días será salvo Judá, e Israel habitará confiado; y este será su nombre con el cual lo llamarán: Jehová, justicia nuestra”. De manera que cuando Jesús proclamó: “El tiempo se ha cumplido, y el reino de Dios se ha acercado”, los que conocían el antiguo Testamento y no lo habían tergiversado políticamente, se conmovieron en su corazón y buscaron al rey.

El camino al Rey, como el mismo Cristo lo señala, es “arrepentíos, y creed en el evangelio”. *Arrepentirse* significa cambiar de actitud respecto al pecado; eso está estrechamente vinculado con las buenas nuevas respecto de aquél en quien encontrarán el perdón de los pecados. Jesús llamó a sus oyentes a que abandonaran la servidumbre al pecado, a sentir pesar porque se habían apartado de Dios, y a que por fe confiaran en el único que ofrece el perdón. Estas son las buenas nuevas que la humanidad necesita, ya sea en Galilea o donde vivamos nosotros.

Con Juan en prisión y próximo a ser ejecutado, Jesús se dio cuenta de que el punto culminante de la obra de su vida se estaba aproximando; pero no se lo reveló a los discípulos sino hasta meses más tarde. También sabía que cuando su obra de redención estuviese completa, retornaría al cielo con su Padre. Por eso, una de sus tareas era escoger e instruir a un grupo de seguidores a quienes a su debido tiempo les diría: “me seréis testigos en Jerusalén, en toda Judea, en Samaria, y hasta lo último de la tierra” (Hechos 1:8). Es precisamente en este momento en el que Marcos inicia su relato del ministerio de Jesús.

Jesús les dijo a Andrés y a Simón: “Venid en pos de mí”; había usado antes las mismas palabras cuando le dijo a Felipe que lo siguiera, y las usaría de nuevo. En cambio en esta ocasión Jesús le agregó a estas palabras una promesa definida y un propósito planeado cuando dijo: “Venid en pos de mí, y haré que seáis

pescadores de hombres”. Cristo estaba escogiendo hombres para la gran tarea de ser sus apóstoles elegidos. En Marcos 3:13-19 ya tenemos la lista completa de ellos. El último don que Jesús les iba a dar a sus discípulos para prepararlos para la gran comisión sería el derramamiento del Espíritu Santo en el día de Pentecostés. Mientras tanto, aunque sabían lo que era ser pescadores, tenían que aprender lo que significaba ser pescadores de hombres. A medida que leemos el Evangelio de Marcos y los otros evangelios, nos damos cuenta de que no hubo mejor maestro que Jesús.

La respuesta de Simón, Andrés, Jacobo y Juan fue inmediata. Cuando Jesús los llamó, estuvieron listos para dejar sus asuntos, bienes y familias, porque habían aprendido a amarlo y a creer en él. Para ellos lo primordial fue seguirlo y convertirse en pescadores de hombres. La fe que llenó su corazón debe también morar en el nuestro, lo mismo si somos pastores, maestros, misioneros o laicos; Cristo ha de ser lo primero en nuestra vida. Note también que Zebedeo, el padre de Jacobo y Juan, no puso ninguna objeción; sin duda él y los otros trabajadores continuaron apoyando con grandes sacrificios la misión de Jesús y la preparación de sus discípulos.

De los discípulos que se nombran aquí, Pedro (Simón), encabezaba la lista; desde el comienzo fue el vocero del grupo de los apóstoles; sólo él pudo haber dado todos los detalles pintorescos que aparecen en el relato, lo que demuestra que él fue la fuente para este Evangelio de Marcos. La relación entre ambos hombres debió haber sido muy estrecha, pues al final de su primera epístola, Pedro les envía saludos a los cristianos en Ponto, Galacia, Capadocia, Asia y Bitinia, de parte de “Marcos mi hijo”.

*Jesús echa fuera un espíritu maligno*

**<sup>21</sup> Entraron en Capernaúm, y el sábado entró Jesús en la sinagoga y comenzó a enseñar. <sup>22</sup> Y se admiraban de su doctrina, porque les enseñaba como quien tiene autoridad, y no como los escribas. <sup>23</sup> Pero había en la sinagoga de ellos un**

**hombre con espíritu impuro, que gritó:**

**<sup>24</sup>—¡Ah! ¿Qué tienes con nosotros, Jesús nazareno? ¿Has venido a destruirnos? Sé quién eres: el Santo de Dios.**

**<sup>25</sup>Entonces Jesús lo reprendió, diciendo:**

**—¡Cállate y sal de él!**

**<sup>26</sup>Y el espíritu impuro, sacudiéndolo con violencia y dando un alarido, salió de él. <sup>27</sup>Todos se asombraron, de tal manera que discutían entre sí, diciendo:**

**—¿Qué es esto? ¿Qué nueva doctrina es ésta, que con autoridad manda aun a los espíritus impuros, y lo obedecen?**

**<sup>28</sup>Muy pronto se difundió su fama por toda la provincia alrededor de Galilea.**

*(Lucas 4:31-37)*

El evangelio de Juan dice que después de realizar su primer milagro en Caná de Galilea, Jesús, junto con su madre y sus hermanos, se trasladó a Capernaúm. Esta ciudad, ubicada a orillas del lago de Galilea y en la intersección de importantes rutas comerciales, era la base ideal para difundir el mensaje del evangelio en la propia Galilea y en los lugares de más allá de esa región. Capernaúm era también el pueblo de Zebedeo y de sus hijos Jacobo y Juan, así como de Pedro, cuya suegra vivía junto a con él.

Al siguiente sábado después de haber sido escogidos para ser pescadores de hombres Pedro, Jacobo, Juan y Andrés acudieron a la sinagoga con Jesús. Como las sinagogas no disponían de ministros ordenados residentes, los principales de las sinagogas solían invitar a algún rabino (maestro o escriba de entre los presentes para enseñar las lecciones. Por esta razón Jesús era invitado frecuentemente a dirigirse a las congregaciones.

Marcos no nos dice de qué habló Jesús ese sábado, pero sí menciona la reacción de asombro que produjo su predicación entre los oyentes. El Salvador no les enseñaba al estilo de los maestros de la ley, pues no apelaba a las interpretaciones postuladas por los maestros antiguos, ni tampoco fragmentaba la palabra de Dios,



como hacían ellos, convirtiéndola en una procesión interminable de reglamentos legalistas. En vez de eso Jesús siempre proclamaba el mensaje del evangelio; no citaba a expertos, sino que con autoridad propia proclamaba las buenas nuevas. Esta fue una de las primeras lecciones que aprendieron los discípulos, que en Jesús estaban ante la autoridad suprema. También en nuestro caso, Jesucristo es mucho más que un sabio maestro o un molde o patrón al que debemos modelar nuestra vida. Él es aquél que de hecho y de palabra personifica el amor inmerecido de Dios por los pecadores. Suya es la última palabra.

No nos debe sorprender que a pesar de su derrota en el desierto, Satanás no se resignara a dejar sin retar a ese mensaje y a ese predicador. Fue el diablo quien usó al hombre de la sinagoga para hostigar a Jesús; y es obvio que ese hombre no estaba haciendo esa declaración por su propia cuenta, pues por sí mismo no pudo haber sabido lo que dijo de Cristo. Tanto Satanás como el espíritu maligno que se había adueñado de la persona, sabían que Jesús de Nazaret era el Hijo de Dios y que había venido con el propósito de destruir su dominio satánico sobre la humanidad. Con las palabras que le dirigió a Jesús, el diablo se mostró más sabio que muchos teólogos modernos; pero ese conocimiento no le hizo ningún bien espiritual, sino lo llenó de temor y temblor. Solamente le esperaba el infierno ya que el evangelio no era para él.

Aunque lo que dijo el espíritu maligno era cierto, Jesús no acogió sus palabras como testimonio. Satanás no podía ser un testigo fidedigno, puesto que los oyentes podrían haber pensado: “Son las palabras del padre de la mentira. ¿Cómo vamos a creerlas?” Además, para Jesús este no era el momento apropiado de proclamar abiertamente que él era el Mesías, pues la mayoría de los presentes le hubiera conferido significado político a esa palabra (véase Juan 6:15). Por eso le dijo al espíritu: “¡Cállate!”

Sintiendo verdadera compasión por el hombre poseído, una condición terrible, como podemos constatar cuando salió de él el espíritu inmundo, Jesús le dio la orden: “¡Sal de él!”, y el espíritu maligno no pudo resistirle. Eso convenció a los presentes,

incluyendo a los discípulos, de que el señor hablaba con autoridad, sin que necesitara de complicados encantamientos. Con una sola y simple orden, el demonio tuvo que obedecer. Jesús era y es el Señor.

Muchos teólogos niegan la posibilidad de la posesión demoniaca hoy y en aquel entonces. Es cierto es que actualmente no identificamos muchos de esos casos, pero eso puede ser sólo la expresión de nuestra incapacidad de reconocer dichas manifestaciones, o de la capacidad del diablo de adaptarse a los nuevos tiempos. En la actualidad su poder se despliega en los esfuerzos humanos, a menudo por parte de personas bien preparadas, para atacar y socavar las Escrituras y sus enseñanzas. Lo hace mediante las falsas doctrinas, las sectas, las religiones paganas y la ciencia que rechaza la Palabra de Dios. Todas esas son artimañas de Satanás, y como no cesan de atacarnos por doquier, tampoco debemos dejar de acudir siempre a Cristo y refugiarnos en él y en las Escrituras. El mismo santo de Dios, Jesús, al dirigirnos hacia la Biblia, da testimonio de ellas y dice: “Tu Palabra es verdad”.

Aquel día fue noticia en Capernaúm. No es sorprendente que al final de este episodio se anote: “Y muy pronto se extendió su fama por toda la comarca alrededor de Galilea”, lo cual ayudó a preparar el camino de Jesús y de su mensaje. Muy pronto se juntarían las multitudes a donde quiera que él fuese.

*Jesús sana a la suegra de Pedro y a muchas otras personas*

**<sup>29</sup> Al salir de la sinagoga, fueron a casa de Simón y Andrés, con Jacobo y Juan. <sup>30</sup> La suegra de Simón estaba acostada con fiebre, y en seguida le hablaron de ella. <sup>31</sup> Entonces él se acercó, la tomó de la mano y la levantó; e inmediatamente se le pasó la fiebre y los servía.**

**<sup>32</sup> Cuando llegó la noche, luego que el sol se puso, le llevaron a todos los enfermos y endemoniados. <sup>33</sup> Toda la ciudad se**

**agolpó a la puerta. <sup>34</sup>Y sanó a muchos que padecían de diversas enfermedades, y echó fuera muchos demonios; y no dejaba hablar a los demonios, porque lo conocían.**

*(Mateo 8:14-17; Lucas 4:38-41)*

Jesús y los demás discípulos aceptaron la invitación que les hizo Pedro a comer en su casa, y saliendo directamente de la sinagoga se dirigieron hacia allá. Tenían mucho que comentar, pero dentro de poco iban a tener más. Cuando llegaron, encontraron a la suegra de Pedro enferma con fiebre; de inmediato los discípulos le plantearon el problema al Señor. ¿Estaba dispuesto a ayudarlos también a ellos, o los milagros eran algo destinado exclusivamente a incrementar su prestigio y el reconocimiento entre las multitudes? Jesús respondió a la solicitud. La curación fue inmediata y total, y los discípulos se dieron cuenta en ese momento de que todos los que eran cercanos al Maestro eran también objeto de su amor y sus cuidados. Plenamente restablecida, la mujer comenzó a atenderlos expresándoles con ello el agradecimiento que sentía. Pedro nunca olvidó el hecho, y Marcos tuvo que haberlo oído de él frecuentemente.

Pedro era casado; nuestro Señor no le exigió al celibato a los que llamó para que le sirvieran, ni siquiera del hombre que se convirtió en el vocero de los apóstoles. En 1 Corintios 9:5 Pablo declara que Pedro no era el único casado de entre los apóstoles, y que incluso los hermanos del Señor tenían esposa. Lo que es más, sus mujeres acompañaban a menudo a los apóstoles en sus viajes misioneros. Lo único que Jesús pidió de ellos fue lo que pide de todas las parejas de casados, fidelidad conyugal.

Con la caída de la tarde y el fin del sábado, una multitud llegó sin demora a la casa, llevando a sus enfermos y a sus endemoniados. Nada era demasiado Jesús los liberó de su aflicción, sanó a los enfermos y expulsó a los demonios, sin que algún mal fuera obstáculo para él.

El Señor no permitía que los demonios hablaran, pues quería que los que habían sido sanados y los testigos presenciales de sus

curaciones fueran los que sacaran sus propias conclusiones directamente de sus palabras y hechos, y se dieran cuenta de que él era más que un sanador de cuerpos; él era el prometido Salvador del pecado.

El hermoso himno # 182 del Culto Cristiano titulado “Del alba al resplandor”, de Robert Bridges, nos ayuda a aplicar esta lección en nuestras vidas.

*Jesús pasa tiempo en oración para luego recorrer Galilea*

**<sup>35</sup> Levantándose muy de mañana, siendo aún muy oscuro, salió y se fue a un lugar desierto, y allí oraba. <sup>36</sup> Lo buscó Simón y los que con él estaban, <sup>37</sup> y hallándolo, le dijeron: —Todos te buscan.**

**<sup>38</sup> Él les dijo:**

**—Vamos a los lugares vecinos para que predique también allí, porque para esto he venido.**

**<sup>39</sup> Y predicaba en las sinagogas de ellos en toda Galilea, y echaba fuera los demonios.**

*(Mateo 4:23-25; Lucas 4:42-44)*

Ese sábado había sido excepcionalmente atareado para Jesús, pero no durmió tarde en la mañana siguiente; en vez de eso, se levantó antes del amanecer y se retiró a un lugar solitario para orar. Nos podría parecer extraño que el Hijo de Dios sintiera la necesidad de pasar tiempo orando y comunicándose con su Padre celestial, pero no lo es si recordamos que al mismo tiempo Jesús era verdaderamente humano y como tal, él también dependía de Dios. Sin embargo había un aspecto en el cual sus oraciones diferían de las nuestras, y era que las suyas no eran peticiones por el perdón de los pecados, porque en él no había pecado. En sus oraciones al Padre hablaba de las tareas que le aguardaban y buscaba la fortaleza para llevarlas a cabo. En esa mañana en particular podría haber tratado con él sobre si debía permanecer más tiempo en Capernaúm o empezar a llevar el mensaje a otras

áreas de Galilea. En las palabras que les dijo Jesús a sus discípulos, y en las acciones subsiguientes, se ve claramente la respuesta del Padre celestial.

El hecho de que Jesús sintiera la necesidad de dedicarle tiempo a la oración nos debe hacer recordar que nuestra necesidad es mucho mayor. Recordemos que por la misma razón Daniel, el profeta del Antiguo Testamento, sintió el deseo de orar arrodillado tres veces al día. Tomemos muy en cuenta este ejemplo y el de nuestro Señor.

Pedro y los demás discípulos tenían planes diferentes para Jesús. Cuando la multitud se volvió a aglomerar, se dieron cuenta que su Maestro no estaba en la casa y de inmediato salieron a buscarlo con Pedro encabezando la búsqueda. El hecho de haberlo encontrado sugiere que los discípulos estaban al tanto de su costumbre de apartarse para orar. Cuando le comunicaron que la muchedumbre lo buscaba, pensaron que el Señor se iba a sentir contento por eso; pero Jesús sabía que el motivo de muchos era sólo el interés personal. Jesús también se daba cuenta de que a sus discípulos les faltaba mucho por aprender acerca de él y de su misión. Si Jesús hubiera seguido la sugerencia de sus discípulos, no hubiera puesto el énfasis de su obra en la proclamación del evangelio, sino en aparecer como un sanador, el error de que son culpables muchos de los que practican la sanidad por fe en nuestros días.

Por lo tanto, Jesús les informó a sus discípulos esa misma mañana que iba a salir en viaje de predicación por Galilea. Lucas 4:44 dice “Judea,” pero no hay contradicción, porque Judea también significa “la tierra de los judíos” (véase nota de la NVI). Jesús asistía a las sinagogas a dondequiera que llegaba, eso le daba muchas veces la oportunidad de predicar el evangelio durante los servicios no sólo los sábados, sino también los lunes y los jueves. Además, como parte de su predicación el Salvador echaba fuera demonios, siempre enemigos de su mensaje de salvación. El viaje misionero pudo haber durado semanas o incluso meses, pero

Marcos lo resume escuetamente en un versículo. El Salvador siempre hacía énfasis en la predicación del evangelio.

Nuestro Señor vio la necesidad de predicar más allá de Capernaúm. El mensaje no es sólo para nosotros, sino para compartirlo. Tan es así, que las últimas palabras de Jesús a sus discípulos fueron: “Y me seréis testigos en Jerusalén, en toda Judea, en Samaria, y hasta lo último de la tierra” (Hechos 1:8). Esa es todavía nuestra comisión, y en el Evangelio de Marcos tenemos el ejemplo de nuestro Señor.

### *Jesús sana a un leproso*

**40 Vino a él un leproso que, de rodillas, le dijo:**

**—Si quieres, puedes limpiarme.**

**41 Jesús, teniendo misericordia de él, extendió la mano, lo tocó y le dijo:**

**—Quiero, sé limpio.**

**42 Tan pronto terminó de hablar, la lepra desapareció del hombre, y quedó limpio. 43 Entonces lo despidió en seguida, y le ordenó estrictamente:**

**44 —Mira, no digas a nadie nada, sino ve, muéstrate al sacerdote y ofrece por tu purificación lo que Moisés mandó, para testimonio a ellos.**

**45 Pero, al salir, comenzó a publicar y a divulgar mucho el hecho, de manera que ya Jesús no podía entrar abiertamente en la ciudad, sino que se quedaba fuera, en los lugares desiertos; y venían a él de todas partes.**

*(Mateo 8:2-4; Lucas 5:12-16)*

En las Escrituras, el término “lepra” abarca una amplia variedad de afecciones de la piel y no se aplica exclusivamente a la conocida enfermedad de Hansen. Cualquiera que fuera la forma en que aparecieran, esas eran enfermedades contagiosas, de aspecto repulsivo, dolorosas, y a menudo incurables. Los afectados



*Jesús sana a un leproso*

quedaban excluidos del contacto social, y la ley levítica demandaba que siempre que estuvieran en la proximidad de otras personas, tenían que gritar “¡Impuro, impuro!” Si en algún momento resultaban sanados, se les exigía que se mostraran ante los sacerdotes para que ellos determinaran si estaban realmente sanos o no.

El hombre que se acercó a Jesús no gritó “¡Impuro!”, y es fácil entender por qué no lo hizo. En medio de su aflicción, no quería que nadie le impidiera acercarse a aquél a quien creía capaz de hacer lo que nadie más podía hacer, es decir, sanarlo de su enfermedad. Como expresión de su fe en el poder divino del Salvador, y por la necesidad que lo abrumaba, el hombre se arrodilló ante Jesús y le dijo: “si quieres, puedes limpiarme”. El enfermo reconoció el poder de Cristo para sanar pero no le exigió que lo hiciera; en lugar de eso, se entregó por completo a la misericordia del Señor. Es así como nos debemos acercar a Jesús con nuestros problemas, dejando que sea él quien tome las decisiones.

El corazón de Jesús se llenó de compasión, y no le negó la bendición, ni tomó en cuenta que el hombre había incumplido con el precepto de la ley levítica por no gritar “¡Impuro!”. Al actuar de este modo, Jesús indicó con claridad que cuando se trata de las exigencias de la ley ceremonial, el amor y la compasión tienen precedencia sobre las leyes ceremoniales, las normas y los ritos. Jesús se acercó al hombre y lo tocó, en un gesto lleno de compasión y el cual incluso lo hacía a él ceremonialmente impuro. Con una sola palabra y sin pedir autorización divina, porque ésta le era propia, sanó al hombre de la lepra.

Como Jesús había pasado por alto uno de los preceptos de la ley levítica, nos llama la atención que le pidiera al hombre que no le dijera nada a nadie, y al mismo tiempo le ordenara: “Ve, muéstrate al sacerdote, y ofrece por tu purificación lo que Moisés mandó”, siendo este otro precepto de la misma ley (véase Levítico 14). Las propias palabras de Jesús nos lo explican cuando agrega: “Para testimonio a ellos”. Los sacerdotes, como veremos más



adelante en este evangelio, estaban entre los más encarnizados enemigos de Jesús, rechazaban su deidad y su misión salvadora. Sin embargo, al examinar al hombre y declararlo curado, ya no podrían negar el poder divino del Señor y el hecho de que alguien mayor que Moisés estaba obrando en medio de ellos.

La razón por la que Cristo no quería que el leproso les contara a otros sobre el milagro se ve claramente en lo que ocurrió cuando el que había sido sanado desobedeció. No podemos culpar al hombre por lo que hizo; de haber estado en su lugar, tampoco hubiéramos guardado para nosotros algo tan extraordinario. Pero el resultado fue que ahora Jesús tenía que evitar las ciudades, pues tan pronto entraba en ellas las multitudes se aglomeraban, no para oír sus palabras, sino para que las sanara de sus enfermedades. De esa manera, la acción del hombre sanado obstaculizó el ministerio de la predicación de Jesús en esos lugares; y aunque evitó acercarse a las ciudades, aun así la gente acudía a él de todas partes. El Señor estaba en la cúspide de la popularidad, pero la oposición estaba lista a enfrentarse a él cada vez que hablara.

## *JESÚS ENFRENTA UNA CRECIENTE OPOSICIÓN*

*Jesús sana a un paralítico*

**2** Después de algunos días, Jesús entró otra vez en Capernaúm. Cuando se supo que estaba en casa, <sup>2</sup>inmediatamente se juntaron muchos, de manera que ya no cabían ni aun a la puerta; y les predicaba la palabra. <sup>3</sup>Entonces vinieron a él unos trayendo a un paralítico, que era cargado por cuatro. <sup>4</sup>Y como no podían acercarse a él a causa de la multitud, quitaron parte del techo de donde él estaba y, a través de la abertura, bajaron la camilla en que yacía el paralítico. <sup>5</sup>Al ver Jesús la fe de ellos, dijo al paralítico:

—Hijo, tus pecados te son perdonados.

<sup>6</sup>Estaban allí sentados algunos de los escribas, los cuales pensaban para sí: <sup>7</sup>«¿Por qué habla éste de ese modo?

**Blasfemias dice. ¿Quién puede perdonar pecados, sino sólo Dios?»**

**<sup>8</sup>Y conociendo luego Jesús en su espíritu que pensaban de esta manera dentro de sí mismos, les preguntó:**

**—¿Por qué pensáis así? <sup>9</sup> ¿Qué es más fácil, decir al paralítico: “Tus pecados te son perdonados”, o decirle: “Levántate, toma tu camilla y anda”? <sup>10</sup> Pues para que sepáis que el Hijo del hombre tiene potestad en la tierra para perdonar pecados —dijo al paralítico—: <sup>11</sup> A ti te digo: Levántate, toma tu camilla y vete a tu casa.**

**<sup>12</sup>Entonces él se levantó y, tomando su camilla, salió delante de todos, de manera que todos se asombraron y glorificaron a Dios, diciendo:**

**—Nunca hemos visto tal cosa.**

*(Mateo 9:1-8; Lucas 5:18-26)*

Después de concluir su primer viaje de predicación por Galilea, nuestro Señor regresó a su hogar en Capernaúm. No le concedieron mucho descanso, porque en cuanto a la gente supo que había regresado se reunieron tantos que se llenó la casa y la entrada quedó bloqueada por la multitud. Jesús les dio lo que más necesitaban por medio de la predicación de la palabra, como había hecho durante su viaje por Galilea. Lo que convirtió a este servicio de predicación en algo diferente de los demás, fue la forma en que Jesús trató al paralítico, la respuesta que les dio a los maestros de la ley, y el hecho de referirse a sí mismo como el Hijo del Hombre.

En Palestina las casas se construían con techo plano y una escalera exterior que permitía subir al mismo. El techo era de tejas y se recubría con tierra; eso les permitió a los amigos del paralítico cavar a través de la estructura y bajar al inválido situándolo directamente frente a Jesús. Los hombres fueron además de ingeniosos, persistentes; pero ¿por qué? Ellos creían que Jesús quería y podría sanar al enfermo; tenían una auténtica fe en el Señor, y él reconoció la acción de ellos como un verdadero acto de fe. No hay nada oculto para el Señor.

Eso se demuestra aún más claramente en las palabras que Jesús le dirigió al paralítico: “Hijo tus pecados te son perdonados”. Jesús vio el corazón del hombre y supo algo infinitamente peor que la parálisis que agobiaba al enfermo, sus pecados. Además, todos los males y los sufrimientos de la humanidad son en realidad el resultado de su separación de Dios. Es precisamente por eso que el Señor primero satisface esta carencia, porque esa es la necesidad mayor de nuestro corazón.

Entre los presentes hubo quienes no apreciaron esta palabra de amor del Señor; ellos eran los maestros de la ley, que debían haberlo sabido muy bien. Ellos no veían en Jesús al hijo de Dios que había venido a redimirlos a ellos y a todos los hombres; lo consideraban como un rival que planeaba despojarlos del honor y los reconocimientos a que, por ser los maestros de la ley de Dios, estaban acostumbrados a recibir. Esa actitud era totalmente inexcusable, ellos conocían las Escrituras, habían escuchado el mensaje y habían visto los milagros, y por eso no tenían ninguna razón para rechazarlo; pero endurecieron su corazón. Estaban allí por un solo propósito, hallar alguna falta en el Señor. Pero Jesús lo sabía, y nos sorprendemos ante la gentileza con que los trató, dejándoles abiertas las puertas para que ellos también llegaran a la fe.

El Espíritu Santo quiso que Marcos escribiera los pensamientos de estos hombres para que supiéramos cómo era su corazón: “¿Por qué habla de este modo? Blasfemias dice. ¿Quién puede perdonar pecados, sino sólo Dios?” De ninguna manera estaban dispuestos a abrir el corazón al mensaje de Jesús. Con gran desprecio se referían al Señor como “este”. Estaban en lo cierto cuando dijeron: “¿Quién puede perdonar pecados, sino sólo Dios?” Pero se equivocaron por completo cuando dijeron: “Blasfemias dice”. Dios el Padre ya les había declarado quien era Jesús en su bautismo, pero ellos habían rechazado ese testimonio y rechazarían todas las otras pruebas venideras. ¡Cómo nos recuerdan a mucha gente de hoy día, incluso a teólogos, que niegan que Cristo es a la vez divino y humano, y rechazan su resurrección, aunque a la vez

pretenden ser miembros de la iglesia e incluso hasta sus líderes! El corazón humano no ha cambiado.

Por esto la prueba que Jesús les presentó es tan importante hoy en día. “¿Qué es más fácil decirle al paralítico: Tus pecados te son perdonados, o decirle: Levántate, toma tu camilla y anda?” Sí, hay una diferencia. Los maestros de la ley podrían haber dicho, “es más fácil para ti decir, ‘tus pecados te son perdonados’, porque a fin de cuentas no se podría comprobar si tal cosa había ocurrido”. En realidad, ambas son cosas que sólo Dios, y aquellos a quienes él ha dado la autoridad y el poder, pueden hacer. Para demostrarles cuán equivocados estaban, Jesús le dijo al paralítico: “A ti te digo: Levántate, toma tu camilla y vete a tu casa”. El inválido fue sanado de inmediato. Nos fijamos también en que Jesús no dijo: “Te digo en el nombre Dios”, sino simplemente: “A ti te digo”. Las palabras y las acciones de Jesús les estaban diciendo a esos maestros: “Abran los ojos y el corazón. Yo puedo hacer las dos cosas: perdonar y sanar. Yo no soy sólo un ‘éste’, yo soy el Hijo de Dios”.

Lo único es que Jesús no usó esta última expresión, sino que empleó la de “Hijo del Hombre”. Lo hizo así, empleando la designación con la que casi siempre se refirió a sí mismo hasta el final de su ministerio (véase 2:8; 8:31,32; 9:9,12,31; 10:33;13:26; 14:21,41). Los nombres Cristo y Mesías habían adquirido un tono político en Israel de esta época, por eso Jesús evitaba usarlos, y usó el nombre que se le dio al Salvador venidero en Daniel 7:13,14. Este término también se lee frecuentemente en Ezequiel, aunque aquí Dios lo usa siempre como el título con el que se dirige al profeta, nunca para referirse al Salvador prometido. En los evangelios Jesús se llama a sí mismo el “Hijo del Hombre,” es decir, el hijo del Altísimo que se hizo un ser humano; él era el Verbo hecho carne.

Con el uso de este título, nuestro Salvador también demostraba que como el Mesías él era más que sólo el Salvador de Israel; era el Salvador de todos. Como lo indica claramente el texto de Daniel 7:13,14: “Miraba yo en la visión de la noche, y vi que con las nubes del cielo venía uno como hijo de hombre, vino hasta el

Anciano de días, y lo hicieron acercarse delante de él. Y le fue dado dominio, gloria y reino, para que todos los pueblos, naciones y reinos le sirvieran: su dominio es dominio eterno, que nunca pasará, y su reino es uno que nunca será destruido”. Esto es lo mismo que aparece en Apocalipsis 1:12-18 y 14:14. Nosotros también le veremos como Hijo del hombre y Redentor nuestro, cuando aparezca en las nubes de los cielos al fin de los tiempos.

En contraste con los maestros de la ley, la gente común alabó a Dios aquel día en Capernaúm diciendo: “Nunca hemos visto tal cosa”. Y nosotros, a través del relato de Marcos, también nos sentimos fortalecidos en la fe en Cristo, el hijo del Hombre, nuestro Salvador.

*El llamamiento de Leví al discipulado*

**<sup>13</sup> Después volvió a la orilla del mar; y toda la gente venía a él, y les enseñaba. <sup>14</sup> Al pasar, vio a Leví hijo de Alfeo sentado al banco de los tributos públicos, y le dijo:**

**—Sígueme.**

**Y levantándose, lo siguió.**

**<sup>15</sup> Aconteció que estando Jesús a la mesa en casa de él, muchos publicanos y pecadores estaban también a la mesa juntamente con Jesús y sus discípulos, porque eran muchos los que lo habían seguido. <sup>16</sup> Los escribas y los fariseos, viéndolo comer con los publicanos y con los pecadores, dijeron a los discípulos:**

**—¿Qué es esto, que él come y bebe con los publicanos y pecadores?**

**<sup>17</sup> Al oír esto Jesús, les dijo:**

**—Los sanos no tienen necesidad de médico, sino los enfermos. No he venido a llamar a justos, sino a pecadores.**

*(Mateo 9:9-13; Lucas 5:27-32)*

Este es el segundo de una serie de episodios en los que Marcos señala la creciente mala voluntad de los líderes religiosos de Israel

contra Jesús; ellos no perdían oportunidad alguna para atacarlo. Por los años en que Marco escribió su evangelio, esos hombres seguían con el mismo propósito de presentar a nuestro Señor de una forma negativa, seguían haciéndolo así en los días en que Marcos escribió su evangelio, para separar gradualmente a los creyentes de Cristo y su verdad. De modo que no le faltaban razones a Marcos para contarnos la forma en que Jesús se enfrentó a ellos sin intimidarse ni callar. Así nos corresponde hacer en nuestros días cuando tenemos que defender al rebaño contra los ataques de quienes, desde dentro y desde fuera de la iglesia visible, buscan degradar a nuestro Señor y ridiculizar nuestra fe en él. La confrontación que aquí se relata tuvo lugar mientras Jesús le predicaba a una nutrida multitud a orillas del lago de Galilea.

Acercándose a la mesa de recaudación de impuestos situada en un cruce de las importantes rutas comerciales que atravesaban Capernaúm, Jesús invitó al recaudador de impuestos a que lo siguiera. Como no tenemos noticias previas de Leví, que así se llamaba este funcionario, la invitación nos puede parecer un tanto abrupta; pero no lo es, si recordamos que Marcos nos habla de muchos cobradores de impuestos y “pecadores” que estaban entre quienes seguían al Maestro, ansiosos de oír su palabra. A Leví, hijo de Alfeo, lo conoceremos después bajo el nombre apostólico de Mateo (3:18). Sin duda el ya había oído a Jesús en varias ocasiones y había llegado a creer y confiar en él. De todas formas, su decisión fue inmediata, sin vacilación alguna; “y levantándose, lo siguió”. Y, no cabe duda, esa decisión fue un sacrificio para este hombre pues no habría retorno esporádico al trabajo habitual cuando Jesús y sus discípulos no estuvieran muy ocupados predicando, como ocurrió en el caso de Pedro y Andrés, o Jacobo y Juan, con sus labores pesqueras (1:16-20). Su sacrificio fue mayor que el de los otros, pero el Espíritu Santo lo honró escogiéndolo para ser el autor del Evangelio de San Mateo.

En cuanto a los fariseos, el llamamiento que le hizo Jesús a un recaudador de impuestos para que fuera su discípulo (y más tarde apóstol), era clara manifestación de que Jesús no tomaba en serio

la Ley de Dios. Los maestros de la ley consideraban a los cobradores de impuestos como traidores a su propio pueblo, siervos del odiado Herodes Antipas y vasallos de la Roma pagana. Eran “pecadores”, marginados de la sociedad y de la sinagoga.

La Nueva Versión Internacional escribe entre comillas la palabra “pecadores”, para indicar el uso de este término como una sentencia dictada por los fariseos, no por Cristo, contra esas personas. En el versículo 17, el Señor usa la misma palabra pero en un sentido normal, aplicable tanto a los fariseos como a los recaudadores de impuestos y a todas las personas.

Es indiscutible que algunos de los cobradores de impuestos eran extorsionistas, pero otros no. Leví no se sintió obligado a hablar como lo hizo Zaqueo, el recaudador de Jericó, que durante una comida que se dio en honor de Cristo dijo, “Mira, Señor, voy a dar a los pobres la mitad de mis bienes; y si en algo he defraudado a alguno, se lo devuelvo cuadruplicado” (Lucas 19:8).

Los fariseos no reconocían que Cristo estaba realmente llevando a cabo la voluntad de Dios al buscar los que se habían perdido y acoger la oportunidad de compartir la palabra de salvación con ellos. La ignorancia que tenían del propósito de Cristo muestra también su ignorancia acerca de la finalidad que tenía la ley en el Antiguo Testamento. El propósito de la ley no era la salvación del pueblo, sino mantenerlo separado de cualquier elemento que lo desvinculara de Dios y de sus promesas de salvación en el evangelio. Al explicar la ley, fragmentándola en una multitud de mandamientos, destruían tanto el propósito moral como el propósito ceremonial de la misma. En su estado legalista e ignorancia espiritual, desconocían por completo la finalidad de Dios al enviar a Cristo, un designio claramente revelado en el Antiguo Testamento.

La dureza de su corazón queda al descubierto cuando dirigen la pregunta, no a Cristo, sino a sus discípulos, con el malsano deseo de sembrar la duda en su corazón y abrir una brecha entre ellos y el Señor. Por eso Cristo mismo se encargó de contestarles,

corrigiéndolos de su error e instruyendo al mismo tiempo a los discípulos.

La respuesta fue lógica, teológica y evangélicamente orientada: “Los sanos no tienen necesidad de médico, sino los enfermos. No he venido a llamar a justos, sino a pecadores”. Con esas palabras les dice a los discípulos y a los invitados a la casa de Leví que él es en verdad el médico que necesitan, y que está muy dispuesto a ayudarlos en sus necesidades. Y les dice a los fariseos que examinen su propio corazón, y a nosotros nos invita a preguntarnos: ¿estoy sano o enfermo? ¿Soy justo o soy pecador? Quienes tiendan, como los fariseos de esa época, a considerarse auto-justificados, puede que primero se sientan ofendidos, pero luego, al enfrentarse honestamente con la pregunta comenzarán a sentirse incómodos. Ojalá que este examen de conciencia nos ayude a describir la verdad céntrica del evangelio de que Jesús es en verdad “el Cristo, el Hijo del Dios viviente”, enviado para salvarnos.

*Jesús es interrogado sobre la cuestión del ayuno*

**18 Los discípulos de Juan y los de los fariseos estaban ayunando. Entonces fueron y le preguntaron:**

**—¿Por qué los discípulos de Juan y los de los fariseos ayunan, y tus discípulos no ayunan?**

**19 Jesús les dijo:**

**—¿Acaso pueden ayunar los que están de bodas mientras está con ellos el esposo? Entre tanto que tienen consigo al esposo, no pueden ayunar. 20 Pero vendrán días cuando el esposo les será quitado, y entonces, en aquellos días, ayunarán.**

**21 »Nadie pone remiendo de paño nuevo en vestido viejo; de otra manera, el mismo remiendo nuevo tira de lo viejo y se hace peor la rotura. 22 Y nadie echa vino nuevo en odres viejos; de otra manera, el vino nuevo rompe los odres, el vino**



**se derrama y los odres se pierden; pero el vino nuevo en odres nuevos se ha de echar.**

*(Mateo 9:14-17; Lucas 5:33-39)*

Es posible que esta pregunta se haya suscitado porque el banquete que organizó Leví para Jesús, sus discípulos y sus propios amigos, coincidió con uno de los días de ayuno de los fariseos. En el Antiguo Testamento Dios había ordenado un solo día de ayuno al año, en el gran día de la expiación; después de regresar del exilio, el pueblo de Israel, la iglesia del Antiguo Testamento, había añadido cuatro días más de ayuno. Además de esos días, los fariseos insistían en que toda persona verdaderamente religiosa debía ayunar dos veces a la semana, los lunes y los jueves. A la gran mayoría ese ayuno no les nacía del corazón y por eso carecía de todo valor. En el caso de los discípulos de Juan ese ayuno fue una señal de duelo por el encarcelamiento del Bautista (1:14). Pero el contraste era muy claro entre los seguidores de los fariseos y los discípulos de Juan el Bautista por una parte, y el mismo Jesús y sus discípulos por otra parte. Naturalmente los fariseos, los discípulos de Juan (véase Mateo 9:14) y otros, le preguntaron a Jesús: “¿por qué tus discípulos no ayunan?” En labios de los fariseos, la pregunta fue un ataque malicioso dirigido contra el Señor, al sugerir que ni él ni sus discípulos eran en verdad piadosos y temerosos hijos de Dios.

La respuesta de Jesús puso todo en la perspectiva correcta. Jesús partió del punto en que Juan había concluido durante uno de sus últimos testimonios públicos concernientes al Salvador. En Juan 3:28,29 el Bautista dice: “Vosotros mismos me sois testigos de que dije: Yo no soy el Cristo, sino que soy enviado delante de él. El que tiene a la esposa es el esposo; pero el amigo del esposo, el que está a su lado y lo oye, se goza grandemente de la voz del esposo. Por eso mi gozo está completo”. Jesús les había respondido, haciéndoles comprender que él era el “esposo” de quién había hablado Juan el Bautista. Por ese motivo sería

impropio que sus discípulos manifestaran tristeza mediante el ayuno. Eso estaría fuera de lugar al tener al esposo presente. De paso, las palabras de Jesús eran una invitación para que ellos también se unieran al banquete de boda.

Así como ahora los discípulos de Juan estaban expresando su tristeza con el ayuno, lo mismo iba a suceder con los de Jesús cuando el esposo les fuera quitado. Jesús sabía plenamente que le aguardaba el sufrimiento y la muerte; y también sabía cómo iba a afectar eso a sus discípulos, quienes, como narran los evangelios, primero huyeron y después se reunieron únicamente a puertas cerradas. Entonces no habría banquete, sólo una profunda pena de la cual el ayuno era la expresión externa. Es ésta la primera vez en el evangelio de Marcos, en que el Señor habla sobre su inminente muerte, aunque de una manera velada. En sus palabras, “vendrán días” no hay indicio alguno de que intentara evadirla. La oposición que comenzaba a sentir era para él un claro indicio de que el momento se estaba acercando.

La otra parte de la respuesta del Señor va más allá de la reacción inmediata de los discípulos. Al presentarse como el esposo, está cumpliendo con las profecías del Antiguo Testamento acerca del Mesías venidero; con su muerte sacrificial se habrán cumplido plenamente todas esas profecías; a partir de aquí, los verdaderos seguidores del señor van a necesitar nuevos vestidos y nuevos odres, los viejos odres ya no son utilizables. De esa manera, las ceremonias del Antiguo Testamento serán reemplazadas por el mensaje del Nuevo Testamento: “Porque la ley, teniendo la sombra de los bienes venideros, no la representación misma de las cosas”, dice Hebreos 10:1. Cuando Nuestro Señor murió en la cruz por los pecados de la humanidad, el velo del templo se rasgó en dos; el acceso a Dios quedó ahora libre, ya no hay más necesidad de sacrificios y ritos que señalen a lo que habría de venir. Cristo había cumplido todo lo prometido.

Para destacar el hecho de que el Nuevo Pacto no podría combinarse con el antiguo, el Señor utilizó la ilustración del vestido viejo al que se le pone un remiendo de tela nueva; cuando

se lava la ropa así arreglada, la tela nueva se encoge y estira la vieja rotura, lo que sólo hace que esta se haga más grande. Lo mismo ocurre cuando a un odre viejo (bota para vino hecha de cuero de cabras) se le llena con vino nuevo (en proceso de fermentación). Por el uso prolongado, ya la piel del odre viejo se ha estirado al máximo por lo que no tiene elasticidad para soportar la presión del vino nuevo y se rompe. ¡Para vino nuevo, recipientes nuevos! Nuestra adoración y formas de servicio deben reflejar el cumplimiento que ya tenemos en Cristo. En consecuencia, las leyes ceremoniales del Antiguo Testamento, las viejas instituciones, ya han cumplido con su propósito. Jesús vino para darnos un vestido nuevo y un odre nuevo. Sin embargo, por el momento, Jesús y sus discípulos continuaron adorando y expresando su fe de acuerdo con las normas de dispensación del Antiguo Testamento, pero sin observar los estatutos que le fueron añadidas por los fariseos.

Al llevar a la práctica estas palabras de Jesús, la iglesia del Nuevo Testamento tuvo que afrontar muchas veces el tema del cambio. La primera convención eclesiástica llevada a cabo (véase Hechos 15) se preocupó precisamente por tocar este asunto. Las decisiones que en ella se tomaron fueron hechas en amor y siempre teniendo el cuidado de no antagonizar con quienes provenían de la sinagoga. Hoy, en virtud del crecimiento de la iglesia y de su total separación del judaísmo, las antiguas leyes ceremoniales ya no se observan. Sin embargo, eso no significa que el Antiguo Testamento haya perdido importancia para nosotros; lo apreciamos enormemente porque dirige la atención a Cristo, quien lo cumplió al pie de la letra. Al rebatir a quienes le preguntaban y se le oponían, Cristo estaba preparando el terreno para que le sirvamos en esta era del Nuevo Testamento hasta el momento de su regreso.

### *Señor del sábado*

**<sup>23</sup> Aconteció que al pasar él por los sembrados un sábado, sus discípulos, mientras andaban, comenzaron a arrancar**

**espigas. <sup>24</sup> Entonces los fariseos le dijeron:**

**—Mira, ¿por qué hacen en sábado lo que no es lícito?**

**<sup>25</sup> Pero él les dijo:**

**—¿Nunca leísteis lo que hizo David cuando tuvo necesidad y sintió hambre, él y los que con él estaban; <sup>26</sup> cómo entró en la casa de Dios, siendo Abiatar sumo sacerdote, y comió los panes de la proposición, de los cuales no es lícito comer sino a los sacerdotes, y aun dio a los que con él estaban?**

**<sup>27</sup> También les dijo:**

**—El sábado fue hecho por causa del hombre, y no el hombre por causa del sábado. <sup>28</sup> Por tanto, el Hijo del hombre es Señor aun del sábado.**

*(Mateo 12:1-8; Lucas 6:1-5)*

Esta vez los fariseos estaban seguros de que disponían de una sólida acusación contra Jesús: Él no había impedido que sus discípulos arrancaran espigas en sábado mientras caminaban a través de los sembradíos. Ya era bastante malo que Jesús no estuviera de acuerdo con los fariseos en el asunto del ayuno, pero lo que era peor, según ellos ahora también estaba violando uno de los mismos Diez Mandamientos de Dios, el referente al día de reposo. La verdad es que Jesús mismo no había arrancado espigas, pero sus discípulos sí lo habían hecho. Lo que los fariseos ignoraban por completo era que ellos mismos habían profanado el día del Señor al añadirle a las escrituras un sinnúmero de reglamentos sin que hubieran sido ordenados por Dios. Por eso, en su libro, el acto de arrancar espigas para aplacar el hambre era equivalente a cosechar el grano, trillarlo y quitarle la paja, violando de esta forma el día del reposo. Todas las apariencias indicaban que ellos estaban en lo cierto, pero habían malentendido e interpretado equivocadamente no sólo el mandamiento del sábado sino toda la ley, porque la convirtieron en un mérito para obtener el cielo. ¡Era puro legalismo!”

Jesús extrajo la respuesta directamente de las Escrituras, y no de las interpretaciones que ellos hacían de la ley; les recordó lo

que David había hecho y que podemos leer en 1 Samuel 21. En el lugar santo del tabernáculo, y de acuerdo con instrucciones de Dios mismo, había una mesa de oro con doce panes consagrados, uno por cada una de las doce tribus de Israel. Cada sábado los panes ofrecidos a Dios eran sustituidos por nuevos, y los viejos eran consumidos por los sacerdotes, que eran los únicos autorizados para hacerlo. David, huyendo de la presencia del rey Saúl, recurrió a Ahimelec, le pidió que les diera algo de comer a él y a sus fieles seguidores. Como lo único disponible era el “pan sagrado de la proposición,” el sacerdote le dio cinco de esos panes a David. De esa manera, Ahimelec reconoció que estaba en juego algo más trascendental que los reglamentos externos, y Dios no lo reprendió por eso. Al citarles este pasaje, Jesús de hecho les dijo a los fariseos: “Claramente ustedes no han leído la Escritura como debe de ser, ni han captado el principio que se expone aquí: que ni David ni Ahimelec fueron condenados por su acción. Las necesidades humanas son mucho más importantes para Dios que los ritos religiosos”.

Entonces Jesús aclaró el punto en cuestión: “el sábado fue instituido para el hombre, y no el hombre para el sábado”. Este día no fue creado como un medio para ganar la gracia divina, sino que fue un regalo para el hombre dado por Dios; un día de descanso en que él vendría de modo especial con su palabra y un día de adoración. Los fariseos habían hecho del hombre un esclavo del sábado. Todo era una buena obra. Y Dios no aprobaba eso.

Tanto el día de descanso como las normas sabáticas estaban también destinados a enfocar la atención del pueblo de Israel hacia el Redentor prometido, y ahora él estaba aquí para dar cumplimiento a esas profecías. Jesús les dijo también a los fariseos que el día de descanso, originalmente hecho para el hombre, también estaba relacionado con él, cuando les dijo: “El Hijo del Hombre es también Señor del sábado”. Sí, él era señor incluso de este día de reposo, parte mucho más importante de los diez Mandamientos de Dios que el asunto del ayuno sobre el que lo habían atacado antes. Por eso les dijo a los fariseos que lo que les

había permitido a sus discípulos hacer en día sábado contaba con la total aprobación del Padre. El Señor del sábado no permitiría que sus discípulos violaran este día. La verdadera relación con Dios no consiste en reglas y ritos especiales, sino en creer en el Hijo del hombre, el dueño del día de reposo, que lo ha cumplido todo por nosotros.

Antes de concluir esta sección es válido comentar lo que parece ser una contradicción entre dos datos de la Escritura. Marcos anota que Jesús dijo, “en tiempos de Abiatar, sumo sacerdote” (2.26), en tanto en 1 Samuel 21:1 se lee, “el sacerdote Ahimelec.” El asunto radica en que a ambos se les llama indistintamente por los dos nombres, a veces Abiatar hijo de Ahimelec y otras Ahimelec hijo de Abiatar, y en otras ocasiones estas designaciones se intercambian. Eso no es raro, porque aquí en Marcos 2 a Mateo se le llama Leví, y en Marcos 3:18 se le llama Mateo.

*Jesús sana a un hombre en el día sábado*

**3** Otra vez entró Jesús en la sinagoga. Había allí un hombre que tenía seca una mano. <sup>2</sup>Y lo acechaban para ver si lo sanaría en sábado, a fin de poder acusarlo. <sup>3</sup>Entonces dijo al hombre que tenía la mano seca:

—Levántate y ponte en medio.

<sup>4</sup>Y les preguntó:

—¿Es lícito en los sábados hacer bien, o hacer mal; salvar la vida, o quitarla?

Pero ellos callaban. <sup>5</sup>Entonces, mirándolos con enojo, entristecido por la dureza de sus corazones, dijo al hombre:

—Extiende tu mano.

Él la extendió, y la mano le fue restaurada sana.

<sup>6</sup>Salieron entonces los fariseos y se confabularon con los herodianos para destruirlo.

*(Mateo 12:9-14; Lucas 6:6-11)*

A pesar de la oposición, Jesús continuó su ministerio de predicación de la Palabra. Jesús entró un sábado en la sinagoga de una de las ciudades de la región (cuyo nombre no se da), y como venía ocurriendo constantemente, los fariseos tenían ahí presentes a sus representantes para espiarlo. Esta vez los fariseos pensaron que probablemente le podrían tender una trampa infalible, ya que entre los asistentes al servicio había un hombre con su mano derecha inservible. ¿Lo sanaría Jesús en sábado? De hecho, según relata Mateo, hasta le llegaron a preguntar si era lícito sanar en sábado. Jesús respondió a la pregunta usando el ejemplo de una oveja caída en el hoyo, a la cual todos ellos habrían rescatado. Ciertamente era lícito sanar en sábado; pero estos fariseos, al igual que los maestros que los habían precedido, habían llegado a limitar a tal punto ese derecho, que incluso los médicos no podían auxiliar a sus pacientes en ese día a no ser que estuvieran en riesgo de muerte inminente. La compasión y la misericordia eran completamente ignoradas para con los humanos, pero sí se practicaban cuando se trataba de sus animales. Sin duda, el mandamiento con relación al sábado había sido transformado en una exigencia inflexible y cruel. El Señor, en la respuesta que dio en el episodio anterior (2:27), ya había intentado rectificar el error en el que estaban. En el fondo de su corazón sabían que Cristo tenía razón, pero el odio que le profesaban les impedía admitirlo.

Esta es la clave que explica la siguiente expresión, una de las pocas de este tipo concernientes a nuestro Señor: “Entonces, mirándolos con enojo...” (véase también 10:14). De no haberles respondido Jesús con su justa indignación, él no les habría mostrado la misericordia y el sentido de justicia que lo motivaban; la suya no era una ira pecaminosa, sino un enojo de profundo pesar ante la dureza de su corazón; dureza con la que estaban no sólo violando el sentido espiritual del sábado sino rechazándolo a él como Salvador. “A lo suyo vino, y los suyos no le recibieron” (Juan 1:11).

El Señor no tocó la mano seca del hombre, ni pronunció una palabra sanadora, simplemente le dijo: “Extiende tu mano”, y el

hombre fue completamente sanado. Como no dijo ninguna palabra de sanación ni tocó al hombre, Jesús no podía ser acusado de violar ni siquiera técnicamente las reglas concernientes al sábado, establecidas por los fariseos, tan ajenas a las Escrituras. Eso enfureció a los fariseos aún más, y salieron de allí para confabularse con los herodianos acerca de cómo matar a Jesús. Al actuar de este modo, no solo violaban el mandamiento del día de reposo, sino que su corazón estaba más lejos que nunca de la adoración a Dios; y ahora también se hacían culpables de violar el mandamiento que dice: “No matarás” (Éxodo 20:13).

El odio lleva a extrañas alianzas; en su desesperación, los fariseos hicieron causa común con los herodianos, judíos que apoyaban a Herodes y al gobierno romano, a los que en otras circunstancias hubieran repelido. Pero como se trataba de tramar la muerte de Cristo, a quien odiaban, sintieron la necesidad de buscar el respaldo de los que tenían el poder civil. Lo mismo hicieron más tarde cuando juzgaron a Jesús ante Poncio Pilato. En nuestros propios días se recurre a similares alianzas, lo que demuestra que las cosas no han cambiado.

### *La segunda etapa del ministerio de Jesús en Galilea*

#### *La multitud sigue a Jesús*

**<sup>7</sup> Pero Jesús se retiró al mar con sus discípulos, y lo siguió gran multitud de Galilea. También de Judea, <sup>8</sup> de Jerusalén, de Idumea, del otro lado del Jordán y de los alrededores de Tiro y de Sidón, oyendo cuán grandes cosas hacía, grandes multitudes vinieron a él. <sup>9</sup> Entonces dijo a sus discípulos que le tuvieran siempre lista la barca, para evitar que la multitud lo oprimiera, <sup>10</sup> pues, como había sanado a muchos, todos los que tenían plagas se echaban sobre él para tocarlo. <sup>11</sup> Y los espíritus impuros, al verlo, se postraban delante de él y gritaban:**

**—¡Tú eres el Hijo de Dios!**



**<sup>12</sup> Pero él los reprendía para que no lo descubrieran.**

*(Mateo 12:15, 16; Lucas 6:17-19)*

Con estas palabras Marcos resume la actividad del ministerio de Jesús hasta el momento. Le sigue la elección de los doce apóstoles y la instrucción que les dio por medio de parábolas y milagros, preparándolos para el día cuando el Señor dejaría no sólo las ciudades y las sinagogas, sino también el mundo, dejando a estos hombres como sus representantes. Los discípulos que se mencionan en el versículo siete no son solamente los doce apóstoles.

Al retirarse a la región del lago (según Marcos 1:16 Mar de Galilea, según Lucas 5:1 Lago de Genesaret y según Juan 21:1 Mar de Tiberias), y evitar las sinagogas, Jesús muestra que estaba enterado de lo que los fariseos estaban tramando en su contra. También sabía que no habían llegado aún las condiciones para una confrontación directa. Todavía quedaba trabajo por hacer, gente que entrara en contacto con la Palabra y discípulos por entrenar. Esta retirada no estaba motivada por el miedo, sino por la prudencia y por la determinación de cumplir con la agenda trazada por el Padre.

Cuando Jesús se retiró del entorno urbano, no detuvo a la gente que seguía acudiendo a verlo y escucharlo. De hecho, las multitudes se hicieron mayores, no sólo porque había predicado el evangelio y había sanado a muchos enfermos a través de Galilea, sino porque los que lo habían visto y oído hablaban de él. Si acudían por curiosidad o porque creían, es algo que no viene al caso. Lo cierto es que acudieron, vieron y oyeron, y a su debido tiempo, el Espíritu Santo produjo la fe en los escogidos.

Esto es algo que debemos tener siempre presente en cuanto a nuestra vida en la iglesia. La iglesia no es una sociedad cerrada, es una sociedad que siempre busca ganar a otros por medio del evangelio de Jesucristo. Es por eso que debemos hablar haciendo uso de todos los medios y técnicas modernos que la ciencia pone a nuestro alcance.

Era lógico que muchos de entre los seguidores de Jesús eran de Galilea, porque era allí donde el Señor había concentrado su actividad. Pero las noticias se habían esparcido, y ahora venían muchos de Judea, de Jerusalén, de Idumea, de las regiones al otro lado del río Jordán, y de Tiro y Sidón. No necesariamente eran todos judíos, ni hablaban sin excepción en arameo. Eso sugiere que Cristo, que creció en Galilea donde el griego era un segundo idioma, podía y estaba dispuesto a hablarles en esa lengua, que probablemente muchos de ellos entendían.

La iglesia de hoy habla en muchos idiomas; los misioneros de nuestra denominación proclaman el evangelio en por lo menos media docena de ellos. Cristo es el Salvador de todos, y todos necesitan que se les proclame la verdad que deben conocer. Nadie se entera de esa verdad por sí mismo.

Eso es evidente cuando vemos las multitudes que iban a Cristo. No iban a él primero por la proclamación del mensaje de Dios, sino porque los podía sanar, y lo hacía. Hasta tal punto apretujaban al Señor procurando tocarle, que él tuvo que darle una solución al problema pidiéndoles a sus discípulos una barca para poder así alejarse de la multitud.

Estaba también otro grupo cuyo testimonio era de continuo rechazado por el Señor. Se trataba de los espíritus malignos que hacían que las personas, de las cuales tomaban posesión, cayeran delante de él gritando: “Tú eres el Hijo de Dios”. De haber aceptado lo que decían, Cristo le habría hecho el juego a los fariseos, pues como veremos después, los maestros de la ley que provenían de Jerusalén lo acusaban diciendo: “Está poseído por Beelzebú”.

Aunque eran testigos inapropiados, Marcos registra el testimonio de esos espíritus malignos de manera que nosotros podamos saber que reconocían a Cristo como el Hijo de Dios. Para nosotros, que vivimos en una situación diferente a la que existía antes del sufrimiento y la muerte expiatoria de Cristo, ese testimonio, aunque sin valor, también nos asegura la verdad de que Cristo es el Hijo de Dios, particularmente si nos fijamos en que

“caían delante de él y gritaban”. El miedo y el terror con que lo hacían, nos recuerda que la Escritura afirma: “También los demonios lo creen” a saber, que hay un solo Dios, “y tiemblan” (Santiago 2:19). Los que estaban poseídos por los demonios fueron sanados, y Satanás no pudo continuar usándolos como sus instrumentos.

### *La elección de los doce apóstoles*

**<sup>13</sup> Después subió al monte y llamó a sí a los que él quiso, y vinieron a él. <sup>14</sup> Designó entonces a doce para que estuvieran con él, para enviarlos a predicar <sup>15</sup> y que tuvieran autoridad para sanar enfermedades y para echar fuera demonios: <sup>16</sup> a Simón, a quien puso por sobrenombre Pedro, <sup>17</sup> a Jacobo, hijo de Zebedeo, y a Juan, hermano de Jacobo, a quienes apellidó Boanerges, es decir, «Hijos del trueno»; <sup>18</sup> a Andrés, Felipe, Bartolomé, Mateo, Tomás, Jacobo hijo de Alfeo, Tadeo, Simón, el cananita, <sup>19</sup> y Judas Iscariote, el que lo entregó.**

*(Mateo 10:2-4; Lucas 6:12-16)*

Mateo registra los nombres de los Doce en la ocasión en que fueron enviados en el primer viaje de predicación. Lucas, al igual que Marcos, nos da los nombres de los elegidos como apóstoles por Cristo.

Durante su ministerio en Galilea y las regiones circunvecinas, nuestro Señor tuvo muchos seguidores. No lo acompañaban constantemente, pero lo escuchaban cada vez que andaba en las cercanías o lo seguían en algunas de sus jornadas de predicación. Ahora había llegado el momento de que Jesús organizara a sus seguidores, de modo que después de que él terminara su tarea en la tierra y retornara a la gloria del cielo, su iglesia pudiera tener un liderazgo confiable.

Lucas relata que, antes de la designación de los doce, Jesús pasó en oración toda la noche. Marcos no deja duda en cuanto a

cuáles debían ser los deberes específicos de ese grupo que abarcaría tanto el presente inmediato como el futuro. Debían predicar el evangelio y echar fuera demonios; esto último, porque la salvación conlleva la derrota de Satanás y sus ángeles.

La elección de los doce no fue algo que el Señor llevó a cabo en secreto, sino en presencia de un gran grupo de seguidores y discípulos, a quienes había convocado para que se reunieran con él en las colinas de Galilea. Él quería que los apóstoles tuvieran el pleno respaldo y la confianza de la hermandad de los creyentes.

Al considerar a estos doce discípulos, hay que admitir que se trataba de un grupo bastante heterogéneo. Ninguno de ellos era sacerdote ni maestro de la ley; ninguno era prominente en Israel, sino que en su mayoría eran gente trabajadora, común y corriente.

Simón Pedro encabeza siempre la lista. Era un hombre de acción y de decisiones rápidas, que siempre estaba dispuesto a hablar como representante del grupo de discípulos. Cristo le dio el nombre de Pedro, que significa piedra, no porque siempre fuera una roca, sino porque lo era cada vez que permitía que su fe en Jesús hablara y actuara. Su peor momento fue cuando negó a Cristo y el mejor tal vez fue cuando predicó el poderoso sermón en el día de Pentecostés y tres mil personas se convirtieron al Señor. Pedro escribió dos epístolas que aparecen en el Nuevo Testamento, y aunque las Escrituras no hablan de que estuviese en Roma durante veinticinco años en calidad de obispo o papa, quizás murió como mártir en esa ciudad.

Jacobo y Juan, hijos de Zebedeo, recibieron de Cristo el sobrenombre de “Boanerges”, que significa hijos del trueno. Un ardiente celo por el Señor les caracterizaba, y a veces eran demasiado ambiciosos para su propio bien (10:35-41). Santiago, también llamado Jacobo, fue el primero de los apóstoles que dio la vida por su fe en Jesús al ser arrestado y decapitado por Herodes Agripa en el año 42 d.C. Juan escribió el evangelio que lleva su nombre, tres cartas en el Nuevo Testamento, y el libro de Apocalipsis. Él fue el último de los apóstoles en morir.

Andrés comparte con Juan el privilegio de estar entre los primeros seguidores de Jesús. De acuerdo con Juan 1:40-42, fue él quien llevó a su hermano Simón Pedro a Jesús. Andrés y Juan habían sido discípulos de Juan el Bautista.

Felipe era de Betsaida, la ciudad de Andrés y Pedro, antes de que se trasladaran a Capernaúm, posiblemente cuando Pedro se casó. Al día siguiente de haber sido llevado Simón Pedro a Jesús por Andrés, el propio Jesús llamó a Felipe a que le siguiera, y éste inmediatamente llevó a Natanael.

Natanael, o Bartolomé, fue el primero en manifestar la convicción que se registra en Juan 1:49, Rabí, tú eres el Hijo de Dios; tú eres el rey de Israel". Juan el evangelista, lo llama Natanael, en tanto que los otros escritores de los evangelios lo reconocen por Bartolomé, que significa hijo de "Talmeo o Ptolomeo". Los evangelios no nos hablan mucho de Felipe ni de Bartolomé, pero la tradición relata que el primero hizo trabajo misionero en Asia Menor y que el segundo llevó el evangelio hasta la India.

Mateo es el Leví de quien Marcos escribe en el capítulo 2, un recaudador de impuestos al servicio de Herodes, y como tal, un hombre despreciado por la aristocracia religiosa de los judíos. Pero elegido como apóstol por Jesús, escribió más tarde el primero de los evangelios. Tomás, llamado Dídimo y designado así tres veces en el Evangelio de Juan, era un hombre como algunos de nuestra era actual, que no aceptaba nada que no estuviera debidamente demostrado; exigió pruebas visibles y palpables para que se convenciera de la resurrección de Cristo, pero cuando el propio Señor se las brindó, Tomás respondió: "¡Señor mío y Dios mío!" De manera que, si hay alguno que garantiza que el relato de la obra redentora de nuestro Señor se atiene a los hechos, ése es Tomás. Los tiempos modernos, demandantes de pruebas tangibles, iban a necesitar que hubiera un escéptico entre los apóstoles como este discípulo, y Jesús se encargó de incorporarlo al grupo. Así que hoy podemos decir, ¡muy bien escogido!

Todo lo que sabemos sobre el siguiente apóstol, Jacobo, es que era hijo de Alfeo. La Escritura lo menciona sólo en las listas de los apóstoles escogidos por Jesús, pero eso ya es suficiente para saber que estuvo entre ellos durante y después de la ascensión de nuestro Señor. Que no se hable acerca de él, no quiere decir que fuese insignificante o incapaz. Como tantos héroes anónimos de la iglesia cristiana, él también hizo la parte que le correspondió en la viña del Señor.

Tadeo es otro de los apóstoles de quien sabemos muy poco. Es indiscutible que Marcos lo llama así para distinguirlo de Judas Iscariote. Mateo (10:3) lo llama Tadeo, aún cuando algunos textos originales de su libro lo llaman Lebeo, dándole el sobrenombre de Tadeo. Lucas en cambio prefiere llamarlo Judas, hijo de Jacobo.

Nos sorprende que Jesús escogiera a Simón el cananita o el zelote (NVI), que así era llamado, pues sin duda había pertenecido a un movimiento político de rebeldes judíos del mismo nombre. Otros traducen el apelativo como patriota, pero el significado es el mismo. El Señor muy bien podía usar a un hombre con tal celo para la predicación de su evangelio una vez que su fidelidad cambiara de un mesías político terrenal al Mesías celestial.

El más triste y el último de los nombres es el de Judas Iscariote, el que traicionó a Jesús. Era natural de un poblado del mismo nombre, el único de los apóstoles proveniente de Judea. Fue al principio un fiel seguidor del Señor, pero pronto se desilusionó, hurtaba de la bolsa común, traicionó al Señor y finalmente se suicidó. Varias veces, pero sin éxito, Jesús trató de apartarlo del fatal camino de perdición que había escogido, pero persistió en él, cumpliendo así el trágico papel que Ahitofel había jugado en la vida del rey David (véase Salmo 41:9 y Juan 13:18). No se nos dice cuándo abandonó Judas la fe pero sí podemos asegurar que Jesús no lo escogió con el propósito de que cometiera tan atroz crimen. Sabemos que como Dios el Hijo, Jesús conocía de antemano todas las cosas; sin embargo, escogió a este hombre no para que le traicionara, sino para que predicara y enseñara el evangelio. Él fue la desilusión más grande del Señor. “Judas, ¿con

un beso entregas al Hijo del Hombre?” Y vemos estampada en el rostro del Salvador una gran tristeza. Es cierto que esto es un misterio, pero también es una advertencia.

Por lo que sabemos, los doce eran un grupo muy diverso constituido por dos parejas de hermanos, cuatro pescadores (de estos sólo uno no era de Galilea), un recaudador de impuestos y un ex miembro de un partido político rebelde. Sus dones espirituales eran distintos. Algunos llegaron a ser prominentes personajes en la vida de la iglesia del Nuevo Testamento, en tanto que otros son poco conocidos. A excepción de uno de ellos, todos se fortalecieron y crecieron espiritualmente en la pasión, muerte, resurrección y ascensión del Señor; y todos, menos uno, estuvieron dispuestos a ir a dondequiera que el Señor los enviara. Pero antes de que eso ocurriera, Jesús tenía que entrenarlos y completar su propia obra de salvarnos a todos y pagar por los pecados del mundo. Nada de esto es ficticio, todo es real. Al leer el evangelio de Marcos nos sentimos emocionados y estimulados para seguir en los mismos pasos de los discípulos.

*Jesús se defiende contra la acusación de estar poseído por Beelzebú*

**Volvieron a casa,<sup>20</sup> y se juntó de nuevo tanta gente que ni siquiera podían comer pan.<sup>21</sup> Cuando lo oyeron los suyos, vinieron para prenderlo, porque decían: «Está fuera de sí.»<sup>22</sup> Pero los escribas que habían venido de Jerusalén decían que tenía a Beelzebú, y que por el príncipe de los demonios echaba fuera los demonios.**

**<sup>23</sup> Y habiéndolos llamado, les hablaba en parábolas: —¿Cómo puede Satanás echar fuera a Satanás?<sup>24</sup> Si un reino está dividido contra sí mismo, tal reino no puede permanecer.<sup>25</sup> Y si una casa está dividida contra sí misma, tal casa no puede permanecer.<sup>26</sup> Y si Satanás se levanta contra sí mismo y se divide, no puede permanecer, sino que ha llegado su fin.**

**27 »Nadie puede entrar en la casa de un hombre fuerte y saquear sus bienes, si antes no lo ata; solamente así podrá saquear su casa.**

**28 »De cierto os digo que todos los pecados y las blasfemias, cualesquiera que sean, les serán perdonados a los hijos de los hombres; 29 pero el que blasfeme contra el Espíritu Santo, no tiene jamás perdón, sino que es reo de juicio eterno.**

**30 Es que ellos habían dicho: «Tiene espíritu impuro.»**

*(Mateo 12:24-32; Lucas 11:15-23)*

En esta sección es evidente que la oposición contra Cristo tanto por parte de su familia, como por parte de los maestros de la ley, llegó a su culminación. La respuesta que aquí les dio el Hijo del Hombre, mientras estaba en la tierra, incluye algunas de las advertencias más claras jamás empleadas por él, y es bueno que las tomemos muy a pecho.

Habiendo retornado a su hogar en Capernaúm, evidentemente después de una larga jornada de predicación, tanto Jesús como sus discípulos estaban necesitados de alimento y descanso. Pero tan pronto como se supo de su presencia, las multitudes se comenzaron a congregarse, hasta el punto de que ni él ni sus discípulos tenían tiempo siquiera para comer. Fue entonces cuando sus familias dijeron: “Está fuera de sí”, y se reunieron dispuestos a hacerle entrar en razón por la fuerza si fuere necesario. “No es cuerdo ni bueno, se decían, que se esté desgastando de esta forma, ¿no se da cuenta de que esto no les conviene ni a sus discípulos ni a él? ¡Tenemos que hacer algo!” Quizás tenían buenas intenciones, pero su actitud y su conducta revelan la falta de fe en él como el Salvador prometido. Tampoco entendían que él sintiera la necesidad de usar de cada minuto disponible para compartir su mensaje, sobre todo en vista de la oposición que le estaban demostrando los líderes religiosos. Es posible pensar que María, la madre de Jesús, haya sido quien convocara a los hermanos y los parientes, pues aparece con ellos en el versículo 31.



Si la familia de Jesús tenía serias dudas respecto de él, los maestros de la ley se dieron por completo a la tarea de socavar su influencia. La oportunidad se les brindó cuando un sordomudo, que estaba poseído por un espíritu maligno, fue llevado ante el Señor y sanado por él (Mateo 12:22). Para que la gente no creyera en Cristo, los maestros de la ley dijeron: “Está poseído por Beelzebú”, y: “En nombre del príncipe de los demonios es como expulsa éste los demonios”. Este nombre, con que también se designaba a Satanás, significa “dios de las moscas” y lo usaban para hacer burla del nombre popular de un ídolo filisteo. A estas alturas, ya los líderes religiosos deberían haberse dado cuenta de que Jesús estaba cumpliendo las profecías del Antiguo Testamento, pero se negaban a reconocerlo y en lugar de ello lo denigraban y lo vituperaban públicamente. La acusación que le hicieron exigía una respuesta pública sin rodeos y directa por parte del Señor, que no dejara lugar a dudas de ningún tipo.

Jesús les dio una respuesta metafórica, usando una parábola que apelaba a su lógica y su sentido común. “¿Cómo puede Satanás expulsar a Satanás?” Eso sería lo último que se le pudiera ocurrir al diablo.

Lo mismo que a los oyentes de aquel entonces, y a los lectores de Marcos de aquel día hasta hoy, Jesús les asegura que Satanás existe realmente, al contrario de tantos teólogos modernos que niegan la existencia tanto del diablo como del infierno. Cristo no menciona una segunda oportunidad después de la muerte, ni ningún purgatorio.

Prosiguiendo con su lógico razonamiento para refutar el argumento de los fariseos, Cristo señala que una familia o un reino divididos, o en los que exista una guerra civil o interna, no se pueden mantener o subsistir. Satanás tendría que estar loco para oponerse a sí mismo.

En el siguiente planteamiento el Señor nos dice que para saquear los bienes de la casa de un hombre fuerte, primeramente hay que atarlo. Con esas palabras, Jesús se estaba refiriendo a lo

que él mismo hacía al librar a quienes estaban bajo el dominio de los esbirros de Satanás. Para una evidencia más fuerte sólo tenemos que recordar su primer enfrentamiento con el diablo después de haber sido bautizado por Juan. (1:12;13); allí Jesucristo había derrotado por completo a Satanás, lo que equivale a decir que lo había atado.

La respuesta que les dio Jesús era de una lógica irrefutable; sus oponentes debieron haber reconocido su verdad, pero se habían empeñado en su corazón contra Jesús, y en este caso, contra la obra del Espíritu Santo. Por ello fue que Jesús ahora les hizo esta severa advertencia: “De cierto os digo que todos los pecados y las blasfemias, cualesquiera que sean, les serán perdonados a los hijos de los hombres; pero el que blasfeme contra el Espíritu Santo, no tiene jamás perdón, sino que es reo de juicio eterno”. Corrían el peligro de cometer el pecado contra el Espíritu Santo y por ello les estaba advirtiéndolo. No era el caso de muchos otros, como por ejemplo, los miembros de su propia familia, que simplemente tenían dudas, malentendidos y estaban perplejos. En cambio estos escribas estaban peligrosamente cerca de endurecer su corazón al testimonio del Espíritu Santo. La diferencia entre una y otra actitud se hace evidente al comparar la negación de Jesús por parte de Pedro y el veredicto de culpabilidad con que Caifás condenó a Cristo.

Cuando deliberadamente se iguala a Cristo con Satanás, y se habla de la obra del Señor considerándola satánica, el Espíritu Santo no puede continuar obrando en los corazones de quienes así actúan, ni los puede llevar a la fe en Jesucristo como su Salvador. Cuando los fariseos declararon que el Espíritu que moraba en Cristo era satánico, estaban muy próximos a cometer el pecado que no puede ser perdonado.

Pero los que alguna vez se sientan atribulados por la posibilidad de haber cometido ese pecado, pueden estar seguros de que no lo han cometido. Su propia preocupación testifica que el Espíritu Santo está obrando en su corazón, sin que nadie esté

autorizado a juzgar lo que únicamente Dios sabe. Por eso, nuestra tarea se limita a estar prevenidos en cuanto a la advertencia que hizo el Señor.

La expresión del versículo 28, usada tantas veces por Jesús, “de cierto os digo” aparece en los diferentes evangelios y aquí en Marcos por lo menos una docena de veces. Su traducción no logra transmitir toda la gravedad y la seriedad que expresa en el idioma griego original. En este idioma es mucho más enfática, y se podría traducirse como: “Así es. Yo les digo la verdad”.

### *La madre y los hermanos de Jesús*

**<sup>31</sup> Entre tanto, llegaron sus hermanos y su madre y, quedándose afuera, enviaron a llamarlo. <sup>32</sup> Entonces la gente que estaba sentada alrededor de él le dijo: —Tu madre y tus hermanos están afuera y te buscan. <sup>33</sup> Él les respondió diciendo: —¿Quiénes son mi madre y mis hermanos? <sup>34</sup> Y mirando a los que estaban sentados alrededor de él, dijo: —Aquí están mi madre y mis hermanos, <sup>35</sup> porque todo aquel que hace la voluntad de Dios, ése es mi hermano, mi hermana y mi madre.**

*(Mateo 12:46-50; Lucas 8:19-21)*

Desde el versículo 21 sabemos cuál era el propósito de esta visita. Su familia pensaba que Jesús no estaba actuando racionalmente al consagrarse tan plenamente a su obra. Hechos 1:14 registra que más tarde sus hermanos llegaron a creer en él, pero esto no es razón para considerar que en esos momentos María estuviese entre los que no tenían fe en él. Como madre plenamente humana, María estaba preocupada por la presión y la tensión a las que estaba evidentemente sometido su hijo. Sin embargo, cuando tanto ella como los hermanos de Jesús dieron éste paso, se estaban atribuyendo, a pesar de sus buenas intenciones, una facultad que

no tenían. Estaban interfiriendo con la labor mesiánica del Señor.

Los hermanos de Jesús eran los hijos que tuvieron José y María después del nacimiento virginal del Señor. Querer insistir que en que José y María no tuvieron relaciones maritales después del nacimiento de Jesús, es insistir en algo que no tiene el apoyo de las Escrituras.

María y los hermanos de Jesús le enviaron un mensajero a que lo llamara; el mensaje le llegó a través de la multitud que lo rodeaba. Eso le dio a Jesús la oportunidad para expresar una verdad que debemos tomar muy en serio: cómo también nosotros nos convertimos en hermanos y hermanas de Jesús. La pregunta que hizo Jesús: “¿Quiénes son mi madre y mis hermanos?” tenía el propósito de llamar la atención de los reunidos, incluyendo a sus familiares que ahora lo buscaban. Contestando su propia pregunta, mientras señalaba a sus discípulos y a otros más que allí se encontraban, dijo: “Aquí están mi madre y mis hermanos”. Al hablar así, no se estaba desvinculando de los de su propia sangre, sino destacando que en el reino de Dios, la iglesia, hay relaciones más trascendentales que las de origen humano. Y en este sentido, definió a su familia con estas palabras: “Porque todo aquel que hace la voluntad de Dios, ése es mi hermano, mi hermana, y mi madre”.

¿Cuál es la voluntad de Dios? ¿Se trata acaso del cumplimiento como tal de los Diez Mandamientos y posiblemente de las adiciones que le hicieron los maestros de la ley? Si así fuera, ninguno de nosotros podría cumplir esos requisitos, como tampoco podrían haberlo hecho los mismos discípulos de Jesús. La voluntad de Dios es la que se expresa en Jesucristo y en su obra redentora. Esta es la verdad suprema que se expresa en el más amado de los pasajes bíblicos, Juan 3:16: “De tal manera amó Dios al mundo, que ha dado a su Hijo unigénito, para que todo aquel que en él cree, no se pierda, sino que tenga vida eterna”. El versículo que le sigue dice: “Dios no envió a su Hijo al mundo para condenar al mundo, sino para que el mundo sea salvo por él”. Hacer la

voluntad de Dios es creer y confiar en lo que Dios ha hecho por nosotros mediante Jesucristo. El cumplimiento de esta voluntad genera amor por los demás mandamientos de nuestro Dios.

Ser hijos de Dios, hermano, hermana, o madre de Jesucristo, no está sujeto a raza, color, nacionalidad, sexo, edad, u otras características. La membrecía en la familia de Dios está al alcance de todos. Aquí está la invitación y usted es el invitado.

### *La Parábola del sembrador*

**4** Otra vez comenzó Jesús a enseñar junto al mar. Y se reunió alrededor de él tanta gente, que subió a una barca que estaba en el mar, y se sentó; mientras, la gente se quedaba en la orilla.

**2** Entonces les enseñaba por medio de parábolas muchas cosas. Les decía en su enseñanza:

**3**—Oíd: El sembrador salió a sembrar; **4** y, al sembrar, aconteció que una parte cayó junto al camino, y vinieron las aves del cielo y se la comieron. **5** Otra parte cayó en pedregales, donde no había mucha tierra, y brotó pronto, porque la tierra no era profunda; **6** pero cuando salió el sol se quemó, y como no tenía raíz, se secó. **7** Otra parte cayó entre espinos; y los espinos crecieron y la ahogaron, y no dio fruto. **8** Pero otra parte cayó en buena tierra, y dio fruto, pues brotó, creció y produjo a treinta, a sesenta y a ciento por uno.

**9** Entonces añadió:

—El que tiene oídos para oír, oiga.

**10** Cuando quedó solo, los que estaban cerca de él con los doce le preguntaron sobre la parábola. **11** Y les dijo:

—A vosotros os es dado saber el misterio del reino de Dios; pero a los que están fuera, por parábolas todas las cosas,

**12** para que viendo, vean y no perciban; y oyendo, oigan y no entiendan; para que no se conviertan y les sean perdonados los pecados.

**13 Y les dijo:**

**—¿No entendéis esta parábola? ¿Cómo, pues, entenderéis todas las parábolas? 14 El sembrador es el que siembra la palabra. 15 Los de junto al camino son aquellos en quienes se siembra la palabra, pero después que la oyen viene Satanás y quita la palabra que se sembró en sus corazones. 16 De igual modo, los que fueron sembrados en pedregales son los que, al oír la palabra, al momento la reciben con gozo; 17 pero no tienen raíz en sí y no se mantienen firmes; por eso, cuando viene la tribulación o la persecución por causa de la palabra, tropiezan. 18 Los que fueron sembrados entre espinos son los que oyen la palabra, 19 pero los afanes de este siglo, el engaño de las riquezas y las codicias de otras cosas, entran y ahogan la palabra, y la hacen infructuosa. 20 Y los que fueron sembrados en buena tierra son los que oyen la palabra, la reciben y dan fruto a treinta, a sesenta y a ciento por uno.**

*(Mateo 13:1-23; Lucas 8:4-15)*

Aunque Marcos nos ha presentado a Jesús como maestro desde el inicio de su evangelio, no registra en detalle sus conversaciones, sino que enfatiza más los milagros que hizo y la oposición que enfrentó. Cuando la oposición se hizo más enconada, Jesús apeló con mayor frecuencia al uso de las parábolas. Este capítulo de Marcos está dedicado casi por completo a las alegorías que dijo Jesús. Al hablar de esta forma, los adversarios del Señor quedaban imposibilitados de responderle de inmediato, a la vez que se veían obligados a deliberar en las respuestas que Jesús les daba, y con tiempo, llegar por sí mismos a la respuesta apropiada; el Señor quería que hicieran esto por lo menos.

La parábola, tal como el Salvador la empleó, era una historia de la vida real que se usaba para expresar una verdad espiritual. Esa no era una forma nueva de comunicación, como Natán lo demostró cuando empleó ese medio para hablarle a David en 2 Samuel 12:1-4. En boca de Jesús, la mayoría de las parábolas estaban directamente vinculadas con su persona y su obra

redentora. Aunque no revelaban de inmediato la verdad que portaban, el Señor no las empleaba con el propósito de ocultar la verdad, sino de estimular a sus oyentes a buscarla. Jesús, como lo podemos ver aquí y en los capítulos previos, era un verdadero maestro en el uso de las parábolas, y con frecuencia parece haberlas contado según las necesidades del momento.

En esta ocasión el Señor estaba otra vez por el Lago de Galilea; la multitud era tan grande que Jesús, como ya había hecho antes (3:9), se vio en la necesidad de hablarles desde una barca. Sentado en ella, instruía al pueblo que le escuchaba desde la orilla. Es indiscutible que poseía una voz tan potente que se hacía llegar desde la barca hasta sus oyentes.

Ese día los allí reunidos escucharon varias parábolas. La primera fue la parábola del sembrador. En adición, Marcos nos narra cómo más tarde en ese mismo día, después de que la multitud se hubo marchado, el Salvador les habló a sus discípulos acerca de las parábolas, su empleo, y el propósito de las mismas.

Las ilustraciones de Jesús eran familiares para sus oyentes; todos habían visto a los campesinos sembrar, o probablemente lo hubieran hecho ellos mismos. Algunas de las semillas, al ser esparcidas a mano, iban a caer en los senderos, o en pedregales, o entre espinos al lado de la buena tierra preparada para recibirla. Jesús comenzó la parábola diciendo: “Oíd”, y terminó con la expresión: “El que tiene oídos para oír, oiga”. Está muy claro: Jesús no estaba impartiendo una clase de agricultura para campesinos; su propósito era el mismo de siempre, y no podemos hacer otra cosa que imaginar las preguntas que se generarían. “¿Qué verdad espiritual nos habrá querido enseñar? ¿Qué es la semilla? ¿Quiénes son las aves? ¿Qué quiere decir eso de los pedregales y los espinos? ¿Cuál es la buena tierra?” Tal vez muchos de ellos llegaron a las respuestas apropiadas.

Sin embargo los doce y otros discípulos le pidieron más tarde a Jesús que les explicara esa parábola y especialmente las razones que tuvo para comunicar de esta manera su mensaje. En respuesta, Jesús les dijo primero que no les estaba ocultando ninguna verdad:

“A vosotros os es dado saber el misterio del reino de Dios”. Ese misterio consiste en la buena noticia de que Dios en su trato con los hombres ha enviado ahora a Aquél que será el Salvador y Redentor, a Cristo. Durante la época del Antiguo Testamento se había prometido su venida; ahora se podía revelar que el Mesías, que había de venir, ya había llegado y había comenzado su obra. Aún así, este misterio no era todavía un libro abierto; únicamente después de la resurrección y ascensión de Jesús, pudieron entender los discípulos más plenamente lo que ahora captaban de manera parcial.

Sin embargo, algunos de los que escucharon a Cristo nunca llegarían a entender. Como prueba de ello, citó en el versículo 12 las palabras de Isaías 6: 9-10. En el ministerio de Isaías llegó un momento en que mediante la predicación de este profeta, Dios en justo castigo endureció el corazón de muchos israelitas. Jesús se dio cuenta de que su ministerio encaraba una etapa similar; pero en ningún momento dijo que estas palabras de Isaías fueran a aplicarse a todos los que lo escuchaban.

Tampoco dijo que en nuestro presente ministerio esas palabras serían aplicables a nuestros oyentes. Sólo Dios puede juzgar eso, porque nosotros no podemos conocer los corazones de las personas. Cuando envió a los doce a predicar, Jesús les dijo: “Y si en algún lugar no os reciben ni os oyen, salid de allí y sacudid el polvo que está debajo de vuestros pies, para testimonio a ellos” (6:11). Pero la puerta al arrepentimiento permanece entreabierta todavía; es por ello que la comisión para los cristianos de hoy es: “Id por todo el mundo y predicad el evangelio a toda criatura” (16:15).

Cuando Jesús les explica la parábola a sus discípulos, es evidente que le ha decepcionado el que no la hubieran entendido puesto que la explicación es muy sencilla. En resumen, nos alerta sobre quiénes son los enemigos que atacan la predicación y la recepción de la Palabra, y de todos los obstáculos que se pueden interponer entre el mensaje y sus oyentes. Ellos son: Satanás, los problemas, la persecución, las preocupaciones de la vida, el



engaño de las riquezas y la codicia de las cosas ajenas. Todos estos pueden ser barreras entre la predicación y quien la escucha, hasta el punto de robarle la fe. Todos los predicadores han visto situaciones idénticas a las que Cristo les señaló aquí a sus discípulos. Pero también dice que siempre hay resultados y que la palabra nunca vuelve vacía; el buen terreno rinde fruto hasta treinta, sesenta, e incluso cien veces más de lo que allí fue sembrado.

Lo único que Jesús no explica en esta enseñanza es cómo podemos convertirnos en ese buen terreno. Ciertamente, nunca lo lograremos por nosotros mismos, porque por naturaleza estamos perdidos en nuestras faltas y pecados. Es la gracia de Dios la que abre nuestros corazones para oír y creer la palabra, la que nos capacita para producir los frutos de la fe. La parábola llama a quienes oímos el mensaje a estar alertas contra cualquier cosa que pueda impedir que nos convirtamos en un campo fructífero. Las palabras que Jesús le dirigió a la multitud son también para nosotros: “El que tiene oídos para oír, oiga”. Nuestros oídos son otros de los dones que Dios nos da.

Esta parábola, reconforta y consuela a los pastores fieles de hoy en día, como lo hizo con los discípulos y apóstoles. Su deber es sembrar la semilla, no son ellos los responsables de la cosecha. El Espíritu Santo se encargará de que la semilla produzca fruto, y no todos los terrenos rendirán lo mismo. Unos producirán treinta, otros sesenta y algunos cien veces lo sembrado. A pesar de toda oposición, siempre habrá cosecha.

*La lámpara es para ser puesta en el candelero*

**<sup>21</sup> También les dijo:**

**—¿Acaso se trae la luz para ponerla debajo de una vasija o debajo de la cama? ¿No es para ponerla en el candelero?**

**<sup>22</sup> Pues bien, nada hay oculto que no haya de ser manifestado, ni escondido que no haya de salir a luz. <sup>23</sup> Si alguno tiene oídos para oír, oiga.**

**<sup>24</sup> Les dijo también:**

**—Prestad atención a lo que oís, porque con la medida con que medís, os será medido, y aun se os añadirá a vosotros lo que oís, <sup>25</sup> porque al que tiene, se le dará; pero al que no tiene, aun lo que tiene se le quitará.**

*(Mateo 5:15; Lucas 8:16-18; 11:33)*

Después de interrumpir su relato para darnos la explicación que Jesús les dio a sus discípulos con relación a la parábola, y las razones que tenía para utilizarlas, Marcos nos narra otras parábolas que también fueron dichas por el Señor en esta ocasión. Todas ellas nos son familiares porque vemos similitudes con otras declaraciones de nuestro Señor que se registran en otros evangelios. En otras palabras, aunque Jesús usó frecuentemente ilustraciones parecidas, no siempre derivaba de ellas la misma aplicación.

En la primera parábola, la semilla es la palabra proclamada por Jesús, y más tarde por los discípulos hasta llegar a nuestros días. Esta palabra produce una cosecha, o como lo dice la parábola, es la que enciende la lámpara. ¿Qué se debe hacer con una lámpara encendida? Por supuesto que no será para esconderla debajo de un recipiente ni de una cama, sino ponerla sobre un sitio alto, de manera que relumbre su luz. A menudo los hombres ocultan lo que hacen, con el propósito que no se sepa nunca, como si no fuera a haber un día del juicio en que todo será revelado. Al contrario, Jesús quiere que su palabra, el relato de sus obras, se proclame. Esa luz comenzó a brillar en todo su esplendor en Pentecostés, tal como nos lo cuentan el libro de los Hechos y la historia de la iglesia.

En las palabras que siguen, nuestro Señor alerta a los creyentes para que no consideren como algo incidental ser una luz y compartir las buenas nuevas, porque la misma medida que usemos para compartirla con los demás, será la que se emplee para con nosotros. El compartir el evangelio nos lleva a escudriñar las Escrituras; mientras más lo hagamos, mayor será nuestra

comprensión de las bendiciones del evangelio de Dios. Desatender la adoración y la palabra nos lleva a la disminución de nuestro suministro espiritual hasta llegar al punto en que, si no nos arrepentimos y no recargamos nuestra lámpara, ésta se apagará. Ernest Hemingway, criado por padres cristianos escribió ya de adulto a uno de sus familiares: “Sí, todavía creo en Cristo, pero no se lo digan a nadie”. Ya sabemos cómo vivió y cómo acabó este hombre: suicidándose.

### *Parábola del crecimiento de la semilla*

#### **<sup>26</sup> Decía además:**

**«Así es el reino de Dios, como cuando un hombre echa semilla en la tierra. <sup>27</sup> Duerma y vele, de noche y de día, la semilla brota y crece sin que él sepa cómo, <sup>28</sup> porque de por sí lleva fruto la tierra: primero hierba, luego espiga, después grano lleno en la espiga; <sup>29</sup> y cuando el fruto está maduro, en seguida se mete la hoz, porque la siega ha llegado.»**

Esta parábola aparece solamente en Marcos.

Cada vez que Cristo habla del reino de Dios, la actividad predominante de su vida, sus palabras tienen siempre algo que ver con la semilla, el evangelio que trae a los hombres a la fe en Cristo Jesús. Y aquí lo hace hablando del poder y lo digno de confianza que es el mensaje del evangelio. Todo cuanto hay que hacer, y de hecho, todo lo que se puede hacer, es sembrar la semilla y proclamar la palabra. Ningún campesino, cuando planta una semilla, comprende cómo es que crece; el poder está en la semilla. Así pasa con el evangelio, se siembra y brota; y posteriormente madura y se cosecha. Las palabras de Cristo llevan el eco de las de Isaías 55:11: “así será mi palabra que sale de mi boca; no volverá a mí vacía, sino que hará lo que yo quiero, y será prosperada en aquello para lo cual la envié”.

La recolección de los frutos incluye también la cosecha final, cuando toda la humanidad pueda ver todo el fruto maravilloso que

el Señor produjo por medio de su palabra en este mundo de pecado. Pero aquí y ahora también se recoge lo sembrado en la vida de cada hijo de Dios en cuyo corazón la palabra ha echado raíces y ha crecido, hasta producir la fe que Dios usa una y otra vez para hacer que esta misma palabra llegue hasta otros. La cosecha no es obra del creyente, sino de Dios. Esta parábola reconfortó de modo muy especial a los apóstoles en el cumplimiento de la comisión que les dio Jesús. Algún tiempo después, el apóstol Pablo lo explicó de la siguiente manera en 1 Corintios 3:6,7: “Yo planté, Apolos regó; pero el crecimiento lo ha dado Dios; así que ni el que planta es algo, ni el que riega, sino Dios, que da el crecimiento”. No importa que haya ocasiones en que no veamos los resultados, de todas formas habrá cosecha, porque la semilla lleva en sí el poder de Dios.

Debemos aclarar las palabras del versículo 28 donde leemos: “De por sí lleva fruto la tierra” Eso parece que le concede a la tierra (el corazón humano) cierto grado de participación o crédito; pero no es así, pues en el original griego realmente significan que el fruto se produce “espontáneamente,” “automáticamente,” o “como cosa natural”. El corazón de la persona es solamente el sitio donde tiene lugar el cambio que causa el poder que de por sí tiene la Palabra de Dios. De no ser de esta manera, estaríamos todos sin esperanzas, porque por naturaleza somos corruptos e impíos, y rechazamos la gracia divina. Es solamente Dios quien vence nuestra oposición y nos trae a la fe. Nosotros predicamos y enseñamos fielmente la palabra; el resto lo hace Dios.

### *Parábola de la semilla de mostaza*

#### **<sup>30</sup> Decía también:**

**«¿A qué compararemos el reino de Dios? ¿Qué parábola nos servirá para representarlo? <sup>31</sup> Es como el grano de mostaza, que cuando se siembra es la más pequeña de todas las semillas que hay en la tierra, <sup>32</sup> pero después de sembrado crece y se hace la mayor de todas las hortalizas, y echa**

**grandes ramas, de tal manera que las aves del cielo pueden morar bajo su sombra.»**

*(Mateo 13:31, 32; Lucas 13:18,19)*

Como Jesús quería que sus oyentes, y sobre sus discípulos, atendieran a sus palabras, comenzó con el planteamiento de dos preguntas para captar así su atención.

Les habló nuevamente de la predicación del evangelio, y lo hizo empezando por reconocer que desde el punto de vista del mundo, el evangelio no parecía ser gran cosa. Se trataba de un reino sin territorio, sin ejércitos, y menos un rey majestuoso. Cuando Cristo proclamó la palabra, los líderes de la nación, los sacerdotes, los fariseos, los maestros de la ley, los adinerados saduceos, no lo siguieron. Muy al contrario, lo ridiculizaron, e indiscutiblemente esto a menudo inquietó a sus oyentes. Incluso, hasta los mismos apóstoles tuvieron ideas equivocadas (véase Hechos 1:6), lo que demuestra cuánto necesitaban de ésta y de otras parábolas similares.

El reino de Dios no es para ser evaluado según sus formas y aspectos exteriores. Sus comienzos en la era del Nuevo Testamento eran tan modestos que fueron casi invisibles. Pese a ello, Cristo continuó les diciendo a sus discípulos: “No os preocupéis; los frutos eternos serán en verdad abundantes”. Esta es la parábola paralela de la semilla de mostaza, la más pequeña de todas las habitualmente plantadas, y la que se convierte en una de las hortalizas de mayor tamaño del jardín. Algunas veces alcanza alturas entre los dos y tres metros, lo suficiente como para que las aves se posen en ella usando su sombra. No podemos predecir el tamaño final del reino de Dios por el tamaño inicial de la semilla; el evangelio tiene un poder y una vitalidad extraordinarios.

*Un breve resumen*

**<sup>33</sup> Con muchas parábolas como éstas les hablaba la palabra, conforme a lo que podían oír. <sup>34</sup> Y sin parábolas no les**

**hablaba; aunque a sus discípulos se lo explicaba todo en privado.**

Marcos no dice que Jesús habló únicamente en parábolas, pero sí que siempre las empleaba al comunicarse con la gente. No debemos olvidar que sus oyentes disponían del Antiguo Testamento. Las parábolas le permitían a Cristo adecuar la enseñanza al nivel de comprensión de quienes le escuchaban y también porque el evangelio aún no se había consumado. Mientras esto no ocurriese, Jesús no podía hablar de una manera más clara.

A los apóstoles, y a los discípulos que lo habían confesado, les explicó las parábolas de modo más completo. Pero cuando comenzó a predecir su sufrimiento y muerte, ni aún sus apóstoles entendieron y procuraron disuadirlo desde entonces hasta el último momento en el jardín de Getsemaní. Muy diferente resultó la actitud que asumieron cuando todo se cumplió y Cristo derramó su Espíritu sobre ellos. La predicación de ellos también se hizo diferente; ya no había parábolas, sino una sucesión de verdades evangélicas. Fue entonces cuando estas ilustraciones se convirtieron en palabras de verdadera sabiduría tanto para ellos como para los demás. Pero en aquellos momentos, si Cristo les hubiese enseñado empleando un método más directo habría producido interferencias en el plan de salvación divino (Juan 6:14, 15). Lo mismo hubiera ocurrido si Jesús no les hubiera prohibido a los espíritus malignos (1:34), y a quienes estaban poseídos por ellos (1:25), que dieran testimonio de que él era el Hijo de Dios.

*Jesucristo calma la tempestad*

<sup>35</sup> **Aquel día, cuando llegó la noche, les dijo:**

**—Pasemos al otro lado.**

<sup>36</sup> **Una vez despedida la multitud, se lo llevaron tal como estaba en la barca. También había otras barcas.** <sup>37</sup> **Pero se levantó una gran tempestad de viento que echaba las olas en la barca, de tal manera que ya se anegaba.** <sup>38</sup> **Él estaba en la**

**popa, durmiendo sobre un cabezal. Lo despertaron y le dijeron:**

—**¡Maestro!, ¿no tienes cuidado que perecemos?**

<sup>39</sup> **Él, levantándose, reprendió al viento y dijo al mar:**

—**¡Calla, enmudece!**

**Entonces cesó el viento y sobrevino una gran calma.** <sup>40</sup> **Y les dijo:**

—**¿Por qué estáis así amedrentados? ¿Cómo no tenéis fe?**

<sup>41</sup> **Entonces sintieron un gran temor, y se decían el uno al otro:**

—**¿Quién es éste, que aun el viento y el mar lo obedecen?**

*(Mateo (8:18, 23-27; Lucas 8:22-25)*

El día había sido agotador; al llegar la tarde, el Señor se disponía a estar a solas con sus discípulos, alejado de la muchedumbre. Estaba cansado, pero alguien necesitaba con desesperación su ayuda en la orilla opuesta del lago de Galilea, y él lo sabía. Al mismo tiempo habría de enseñarles a sus discípulos una importante lección.

Aunque rodeado por altas colinas, el Lago de Galilea es escenario de súbitas tormentas; una de ellas se desencadenó abruptamente. Jesús dormía en la popa de la embarcación con la cabeza apoyada sobre una almohada, manifestando así su naturaleza verdaderamente humana. La tormenta, cuya extraordinaria intensidad podemos juzgar por la reacción de los discípulos, amenazaba con hundir la embarcación por el alto oleaje. Aunque los discípulos eran expertos marineros de aquellas aguas, habían llegado a perder el control de la barca y el temor a morir se apoderó de ellos. Abrumados por ese sentimiento despertaron a Cristo, y en las palabras de ellos se aprecia la fe y a la vez un tono de reproche. Cristo les podía ayudar, lo sabían, pero ¿por qué no lo había hecho ya? Les parecía como si al Señor no le importara el peligro presente. No estaban pensando claramente, ni aplicando a sus circunstancias todo lo que habían aprendido previamente como testigos de las obras del Señor.



*Jesús calma la tempestad*



Cristo les dio una respuesta con la que les demostró de manera definitiva que no era sólo un hombre en contacto con Dios, sino que poseía en sí mismo el poder de Dios. En la creación Dios habló, y así fue. Aquí Jesucristo dijo, “¡Calla, enmudece!” y el viento y las olas le obedecieron. De hecho, sobrevino una gran calma, algo totalmente fuera de lo normal en el curso de estos fenómenos.

Las siguientes palabras de Cristo obligaron a los discípulos a reconocer su propia debilidad espiritual. “¿Por qué sois tan miedosos? ¿Cómo es que no tenéis fe?” Ya era hora de reconocer que teniendo a Cristo con ellos, fuese dormido o despierto, estaban a salvo. Lo habían llamado

Maestro, pero no habían tomado a pecho sus enseñanzas. Lo que los discípulos aprendieron de esta experiencia es igualmente necesario que nosotros lo aprendamos. Nuestro mundo sigue y seguirá estando bajo el control de nuestro Dios, el Creador del universo.

Un asombro reverencial llenó el corazón de los discípulos, “¿Quién es éste?” Es aquél a quien el viento y las olas obedecen. Así Jesús fortaleció la fe de ellos, y los discípulos se dieron cuenta de que él era más que un mero hombre. Él es el verdadero Hijo de Dios.

Al leer este relato, y compararlo con los demás evangelios, nos asombra la cantidad de detalles que aporta Marcos, lo cual nos indica que éstos sólo pudieron haber sido provistos por un testigo ocular, el apóstol Pedro, maestro de Marcos.

¿Qué pasó con las otras embarcaciones? Quizás habrían regresado mientras Jesús y los discípulos se alejaban. De cualquier manera, de haber estado su vida en peligro, Cristo les hubiera salvado como lo hizo con los apóstoles. Pero no debemos interpretar mal el hecho de que el Señor haya rescatado a sus discípulos e impedido la muerte de los pasajeros de las otras embarcaciones. Pensar que el Señor vendrá en nuestro socorro cuando nos ponemos a sabiendas y sin necesidad en situaciones

riesgosas, es aplicar impropriamente la fe y las enseñanzas de lo que sucedió en el mar de Galilea. En esta situación, fue el propio Señor quien les dijo a los discípulos: “Pasemos al otro lado”. Ellos no sabían de antemano acerca de la tormenta ni habían escogido deliberadamente arriesgarse.

*Jesús sana al endemoniado gadareno*

**5** Vinieron al otro lado del mar, a la región de los gadarenos. <sup>2</sup> Cuando salió él de la barca, en seguida vino a su encuentro, de los sepulcros, un hombre con un espíritu impuro <sup>3</sup> que habitaba en los sepulcros y nadie podía atarlo, ni aun con cadenas. <sup>4</sup> Muchas veces había sido atado con grillos y cadenas, pero las cadenas habían sido hechas pedazos por él, y desmenuzados los grillos. Nadie lo podía dominar. <sup>5</sup> Y siempre, de día y de noche, andaba gritando en los montes y en los sepulcros, e hiriéndose con piedras. <sup>6</sup> Cuando vio, pues, a Jesús de lejos, corrió y se arrodilló ante él. <sup>7</sup> Y clamando a gran voz, dijo: —¿Qué tienes conmigo, Jesús, Hijo del Dios Altísimo? ¡Te conjuro por Dios que no me atormentes! <sup>8</sup> (Porque le decía: «Sal de este hombre, espíritu impuro.») <sup>9</sup> Jesús le preguntó: —¿Cómo te llamas? Y respondió diciendo: —Legión me llamo, porque somos muchos. <sup>10</sup> Y le rogaba mucho que no los enviara fuera de aquella región. <sup>11</sup> Estaba allí cerca del monte un gran hato de cerdos paciendo. <sup>12</sup> Y le rogaron todos los demonios, diciendo: —Envíanos a los cerdos para que entremos en ellos. <sup>13</sup> Jesús, de inmediato, les dio permiso. Y saliendo aquellos espíritus impuros, entraron en los cerdos, los cuales eran como dos mil. El hato se precipitó al mar por un despeñadero, y en el mar se ahogaron.

**14 Los que cuidaban los cerdos huyeron y dieron aviso en la ciudad y en los campos. Y la gente salió a ver qué era aquello que había sucedido. 15 Llegaron a Jesús y vieron al que había estado atormentado por el demonio, el que había tenido la legión, sentado, vestido y en su juicio cabal; y tuvieron miedo. 16 Y los que lo habían visto les contaron lo que le había acontecido al que había tenido el demonio, y lo de los cerdos. 17 Entonces comenzaron a rogarle que se fuera de sus contornos.**

**18 Al entrar él en la barca, el que había estado endemoniado le rogaba que lo dejara quedarse con él. 19 Pero Jesús no se lo permitió, sino que le dijo:**

**—Vete a tu casa, a los tuyos, y cuéntales cuán grandes cosas el Señor ha hecho contigo y cómo ha tenido misericordia de ti. 20 Él se fue y comenzó a publicar en Decápolis cuán grandes cosas había hecho Jesús con él; y todos se maravillaban.**

*(Mateo 8:28-34; Lucas 8:26-39)*

¿Puede quien calmó la tormenta en el mar calmar las tormentas en el corazón humano? ¿Puede satisfacer nuestras necesidades espirituales al igual que nuestras necesidades materiales? Veamos lo que ocurrió en la otra orilla del lago.

El territorio ubicado al este del lago de Galilea estaba poblado mayormente por una mezcla de judíos y gentiles. En algunos manuscritos se le llama la región de los gerasenos (traducción literal del griego, aunque la RV95 traduce gadarenos), como la denominan Marcos y Lucas, mientras que en Mateo aparece como la región de los gadarenos. Gadara era una de las principales ciudades que componían una federación llamada la Decápolis, es decir, “diez ciudades”, y Gerasa era el nombre de otra población ubicada en esa zona, por lo tanto los tres evangelistas se refieren a un mismo territorio. Cada uno de estos hombres aporta sus detalles particulares a la narración. Mateo nos habla de dos

endemoniados; Marcos y Lucas se centran en el vocero, sin querer decir con esto que no había otro además de éste. En el sitio donde la embarcación tocó tierra había un acantilado y numerosas tumbas.

La posesión demoniaca no es un trastorno mental, sino una situación en la cual la personalidad del individuo está bajo el control de un espíritu maligno. Lo horrible de la posesión demoniaca se ve claramente en la descripción que hace Marcos. El dicho de, “¡el diablo no suelta cuando agarra!” se ve ejemplificado en la situación de este hombre. Satanás no lo dejaba en paz ni de noche ni de día. El dolor físico y la tortura, Marcos nos narra que se hería con piedras, son tan grandes como el dolor y la tortura espirituales.

Felizmente, alguien mucho más poderoso que Satanás había llegado al lugar, y los demonios lo reconocían. Tan pronto como el hombre vio a Jesús, cayó de rodillas ante él; ese no fue un acto de adoración, sino de reconocimiento de Jesús como el más grande y superior; él sabía quién era Jesús, y por eso clamó: “Jesús, Hijo del Dios Altísimo”. El demonio no ignoraba que la misión de Jesús era derrotar a Satanás y sus huestes. También sabía el fin que le aguardaba, pues le dijo a Jesús: “Te conjuro por Dios que no me atormentes”. Después de eso le rogó a Cristo que no los echara fuera del área, enviándolos de regreso al infierno, detalle que Mateo y Lucas recogen en sus relatos.

Para enseñanza de los discípulos que lo acompañaban, Jesús le preguntó al demonio cuál era su nombre y él le respondió diciendo que se llamaba “legión”. Ese era el nombre que se le daba a un grupo de soldados del ejército romano integrado por 6.000 efectivos, y nos indica que no era un solo demonio el que temblaba atemorizado ante Jesús, sino un buen número de ellos. Jesús les concedió el permiso que le pidieron para entrar a una piara de unos 2.000 cerdos que pacían en una colina cercana, y los animales poseídos por los demonios se arrojaron en alocada carrera por la ladera del acantilado hacia el lago, donde perecieron ahogados. Los demonios son siempre destructivos.

Los dueños de los cerdos, judíos apóstatas y gentiles, no acusaron a Jesús por la pérdida de los animales. Los primeros reconocieron que la posesión y la crianza de esos animales era una violación de las leyes ceremoniales del Antiguo Testamento, y por lo tanto esa era una prueba de que no eran verdaderos creyentes. Los segundos, a pesar de la pérdida económica quedaron paralizados de temor cuando escucharon las palabras que en referencia a Cristo pronunció el endemoniado; pero cuando lo vieron sentado, vestido y en su sano juicio, y cuando oyeron de los testigos presenciales todo lo que había ocurrido, el miedo se apoderó de ellos. En lugar de sentirse felices por la curación que había ocurrido, y alabar por ello a Dios, se dirigieron a Jesús y, “comenzaron a rogarle que se fuera de sus contornos”. También hoy día, hay gente que no recibe a Jesús en su corazón porque no les resulta compatible con su estilo de vida.

Jesús se marchó porque él no le impone a nadie su presencia. El hombre que fue sanado, no sabiendo que el señor tenía una misión para él, le rogó que le permitiera acompañarlo, pero Jesús no se lo permitió, sino que lo dejó allí para que diera testimonio de lo que había ocurrido. Y eso hizo el hombre, compartió con sus familiares y con todos en la Decápolis las buenas nuevas de lo que el Señor había hecho por él. Eso impresionó profundamente a muchos de los que lo escucharon, entre ellos numerosos gentiles. Ese hombre cumplió tan cabalmente el encargo, que cuando Jesús regresó otra vez al lugar, no le pidieron que se marchase, sino que le dieron la bienvenida (véase Mateo 15:29-31 y Marcos 7:31-36). De modo que la primera estancia en Decápolis resultó importante para el Señor, porque levantó allí un testigo de su obra en medio de un territorio de numerosa población gentil.

Cada uno de nosotros tiene familiares, amigos, conocidos y vecinos que están tan necesitados del evangelio como lo estaba la gente de la Decápolis. Ellos enfrentan el mismo final a menos que lleguen al conocimiento de Cristo; necesitan nuestra intercesión y que les hablemos de Cristo. Nosotros podemos ser para ellos lo

que el ex-poseído fue para la gente de las diez ciudades. Digámosles lo que Dios ha hecho por nosotros, y lo que está dispuesto a hacer por ellos.

*Una niña muerta y una mujer enferma*

**<sup>21</sup> Al pasar otra vez Jesús en una barca a la otra orilla, se reunió a su alrededor una gran multitud; y él estaba junto al mar. <sup>22</sup> Y vino un alto dignatario de la sinagoga, llamado Jairo. Al verlo, se postró a sus pies, <sup>23</sup> y le rogaba mucho, diciendo:**

**—Mi hija está agonizando; ven y pon las manos sobre ella para que sea salva, y viva.**

**<sup>24</sup> Fue, pues, con él, y lo seguía una gran multitud, y lo apretaban. <sup>25</sup> Pero una mujer que desde hacía doce años padecía de flujo de sangre, <sup>26</sup> y había sufrido mucho a manos de muchos médicos, y había gastado todo lo que tenía y de nada le había servido, antes le iba peor, <sup>27</sup> cuando oyó hablar de Jesús se acercó por detrás entre la multitud y tocó su manto, <sup>28</sup> porque decía: «Si toco tan sólo su manto, seré salva.» <sup>29</sup> Inmediatamente la fuente de su sangre se secó, y sintió en el cuerpo que estaba sana de su azote. <sup>30</sup> Luego Jesús, conociendo en sí mismo el poder que había salido de él, volviéndose a la multitud, preguntó:**

**—¿Quién ha tocado mis vestidos?**

**<sup>31</sup> Sus discípulos le dijeron:**

**—Ves que la multitud te aprieta, y preguntas: “¿Quién me ha tocado?”**

**<sup>32</sup> Pero él miraba alrededor para ver quién lo había hecho.**

**<sup>33</sup> Entonces la mujer, temiendo y temblando, sabiendo lo que en ella había sido hecho, vino y se postró delante de él y le dijo toda la verdad.**

**<sup>34</sup> Él le dijo:**

**—Hija, tu fe te ha salvado. Vete en paz y queda sana de tu enfermedad.**

**<sup>35</sup> Mientras él aún hablaba, vinieron de casa del alto dignatario de la sinagoga, diciendo:**

**—Tu hija ha muerto, ¿para qué molestas más al Maestro?**

**<sup>36</sup> Pero Jesús, luego que oyó lo que se decía, dijo al alto dignatario de la sinagoga:**

**—No temas, cree solamente.**

**<sup>37</sup> Y no permitió que lo siguiera nadie sino Pedro, Jacobo y Juan, hermano de Jacobo. <sup>38</sup> Vino a casa del alto dignatario de la sinagoga, y vio el alboroto y a los que lloraban y lamentaban mucho. <sup>39</sup> Entró y les dijo:**

**—¿Por qué alborotáis y lloráis? La niña no está muerta, sino dormida.**

**<sup>40</sup> Y se burlaban de él. Pero él, echando fuera a todos, tomó al padre y a la madre de la niña, y a los que estaban con él, y entró donde estaba la niña. <sup>41</sup> Tomó la mano de la niña y le dijo:**

**—¡Talita cumi! (que significa: “Niña, a ti te digo, levántate”).**

**<sup>42</sup> Inmediatamente la niña se levantó y andaba, pues tenía doce años. Y la gente se llenó de asombro. <sup>43</sup> Pero él les insistió en que nadie lo supiera, y dijo que dieran de comer a la niña.**

*(Mateo 9:18-26; Lucas 8:41-56)*

Jairo intercede por su hija

Papías, uno de los padres de la iglesia y discípulo del apóstol Juan, escribió que este último le había dicho a Marcos que “escribiera con exactitud, aunque no en orden, todo lo que recordara” haber escuchado de Pedro respecto a Jesús; Marcos a menudo recopila relatos que hacen énfasis en la misma cosa, como en esta ocasión en la que varios pasajes demuestran el milagroso poder del Señor. Por su parte, Mateo relata que después de haber sanado a los dos endemoniados, Jesús retornó a Capernaúm donde curó a un paralítico, llamó a Mateo (Leví) para que fuera su discípulo, cenó con recaudadores de impuestos y “pecadores” en

casa de Mateo, regresó al lago y allí les respondió a los discípulos de Juan que le preguntaron acerca del ayuno. Es entonces cuando Mateo introduce el episodio de la hija de Jairo; en tanto que en Marcos estos eventos fueron mencionados en el capítulo 2 de su evangelio. Está claro que Marcos tenía otro propósito al mencionar el evento, y por ello no siguió el orden cronológico.

Debemos tener en cuenta todo esto de modo que al comparar los evangelios no busquemos contradicciones donde no las hay. En lugar de eso, busquemos los propósitos que tenían los escritores cuando registraron acontecimientos específicos. Los propósitos fueron muy diferentes en lo que se refiere a la narración de la Semana Santa. El orden es cronológico en todos los evangelios, aunque en esto tampoco ninguno de ellos registró todos los detalles, sino sólo los que el Espíritu santo les inspiró que incluyeran de acuerdo con el fin para el cual escribían.

Mateo sintetiza el relato y recoge sólo una expresión de Jairo, en la que dice: “Mi hija acaba de morir”; Marcos incluye más detalles de lo que ocurrió, anotando que Jairo dijo: “Mi hijita está a punto de morir”, y que poco después llegaron unos que venían de su casa u le dijeron: “Tu hija ha muerto”. Mateo se limita a señalar el milagro de Jesús, Marcos se extiende en su relato para mostrarnos cómo Jesús nutrió y fortaleció la fe de este dirigente de la sinagoga.

Es de señalar la posición de Jairo como uno de los principales de la sinagoga. Esos hombres eran laicos que estaban a cargo de los deberes administrativos de la sinagoga, algo muy similar a lo que hacen los miembros del concilio de una iglesia de nuestros días. Eran hombres prominentes, pero la mayoría de ellos, como veremos más adelante, no creían en el Señor y se le oponían. Sin embargo, en esta apremiante situación, este dirigente de la sinagoga busco a Jesús, y dejando a un lado su dignidad, cayó de rodillas ante él con una petición. El amor por su hija lo llevó a Cristo, porque se dio cuenta de que sólo él lo podía ayudar. El Señor no rechazó a Jairo (todos los que acuden a él siempre son bienvenidos). Pero la verdadera fe en Jesús tenía que venir no sólo



en virtud de las preocupaciones y las necesidades; Jairo tenía que reconocer a Jesús por lo que él es verdaderamente, no solamente como sanador, sino como Hijo de Dios hecho hombre. Y Jairo estaba próximo a que se lo enseñara por medio de una interrupción inesperada mientras iba camino a su casa.

### La mujer que padecía de flujo de sangre es sanada

Una gran multitud seguía a Jesús, y lo presionaba por todos lados; entonces se produjo un toque que Jesús reconoció de inmediato como distinto a los demás; fue un toque de fe que imploraba su ayuda. Se trataba de una mujer que había padecido por doce años de sangrados hemorrágicos; había consultado a todos los médicos que podía sin haber recibido ningún beneficio; de hecho, su situación empeoró en lugar de mejorar; y también había gastado todo su dinero porque las consultas con los médicos eran tan costosas como hoy. Pero había oído de Jesús, y lo que oyó de él fue suficiente para hacer brotar la fe en su corazón y la convicción de que sólo Jesús podía sanarla. Ateniéndonos a las curaciones del Señor, que hasta este momento aparecen reseñadas por Marcos, la mujer podía haber sabido de sólo dos de ellas: la del paralítico y la del leproso. Por lo tanto, eran razones más que suficientes para estar segura de que ella también recibiría ayuda.

La enfermedad de esta mujer, de haberse tratado como es de suponer, de un flujo similar al de una menstruación continua, constituía motivo de constante vergüenza e impureza ceremonial que le impedían concurrir al templo y a la sinagoga. Esquivada por todos los que conocían su problema, era una mujer solitaria, pobre y enferma, pero tenía una gran esperanza. Apenada hasta el punto de no que no quería pedir ayuda públicamente, se dijo para sí misma: “Si toco tan sólo su manto, seré salva”; rápidamente hizo tal como había pensado y al instante sintió la curación de su cuerpo.

Jesús también lo supo. Se dio cuenta que había salido poder de él. Y sabía así mismo a quién había sanado. Al indagar, y mirar

en su derredor, quiso que la mujer se adelantara y acercara a él para corregir a sus discípulos y edificar la fe de ella. La Biblia de las Américas, en contraste a otras, traduce con mayor precisión el versículo 32 de este capítulo cuando dice: “pero él miraba a su alrededor para ver a *la* (mujer) que lo había hecho”. Con miedo y temblando, la mujer se adelantó y le dijo toda la verdad. ¿Tendría temor de que el Señor deshiciera el milagro, o la reprendiera por no haber seguido lo estaba prescrito en la ley levítica?

No sabemos lo que estaba pensando, pero sí sabemos cuáles fueron las palabras de Jesús; él la llamó afectuosamente “hija”, con mucho cariño, aunque es muy probable se tratara de una mujer con más edad que él. Las palabras, “tu fe te ha salvado”, es decir, tu fe en mi capacidad y deseo de sanarte te ha dado la curación. Con los términos: “Vete en paz y queda sana de tu enfermedad”, Cristo le aseguró que estaba completa y definitivamente libre de sus sufrimientos y no estaba soñando; su padecimiento nunca volvería. La mujer le había dicho a Jesús “toda la verdad”, y seguramente la mención que hizo de sus doce años de enfermedad debió haber sorprendido a Jairo, cuya hija contaba precisamente con esa edad. ¡La fe de este hombre se fortaleció aún más al ver este milagro que hizo Jesús! No hay duda de que ésta también fue la razón por la que Cristo permitió que la mujer diera su testimonio.

### La hija de Jairo resucitada de entre los muertos

Precisamente en esos momentos se presentó una situación que puso a prueba la fe de Jairo. Unos hombres que llegaban de su casa le llevaron la noticia de que su hija había fallecido. Era una noticia demoledora y concluyente. ¡Ni aún Jesús podía hacer algo en cuanto a la muerte! El consejo que le dieran a continuación: “¿para qué molestas más al maestro?, era lógico, como lo habían sido las palabras de los discípulos que se registran en el versículo 31. Si Jesús hubiera sido simplemente un maestro más, estas expresiones habrían sido ciertamente aplicables a las circunstancias; pero

Jesucristo era y es, tal como Marcos nos lo presenta al principio de su evangelio, el Hijo de Dios. El milagro que en estos momentos estaba por ocurrir sería la prueba más convincente de esa verdad.

Antes de que Jairo pudiera decir algo, probablemente una disculpa por haber molestado a Cristo, Jesús le dijo: “No temas, cree solamente”. El angustiado padre confió en Jesús y lo siguió hacia su hogar. Jesús despidió a la multitud que lo seguía, porque sin duda lo estaban haciendo más como ansiosos espectadores de curaciones milagrosas que como discípulos del Salvador prometido, pero llevó con él a Pedro, Juan y Jacobo para que dieran testimonio del hecho. A partir de entonces, iban a ser testigos especiales de Cristo en ocasiones en las que muchos hubieran sido demasiado, y uno solo no hubiera sido suficiente (véase 2 Corintios 13:1).

¿Estaba realmente muerta la niña? Las evidencias de la realidad de la muerte de la niña son claras y abundantes. Cuando Jesús, Jairo y los tres discípulos arribaron a la casa, ya estaban allí las plañideras profesionales para participar en el funeral; la sepultura tenía lugar usualmente en el día del fallecimiento o a la mañana siguiente. Todos los que estaban presentes sabían que la niña estaba muerta, y por esa razón, cuando Jesús dijo: “La niña no está muerta, sino dormida... se burlaban de él”. Ellos creían que estaban mejor informados.

Sin embargo, frente al poder de Dios, la muerte no es más que un sueño. El padre y la madre de la niña, así como los discípulos, estaban a punto de descubrir esa verdad. Jesús tomó a la niña por la mano y le dijo: “*Talita cumi,*” e inmediatamente la niña se levantó y anduvo.

Marcos anota las palabras de vida tal como las pronunció Jesús en el idioma arameo, de modo que podemos oír la misma expresión que escuchó Pedro, como testigo del hecho, y que el evangelista oyó muchas veces de boca del apóstol. No hay duda, Jesús es en verdad el Señor de la vida y de la muerte.

¡Cuántas veces le contarían sus padres a la niña lo que Jesús había hecho por ella! Ni a la multitud ni a las plañideras profesionales se les había permitido presenciar el milagro. Jesús les ordenó a los padres que no les contaran a otros lo ocurrido, pero la existencia misma de la niña impedía que el incidente se mantuviera en secreto.

Jesús también demostró preocupación, la llamó “niña”, usó la misma palabra que había usado Jairo cuando le dijo “mi hija está agonizando”. Jesús les dijo a los padres de la niña que le dieran algo de comer, pues ellos estaban tan llenos de gozo que no habían pensado en eso, y Jesús sabía que después de la enfermedad su cuerpo necesitaba alimento. Totalmente restablecida, la niña siguió su vida normal, necesitando del vestido, alimento, y otras cosas que los padres proveen gustosamente para sus hijos.

Es importante que analicemos, captemos y grabemos en el corazón el significado de este milagro; a no ser que estemos vivos para cuando llegue el juicio final, también nosotros tendremos que morir. Así ha sido con nuestros seres queridos, con nuestros conocidos, y con las generaciones pasadas. Pero la muerte no es el fin, el eterno Hijo de Dios la venció, no sólo para beneficio de la hija de Jairo, sino también para usted y para mí, al pagar por los pecados de todos nosotros. Murió en nuestro lugar y nos ha dado la promesa de la resurrección. Nuestra muerte será también un sueño del que despertaremos mediante el poder de su palabra, para vivir con él eternamente. Recordemos que Cristo no hizo esto en secreto, hubo cinco testigos presenciales, tres de los cuales eran discípulos suyos, que después lo proclamaron como el Señor de la vida. Este milagro narrado por Marcos es al mismo tiempo una proclamación de la deidad de Jesús y nos da la seguridad de nuestra salvación.

*Un profeta sin honor*

**6** Salió Jesús de allí y vino a su tierra, y lo seguían sus discípulos. <sup>2</sup> Cuando llegó el sábado, comenzó a enseñar en la sinagoga; y muchos, oyéndolo, se admiraban y preguntaban:

—¿De dónde saca éste estas cosas? ¿Y qué sabiduría es ésta que le es dada, y estos milagros que por sus manos son hechos? <sup>3</sup> ¿No es éste el carpintero, hijo de María, hermano de Jacobo, de José, de Judas y de Simón? ¿No están también aquí con nosotros sus hermanas?

Y se escandalizaban de él.

<sup>4</sup> Pero Jesús les dijo:

—No hay profeta sin honra sino en su propia tierra, entre sus parientes y en su casa.

<sup>5</sup> No pudo hacer allí ningún milagro, salvo que sanó a unos pocos enfermos poniendo sobre ellos las manos. <sup>6</sup> Y estaba asombrado de la incredulidad de ellos.

Y recorría las aldeas de alrededor, enseñando.

*(Mateo 13:54-58; Lucas 4:16-30)*

Marcos no hace énfasis en el mensaje que proclamó Jesús, sino en la reacción hostil de quienes lo escuchaban. El relato que nace Marcos es casi idéntico al que hace Mateo. Lucas nos dice con algún detalle lo que predicó Jesús en la sinagoga aquél sábado cuando se identificó a sí mismo como el Salvador prometido.

En compañía de sus discípulos, Jesús llegó a Nazaret, su pueblo natal, no en visita de familia, sino como rabí, es decir, como maestro. La sinagoga a la que acudió era la misma a la que había asistido cuando era niño, cuando era adolescente y siendo adulto joven. Los allí estaban presentes ese día lo conocían bien. Jesús había ido a compartir con ellos el evangelio, pero ellos no estaban dispuestos a aceptarlo como la personificación del evangelio. En cierto sentido este incidente constituyó un entrenamiento para los discípulos, que en poco tiempo iban a sufrir el mismo rechazo

cuando proclamaran las buenas nuevas. Entonces podrían decir: “¡Hicieron lo mismo con nuestro Maestro!”

Los asistentes a la sinagoga estaban asombrados ante las enseñanzas de Jesús y por sus milagros, de los que habían oído hablar. Para ellos Jesús no era más que un carpintero, hijo de María, con cuatro hermanos, y cuyas hermanas casadas vivían en Nazaret. Así le veían como un individuo más de entre ellos, una persona común y corriente que se había ganado el pan con sus propias manos. ¿Cómo es que podía proclamar que era profeta y que era el cumplimiento de las Escrituras? ¡Eso ya era el colmo! Y rechazándolo airadamente, intentaron arrojarlo desde un despeñadero que había en los límites de la ciudad (véase Lucas 4:28-30). Como el día finalizó con ese atentado contra la vida de Jesús, las sanaciones que se mencionan en el versículo cinco fueron sin duda efectuadas antes de que tuvieran lugar los servicios del sábado en la sinagoga, quizás el viernes. Pero aún así, sólo unos pocos le llevaron sus enfermos a Jesús. La apatía y la falta de fe prevalecían en todo el pueblo. Al tratarse de gente que había estudiado el Antiguo Testamento en la sinagoga, como lo había hecho el propio Jesús cuando vivía en medio de ellos, no sorprende que nuestro Señor, “estaba asombrado de la incredulidad de ellos”; no tenían excusa para no reconocerlo como profeta de Dios y como su Salvador, porque conocían las Escrituras.

Antes de dejar atrás este amargo día en la vida de nuestro Señor, tenemos que fijarnos en otros pocos hechos que Marcos nos expone, cuando nos habla de cuatro hermanos de Jesús, así como de sus hermanas. ¿De quienes se trata? No hay ninguna razón para tener dudas de que fueran hijos de María y de José, procreados después del nacimiento virginal de Jesús. A diferencia de las hermanas, los hermanos parece que ya no vivían en Nazaret. Con anterioridad oímos una vez acerca de ellos en el Evangelio de Marcos cuando estaban en Capernaúm (3:31-35) hacia donde Jesús había mudado a su familia después del episodio de las bodas en Caná de Galilea. No fue hasta después de la resurrección de Jesús que sus hermanos se hicieron creyentes.

Lo que le sucedió sucedido a Cristo en Nazaret también nos puede ocurrir a nosotros; el hecho de que seamos seguidores del Señor no garantiza que todos nuestros conocidos, vecinos y parientes le van a dar la bienvenida al mensaje del evangelio, ni siquiera nuestros propios hijos. Hay ocasiones en las que estamos solos, siendo objeto de las burlas y el ridículo por parte de nuestros conocidos. El saber que el Señor enfrentó los mismos problemas nos ayudará a vencer esa situación.

***Se aproxima el fin del ministerio de Jesús en Galilea y regiones circunvecinas.***

*Jesús envía a los Doce*

**<sup>7</sup> Después llamó a los doce y comenzó a enviarlos de dos en dos, y les dio autoridad sobre los espíritus impuros. <sup>8</sup> Les mandó que no llevaran nada para el camino, sino solamente bastón. Ni bolsa, ni pan, ni dinero en el cinto; <sup>9</sup> sino que calzaran sandalias y no llevaran dos túnicas. <sup>10</sup> Y añadió: —Dondequiera que entréis en una casa, posad en ella hasta que salgáis de aquel lugar. <sup>11</sup> Y si en algún lugar no os reciben ni os oyen, salid de allí y sacudid el polvo que está debajo de vuestros pies, para testimonio a ellos. De cierto os digo que en el día del juicio será más tolerable el castigo para los de Sodoma y Gomorra que para aquella ciudad. <sup>12</sup> Y, saliendo, predicaban que los hombres se arrepintieran. <sup>13</sup> Y echaban fuera muchos demonios, ungían con aceite a muchos enfermos y los sanaban.**

*(Mateo 10:5—11:1; Lucas 9:1-6)*

El rechazo que experimentó Jesús en Nazaret no impidió que siguiera adelante con su ministerio evangélico. Desilusionado y agraviado como se encontraba, Jesús continuó su recorrido predicando de poblado en poblado. Incluso, decidió enviar a los doce de dos en dos, para que emprendieran su propio viaje misionero por Galilea.



*Palestina en los tiempos de Cristo*



Si nos preguntamos por la razón de esa decisión encontraremos muchas razones que la justifican. Una razón es que se estaba acortando el tiempo para que el evangelio pudiera llegar a todas “las ovejas perdidas de la casa de Israel” (Mateo 10:5,6). Otra está vinculada con la promesa que les hizo el Señor a Pedro y a Andrés: “Haré que seáis pescadores de hombres”. No había forma mejor de hacerlo que dándoles el entrenamiento y la experiencia personal que los capacitara para esa tarea. Ese viaje misionero fue para los discípulos lo que es hoy para los estudiantes del seminario la experiencia como vicarios, durante el entrenamiento práctico en la preparación para hacerse ministros de Cristo.

¿Y por qué enviarlos de dos en dos? Una razón es la que sugiere Deuteronomio 17:6, donde vemos que en situaciones serias (aquellas en las que se contemplaba la pena de muerte) no se podían tomar decisiones basadas en el testimonio de un solo testigo. Y aquí, el asunto también era de vida o muerte - ¡vida eterna o muerte eterna! También había, ciertamente, una razón práctica: al enfrentar la oposición, dos son mejor que uno, por el apoyo que se brindan mutuamente en el momento en que es necesario.

Hoy en día tampoco parece razonable enviar al extranjero a un misionero totalmente solo. Ellos también necesitan fortalecerse mutuamente con la palabra y complementarse con sus conocimientos cuando afrontan situaciones complicadas. Así lo hicieron los apóstoles del señor; el libro de Hechos registra cómo Pablo llevó siempre consigo a uno o más ayudantes a donde quiera que fue.

Queda otra pregunta: ¿Por qué darles autoridad a los apóstoles sobre los espíritus malignos? Pues, porque los apóstoles eran delegados oficiales de Cristo; quienes les escucharan no los aceptarían como tales, a menos que pudieran demostrar la misma capacidad de expulsar demonios que tan a menudo había mostrado el Señor. La situación que se describe en Marcos 9:14-29 ilustra este asunto, y de igual modo lo hacen las palabras del apóstol Pablo en 2 Corintios 12:12, donde se refiere a señales específicas

del apostolado: “Las señales de apóstol han sido hechas entre vosotros en toda paciencia, señales, prodigios y milagros”.

Las indicaciones que Cristo les dio a sus discípulos al prepararlos para esta misión resultan sorprendentes. No debían de llevar nada para el camino, excepto un bastón que les sirviera de ayuda para la marcha en los viajes largos. No debían llevar alimentos, ni bolsa, ni alforja, ni dinero. Irían calzados con sus sandalias, pero sin llevar doble túnica, algo que hacían los viajeros para cubrirse con la adicional durante la noche. Esas instrucciones equivalían a recibir la seguridad de parte de Cristo, de que sus necesidades materiales les serían suplidas, incluyendo en ellas un sitio adecuado donde dormir. La propia enseñanza y la predicación de Jesús habían preparado ya el terreno para esta misión de los discípulos.

Pero eso no significa que en la actualidad debamos enviar pastores o misioneros sujetos a las mismas normas. Notemos cómo en Lucas 22:35-37 Cristo mismo las cambió para el beneficio de los que iban a continuar la obra con posteridad a su muerte, resurrección y ascenso a los cielos. A partir de entonces no siempre les iban a dar la bienvenida a donde fueran, y por tanto, tendrían que ser capaces de atender a sus propias necesidades. 1 Timoteo 5:17,18 establece las bases para que las congregaciones y las instituciones de la iglesia asuman la responsabilidad que les corresponde.

¿Entonces, por qué no lo hizo así esta vez? Pues para que los discípulos depositaran y cimentaran su confianza en su Señor y Amo. En este viaje de entrenamiento iban a aprender en la práctica una verdad que le escucharían mencionar más tarde, y que aparece registrada en Mateo 28:20: “He aquí yo estoy con vosotros todos los días, hasta el fin del mundo”. Y para que estuvieran preparados para enfrentar situaciones como las que describe Marcos 13:11: “Pero cuando os lleven para entregaros, no os preocupéis por lo que habéis de decir, ni lo penséis, sino lo que os sea dado en aquella hora, eso hablad, porque no sois vosotros los que habláis, sino el Espíritu Santo”. No importa cuál sea nuestra situación, cada

pastor, maestro o cristiano laico, necesita a Cristo, tal como lo necesitaba Pablo en medio de sus problemas (véase 2 Corintios 11).

A los Apóstoles que participaban en esa empresa totalmente desprovista de interés económico, el Señor les aconsejó que aceptaran la hospitalidad que se les brindara; ellos no estaban haciendo la obra con el fin obtener algo de ella. Tampoco les ocultó que así como habían hecho con él en Nazaret, no todos les iban a dar la bienvenida; y en ese caso el consejo fue, “sacudid el polvo que está debajo de vuestros pies, en testimonio a ellos”, una declaración en su contra en el día del juicio (Mateo 11:21-24) o, quiera Dios, un juicio que les sirviera como un llamado a reconocer sus faltas y les llevara al arrepentimiento.

Los discípulos cumplieron las recomendaciones que les hizo Jesús. El viaje misionero que llevaron a cabo tuvo el respaldo de la expulsión de los demonios y la curación de los enfermos, y terminó coronado por el éxito.

En cuanto al uso del aceite vinculado aquí a las obras de sanidad, hay que preguntarse: ¿Significa esto que la iglesia lo debe emplear en los servicios de sanidad? ¿Apoya este pasaje el sacramento católico romano de la “extremaunción?” Notemos que el uso del aceite no es un mandato que haya dado el Señor, esa era una práctica habitual que usaban los discípulos sólo con el fin de calmar a los pacientes. Evidentemente, no se nos presenta aquí este uso como el responsable de la curación. Los discípulos sanaron a los enfermos en el nombre de Jesús. Tampoco es éste el “sacramento de la extremaunción”, aunque la iglesia católica romana haya usado este pasaje como evidencia en ese sentido. Los discípulos sanaron a los enfermos en el nombre de Jesús. El uso de aceite no tiene absolutamente nada que ver con la preparación para el fallecimiento. De igual modo, decir que trae el perdón de los pecados constituye una distorsión de Santiago 5:14,15.

Al leer relatos paralelos de esta misión, parece que hubiera ciertas contradicciones. La versión de Marcos dice: “Les mandó que no llevaran nada para el camino, sino solamente bastón. Ni

bolsa, ni pan, ni dinero en el cinto; sino que calzaran sandalias y no llevaran dos túnicas”. La de Lucas 9:3 dice: “Les dijo: No toméis nada para el camino: ni bastón, ni alforja, ni pan, ni dinero; ni llevéis dos túnicas”. Y la de Mateo 10:9, 10 señala: “No llevéis oro, ni plata, ni cobre en vuestros cintos; ni alforja para el camino, ni dos túnicas, ni calzado, ni bastón, porque el obrero es digno de su alimento”.

Es evidente que hay diferencias entre estos tres relatos, pero ¿hay contradicciones entre ellos? Al analizar los textos de los distintos evangelios vemos que Marcos dice “que calzaran sandalias”, pero Mateo no dice eso exactamente sino, “ni calzado,” es decir que no llevaran un par extra de sandalias. Marcos dice “que no llevaran nada para el camino, sino solamente bastón”; por su parte Lucas dice: “No toméis nada para el camino, ni bastón”. Lucas menciona todo esto con la lista de cosas que “no” deben llevar además de lo que llevan puesto como las sandalias, la túnica que les cubre el cuerpo, el bastón en la mano que se usaba para los largos viajes con sus respectivas caminatas. En otras palabras: “Vayan como están vestidos, no empaquen nada extra. Y, sí, el bastón que tienen es necesario”.

Leídos cuidadosamente, los evangelios no se contradicen, sino que se complementan entre sí; pues incluso la ubicación de los sucesos en distinto orden cronológico obedece a razones que se hacen evidentes cuando estudiamos a fondo los pasajes. El propósito de los evangelistas no era escribir biografías de la vida de nuestro Señor, sino que aprendamos a conocerlo a través de sus obras y de sus palabras. En esta tarea, el evangelio de Juan complementa con excelencia a los otros tres, al suplir lo que los otros no recogen, de manera que no busquemos errores donde no los hay.

### *Juan el Bautista es decapitado*

**<sup>14</sup>Oyó el rey Herodes la fama de Jesús, porque su nombre se había hecho notorio, y dijo:**

—**Juan el Bautista ha resucitado de los muertos, y por eso actúan en él estos poderes.**

<sup>15</sup> **Otros decían: «Es Elías.» Y otros: «Es un profeta, como los profetas antiguos.»**

<sup>16</sup> **Al oír esto, Herodes dijo:**

—**Éste es Juan, el que yo decapité, que ha resucitado de los muertos.**

<sup>17</sup> **El mismo Herodes había enviado a prender a Juan, y lo había encadenado en la cárcel por causa de Herodías, mujer de Felipe, su hermano, pues la había tomado por mujer,**

<sup>18</sup> **porque Juan había dicho a Herodes: «No te está permitido tener la mujer de tu hermano.»**

<sup>19</sup> **Por eso, Herodías lo acechaba y deseaba matarlo; pero no podía,** <sup>20</sup> **porque Herodes temía a Juan, sabiendo que era un hombre justo y santo, y lo protegía. Cuando lo oía, se quedaba muy perplejo, pero lo escuchaba de buena gana.**

<sup>21</sup> **Llegó el día oportuno cuando Herodes, en la fiesta de su cumpleaños, daba una cena a sus príncipes y tribunos y a los altos dignatarios de Galilea.** <sup>22</sup> **Entró la hija de Herodías y danzó, y agradó a Herodes y a los que estaban con él a la mesa. El rey entonces dijo a la muchacha:**

—**Pídeme lo que quieras y yo te lo daré.**

<sup>23</sup> **Y le juró:**

—**Todo lo que me pidas te daré, hasta la mitad de mi reino.**

<sup>24</sup> **Saliendo ella, dijo a su madre:**

—**¿Qué pediré?**

**Y ésta le dijo:**

—**La cabeza de Juan el Bautista.**

<sup>25</sup> **Entonces ella entró apresuradamente ante el rey, y pidió diciendo:**

—**Quiero que ahora mismo me des en un plato la cabeza de Juan el Bautista.**

<sup>26</sup> **El rey se entristeció mucho, pero a causa del juramento y de los que estaban con él a la mesa, no quiso desairarla.** <sup>27</sup> **En seguida el rey, enviando a uno de la guardia, mandó que**

**fuera traída la cabeza de Juan. <sup>28</sup> El guarda fue y lo decapitó en la cárcel, trajo su cabeza en un plato y la dio a la muchacha, y la muchacha la dio a su madre.**

**<sup>29</sup> Cuando oyeron esto sus discípulos, vinieron y tomaron su cuerpo, y lo pusieron en un sepulcro.**

*(Mateo 14:1-12; Lucas 9:7-9)*

El aumento de las actividades de nuestro Señor y el envío de los apóstoles en misión de predicación no pasaron inadvertidos. Cuando Herodes se enteró de todo eso, recordó la obra de Juan el Bautista; de hecho, estaba convencido de que Jesús no era ni más ni menos que el propio Juan “resucitado de entre los muertos”.

La historia de Herodes y de Herodías tiene todas las características de una telenovela, con la diferencia de que fue real. Una breve revisión histórica nos ayudará a entender el odio que sentía Herodías contra Juan el Bautista. Herodes Antipas era hijo de Herodes el Grande, que reinaba cuando se produjo el nacimiento de Jesús. Este Antipas era hijo de Maltace, una de las diez mujeres que en un momento u otro fueron esposas de Herodes el Grande. Herodes Antipas, a quien el pueblo conocía como rey, era en realidad un tetrarca y gobernó en Galilea y Perea desde el año 4 a.C. hasta el 39 d.C. Su primera esposa era hija de Aretas IV, gobernador de Nabatea, un reino árabe, cuya capital era Petra y que estaba ubicado al sureste de Palestina. A Aretas se le menciona nuevamente en 2 Corintios 11:32, y parece que por aquel momento su gobierno se extendía hasta Damasco. En el año 27 d.C. Herodes Antipas visitó Roma y se encontró allí con la bella y ambiciosa Herodías, hija de su medio hermano Aristóbolo (y por tanto su sobrina), que estaba entonces casada con Felipe, otro medio hermano de Herodes Antipas. Abandonando a sus respectivas parejas, Herodes Antipas y Herodías se casaron, a pesar de que el matrimonio de personas que tuvieran ese grado de parentesco consanguíneo estaba prohibido por las leyes, tal como se ve en levítico 18:16 y 20:21. Al enterarse del asunto, la primera esposa de Antipas regresó a la corte de su padre; posteriormente

todo este incidente dio lugar a una guerra en la cual Herodes fue totalmente derrotado en el año 36 d.C. Este escándalo matrimonial fue muy comentado en toda la región. Cuando Juan el Bautista censuró esa relación incestuosa se atrajo el odio de Herodías y eso condujo a su encarcelamiento y posterior asesinato. ¡Con cuánta frecuencia el homicidio acompaña al adulterio!

Cuando Herodes se enteró de las actividades de Jesús y de las de sus discípulos, quedó convencido de que la única explicación posible era que Juan el Bautista había vuelto a la vida. No solamente Herodes, sino muchos más pensaban de esa manera, al tratar de encontrar la causa de los milagros que obraban Cristo y sus apóstoles. Esto nos demuestra, de paso, que la idea de la resurrección era un concepto aceptado.

Al iniciar Juan su obra de predicación y bautismo, los sacerdotes y los levitas de Jerusalén, que conocían la profecía de Malaquías 4:5, 6, le preguntaron, queriendo saber si él era el Mesías prometido, o Elías, o alguno de los otros profetas; Juan negó que fuese alguno de ellos, pero afirmó que era el enviado a preparar el camino del Mesías. Sin embargo, eso no terminó con los rumores, y cuando a su muerte se produjo el incremento en las actividades de Jesús, el pueblo comenzó a pensar que era el propio Juan que había resucitado, o Elías, o el profeta que fue predicho en Deuteronomio 18:15, u otro de los profetas (véase Marcos 8:27, 28). Aunque esas suposiciones no concordaban con la realidad, demuestran la impresión que causó Cristo entre quienes le escucharon directamente o escucharon hablar de él. La conciencia culpable de Herodes lo llevaba a reaccionar de esa manera.

A estas alturas del relato, Marcos nos dice lo que había sucedido un poco antes con Juan en el interior de la fortaleza Macaerus, cerca del mar Muerto. Herodes, para satisfacer las exigencias de su “esposa” Herodías, había puesto en prisión a Juan. Al principio Herodes deseaba matarlo, pero sentía temor de hacerlo, porque sabía que él era un hombre justo y santo (véase Mateo 14:5). Con todo lo extraño que parezca, a Herodes le gustaba escuchar a Juan, a pesar de que al hacerlo “se quedaba

muy perplejo”, cosa que era de esperar en un hombre que había violado todo lo que había sido ordenado por Dios en el Antiguo Testamento. Eso explica por qué el régimen carcelario que se le impuso a Juan era menos riguroso que el habitual; Mateo 11:2 y Lucas 7:19 cuentan que les era permitido a sus discípulos visitarlo. Sin embargo, todo esto no hacía más que enfurecer a Herodías.

Finalmente apareció la ocasión para llevar a cabo los criminales planes de venganza de Herodías. En el banquete con que se festejaba el cumpleaños de Herodes, Salomé, hija del primer matrimonio de Herodías, danzó en honor del homenajado y de sus huéspedes. El que estos hombres prominentes de Galilea hayan disfrutado del espectáculo, habla por sí sólo de la moral de estos personajes. El juramento de Herodes, hecho a la ligera, debería haberles resultado igualmente ofensivo, ya que era todo, menos apropiado y del agrado de Dios. Pero nadie objetó.

Después de concluir su danza y de oír el juramento de Herodes, Salomé consultó de inmediato con su madre, y siguiendo su consejo, pidió “ahora mismo” y “en una bandeja” la cabeza de Juan el Bautista. De tal madre, tal hija; ambas sin conciencia alguna. Pero el actor con el papel más trágico de este drama resulta ser Herodes mismo. Es cierto que se entristeció, pero el orgullo no le permitió retractarse de su juramento. Temía más a los hombres que a Dios. ¡Una advertencia muy seria para todos los que leemos estas palabras!

Como Juan fue decapitado de inmediato, no tuvo tiempo para disponerse a morir; pero no lo necesitaba, porque tenía la certeza de que había conocido a su Salvador. Estando en prisión, se formuló algunas preguntas, y envió a sus discípulos a preguntarle a Cristo; de él recibió la respuesta que necesitaba oír (véase Mateo 11:2-15). Murió confiado y creyendo en el Salvador cuyo camino había preparado; con toda razón dijo Jesús, hablando de Juan el Bautista, que “él es Elías, el que había de venir”, Aunque murió cuando apenas tenía treinta y tres años, no debemos sentir tristeza por él. Son los destinos de Herodes, Herodías, Salomé y los invitados a aquél banquete por los que debemos lamentarnos. Más



tarde, y como parte de los acontecimientos de la Semana Santa, Herodes tuvo la oportunidad de interrogar personalmente a Jesús, pero su conducta entonces no fue mejor que la que siguió con respecto a Juan. En lugar de hacerse seguidor de Cristo, se hizo amigo de Pilatos.

Seguramente con permiso de Herodes, los discípulos de Juan recogieron su cadáver y le dieron sepultura. Aunque apesadumbrados por la tristeza y el dolor, estos hombres demostraron que habían grabado en su corazón las enseñanzas de Juan, pues acudieron a Jesús contándole lo que había sucedido (véase Mateo 14:12). Para nuestro Señor esto constituyó una indicación de lo que estaba por enfrentar y del poco tiempo que le restaba para completar su misión.

### *Alimentación de los cinco mil*

**<sup>30</sup> Entonces los apóstoles se reunieron con Jesús y le contaron todo lo que habían hecho y lo que habían enseñado.**

**<sup>31</sup> Él les dijo:**

**—Venid vosotros aparte, a un lugar desierto, y descansad un poco.**

**(Eran muchos los que iban y venían, de manera que ni aun tenían tiempo para comer.) <sup>32</sup> Y se fueron solos en una barca a un lugar desierto. <sup>33</sup> Pero muchos los vieron ir y lo reconocieron; entonces muchos fueron allá a pie desde las ciudades, y llegaron antes que ellos, y se juntaron a él.**

**<sup>34</sup> Salió Jesús y vio una gran multitud, y tuvo compasión de ellos, porque eran como ovejas que no tenían pastor; y comenzó a enseñarles muchas cosas. <sup>35</sup> Cuando ya era muy avanzada la hora, sus discípulos se acercaron a él, y le dijeron:**

**—El lugar es desierto y la hora ya muy avanzada.**

**<sup>36</sup> Despídelos para que vayan a los campos y aldeas de alrededor y compren pan, pues no tienen qué comer.**

**<sup>37</sup> Respondiendo él, les dijo:**

—**Dadles vosotros de comer.**

**Ellos le dijeron:**

—**¿Quieres que vayamos y compremos pan por doscientos denarios y les demos de comer?**

<sup>38</sup> **Él les preguntó:**

—**¿Cuántos panes tenéis? Id a ver.**

**Y al saberlo, dijeron:**

—**Cinco, y dos peces.**

<sup>39</sup> **Entonces les mandó que hicieran recostar a todos por grupos sobre la hierba verde.** <sup>40</sup> **Se recostaron por grupos, de ciento en ciento, y de cincuenta en cincuenta.** <sup>41</sup> **Entonces tomó los cinco panes y los dos peces y, levantando los ojos al cielo, bendijo, y partió los panes y dio a sus discípulos para que los pusieran delante; también repartió los dos peces entre todos.** <sup>42</sup> **Comieron todos y se saciaron.** <sup>43</sup> **Y recogieron, de los pedazos y de lo que sobró de los peces, doce cestas llenas.** <sup>44</sup> **Los que comieron eran cinco mil hombres.**

*(Mateo 14:13-21; Lucas 9:10-17; Juan 6:1-15)*

Marcos, volviendo sobre el tema de la misión de los Doce, los llama apropiadamente apóstoles, expresión que en griego designa a quienes han sido comisionados y enviados en una misión. No se nos dice el tiempo que estuvieron en ella, pero podemos asumir que Jesús les fijó un momento determinado para el regreso. Las noticias que trajeron al regreso deben de haber sido muy estimulantes, aunque no invariablemente buenas, pues ya vimos como Jesús les había instruido sobre qué hacer en el caso de que no fuera aceptado su mensaje (6:11).

Cada vez que Jesús estaba en Capernaúm, la gente no le dejaba ninguna oportunidad para descansar. Esta vez, ni él ni sus discípulos podían siquiera comer tranquilos, y mucho menos tratar en detalle acerca de la recién concluida misión. Descansar un poco era una apremiante necesidad después de tan intensa tarea. Hoy en día, también sigue siendo necesario que los siervos de Dios dediquen cierto tiempo para recuperarse, meditar y rodearse de sus

familiares y amigos. Jesús sugirió que se apartaran a un lugar solitario donde tuviesen un poco de privacidad y descanso. Pero al darse cuenta del rumbo que había tomado la embarcación que los llevaba, la gente se dirigió a pie hacia el mismo lugar llegando incluso antes que ellos. Según Juan 6, al desembarcar, Jesús y sus discípulos se retiraron durante un rato a una colina, pero nuestro Señor no resistió su impulso de ministrar a las necesidades de la multitud, y al poco tiempo estaba en medio de ellos, predicando y enseñando; sabía que eran ovejas sin pastor. En las sinagogas a las que asistían, como vimos al principio de este capítulo, no recibían el alimento espiritual que requerían ni se les orientaba hacia el Mesías prometido. Jesús el Pastor, no iba a negarles la comida que él tanto quería darles y que ellos tan desesperadamente deseaban.

El día pasó rápido y la llegada de la tarde le dio a Jesús la oportunidad de comprobar si en el aún reciente viaje misionero los apóstoles habían aprendido una lección. Preocupados porque la gente no había comido, se acercaron a Jesús con una sugerencia práctica: que despidiera a la multitud para que compraran comida en los poblados cercanos. Y de acuerdo con Lucas, para que encontraran también alojamiento. Cuando Jesús les pidió a los apóstoles que ellos mismos se encargaran de darles de comer, no podían creer lo que escuchaban. ¡Ni lo que hubiera ganado un obrero en ocho meses de labor sería suficiente para dar un poco a cada cual! Se les había olvidado que cuando los envió a la misión, Jesús les había indicado que fueran sin provisiones ya que éstas les serían provistas (6:8-10). Pero antes de criticar la respuesta de los discípulos, nos debemos preguntar lo que hubiéramos dicho nosotros.

En este momento es cuando el Señor se hace cargo de la situación. El alimento disponible se limitaba a cinco panes y dos peces que tenía un muchacho (véase Juan 6:8). El pan de cebada era de forma aplanada y pequeño de tamaño, que apenas alcanzaba para que comiesen dos personas. El pescado, ahumado o salado, servía de condimento o aderezo y se comía con el pan. Obviamente, no alcanzaba ni para empezar. Pero cuando Jesús les

pidió a los discípulos que sentaran a la gente, ellos se dieron cuenta de que algo grande iba a pasar, porque lo hicieron sin preguntar nada más.

La escena tiene que haber sido impresionante, una gran multitud distribuida por grupos de cincuenta y de cien personas en un amplio campo de pasto verde. La palabra que se traduce aquí por “grupos,” era la que usaban los griegos para designar la distribución cuidadosa de las plantas en el jardín y la de los surcos de vegetales en la huerta. Todos estaba allí sentados esperando a recibir el alimento que les daría el Buen Pastor, pero sin tener idea de lo que estaba por suceder.

Jesús comenzó con la habitual acción de gracias que daba al comenzar cada comida; la bendición fue la usual, pero la comida fue muy especial. El Señor tenía como costumbre darle gracias a su Padre celestial por la comida. ¿No debemos nosotros hacer lo mismo al recibir de él todo lo necesario para las necesidades de nuestro cuerpo?

Jesús partió el pan y partió el pescado, y sin decir una palabra continuó multiplicándolos hasta que hubo suficiente para todos; sobrando una cantidad mucho mayor que la que tenían al principio. En total eran doce canastos, uno por cada uno de sus escépticos discípulos, y todo ello después de que comieron hasta saciarse cinco mil hombres; Marcos no contó ni las mujeres ni los niños.

Este milagro nos enseña que Cristo no es sólo un hombre, sino que es Dios, pues este es un acto creativo. Lo que hizo aquí, y lo volvió a repetir cuando alimentó a los cuatro mil, deja sin fundamento a quienes dudan de que, conforme a su promesa, puede darnos también una y otra vez su carne y su sangre en la Santa Cena.

En San Juan, en los versículos 14 y 15 del capítulo 6, vemos cómo reaccionó la gente ante este milagro. Ellos vieron en su acción el cumplimiento de las profecías del Antiguo Testamento y de inmediato quisieron obligar a Jesús a ser rey. Si se hubiera realizado el deseo de la multitud, que nacía de no comprender correctamente el Antiguo Testamento, podría haber anulado el

propósito por el cual había venido el Señor. Esa fue otra de las tentaciones de Satanás (véase Lucas 4:13), pero Jesús esta vez tampoco cayó en ella.

*Jesucristo camina sobre el mar*

**<sup>45</sup> En seguida hizo a sus discípulos entrar en la barca e ir delante de él a Betsaida, en la otra ribera, entre tanto que él despedía a la multitud. <sup>46</sup> Y después que los despidió, se fue al monte a orar. <sup>47</sup> Al llegar la noche, la barca estaba en medio del mar, y él solo en tierra. <sup>48</sup> Viéndolos remar con gran esfuerzo, porque el viento les era contrario, cerca de la cuarta vigilia de la noche vino a ellos andando sobre el mar, y quería adelantárseles. <sup>49</sup> Viéndolo ellos andar sobre el mar, pensaron que era un fantasma y gritaron, <sup>50</sup> porque todos lo veían, y se asustaron. Pero en seguida habló con ellos, y les dijo:**

**—¡Tened ánimo! Soy yo, no temáis.**

**<sup>51</sup> Subió a la barca con ellos, y se calmó el viento. Ellos se asustaron mucho, y se maravillaban, <sup>52</sup> pues aún no habían entendido lo de los panes, por cuanto estaban endurecidos sus corazones.**

*(Mateo 14:22-23; Juan 6:16-21)*

Jesús despidió a la muchedumbre e inmediatamente hizo que sus discípulos se embarcaran con rumbo a Betsaida. Eso deja entrever que quizás hasta los discípulos se habían unido a la multitud en la intención de proclamar a Jesús como rey. Entonces, como hacía con frecuencia en los momentos críticos, el Señor se retiró al monte a orar.

Avanzada la noche, los discípulos se encontraban en medio del lago de Galilea y por completo fuera de curso porque enfrentaban vientos contrarios tan intensos, que los habían obligado a recoger las velas y recurrir a los remos. Aún así, no podían mantener el

rumbo en medio de un oleaje cada vez más fuerte y turbulento, por lo que la situación se tornó en verdad peligrosa.

Aunque Jesús en esos momentos oraba fervorosamente, estaba al tanto de la situación de sus discípulos. Durante algún tiempo les permitió que lucharan con sus propias fuerzas para poder mostrarles, como también nos muestra con frecuencia a nosotros, que para él todo es posible y que es capaz de ayudarnos en nuestra hora de necesidad. En la cuarta vigilia de la noche (entre 3:00 y 6:00 a.m.), Jesús partió a rescatarlos sin que las olas ni el viento estorbaran su marcha sobre las aguas. Cuando se aproximaba a la embarcación, el Señor continuó como si fuera a pasar de largo; lo hizo con la intención de atraer la atención de los discípulos y para probarlos; pero no pasaron muy bien el examen. Aterrorizados, creyeron que veían un fantasma. No hay duda de que nosotros hubiéramos reaccionado de manera muy similar. Las palabras de Jesús, identificándose a sí mismo, calmaron los temores de los discípulos, a la vez que les aseguraron que en verdad era él.

Marcos se concentra en la obra milagrosa que hizo Jesús al caminar sobre las aguas y dominar los vientos, que se calmaron inmediatamente, y en Jesús que entró en la barca. Juan añade que la embarcación llegó enseguida a su destino. Al detenernos a pensar en estos hechos, no nos quedan dudas de que Cristo es el Señor de la creación. Mateo se encarga de narrar elementos que Marcos no menciona, muestra cómo falló la fe de Pedro y la forma en que el Señor lo rescató, así como el acto de adoración que le rindieron sus discípulos cuando Jesús entró en la barca, y ellos dijeron: “Verdaderamente eres el Hijo de Dios”.

Marcos deja bien claro que a pesar de esta confesión los apóstoles no habían comprendido plenamente lo que ocurrió en la alimentación de los cinco mil, pues de haberlo hecho hubieran estado preparados para este otro milagro. El comentario de que aún no habían entendido no dice que rechazaran a Cristo o que no creyeran en él como el Salvador, sino que su corazón no captaba plenamente lo que Jesús había hecho, ni estaban predispuestos a

lo que el Señor trataba de enseñarles. Marcos es franco cuando habla hablar de la debilidad espiritual de los discípulos y es muy claro cuando expone la grandeza de Cristo.

Es un hecho evidente que Jesús caminó sobre las aguas, no es un mito ni una leyenda (como dicen algunos). Marcos afirma claramente que “todos lo veían”. No se trata de algo que sólo uno o dos constataron y los demás no. Damos gracias al Espíritu Santo por haber inspirado a Marcos para que destacara este hecho.

*Las multitudes siguen constantemente a Jesucristo*

**<sup>53</sup> Terminada la travesía, vinieron a tierra de Genesaret y arribaron a la orilla. <sup>54</sup> Al salir ellos de la barca, en seguida la gente lo reconoció. <sup>55</sup> Mientras recorrían toda la tierra de alrededor, comenzaron a traer de todas partes enfermos en camillas a donde oían que estaba. <sup>56</sup> Y dondequiera que entraba, ya fuera en aldeas, en ciudades o en campos, ponían en las calles a los que estaban enfermos y le rogaban que los dejara tocar siquiera el borde de su manto; y todos los que lo tocaban quedaban sanos.**

*(Mateo 14:34-36)*

El Evangelio de Juan nos dice que cuando desembarcaron en el área de Genesaret se dirigieron a la cercana Capernaúm, donde al día siguiente Jesús habló sobre el pan de vida (es decir sobre él mismo). Al oírlo, muchos de sus seguidores empezaron a abandonarlo. Parece que estaban dispuestos a seguirlo por el pan terrenal, pero no por el alimento espiritual que les ofreció cuando se presentó a sí mismo como la única vía para llegar al Padre.

Entretanto, los que lo reconocieron cuando bajó de la embarcación en Genesaret fueron de inmediato por toda la región con la noticia de que el Señor estaba en el área. En los siguientes días, las multitudes le dieron la bienvenida cuando pasaba por las aldeas, las ciudades y los campos. En dondequiera que llegaba le llevaban los enfermos para que los sanara. Jesús estaba dispuesto

a sanar hasta aquellos que tocaban con fe el borde de su manto (véase Mateo 9:20-22 y Marcos 5:27-34).

Con este relato, el evangelista nos muestra otra vez el poder divino de nuestro Señor, tal como lo vimos en la alimentación de los cinco mil y cuando anduvo sobre las aguas. Aunque Marcos no lo menciona, es indudable que el Salvador usó también esta oportunidad para proclamar el evangelio del reino, o sea la sanidad espiritual que sus oyentes necesitaban aun más que la sanidad física.

*Los mandamientos de Dios y las tradiciones de los hombres*

**7** Se acercaron a Jesús los fariseos y algunos de los escribas, que habían venido de Jerusalén; <sup>2</sup> estos, viendo a algunos de los discípulos de Jesús comer pan con manos impuras, esto es, no lavadas, los condenaban,, <sup>3</sup> (pues los fariseos y todos los judíos, aferrándose a la tradición de los ancianos, si no se lavan muchas veces las manos, no comen. <sup>4</sup> Y cuando regresan de la plaza, si no se lavan, no comen. Y otras muchas cosas hay que se aferran en guardar, como los lavamientos de los vasos de beber, de los jarros, de los utensilios de metal y de las camas.) <sup>5</sup> Le preguntaron, pues, los fariseos y los escribas:

—¿Por qué tus discípulos no andan conforme a la tradición de los ancianos, sino que comen pan con manos impuras?

<sup>6</sup> Respondiendo él, les dijo:

—¡Hipócritas! Bien profetizó de vosotros Isaías, como está escrito:

“Este pueblo de labios me honra,  
más su corazón está lejos de mí,  
<sup>7</sup> pues en vano me honran,  
enseñando como doctrinas, // mandamientos de  
hombres”,

<sup>8</sup> porque, dejando el mandamiento de Dios, os aferráis a la tradición de los hombres: los lavamientos de los jarros y de



los vasos de beber. Y hacéis otras muchas cosas semejantes.

<sup>9</sup> Les decía también:

—Bien invalidáis el mandamiento de Dios para guardar vuestra tradición, <sup>10</sup> porque Moisés dijo: “Honra a tu padre y a tu madre” y “El que maldiga al padre o a la madre, muera irremisiblemente”, <sup>11</sup> pero vosotros decís: “Basta que diga un hombre al padre o a la madre: ‘Es Corbán (que quiere decir: “Mi ofrenda a Dios”) todo aquello con que pudiera ayudarte’,” <sup>12</sup> y no lo dejáis hacer más por su padre o por su madre, <sup>13</sup> invalidando la palabra de Dios con vuestra tradición que habéis transmitido. Y muchas cosas hacéis semejantes a éstas.

<sup>14</sup> Llamando a sí a toda la multitud, les dijo:

—Oídmе todos y entended: <sup>15</sup> Nada hay fuera del hombre que entre en él, que lo pueda contaminar; pero lo que sale de él, eso es lo que contamina al hombre. <sup>16</sup> Si alguno tiene oídos para oír, oiga.

<sup>17</sup> Cuando se alejó de la multitud y entró en casa, le preguntaron sus discípulos sobre la parábola. <sup>18</sup> Él les dijo: —¿También vosotros estáis así, sin entendimiento? ¿No entendéis que nada de fuera que entra en el hombre lo puede contaminar, <sup>19</sup> porque no entra en su corazón, sino en el vientre, y sale a la letrina?

Esto decía, declarando limpios todos los alimentos. <sup>20</sup> Pero decía que lo que sale del hombre, eso contamina al hombre, <sup>21</sup> porque de dentro, del corazón de los hombres, salen los malos pensamientos, los adulterios, las fornicaciones, los homicidios, <sup>22</sup> los hurtos, las avaricias, las maldades, el engaño, la lujuria, la envidia, la calumnia, el orgullo y la insensatez. <sup>23</sup> Todas estas maldades salen de dentro y contaminan al hombre.

*(Mateo 15:1-11, 15-20)*

Parecería que los fariseos y los maestros de la ley, que eran los teólogos de esos tiempos, tuvieran razón cuando criticaban a Jesús. Después de todo, al que en realidad querían atacar era a Cristo, no a los discípulos. A primera vista, parecía como si Jesús estuviera efectivamente ignorando las leyes ceremoniales dadas por Dios al no reprender a los discípulos por comer sin lavarse las manos. Pero no era así; entonces, ¿de qué se trataba?

Cuando Dios creó al hombre y a la mujer, les puso en el corazón su ley moral, de manera que pudieran conducir su vida como obedientes hijos de Dios. Por desgracia ellos pecaron, y la muerte es la paga del pecado. La única solución posible fue la que Dios dio; él les prometió enviar al Salvador, que pagaría por sus pecados y cumpliría la ley al pie de la letra en lugar de ellos. Para que esta promesa se pudiera cumplir, Dios escogió a los descendientes de Abraham, Isaac y Jacob como nación de la cual iba a nacer el Salvador. Para garantizar que este pueblo permaneciera separado de todas las otras naciones, Dios repitió su voluntad en los diez Mandamientos y luego les dio las numerosas leyes ceremoniales que los iban a mantener alejados de las otras naciones.

Con el pasar de los años, las palabras de Dios fueron cada día más ignoradas por Israel; muchos olvidaron la promesa y se centraron en los mandamientos como el único camino al cielo. Sin embargo, siempre hubo quienes se aferraron a la promesa y reconocieron los mandamientos como el camino para salvaguardar la existencia de la promesa del evangelio. Posteriormente, durante los siglos cuarto y tercero antes del nacimiento de Cristo, hubo quienes consideraron que la ley moral y la ley ceremonial que habían sido dadas por Dios no eran suficientes. Por tanto, las aumentaron hasta llegar a la cifra de 613 preceptos que regulaban toda la vida de Israel, hasta en sus más mínimos detalles. La promesa del evangelio fue ignorada, y la salvación se convirtió en algo que cada cual debía ganarse por su propia justicia. Sin embargo, no todos habían caído en ese error, como aprendemos

de la profetisa Ana, quien después de que Jesús fue presentado en el templo, comenzó también a expresar su reconocimiento a Dios y “hablaba del niño a todos los que esperaban la redención en Jerusalén” (Lucas 2:38).

Entre estos reglamentos ceremoniales también están incluidos los que Marcos menciona; y los comenta en detalle, porque sus primeros lectores eran gentiles y no estaban al tanto de muchos de estos asuntos. Lo que le preocupaba a Jesús (y a Marcos como escritor de este evangelio), era que esas adiciones a las leyes ceremoniales del Antiguo Testamento no tenían la aprobación de Dios, e incluso algunas veces anulaban la propia ley moral de Dios.

La ley moral de Dios sigue en pie, pero no podemos salvarnos mediante ella, sino solamente mediante Cristo y su evangelio. Sin embargo, las leyes ceremoniales del Antiguo Testamento no están en vigencia en nuestros días; el Padre mismo lo dispuso así cuando al momento de la muerte de Jesucristo en el Calvario “el velo del Templo se rasgó en dos de arriba abajo” (15:38). Con ello quedaba libre a todos el acceso a Dios, y es por eso que Pablo dice en Colosenses 2:17 que la ley ceremonial “es sombra de lo que ha de venir; pero el cuerpo es de Cristo”. En tanto que Filipenses 3:3 nos asegura a los creyentes de la época del Nuevo Testamento que “nosotros somos la circuncisión, los que en espíritu servimos a Dios y nos gloriamos en Cristo Jesús, no teniendo confianza en la carne”.

Los fariseos y los maestros de la ley que se mencionan en esta porción de Marcos ponían su confianza en la carne; y lo que es más, lo hacían de forma tal que los hacían hipócritas y anuladores de la misma palabra de Dios. En la práctica, habían reducido los mandamientos ceremoniales de las Escrituras y sus propias tradiciones a actos externos desprovistos de la participación del corazón. No sin razón les aplicó Jesús las palabras de Isaías 29:13, “este pueblo se acerca a mí con su boca, y con sus labios me honra, pero su corazón está lejos de mí, y su temor de mí no es más que un mandamiento de hombres que les ha sido enseñado”. ¡Qué

pérdida tan trágica cuando recordamos que las leyes ceremoniales del Antiguo Testamento fueron dadas con el propósito de preparar el camino para el Salvador!

Lo que es peor, esas enseñanzas de hombres a menudo socavaban la ley moral. Cristo destacó cómo violaban el Cuarto Mandamiento al permitir que los hijos se negaran a ayudar a sus padres necesitados diciendo que los bienes eran “corbán”, es decir, regalos dedicados a Dios o prometidos al templo. Al explicarles el sentido espiritual de su comportamiento, el Señor les dijo exactamente lo que estaban haciendo: “anulando la palabra de Dios”.

El judaísmo de la época de Jesús, como el de nuestros días (aunque sabemos que ha modificado algunas de sus formas extremas de “corbán”), necesitaba estas severas palabras de Jesús. Después los discípulos le dijeron a Jesús: “¿Sabes que los fariseos se ofendieron cuando oyeron esta palabra?” (véase Mateo 15:12). ¡Quiera Dios que para algunos de ellos ese sentimiento les haya servido como primer paso en la dirección apropiada!

Lo que les dijo Cristo a estos fariseos y maestros de la ley, lo compartió también con el pueblo y con sus discípulos. Era imprescindible que lo hiciera así, porque a todos se les había enseñado a honrar y a respetar a esos líderes religiosos, sin darse cuenta de que sus enseñanzas socavaban el fundamento principal del Antiguo Testamento, es decir, la promesa del Salvador venidero y la salvación sólo por medio de él. Es por eso que también nosotros necesitamos estas palabras de Cristo.

Después de esto, el Señor pasó a tocar otros aspectos del mismo tema, diciéndoles que no era propiamente el alimento lo que hacía impuro al hombre; incluso si ese alimento estuviese en la lista de los alimentos prohibidos por las leyes ceremoniales del Antiguo Testamento. A fin de cuentas, la comida va al estómago y sigue hasta abandonar el cuerpo; en cambio, lo que sale del corazón en violación de los mandamientos de Dios, y para el Israel del Antiguo Testamento eso incluía las leyes ceremoniales (aunque no es así para nosotros), es lo que contamina o lo hace impuro. La

lista de las cosas perversas que salen del corazón del hombre que se expone en los versículos 21 al 23 es muy amplia, y a la vez describe correctamente el panorama moral de la sociedad actual. Y puesto que tenemos la naturaleza del viejo Adán, haremos bien en tomar en serio esta lista que Jesús nos da. Ella nos prueba que no nos podemos salvar a nosotros mismos; sólo Cristo puede hacerlo, y por gratitud a él queremos evitar actos, palabras, pensamientos y deseos impuros que son parte de nuestra naturaleza innata.

La palabra griega que se traduce como “lavamientos” de vasos de beber, jarros, y utensilios de metal (versículo 4) es la palabra “bautizar”. Hay quienes insisten en que significa “inmersión”, y que por lo tanto éste es el único modo apropiado para el bautismo. Aquí algunos de los manuscritos griegos más antiguos de este texto son muy instructivos, porque dicen: “Lavamientos de copas, jarros, vajilla de cobre [y divanes para comer]”.\* Es evidente que, aunque los primeros tres grupos de objetos de esta lista se pueden sumergir, el cuarto (los divanes) no se pueden sumergir. Es inobjetable que la palabra griega para el bautismo no puede significar únicamente “inmersión”; insistir en ello es convertirse en una versión moderna de los “fariseos y maestros de la ley”, que anulan la palabra de Dios con sus propias tradiciones. Aferrémonos a la libertad que Cristo ganó para nosotros y no permitamos que se nos despoje de ella.

### *La fe de la mujer sirofenicia*

**<sup>24</sup>Levantándose de allí, se fue a la región de Tiro y de Sidón. Entró en una casa, y no quería que nadie lo supiera; pero no pudo esconderse. <sup>25</sup>Una mujer, cuya hija tenía un espíritu impuro, luego que oyó de él vino y se postró a sus pies. <sup>26</sup>La mujer era griega, sirofenicia de origen, y le rogaba que**

\* Divanes para comer está en corchetes para indicar que no todos los manuscritos tienen esta frase.

**echara fuera de su hija al demonio.<sup>27</sup> Pero Jesús le dijo:**

**—Deja primero que se sacien los hijos, porque no está bien tomar el pan de los hijos y echarlo a los perros.**

**<sup>28</sup> Respondió ella y le dijo:**

**—Sí, Señor; pero aun los perros, debajo de la mesa, comen de las migajas de los hijos.**

**<sup>29</sup> Entonces le dijo:**

**—Por causa de esta palabra, vete; el demonio ha salido de tu hija.<sup>30</sup> Cuando la mujer llegó a su casa, halló a la hija acostada en la cama, y que el demonio había salido de ella.**

*(Mateo 15:21-28)*

Simplemente, la gente no le permitía al Señor tener privacidad. Cuando no eran los cinco mil, entonces eran los fariseos, o los maestros de la ley, o los muchos que acudían para que los sanara. Y faltaba tiempo para instruir a los discípulos. Finalmente, Jesús se vio obligado a dejar el territorio israelita, dando el paso poco usual de dirigirse a tierra de gentiles, en las vecindades de Tiro y Sidón, lugares que actualmente conocemos como el Líbano.

Pero, aún allí, Jesús no pudo permanecer sin ser descubierto; trece hombres no son un grupo muy pequeño. Así que casi de inmediato Jesús fue abordado por una mujer que le rogó que ayudara a su hija que estaba poseída por un espíritu maligno. Las palabras y la conducta de esa madre no dejan dudas de que creía que Jesús la podía ayudar, pues es muy seguro que había oído lo que había hecho en Israel.

Estas circunstancias ponían al Señor en una situación difícil, pues había sido enviado para cumplir las promesas que Dios le había hecho al pueblo de Israel. Comenzar un ministerio de predicación y sanidad en territorio gentil podría haber retrasado e incluso socavado el plan redentor de Dios. Pero ahí estaba esta gran necesidad, y él era el único que podía ayudar. Eso explica las palabras que dijo Jesús respecto de tomar el pan de los hijos y echarlo a los “perrillos”.

Las palabras de Jesús parecen ásperas; sin embargo, la expresión griega original, y al parecer Jesús estaba hablando en griego con esta mujer, tiene el significado y el tono afectivo de un “perrito” o “cachorrito” doméstico; y la mujer entendió la respuesta de Jesús en ese sentido. Ella también captó la promesa que estaba implicada en las palabras: “primero... los hijos” que sugería que después seguían los perritos. Jesús había venido a traer el evangelio primero a los hijos de Israel con quienes Dios había hecho primero el pacto. Sólo después sería llevado a otros (véase Hechos 13:46). La mujer reconoció que eso era lo correcto y apropiado, pero también continuó insistiendo en obtener la misericordia que percibió en las palabras de Jesús. Regocijado por la fe que veía en la madre, Jesús le dio la seguridad de que su hija había sido sanada. La misión del Salvador no se había visto comprometida en forma alguna.

Este relato seguramente les sirvió de estímulo y consuelo a los lectores gentiles de Marcos, así supieron desde el comienzo que Jesús los había incluido también a ellos como beneficiarios de la obra redentora, y lo reiteró cuando les dijo a sus discípulos, “y me seréis testigos en Jerusalén, en toda Judea, en Samaria, y hasta lo último de la tierra” (Hechos 1:8). Esta era también una lección que los discípulos tenían que comenzar a aprender; aunque Cristo fue enviado primero a Israel, era sólo una cuestión de prioridad en el tiempo y, tristemente, fue una lección que Israel no aprendió ya que la mayoría de ellos rechazaron a su Salvador (véase Hechos 13:46-52). Los gentiles no estaban excluidos, sino incluidos, aunque en el caso de esta mujer y su hija fue antes de tiempo; sin ser ellas las únicas personas no israelitas a quienes el Salvador les mostró su misericordia (véase Marcos 5:1; 7:31 y siguientes.)

### *Jesús sana a un sordomudo*

**<sup>31</sup>Volviendo a salir de la región de Tiro, vino por Sidón al Mar de Galilea, pasando por la región de Decápolis. <sup>32</sup>Le trajeron un sordo y tartamudo, y le rogaron que pusiera la**

**mano sobre él. <sup>33</sup> Entonces, apartándolo de la gente, le metió los dedos en los oídos, escupió y tocó su lengua. <sup>34</sup> Luego, levantando los ojos al cielo, gimió y le dijo: —¡Efata! (que quiere decir: “Sé abierto.”) <sup>35</sup> Al momento fueron abiertos sus oídos, se desató la ligadura de su lengua y hablaba bien. <sup>36</sup> Y les mandó que no lo dijeran a nadie; pero, cuanto más les mandaba, tanto más y más lo divulgaban. <sup>37</sup> Y en gran manera se maravillaban, diciendo: —Bien lo ha hecho todo; hace a los sordos oír y a los mudos hablar.**

*(Mateo 15:29-31)*

Desde Tiro, Jesús y sus discípulos se dirigieron hacia el norte rumbo a Sidón; luego hacia el este y al sur; hacia el Mar de Galilea; y de ahí a la Decápolis (las diez ciudades), un área al este del río Jordán y al sudeste del lago de Galilea. La Decápolis era una región donde predominaban los gentiles, y era por lo tanto de cultura helenística, o sea griega. Nuestro Señor hizo muchos milagros en estos lugares y predicó allí la Palabra, mostrando otra vez que los gentiles no estaban excluidos del reino de Dios.

No sabemos el tiempo que tomó esta travesía de Tiro a Decápolis. Durante este tiempo Jesús se apartó de la gente y se dedicó a la enseñanza en privado de sus discípulos, que era una tarea más que importante ya que ellos iban a ser los encargados de llevar el evangelio al mundo.

Con anterioridad Jesús había estado en esas diez ciudades (véase 5:20), oportunidad en que al sufrir la pérdida de una gran piara de cerdos, la gente le había pedido que abandonara el lugar. Pero el hombre que había estado poseído por el demonio, y a quien Jesús había liberado, había andado por toda la región proclamando el poder y la misericordia del Señor. Ese testimonio, por parte de un solo hombre, provocó un cambio extraordinario; al retorno de Jesús, las multitudes se agolpaban llevándole sus enfermos (véase Mateo 15:30 y Marcos 7:33). Marcos se limita a relatarnos una sola de las curaciones que hizo Jesús, indiscutiblemente la más



sorprendente de las allí efectuadas.

El caso era patético y estaba más allá de toda posibilidad de curación o mejoría por parte de los médicos; era el caso de un hombre sordomudo al que sus amigos habían llevado a Jesús. Como el hombre no podía entender fácilmente ni comunicarse verbalmente, el Señor lo llevó aparte y usando de señas muy especiales, le hizo saber lo que iba a hacer por él. Introduciendo sus dedos en los oídos del enfermo escupió, y tocándole la lengua, le indicó al hombre que le otorgaría las facultades de oír y de hablar. Y mirando al cielo y suspirando profundamente le hizo entender al enfermo que esta curación no era la obra de un simple hombre, sino que provenía de Dios. Entonces Jesús pronunció una palabra, y el hombre quedó curado inmediata y completamente.

Al leer la palabra aramea “*Efata*”, volvemos a oír las mismas sílabas que usó el Señor. Con esto Marcos trae a nuestro Señor muy cerca a nosotros como lo hizo antes en 5:41, cuando citó las mismas palabras arameas que dijo Jesús cuando resucitó a la hija de Jairo. La reacción de la multitud fue la misma que nosotros sentimos cuando leemos estas palabras recogidas por Marcos, que nos llevan ante aquel que no puede ser nadie menos que el Hijo de Dios; pues sólo Dios puede hacer lo que él hizo.

El mandato que les dio Jesús de que no le dijeran a nadie lo que había sucedido se debió a que el pueblo judío de sus días tenía una idea política totalmente falsa sobre la venida del Mesías. Cristo dijo claramente que no había venido a este territorio predominantemente gentil a fomentar una insurrección política; su venida al mundo se debía a una sola razón, dar su vida en rescate por los pecados del mundo. Era su determinación de que nada comprometiera el propósito para el cual había venido.

Hoy en día su mandato de silencio ya no está en vigor para nosotros; de hecho, este es uno de los más grandes milagros de nuestro Señor que debemos proclamar para que otros conozcan también el divino poder y el amor del Salvador, y se vuelvan a quien es el dador de todas las bendiciones, tanto temporales como espirituales.

*Jesús alimenta a los cuatro mil*

**8**En aquellos días, como había una gran multitud y no tenían qué comer, Jesús llamó a sus discípulos y les dijo: <sup>2</sup>—Tengo compasión de la gente, porque ya hace tres días que están conmigo y no tienen qué comer; <sup>3</sup>y si los envío en ayunas a sus casas, se desmayarán en el camino, pues algunos de ellos han venido de lejos.

<sup>4</sup>Sus discípulos le respondieron:

—¿De dónde podrá alguien saciar de pan a estos aquí en el desierto?

<sup>5</sup>Él les preguntó:

—¿Cuántos panes tenéis?

Ellos dijeron:

—Siete.

<sup>6</sup>Entonces mandó a la multitud que se recostara en tierra, tomó los siete panes y, habiendo dado gracias, los partió y dio a sus discípulos para que los pusieran delante; y los pusieron delante de la multitud. <sup>7</sup>Tenían además unos pocos pececillos; los bendijo y mandó que también los pusieran delante. <sup>8</sup>Comieron y se saciaron; y recogieron, de los pedazos que habían sobrado, siete canastas. <sup>9</sup>Los que comieron eran como cuatro mil; y los despidió. <sup>10</sup>Luego, entrando en la barca con sus discípulos, vino a la región de Dalmanuta.

*(Mateo 15:32-39)*

Este relato de la milagrosa provisión de alimentos por segunda vez a una gran multitud, en este caso cuatro mil hombres, nos brinda la ocasión de dar un vistazo a la forma en que los modernos intérpretes de la Biblia consideran las Escrituras. La mayoría de los teólogos modernos del mundo cristiano se niegan a decir con Cristo: “La Escritura no puede ser quebrantada” (Juan 10:35). Y “tu palabra es verdad” (Juan 17:17). Rechazan lo que dice Pablo en 2 Timoteo 3:16: “Toda Escritura es inspirada por Dios”.

Colocan lo escrito por los autores guiados por el Espíritu Santo al mismo nivel de error e imperfección de lo escrito por escritores no inspirados. Incluso, llegan a plantear que muchos de los autores de los textos bíblicos, a sabiendas, no sólo añadieron sino que manipularon lo que escribieron de acuerdo con sus propios intereses. Para esos teólogos, la narración de este segundo milagro de la alimentación de los cuatro mil, parece haberles dado más munición para sus críticas; insisten en que este pasaje no es más que una copia del milagro de la alimentación de los cinco mil (6:30-44). Si así fuera, entonces todo lo que escribieron Marcos y los otros escritores de la Biblia estaría sujeto a duda.

¿Son los dos milagros idénticos? Las diferencias entre ellos son tan grandes que eso es imposible. Los lugares de los sucesos son diferentes; el milagro de los cuatro mil ocurre en la Decápolis, el otro, más al norte. La duración de la estadía de la gente con Jesús también lo es: en este caso tres días; en el de los cinco mil solamente un día. En la narración de los cinco mil, son los discípulos los que le piden a Jesús que despida a la multitud para que se “comprendan algo de comer”; en el relato de los cuatro mil, los discípulos dejan el asunto en manos de Jesús. El número de panes y peces difieren en una y otra situación, así como difieren las cantidades de los comensales. ¡Hasta las palabras griegas que se usan para las canastas en las que recogieron lo sobrante son distintas! En la alimentación de los cinco mil, se mencionan los pequeños cestos que usaban los israelitas para transportar comida y vestimenta adicional, en tanto que en los cuatro mil se emplea un término que designa canastas más grandes. Por último, en este pasaje el Señor se retira a en una barca con sus discípulos, en tanto que en el anterior se marcha al monte a orar. Las diferencias entre una narración y la otra son tan grandes, que es imposible que correspondan a dos versiones de un mismo hecho.

Además de esto, hay aún más elementos para esta afirmación: Mateo también registra ambos eventos como sucesos distintos. Si él y Marcos hubieran estado equivocados, la iglesia de esos días, con los otros apóstoles y los testigos de esos acontecimientos aún

con vida, hubieran señalado el error. Pero incluso ni ellos son nuestros testigos principales; la prueba más contundente está en las propias palabras de Cristo, que se registran más adelante (versículos 17-21), donde les habla a sus discípulos de ambos eventos como sucesos distintos. Podemos pensar que el Señor sabía de antemano, ¡y sí que lo sabía!, la manipulación y la tergiversación que los teólogos modernos y comentaristas harían de estos pasajes para socavar la fe y la confianza en las Escrituras. Cristo mismo se encarga de mostrarnos a estas personas como lo que realmente son: falsos maestros.

Volviendo al relato, apreciamos la compasión de Jesús, no solamente por las necesidades espirituales (véase 6:34), sino también por las físicas. Esta multitud de más de cuatro mil personas (véase Mateo 15:38) había permanecido con Jesús durante tres días, al cabo de los cuales se les habían agotado las provisiones que habían llevado consigo. Jesús, que estaba al tanto de sus necesidades físicas, se compadeció de ellos, especialmente de los que habían llegado de lejos. Nuestro Señor comenzó la comida, de la misma manera que en el caso de los cinco mil, con la acción de gracias que acostumbraba, y que nosotros no debemos olvidar. Si obtener el alimento nos resulta hoy día menos difícil que en aquellos tiempos, no por eso deja de ser un don de Dios. Y de nuevo, hubo abundancia para todos, y de nuevo se recogieron sobrantes que esta vez llenaron siete canastas.

Este milagro ocurrió en la Decápolis, región que ya conocemos como de predominio gentil y de cultura griega, lo que se evidencia por las palabras de Mateo 15:31: “Y glorificaban a Dios de Israel”. Esto debió haber sido de mucho aliento para los primeros lectores de este evangelio que tampoco eran israelitas, y así mismo abre la puerta por completo para la mayoría que pertenece a la iglesia de hoy, o sea, los gentiles.

Marcos dice que el Señor y sus discípulos después de esto tomaron la barca para dirigirse a la región de Dalmanuta, mientras Mateo señala que fueron a los “confines de “Magdala”; ambos lugares han desaparecido del mapa, y puesto que ni “región” ni

“confines” son términos específicos, los críticos no pueden atacar los textos como contradictorios. Esta región era un área del desierto muy extensa y con numerosas poblaciones pequeñas.

*Los fariseos piden una señal*

**<sup>11</sup> Vinieron entonces los fariseos y comenzaron a discutir con él, pidiéndole señal del cielo para tentarlos. <sup>12</sup> Él, gimiendo en su espíritu, dijo:**

**—¿Por qué pide señal esta generación? De cierto os digo que no se dará señal a esta generación. <sup>13</sup> Y dejándolos, volvió a entrar en la barca y se fue a la otra ribera.**

*(Mateo 16:1-4)*

Marcos prefirió resumir lo que ocurrió, en tanto que Mateo se extiende diciéndonos que los fariseos no acudieron solos ante Jesús, sino que esta vez venían acompañados por los saduceos. El odio que tenían en común hacia Cristo había sobrepasado sus diferencias, y los había unido. Venían pidiendo una señal del cielo, un fenómeno sobrenatural en el que quizás participaran el sol, la luna, o las estrellas. Con su petición estaban rechazando las numerosas señales que Jesús ya había hecho como demostración de su poder divino y de su amor, como el reciente milagro de la alimentación de los cuatro mil. Simplemente los fariseos repudiaban todos los milagros de Jesús y los atribuían a la magia o a la participación de Satanás (véase 3:22). Cuando Marcos dice que la petición de los fariseos fue hecha para “tentarlo”, indica que no fue una petición hecha con sinceridad; ellos no habrían creído en Jesús como el Hijo de Dios aunque les hubiera dado una señal como la que le fue dada a Josué, de detener el sol (véase Josué 10:12-14). En ese caso hubieran dicho que Josué, aunque escuchado por Dios en aquella petición, era un ser humano más. Por causa de la incredulidad, y apesadumbrado por esta actitud que era la de la mayoría del pueblo judío, Jesús se negó

enfáticamente acceder a lo que pedían, y lo subrayó con un juramento.

Marcos relata que Cristo les dijo, “que no se dará señal a esta generación”; a esto Mateo añade, “sino la señal del profeta Jonás”. Aquí no hay una contradicción, pues la señal del profeta Jonás, es decir la resurrección de nuestro Señor, no demandaba alguna señal visible en los cielos.

Los fariseos estaban exigiendo una señal a la que no tenían derecho. Cristo no vino a hacer demostraciones espectaculares de su deidad, sino a cumplir las promesas de Antiguo Testamento, es decir, a dar su vida por los pecados del mundo, incluyendo también los de sus enemigos. Pero tristemente, ellos no querían creerlo.

### *La levadura de los fariseos y Herodes*

**<sup>14</sup> Se olvidaron de llevar pan, y no tenían sino un pan consigo en la barca. <sup>15</sup> Y él les mandó, diciendo:**

**—Mirad, guardaos de la levadura de los fariseos y de la levadura de Herodes.**

**<sup>16</sup> Discutían entre sí, diciendo:**

**—Es porque no trajimos pan.**

**<sup>17</sup> Entendiéndolo Jesús, les dijo:**

**—¿Qué discutís?, ¿por qué no tenéis pan? ¿No entendéis ni comprendéis? ¿Aún tenéis endurecido vuestro corazón?**

**<sup>18</sup> ¿Teniendo ojos no veis, y teniendo oídos no oís? ¿No recordáis? <sup>19</sup> Cuando partí los cinco panes entre cinco mil, ¿cuántas cestas llenas de los pedazos recogisteis?**

**Y ellos dijeron:**

**—Doce.**

**<sup>20</sup>—Y cuando repartí los siete panes entre cuatro mil, ¿cuántas canastas llenas de los pedazos recogisteis?**

**Y ellos dijeron:**

**—Siete.**

**21 Y les dijo:**

**—¿Cómo es que aún no entendéis?**

*(Mateo 16:5-12)*

En cuanto desembarcaron, los discípulos se dieron cuenta de que en su apuro habían olvidado aprovisionarse de alimento. Sólo tenían consigo un pan con el cual ni siquiera en sueños podían alimentarse todos.

Pero Jesús, todavía pensando en la alimentación de los cuatro mil y su confrontación con los fariseos y los seguidores de Herodes, a quienes Marcos llama los saduceos, les advierte contra la levadura de los fariseos y de Herodes. Con esto de la levadura, Cristo se estaba refiriendo a los principios que esos grupos sustentaban: los fariseos (7:1-23) le añadían sus propias interpretaciones a la ley de Dios, e insistían en que la observación de esas tradiciones los hacía aceptables ante Dios. Con esto socavaban el mensaje evangélico y Cristocéntrico del Antiguo y del Nuevo Testamento, e incluso la ley moral que fue dada por Dios mismo. Y los saduceos, seguidores y amigos de Herodes, habían tomado una actitud muy racionalista ante la vida, rechazaban la mayor parte del Antiguo Testamento, y negaban doctrinas como la resurrección de los muertos y la existencia de los ángeles. Jesús les advirtió a sus discípulos para que no permitieran que esas nociones destructivas tuvieran cabida en su corazón. No en balde el apóstol Pablo les escribirá más tarde a sus lectores: “Un poco de levadura fermenta toda la masa” (1Corintios 5:6; Gálatas 5:9). Un poco de falsa doctrina basta para desviar al creyente del evangelio de salvación y del Salvador.

Los discípulos, concentrados en las preocupaciones terrenales del momento, neciamente pensaban que el Señor los reprendía por haber olvidado aprovisionarse de pan. Rápidamente Jesús les hizo ver lo necio de sus corazones en los asuntos espirituales. La falta de pan no debía ser problema para quienes habían recolectado doce cestas llenas en la alimentación de los cinco mil, y siete canastas

en la de los cuatro mil. A fin de cuentas, Cristo estaba allí con ellos, ¿y era el pan lo más importante en sus vidas?

Mateo nos dice que los discípulos entendieron finalmente lo que Cristo les decía. La última pregunta que Jesús les hace, según relata Marcos, da a entender lo mismo. Los discípulos necesitaban esa lección de la misma forma en que nosotros la necesitamos hoy. El pan para el cuerpo no es lo principal en la vida, y nosotros debemos tener mucho más cuidado en que nuestra alma sea alimentada, de modo que pueda crecer en Cristo. En nuestros tiempos, Cristo instruye para que estemos alertas ante los peligros doctrinales que han reemplazado a los fariseos y a los saduceos o amigos y partidarios de Herodes. Nos advierte contra el liberalismo, el legalismo, el milenarismo, el unitarismo, el universalismo y muchas otras enseñanzas falsas. Cualquier doctrina que nos desvíe de Cristo es espiritualmente venenosa. ¡Cuidado con esa levadura!

### *Curación del ciego de Betsaida*

**<sup>22</sup> Vino luego a Betsaida, y le trajeron un ciego, y le rogaron que lo tocara. <sup>23</sup> Entonces, tomando la mano del ciego, lo sacó fuera de la aldea; escupió en sus ojos, puso sus manos sobre él y le preguntó si veía algo. <sup>24</sup> Él, mirando, dijo:**

**—Veo los hombres como árboles, pero los veo que andan.**

**<sup>25</sup> Luego le puso otra vez las manos sobre los ojos, y le hizo que mirara; y fue restablecido, y vio de lejos y claramente a todos. <sup>26</sup> Jesús lo envió a su casa, diciendo:**

**—No entres en la aldea, ni lo digas a nadie en la aldea.,**

Sólo Marcos relata este milagro en su evangelio. Jesús y sus discípulos estaban aún un poco aislados en las cercanías de Betsaida, al extremo noreste del lago de Galilea, no lejos del sitio donde había alimentado a los cinco mil. Fue en esa población donde algunas personas le llevaron a un ciego para que lo curara.



Está claro que creían que lo podía curar, pero en cuanto al propio enfermo no tenemos otra información, y ello indudablemente guarda relación con la manera en que el Señor actuó en este caso. Con gran consideración, el Salvador tomó al hombre de la mano y lo llevó a las afueras del poblado, donde podían estar sin que se les molestase. Jesús no sólo le abrió los ojos al ciego, sino que la forma en que lo hizo lo llevó a aprender algo que le abrió también el entendimiento.

Primeramente, para hacerle saber al hombre que en verdad iba a curar su ceguera, Jesús le puso de su saliva en los ojos, algo que el hombre podía sentir. Después, puso sus manos sobre el ciego tal como los amigos del hombre le habían pedido; luego, le preguntó si veía algo, dándole así una razón para que abriera sus ojos y mirara. El hombre miró y vio figuras como si fueran árboles que andaban, y como los árboles no andan, dedujo que serían hombres. Evidentemente el hombre no era ciego de nacimiento, pues en ese caso no hubiera podido calificar lo que estaba viendo como árboles en movimiento; lo que había percibido eran los hombres que lo habían llevado, o los discípulos del Señor; y su corazón se llenó de esperanza. El Señor puso una vez más las manos sobre los ojos del hombre y éste alcanzó una visión perfecta.

Las dos fases que se aprecian en este milagro le dan una individualidad especial, a la vez que nos hacen ver que el Señor no estaba obligado a actuar siempre de la misma manera. En este caso, había usado un método que se ajustaba a las necesidades y particularidades de este hombre. Después de haberlo sanado, Jesús envió al hombre directamente a su casa, y de esa manera le evitó el asedio de la conmocionada población de Betsaida; con seguridad ya era suficiente atender a las preguntas de su propia familia. Además, el recién sanado necesitaba meditar en lo que Cristo había hecho por él y contestarse un par de preguntas. “¿Quién es este Jesús que me ha devuelto la vista? ¿Será un hombre como cualquiera?”

*Pedro confiesa que Jesús es el Cristo*

**<sup>27</sup> Salieron Jesús y sus discípulos por las aldeas de Cesarea de Filipo. Y en el camino preguntó a sus discípulos, diciéndoles: —¿Quién dicen los hombres que soy yo?**

**<sup>28</sup> Ellos respondieron:**

**—Unos, Juan el Bautista; otros, Elías; y otros, alguno de los profetas. <sup>29</sup> Entonces él les dijo:**

**—Y vosotros, ¿quién decís que soy?**

**Respondiendo Pedro, le dijo:**

**—Tú eres el Cristo.**

**<sup>30</sup> Pero él les mandó que no dijeran esto de él a nadie.**

*(Mateo 16:13-20; Lucas 9:18-21)*

Durante todo el tiempo que pasaron en Cesárea de Filipo, en el extremo norte del valle del río Jordán, Jesús continuó instruyendo a sus discípulos. Había llegado el momento de la prueba. ¿Qué tan bien habían aprendido ellos lo que les había querido impartir?

A medida que repasa los milagros que nuestro Señor llevó a cabo y las palabras por él dichas y registradas por Marcos, y ahora estamos en la mitad del libro, ¿cuáles son sus respuestas a las preguntas que Jesús les hizo a los doce?

La primera pregunta fue introductoria. “¿Quién dicen los hombres que soy yo?” La respuesta varió. Para unos, era Juan el Bautista; para otros, Elías; y para otros más, alguno de los profetas. Todas estas apreciaciones implicaban la resurrección de los muertos, y obviamente, no estaban de acuerdo con los principios que sustentaban los saduceos. Sin embargo reflejaban el pensamiento de quienes estaban valorando seriamente a Cristo. Para ellos él era más que un simple maestro; era obvio que él les traía un mensaje de Dios mismo. Sin embargo, todas estas respuestas lo presentaban sólo como un hombre, y nada más. Todas las respuestas resultaban inadecuadas, y muy distintas a la

afirmación que se hace en el primer versículo del Evangelio de Marcos.

Entonces Jesús hizo la siguiente pregunta, la pregunta fundamental: “Y vosotros, ¿quién decís que soy?” A través de la estrecha relación que habían tenido con Cristo, los discípulos sabían ciertamente que Jesús era un hombre, ya que necesitaba de alimento y descanso. Sin embargo, lo habían visto obrar milagros que un hombre común no puede hacer por su propio poder. Habían oído a los demonios, y a los poseídos por ellos, decir que él es el Hijo de Dios. Y le habían oído proclamar su autoridad para perdonar los pecados. En contra de estos hechos, también habían visto cómo la gente del pueblo en que se crió, y los maestros de la ley (los teólogos de la época), lo habían rechazado. Se acordaban que cuando él había calmado la tempestad en el lago de Galilea, se dijeron entre sí: “¿Pues quién es éste, que hasta el viento y el mar le obedecen?” (4:41). ¿Tenían ellos suficientes elementos para llegar a una conclusión acerca de quién era Jesús? En voz afirmativa Pedro habló en ese momento en nombre de todos diciendo: “Tú eres el Cristo”.

¿Qué quería decir Pedro? La palabra griega “Cristo” equivale a la hebrea “Mesías”, que significa “el Ungido”, uno que ha sido consagrado y designado por Dios. ¿Era el Mesías prometido en el Antiguo Testamento sólo un hombre? En el Antiguo Testamento se le describe como profeta, rey y sacerdote. Caifás, cuando interrogó a Jesús durante el juicio, le preguntó acertadamente: “¿Eres tú el Cristo, el Hijo del Bendito?” (14:61). Efectivamente, aunque verdaderamente humano, era a su vez Dios el Hijo; su designación como el Ungido estaba claramente señalada en Génesis 3:15, Isaías 53 e Isaías 9: 6,7. Él era y es, el Salvador.

Sin embargo, en la época de Jesús, e incluso desde siglos antes, se le había añadido una connotación política al Mesías. Por eso la gente esperaba que su reinado fuera terrenal, de modo similar a como piensan los milenaristas de nuestros días. Por ese motivo, Jesús evitó el uso de este nombre antes de haber cumplido su

misión. Aún los mismos discípulos, tal como se ve en el versículo 33 de este capítulo y en Hechos 1:6, no estaban libres de la influencia de estas ideas; y por ello, aunque Jesús aceptó con agrado lo que dijo Pedro, les pidió a los discípulos no le dijeran a nadie que él era el Cristo.

La respuesta de los doce, que fue dada por boca de Pedro, era la que Jesús esperaba, y es también la nuestra, Jesús es el Hijo de Dios y el Hijo del Hombre; nuestro Cristo, nuestro Salvador y nuestro Redentor.



*Jesús enseñando a sus discípulos*

# JESÚS REVELADO COMO EL HIJO DE DIOS EN SU SUFRIMIENTO, MUERTE Y RESURRECCIÓN

---

## *Los últimos días de Jesús en Galilea*

*Jesucristo anuncia su muerte*

**<sup>31</sup> Comenzó a enseñarles que le era necesario al Hijo del hombre padecer mucho, ser desechado por los ancianos, por los principales sacerdotes y por los escribas, ser muerto y resucitar después de tres días. <sup>32</sup> Esto les decía claramente. Entonces Pedro lo tomó aparte y comenzó a reconvenirlo. <sup>33</sup> Pero él, volviéndose y mirando a los discípulos, reprendió a Pedro, diciendo:**

**—¡Quítate de delante de mí, Satanás!, porque no pones la mira en las cosas de Dios, sino en las de los hombres.**

*(Mateo 16:21-23; Lucas 9:22)*

Esta es la primera vez que Marcos registra en su relato la predicción explícita de parte del Señor acerca de su ya cercana pasión. Antes de esto sólo había hablado del asunto de manera velada (véase 2:19, 20). De aquí en adelante, sin embargo, lo hará abierta y repetidamente, (véase 9:9-13, 31 32; 10:32-34). Lo hizo así, para que los discípulos comprendieran que aún cuando era el Cristo, tal como lo había confesado Pedro en nombre de todos, eso no lo constituía en un rey terrenal; esa falsa esperanza estuvo latente en el corazón de los discípulos hasta que el Señor ascendió a los cielos. Por eso, Jesús por lo general se refería a sí mismo como el Hijo del Hombre, y evitaba llamarse el Cristo.

Al comenzar a enseñarles a sus discípulos que “era necesario al Hijo del hombre *padecer* mucho”, etc., empleó la expresión “era necesario” porque eso reflejaba lo que se enseña en el Antiguo Testamento (véase Génesis 3:15; Salmos 118:22; Isaías 53). Y al

expresarse de este modo les comunicaba que eso era necesario a fin de que todo el mundo pudiera ser salvo.

Ahora, el Antiguo Testamento no señalaba explícitamente quiénes iban a ser los causantes directos de los sufrimientos y la muerte de Cristo, los identificaba sólo indirectamente al decir que serán los “edificadores” que rechazarán “la piedra principal del ángulo”. Sin embargo, Jesús demostró que conocía el futuro al identificar a los que lo iban a rechazar y a condenar. Sus palabras verdaderamente proféticas dejaban claro que iban a ser “los ancianos, los principales sacerdotes y los maestros de la ley”, que constituían el Sanedrín, la corte suprema judía que estaba integrada por setenta y un miembros. Esa corte tenía jurisdicción sobre las áreas políticas y religiosas en Judea. Al decir que el Hijo del Hombre iba a ser condenado a muerte, Jesús implicaba en eso al gobernador o procurador romano, porque en esa época el Sanedrín no tenía facultades para pronunciar sentencia de muerte, esa era una prerrogativa del procurador romano. Jesús identificó con toda claridad a manos de quienes iban a ocurrir sus sufrimientos y su muerte.

Añadió sin embargo una nota victoriosa. Después de tres días va a resucitar; pero los discípulos estaban tan asustados por la idea de los sufrimientos y de la muerte de su Amo y Señor, que olvidaban constantemente este aspecto. Tan fue así, que la resurrección los tomó por sorpresa.

Las palabras con las que se refirió al momento de la resurrección, a los “tres días”, no parece que se ajusten al hecho de que la resurrección ocurrió “al tercer día”. Esta aparente discrepancia se debe a que en el idioma hebreo, la frase “después de tres días” no significa necesariamente el paso de tres días completos, sino que se emplea también cuando sólo ha transcurrido parte de los tres días. En este caso fueron la tarde del viernes, el día de la muerte de Cristo; el día del sábado, el día de su permanencia en la tumba, y la mañana del domingo, el día de la resurrección.

Quizás el elemento más horrible de este relato es el momento en que Pedro toma aparte a Jesús para reprenderlo, es decir, para tratar de persuadirlo de que bajo ninguna circunstancia debe sufrir y morir. Esto nos indica que el concepto de “Cristo” que tenían tanto Pedro como los demás discípulos, estaba vinculado a falsas expectativas e interpretaciones contrarias a las Escrituras. Jesús le contestó a Pedro, pero antes se dirigió con la mirada a todos los discípulos, porque todos necesitaban la misma corrección

A primera vista, la respuesta de Cristo parece demasiado dura, pero no lo es si tenemos en cuenta que, sin saberlo, Pedro estaba repitiendo la misma tentadora propuesta que Satanás le había hecho al Señor en el desierto. También está por completo de acuerdo con lo que nosotros por lo general queremos para nosotros mismos, poder y gloria sin sufrimiento. Esa petición de ninguna manera iba de acuerdo con el plan de salvación de Dios. Gracias a él, la bien intencionada pero mal encaminada amonestación de Pedro fue rechazada tajantemente por Jesús, sin cuyo sufrimiento, muerte y resurrección estaríamos perdidos para siempre en nuestros pecados.

### *El precio de seguir a Cristo*

**<sup>34</sup>Y llamando a la gente y a sus discípulos, les dijo: —Si alguno quiere venir en pos de mí, niéguese a sí mismo, tome su cruz y sígame. <sup>35</sup>Todo el que quiera salvar su vida, la perderá; y todo el que pierda su vida por causa de mí y del evangelio, la salvará, <sup>36</sup>porque ¿de qué le aprovechará al hombre ganar todo el mundo, si pierde su alma? <sup>37</sup>¿O qué recompensa dará el hombre por su alma?**

**<sup>38</sup>Por tanto, el que se avergüence de mí y de mis palabras en esta generación adúltera y pecadora, también el Hijo del hombre se avergonzará de él cuando venga en la gloria de su Padre con los santos ángeles.**



## **9** También les dijo:

**—De cierto os digo que algunos de los que están aquí no gustarán la muerte hasta que hayan visto que el reino de Dios ha venido con poder.**

*(Mateo 16:24-28; Lucas 9:23-27)*

Estas palabras fueron la respuesta lógica y apropiada a los dos eventos recién ocurridos. Jesús las dirigió tanto a la multitud como a sus discípulos, a los cuales anteriormente les había preguntado quién pensaban que era él. Jesús de inmediato corrigió sus expectativas terrenales al decirles que, como el Cristo, tenía que sufrir y morir. Luego les dijo a sus discípulos y a la multitud lo que significaba seguir a este Hijo del Hombre que iba al sufrimiento y a la muerte.

De entre la multitud, muchos habían seguido a Cristo por razones puramente materialistas, y también muchos lo estaban abandonando (véase Juan 6:60-66) porque se habían dado cuenta de que Jesús no iba a acceder a que lo convirtieran en el rey terrenal que ellos deseaban (véase Juan 6:14, 15). Consagrado a cumplir la misión que el Padre le había encomendado, Jesús se negó a congraciarse con las falsas promesas de gloria terrenal o de comida gratuita, y enfrentó su destino firme y sin titubear. Ahora les decía a la multitud y a sus discípulos que si le seguían iban a enfrentar un destino similar.

Seguir a Cristo significa negarse a uno mismo, en otras palabras, renunciar al propio yo como el único objetivo en la vida, y poner a Dios y su voluntad como el centro de la existencia. Eso siempre significará hacer sacrificios, evitar cualquier cosa que se interponga entre el Salvador y nosotros (véase 7:20-23); incluso hasta estar dispuestos a tomar la cruz y sufrir penalidades y la muerte por permanecer fieles a él.

En esa época los primeros lectores de Marcos ya habían sufrido esas experiencias en sus vidas, e iban a sufrir aún más. Los cristianos de hoy día tampoco están libres de problemas; en

muchos países se les persigue por causa de su fe, incluso en nuestro país, en donde la propaganda atea se hace cada vez más poderosa, y llega algunas veces a influir sobre la legislación y los tribunales. La cruz y la lealtad a Cristo marchan siempre juntas (véase 1 Pedro 4:12-16).

¿Vale la pena vivir como cristianos? Cristo nos dice que quien le niegue, buscando así asegurar una hermosa existencia terrenal, perderá su vida y terminará en la condenación. Perder la vida terrenal por Cristo y el evangelio, significa conservar la vida eterna. Aún cuando la mayoría de nosotros no se ve en la necesidad de hacer un sacrificio tan grande, consuela saber que la pérdida de la vida terrenal por causa de Cristo y del evangelio significa ganar la vida eterna. Teniendo en mente la promesa de vida eterna que nos hace nuestro Señor, no resulta difícil contestarnos las siguientes dos preguntas que Jesús les planteó: “¿De qué le aprovechará al hombre ganar todo el mundo, si pierde su alma?”, y “¿Qué recompensa dará el hombre por su alma?” Ser dueño de todo el mundo, que es algo que nadie puede alcanzar, no sirve de nada si uno pierde su alma; lamentablemente, hay muchos que cambian su salvación por mucho menos que eso.

Para que nadie tomara a la ligera sus palabras, Jesús se refirió seguidamente al día del juicio y dijo claramente que cuando venga como juez, rechazará a quienes en esta vida se avergonzaron de él. No es prudente que leamos estas palabras encogiéndonos de hombros para decir que nos queda aún mucho tiempo, o que tal vez exista la posibilidad de una segunda oportunidad después de la muerte. La decisión final se toma en esta vida; el don de la fe no se debe despreciar. Estas palabras le añaden también otra dimensión a lo que significa ser el Cristo, el Hijo de Dios.

A fin de que ni a los discípulos ni a los demás oyentes se les ocurriera apartarse, diciendo: “es una plática más”, Jesús enfáticamente señaló la evidencia de su poder que muchos de los que estaban allí ese día iban a alcanzar a ver en su propia vida. No se estaba refiriendo el Señor al día del juicio, porque como Hijo del Hombre no le era dado saber el día ni la hora del juicio (véase

13:32); les estaba hablando del formidable desarrollo de la iglesia cristiana, que en el curso de los siguientes treinta años y más habría de extenderse sobre la mayor parte del mundo mediterráneo; cuestión fácil de apreciar con sólo leer el libro de Hechos. Antes de la destrucción de Jerusalén en el año 70 d.C., ya había congregaciones cristianas en Israel, Egipto, Asia Menor, Grecia e Italia. El reino de Cristo estaba ya firmemente establecido antes de que murieran los apóstoles.

Hoy en día la iglesia sigue enfrentando la cruz, a la vez que manifestando su poder, como nos lo muestra el desarrollo de los campos misioneros. Jesús nos sigue preguntando si queremos ser sus seguidores. Si ese es nuestro deseo, habrá una cruz que llevar; pero habrá también en el día final una corona de gloria para nosotros. ¿La obtendremos o traicionaremos al Señor como hizo Judas, por treinta monedas de plata; o como hizo Dimas “amando este mundo”? (2 Timoteo 4:10)

Conviene que aclaremos las razones por las cuales hacemos el comentario del versículo 1 del capítulo 9 junto con la última sección del capítulo 8. El texto de los antiguos manuscritos hebreos y griegos de las Sagradas Escrituras no tenían las divisiones de capítulos y versículos que nosotros conocemos; estas son adquisiciones relativamente recientes que se hicieron para facilitar el manejo de los pasajes. No está del todo claro si la actual división por capítulos se le debe acreditar al cardenal Hugo de Saint Cher (m. 1340), o a Esteban Langton, arzobispo de Canterbury fallecido en 1228. Incluso, antes de que se inventara la imprenta, ya la división en capítulos había pasado de los manuscritos en latín a las copias hechas en otros idiomas.

En lo que respecta a los versículos, la división es todavía más reciente. La que se usa en la actualidad en el Nuevo Testamento fue introducida por Robert Stephens en su Testamento greco-latino en 1551. En el caso del Antiguo Testamento esta manera de dividir el texto se remonta a los manuscritos hebreos más antiguos que conocemos; esa costumbre se generalizó en el siglo XV. Puesto que estas divisiones no fueron obra de los escritores inspirados,

no son necesariamente válidas, y como en este caso, están sujetas al juicio humano.

### *La transfiguración*

**<sup>2</sup> Seis días después, Jesús tomó a Pedro, a Jacobo y a Juan, y los llevó aparte solos a un monte alto. Allí se transfiguró delante de ellos. <sup>3</sup> Sus vestidos se volvieron resplandecientes, muy blancos, como la nieve, tanto que ningún lavador en la tierra los puede dejar tan blancos. <sup>4</sup> Y vieron a Elías y a Moisés que hablaban con Jesús. <sup>5</sup> Entonces Pedro dijo a Jesús:**

**—¡Maestro, bueno es para nosotros que estemos aquí! Hagamos tres enramadas: una para ti, otra para Moisés y otra para Elías.**

**<sup>6</sup> No sabía lo que hablaba, pues estaban asustados. <sup>7</sup> Entonces vino una nube que les hizo sombra, y desde la nube una voz que decía: «Éste es mi Hijo amado; a él oíd.» <sup>8</sup> Y luego, cuando miraron, no vieron a nadie más con ellos, sino a Jesús solo.**

**<sup>9</sup> Mientras descendían del monte, les mandó que a nadie dijeran lo que habían visto, hasta que el Hijo del hombre hubiera resucitado de los muertos. <sup>10</sup> Por eso guardaron la palabra entre sí, discutiendo qué sería aquello de resucitar de los muertos. <sup>11</sup> Le preguntaron, diciendo:**

**—¿Por qué dicen los escribas que es necesario que Elías venga primero?**

**<sup>12</sup> Respondiendo él, les dijo:**

**—Elías a la verdad vendrá primero y restaurará todas las cosas. Pero ¿no dice la Escritura que el Hijo del hombre debe padecer mucho y ser despreciado? <sup>13</sup> Pero os digo que Elías ya vino, y le hicieron todo lo que quisieron, como está escrito de él.**

*(Mateo 17:1-13; Lucas 9:28-36)*

Pasaron seis días; Cristo los empleó en la instrucción de sus discípulos. Lucas 9:28 dice que, “como ocho días después”, y aquí debemos recordar lo que se explicó a propósito de “resucitar a los tres días” en Marcos 8:31. Los tres evangelistas, cuando llaman la atención al lapso de tiempo, hacen notar que hay una estrecha relación entre lo que Jesús les dijo a sus discípulos respecto de su pasión y lo que estaba próximo a ocurrir aquí. Es muy probable que la transfiguración haya tenido lugar en la región de Cesárea de Filipo, pero no podemos identificar el monte específico en el que ocurrió.

Jesús tomó consigo a Pedro, a Jacobo y a Juan, y los llevó a la cima de una montaña para estar a solas con ellos. Mientras el Señor pasaba un tiempo en oración, sus acompañantes estaban rendidos de sueño, (véase Lucas 9:29, 32). Estos tres hombres fueron los testigos que escogió Jesús cuando resucitó a la hija de Jairo (5:37) y volverán a estar con él en el jardín de Getsemaní. En la casa de Jairo, Jesús se les había revelado como poseedor del poder de Dios sobre la muerte; en el huerto serían testigos de la forma de dirigirse a Dios como su Padre; la transfiguración les iba a revelar de modo visible su naturaleza divina, confirmándoles la certeza de todo lo que les había dicho a los discípulos acerca de su pasión, y que ellos aún no estaban dispuestos a aceptar.

Lo que tuvo lugar sobre la montaña los sobrecogió; los tres despertaron y vieron a Jesús, cuyos vestidos estaban resplandecientes y de una blancura sobrenatural, y rostro resplandecía como el sol (véase Mateo 17:2). Cuando Moisés retornó de la presencia de Dios, “su rostro resplandecía” (Éxodo 34:35); pero en su caso, eso era simple reflejo de la gloria celestial. En Jesús se trataba de un resplandor propio, revelador de su naturaleza divina, que confirmaba la verdad de las palabras que Pedro había dicho antes: “Tú eres el Cristo” (8:29), “el Hijo del Dios viviente” (Mateo 16:16).

Pero eso no fue todo lo que tuvieron el privilegio de experimentar; junto al Señor glorificado aparecieron Moisés y Elías, a quienes reconocieron sin previa presentación (y eso nos

debe sugerir algo acerca del cielo). La conversación que el Salvador y estos hombre de Dios sostenían, y que los discípulos escuchaban, tiene que haberles sido muy instructiva ya que, “hablaban de su partida, que Jesús iba a cumplir en Jerusalén” (Lucas 9:31). De esto mismo les había hablado Jesús cuando les dijo, “que el Hijo del Hombre debía padecer mucho, y ser rechazado ... ser condenado a muerte y resucitar a los tres días” (8:31).

Moisés representaba la ley, o la Tora, que comprendían no sólo los mandamientos, sino toda la buena y misericordiosa voluntad de Dios, incluido el evangelio (véase Génesis 3:15 y Deuteronomio 18:15-19). Elías, que había sido llevado al cielo sin sufrir la muerte, fue el gran profeta que por el poder de Dios logró hacer que muchos israelitas se volvieran al Señor en un momento en el que Dios mismo había dicho: “Yo preservaré a siete mil israelitas que no se han arrodillado ante Baal ni lo han besado.” (1 Reyes 19:18 NVI). La presencia y las palabras de estos dos profetas les confirmaron a los discípulos que Dios estaba llevando a cabo su propósito en Cristo, tal y como Cristo se los había manifestado.

Estos dos grandes profetas estuvieron allí y nos comunican un mensaje importante para hoy en día; eso nos enseña que el cristianismo no es en modo alguno una nueva religión separada de la fe del Antiguo Testamento, sino que es su continuación y su cumplimiento. La fe cristiana comenzó en el huerto del Edén y alcanzará su maravillosa plenitud en el día del juicio. Los que rechazan a Cristo están rechazando también a Moisés y a Elías, aún cuando usan en sus ceremonias religiosas las palabras de estos dos hombres que son parte de la promesa de Cristo.

La reacción de Pedro cuando dijo, “hagamos tres enramadas” como las de la fiesta de los tabernáculos, una para Jesús, otra para Moisés y otra para Elías, resulta comprensible. No hay duda de que buscaba prolongar tan asombrosa experiencia; pero de haber sido así, los discípulos no hubieran recibido la mejor lección de todas.

Súbitamente los envolvió una nube, algo que, por el conocimiento que tenían del Antiguo Testamento reconocieron como la presencia de Dios. Y desde la nube la voz del Padre celestial dijo: “Éste es mi hijo amado, a él oíd”. No cabe duda de que estas palabras fortalecieron a Jesús en su determinación de ser el Cordero de Dios que quita el pecado del mundo. A su vez, los discípulos, a quienes les fueron dirigidas las palabras, recibían la plena confirmación divina de tres hechos maravillosos: 1) Jesucristo es mi Hijo; 2) Yo lo amo, es decir, apruebo totalmente lo que él está haciendo; 3) Escúchenle, o sea, lo que él dice es la verdad. No se requirió mucho tiempo para que estas palabras fueran pronunciadas, pero sí tomó mucho más tiempo para que los discípulos las captaran en todo su alcance y significación como verdades eternas.

La transfiguración terminó de la misma súbita manera como comenzó. Junto a ellos volvieron a ver únicamente a Jesús, el Hijo de Dios, a quien debían escuchar. Como había sucedido en ocasiones anteriores, el Señor les dijo que no le contaran a nadie lo que habían visto y oído. Si ellos hubieran proclamado este acontecimiento antes de que hubieran tenido lugar los sufrimientos, muerte y resurrección del Salvador, se le habría usado para propósitos equivocados, ajenos a la obra redentora y no se le hubiera dado crédito.

Después de ser testigos de la gloria de Cristo, los apóstoles tenían sus propias preguntas al respecto; después de haber visto la gloria de Cristo, se les hacía imposible ajustar lo que vieron con su muerte y su resurrección. Había también otras cuestiones que los tenían perplejos; sabían que, de acuerdo con Malaquías 3:1 y 4:5, 6, los maestros de la ley enseñaban que Elías iba a venir antes de la aparición del Mesías. ¿Fue esta aparición de Elías durante la transfiguración, lo que Malaquías había profetizado? No parecía que hubiera sido así.

Jesús les aseguró que lo que los maestros de la ley decían acerca de Elías era correcto, y les dijo claramente que Juan el Bautista era el Elías que había de venir. Al estudiar la obra y el

ministerio de Juan el Bautista como precursor de Cristo, vemos cómo concuerda exactamente con lo que había sido predicho (compare Marcos 1:2-8 con Malaquías 4:5, 6). El día del juicio, o el día grande y terrible de Jehová, se cumplió de modo preliminar con la destrucción de Jerusalén; y será cumplido en su forma final en el último día. Pero ninguna de las profecías dice que ese vaya a ser un acto que realice Elías o Juan el Bautista, sino que será un juicio ejecutado por Dios mismo y por nuestro Señor Jesucristo.

Los tres testigos de la transfiguración guardaron todas estas cosas para ellos mismos hasta después de la resurrección. Uno de ellos, Jacobo, fue el primero en presentarse ante el Señor y su gloria en los cielos porque Herodes lo ejecutó alrededor del año 41 d.C. En 2 Pedro 1:16-18 este apóstol da testimonio de la transfiguración, y Marcos escribe lo que escuchó directamente de sus labios. Juan, mientras estaba todavía en esta tierra, vio de nuevo al Señor en su gloria y de ello escribió en Apocalipsis 1:10-19.

*Jesucristo sana a un muchacho endemoniado*

**<sup>14</sup> Cuando llegó a donde estaban los discípulos, vio una gran multitud alrededor de ellos, y escribas que discutían con ellos. <sup>15</sup> En seguida toda la gente, viéndolo, se asombró; y corriendo a él, lo saludaron. <sup>16</sup> Él les preguntó:**

**—¿Qué discutís con ellos?**

**<sup>17</sup> Respondiendo uno de la multitud, dijo:**

**—Maestro, traje a ti mi hijo, que tiene un espíritu mudo, <sup>18</sup> el cual, dondequiera que lo toma, lo sacude; echa espumarajos, cruje los dientes y se va secando. Dije a tus discípulos que lo echaran fuera, pero no pudieron.**

**<sup>19</sup> Respondiendo él, les dijo:**

**—¿Generación incrédula! ¿Hasta cuándo he de estar con vosotros? ¿Hasta cuándo os he de soportar? Traédme lo.**

**<sup>20</sup> Se lo trajeron, y cuando el espíritu vio a Jesús, sacudió con**



**violencia al muchacho, que cayó al suelo revolcándose y echando espumarajos. <sup>21</sup> Jesús preguntó al padre: —¿Cuánto tiempo hace que le sucede esto?**

**Él dijo:**

**—Desde niño. <sup>22</sup> Y muchas veces lo arroja al fuego o al agua, para matarlo; pero si puedes hacer algo, ten misericordia de nosotros y ayúdanos.**

**<sup>23</sup> Jesús le dijo:**

**—Si puedes creer, al que cree todo le es posible.**

**<sup>24</sup> Inmediatamente el padre del muchacho clamó y dijo:**

**—Creo; ayuda mi incredulidad.**

**<sup>25</sup> Cuando Jesús vio que la multitud se agolpaba, reprendió al espíritu impuro, diciéndole:**

**—Espíritu mudo y sordo, yo te mando que salgas de él y no entres más en él.**

**<sup>26</sup> Entonces el espíritu, clamando y sacudiéndolo con violencia, salió; y él quedó como muerto, de modo que muchos decían: «Está muerto.»**

**<sup>27</sup> Pero Jesús, tomándolo de la mano, lo enderezó; y se levantó. <sup>28</sup> Cuando él entró en casa, sus discípulos le preguntaron aparte:**

**—¿Por qué nosotros no pudimos echarlo fuera?**

**<sup>29</sup> Y les dijo:**

**—Este género con nada puede salir, sino con oración y ayuno.**

*(Mateo 17:14-21; Lucas 9:37-43)*

Los síntomas que se describen aquí son similares a los de cierta forma de epilepsia. Muchos comentaristas que niegan de manera rotunda la posibilidad de la posesión demoniaca, y rechazan la existencia de Satanás y sus ángeles infernales, aseguran que se trató de un caso de epilepsia. Plantean que Marcos, al escribir como lo hizo, estaba simplemente reflejando las opiniones y las creencias de su época, según las cuales le atribuían erróneamente

a fuerzas demoníacas lo que no era otra cosa que manifestaciones de enfermedad. Pero, como lo que Marcos escribió fue “inspirado por Dios”, como dice 2 Timoteo 3:16, lo que esos comentaristas están diciendo en realidad es que Dios no sabe lo que está diciendo, o que se adaptó a las creencias de la época. Nosotros no podemos aceptar ninguno de esos razonamientos, como ya lo hemos señalado al comentar sobre Marcos 1:21-28.

Éste es el último de los relatos que hace Marcos concernientes a la expulsión de los demonios por parte de nuestro Señor Jesucristo. Hay en todos los casos de curación de males causados por espíritu malignos un elemento que es totalmente diferente de las curaciones milagrosas de los que estaban simplemente enfermos. En todos los casos de sanación de una persona poseída, con excepción de 7:24-30 en el que la jovencita no se encontraba presente, hubo siempre un enfrentamiento entre el demonio y Jesús (ver 1:23-26; 3:11,12; 5:7, 8; y ahora 9:20, 25, 26). Eso diferencia radicalmente estas sanidades de los otros milagros, como en el caso de la suegra de Pedro (1:30, 31) o del paralítico (2:1-12).

De las alturas de la transfiguración, Jesús y los tres discípulos descendieron al encuentro de las realidades de la vida cargada de penas y de pecados. Cuando llegaron donde los nueve discípulos, Jesús se encontró con los maestros de la ley que estaban discutiendo con ellos en presencia de una muchedumbre. La llegada de Jesús resultó más que oportuna, pues los demás discípulos la estaban pasando mal al tratar de defenderse de los maestros de la ley. Ambos grupos estaban de acuerdo en que la incapacidad de los discípulos para librar al muchacho poseído por el demonio en realidad repercutía sobre el mismo Jesús.

Fue el padre del muchacho quien contestó la pregunta que Jesús les dirigió a los maestros de la ley. La descripción que hizo el atribulado padre de la condición de quien era su único hijo, fue en extremo deplorable (véase Lucas: 9:38); pero lo más triste de lo que ese padre tenía que informarle a Jesús era que los discípulos no habían sido capaces de sanar al muchacho. Eso explica las

palabras que dijo Jesús a continuación; ya estaba en el tercer año de instrucción a los discípulos, y por eso se preguntó en voz alta cuándo iban a aprender; cuánto tiempo más les iba a tomar hacerlo.

Inmediatamente después de estas palabras, Jesús ordenó que le llevaran al muchacho. Al ver que eso implicaba la promesa de hacer algo para remediar su situación, el padre de muchacho le dijo: “Si puedes hacer algo, ten misericordia de nosotros y ayúdanos”. La fe de ese padre se había venido a pique porque los discípulos no habían sido capaces de ayudarlo, pero Jesús le dio ánimo, diciéndole: “al que cree, todo le es posible”. En su ansiedad, el padre exclamó, como también nosotros hacemos muchas veces en las horas difíciles de nuestra vida, “creo, ayuda a mi incredulidad”. Fue una confesión sincera que Jesús no dejó sin respuesta. Con la expulsión del demonio Jesús sanó al muchacho de quien muchos decían, “ha muerto” y fortaleció la fe del padre que vio cómo el Salvador lo levantó tomándolo de la mano, completamente curado.

Pero había otros que también necesitaban ayuda: los discípulos. En cuanto estuvieron solos con Jesús, le preguntaron: “¿Por qué nosotros no pudimos echarlo fuera?” La pregunta no carecía de lógica; cuando Jesús los envió en el viaje misionero les dio autoridad para echar fuera a los demonios, y eso fue precisamente lo que ahora no pudieron hacer (6:7). En efecto, ellos habían expulsado muchos demonios (6:13), ¿por qué ahora no? Respondiéndoles el Señor les dijo: “este género con nada puede salir, sino con oración [y ayuno]”. Cuando los discípulos vieron que sus primeros intentos habían sido inútiles, se debieron dar cuenta de que necesitaban acudir al Señor en oración. Este poder no era algo inherente en ellos como lo era en Jesús, a quien le bastaba con decir: “Yo te ordeno” (versículo 25). Todavía les faltaba mucho por aprender.

En el versículo 29 y también en Mateo 17:21, nuestra versión Reina Valera 1995 y otras versiones incluyen las palabras “y ayuno”; sin embargo la Reina Valera de 1877, añade las palabras “y ayuno” entre corchetes. Algunos manuscritos antiguos griegos

que usa la Nueva Versión Internacional, omiten estas palabras que tal vez fueron añadidas tiempo después por los copistas. El “ayuno” sugiere que la sanación del endemoniado o de cualquier otro depende por lo menos en parte en el hecho de ayunar. ¡Y no es así! Además, ni había en esos momentos tiempo para ayunar cuando el padre les llevó su hijo a los discípulos.

*Jesucristo predice por segunda vez su muerte*

**<sup>30</sup> Saliendo de allí, caminaron por Galilea; y no quería que nadie lo supiera, <sup>31</sup> pues enseñaba a sus discípulos, y les decía:**

**—El Hijo del hombre será entregado en manos de hombres, y lo matarán; pero, después de muerto, resucitará al tercer día.**

**<sup>32</sup> Pero ellos no entendían esta palabra, y tenían miedo de preguntarle.**

*(Mateo 17:22, 23; Lucas 9:43 – 45)*

Esta es la segunda ocasión en que Marcos presenta a Jesús hablando claramente acerca de su inminente pasión. Pero tampoco en esta ocasión entendieron plenamente los discípulos; la realidad es que parecían tener temor de conocer toda la verdad, porque podrían escuchar más de lo que querían oír.

Nosotros no debemos criticar su actitud. Todos los hechos han sido conocidos por más de 1900 años, pero todavía hay quienes se niegan a admitir que el pecado, nuestro pecado, hizo necesario que Jesús sufriera y muriera, y que su resurrección es la garantía de que hemos sido perdonados.

Este segundo anuncio de la pasión añade un nuevo elemento: “el Hijo del Hombre será entregado en manos de hombres”. La Nueva Versión Internacional en los tres Evangelios sinópticos da la misma traducción: “El Hijo del Hombre va a ser entregado en manos de los hombres”. Aunque aparece el mismo verbo en griego en los tres textos (Mateo 17:22; Marcos 9:31; Lucas 9:44), nos

parece oportuno que otra traducción agrega la frase “a traición” aquí en Marcos 9, porque así destaca la nueva información que Jesús no mencionó la primera vez (véase Marcos 8:31). Es evidente en la New International Version (en inglés) que alguien cercano a Cristo lo iba a poner en manos de los que le darían muerte. Por lo tanto no hay que asombrarse de que los discípulos se sintieran temerosos de seguir preguntando. Para ellos era mejor discutir cuál sería el mayor en el venidero reino de los cielos.

*¿Quién es el mayor?*

**<sup>33</sup> Llegó a Capernaúm y, cuando estuvo en casa, les preguntó:**

**—¿Qué discutíais entre vosotros por el camino?**

**<sup>34</sup> Pero ellos callaron, porque por el camino habían discutido entre sí sobre quién había de ser el mayor. <sup>35</sup> Entonces él se sentó, llamó a los doce y les dijo:**

**—Si alguno quiere ser el primero, será el último de todos y el servidor de todos. <sup>36</sup> Y tomó a un niño, lo puso en medio de ellos y, tomándolo en sus brazos, les dijo:**

**<sup>37</sup>—El que reciba en mi nombre a un niño como éste, me recibe a mí; y el que a mí me recibe, no me recibe a mí sino al que me envió.**

*(Mateo 18:1-6; Lucas 9:46-48)*

Jesús estuvo muy atareado durante su última visita a Capernaúm, le dedicó la mayor parte del tiempo a la instrucción de los discípulos. Marcos emplea el resto de este capítulo para hablar de este proceso que ocupa todo el capítulo 18 de Mateo. El relato de Lucas es el más corto. La manera como Mateo narra que los discípulos fueron a Jesús con la pregunta sobre quién es el mayor en el reino de los cielos, indica que algo había precedido a esa pregunta. Marcos se encarga de decirnos qué había pasado; de modo que lejos de contradecirse, ambos relatos se complementan.

En el camino a Carpernaúm, Jesús se dio cuenta de que los discípulos iban discutiendo entre sí; como sabía que el resultado del debate los llevaría a conclusiones equivocadas quiso que le hicieran la pregunta a él. Cuando se les acercó, al comienzo se quedaron en silencio y se sintieron culpables, pero ante la insistencia del Señor, le hicieron la pregunta, como se narra en el capítulo 18 de Mateo.

¿Por qué estaban tan interesados en el asunto de quién sería el mayor? En primer lugar, este asunto de jerarquías es una cuestión muy propia de los seres humanos, pero quizás la misma actuación de Jesús les daba cierta base para pensar en eso. En dos ocasiones el Maestro había tomado aparte a tres de ellos como testigos especiales: una, cuando resucitó a la hija de Jairo y, más recientemente, cuando ellos mismos lo acompañaron al monte de la transfiguración sin que los restantes nueve supieran aun lo que ocurrió allí. Además, estaba el hecho de que Jesús le había dado a Simón el nombre de Pedro, que significa roca (véase Mateo 16:17,18). Todo eso era bastante enigmático para ellos, puesto que aún no sabían toda la historia como nosotros la conocemos. A la vez, eso también revelaba la naturaleza pecaminosa de sus corazones, y Jesús estaba preocupado por eso.

Jesús les dio una respuesta muy distinta de la que ellos esperaban; en el reino de los cielos la importancia no es asunto de títulos ni de autoridad. Allí ser el primero significa ser el último, ser el servidor. Ninguna tarea es demasiado humilde, ni siquiera la satisfacción de las necesidades de un infante. El servicio significa el sacrificio de nuestro tiempo y de nuestros talentos e incluso hasta de nosotros mismos por amor a otros, aún cuando ellos no lo reconozcan o no lo aprecien. En el reino de Dios, hasta la ayuda física, espiritual o emocional que se le dé a un niño, es algo grande. Cuando hacemos esas cosas en el nombre de Jesús, es decir, porque amamos a Jesús, no sólo le damos la bienvenida al Salvador en nuestros corazones y en nuestras vidas, sino también al Padre que le envió. ¿Qué puede haber mayor que esto?

Pero el mundo mira las cosas desde un punto de vista totalmente opuesto; por eso Jesús se vio obligado a darles a los discípulos una y otra vez esta lección (véase Marcos 10:43, 44; Mateo 23: 8-12; Lucas 22: 24-27).

Al usar un niño para ilustrarles esta enseñanza a sus discípulos, Jesús estaba extendiendo el alcance de esa lección a nuestros propios días, cuando tantos niños son considerados indeseables, y donde existe el horrible crimen del aborto. Solamente la fe en Cristo que nos hace miembros del reino de los cielos es la que les puede servir de guía certera a nuestras motivaciones, y de respuesta correcta a nuestras inquietudes. Y esta es otra de las grandes razones para predicar el evangelio.

*Quienquiera que no esté contra nosotros, está con nosotros*

**<sup>38</sup> Juan le respondió diciendo:**

**—Maestro, hemos visto a uno que en tu nombre echaba fuera demonios, pero él no nos sigue, y se lo prohibimos porque no nos seguía.**

**<sup>39</sup> Pero Jesús dijo:**

**—No se lo prohibáis, porque ninguno hay que haga milagro en mi nombre, que luego pueda hablar mal de mí, <sup>40</sup> pues el que no está contra nosotros, por nosotros está. <sup>41</sup> Y cualquiera que os dé un vaso de agua en mi nombre, porque sois de Cristo, de cierto os digo que no perderá su recompensa.**

**<sup>42</sup> A cualquiera que haga tropezar a uno de estos pequeñitos que creen en mí, mejor le sería que se le atara una piedra de molino al cuello y se le arrojara al mar.**

*(Lucas 9:49,50)*

Cuando Juan oyó a Jesús que hablaba de recibir a Cristo y a quien le envió, le vino a la mente un suceso reciente. Los discípulos se habían encontrado con un hombre que estaba echando fuera demonios en el nombre de Cristo. Sin embargo, no

era del grupo de Cristo y mucho menos de los doce, por tanto ellos se lo habían prohibido. ¿Habían actuado correctamente? ¿No era la expulsión de demonios parte de la autoridad que Jesús les había dado a ellos? Las palabras de Juan expresaban su preocupación por Jesús pero también la preocupación por sus derechos como discípulos. Una cosa era correcta, pero la otra no.

Sin demora alguna, Cristo les hizo saber que estaban equivocados y les explicó la razón. A menos que hubiera evidencias específicas en sentido contrario, el hecho de que el hombre expulsara los demonios en nombre de Cristo demostraba que era creyente. Personas como esas, les dijo a los doce, serán recompensadas por Dios incluso si la obra que una persona hiciera no fuera más que darle un vaso de agua en su nombre a uno de los suyos.

Ciertamente, eso significa que no debemos tratar de impedir que otros proclamen y prediquen a Cristo, incluso si no pertenecen a nuestro grupo específico. Tenemos que dejar que sea Cristo mismo el juez definitivo. Por nuestra parte debemos más bien ser cuidadosos, no sea que nuestros actos o nuestras palabras contribuyan a que alguien se pierda; y aquí Cristo incluye hasta los pequeñitos que creen en él. Por eso tenemos que preguntarnos constantemente si nuestra vida, nuestras acciones y nuestras palabras sirven para guiar a los demás hacia Cristo o los llevan al pecado. Si estamos en el último caso, hay una seria advertencia de Cristo para nosotros, sería mejor que, antes de hacer caer a otros en pecado, perdiéramos nuestra propia vida atándonos al cuello una rueda de molino, de esas grandes que hacen girar los asnos o bueyes, y con esa carga lanzarnos al fondo del mar. Pecar es malo, pero hacer que alguien peque es decididamente peor.

*La meta digna de cualquier sacrificio*

**<sup>43</sup> Si tu mano te es ocasión de caer, córtala, porque mejor te es entrar en la vida manco, que teniendo dos manos ir al**



**infierno, al fuego que no puede ser apagado, <sup>44</sup> donde el gusano de ellos no muere y el fuego nunca se apaga. <sup>45</sup> Y si tu pie te es ocasión de caer, córtalo, porque mejor te es entrar en la vida cojo, que teniendo dos pies ser arrojado al infierno, al fuego que no puede ser apagado, <sup>46</sup> donde el gusano de ellos no muere y el fuego nunca se apaga. <sup>47</sup> Y si tu ojo te es ocasión de caer, sácalo, porque mejor te es entrar en el reino de Dios con un ojo, que teniendo dos ojos ser arrojado al infierno, <sup>48</sup> donde el gusano de ellos no muere y el fuego nunca se apaga. <sup>49</sup> Todos serán salados con fuego, y todo sacrificio será salado con sal. <sup>50</sup> Buena es la sal; pero si la sal se hace insípida, ¿con qué la sazonaréis? Tened sal en vosotros mismos, y vivid en paz los unos con los otros.**

Jesús usó ilustraciones gráficas para enseñarles a sus discípulos y a nosotros la importancia de combatir el pecado; el pecado lleva al infierno. Valiéndose de las palabras de Isaías 66:24 nuestro Señor describió el infierno, lugar de eterno tormento a donde conduce el pecado.

La expresión “ser arrojado al infierno” significa lo que les sucederá a los que escogen el mal. “Ser arrojado al infierno” significa la ejecución de la sentencia dictada por Dios. Eso es lo que les espera a los que se entregan al pecado.

¿Qué precio estaríamos dispuestos a pagar para librarnos de ese destino? Jesús dice que debiéramos estar dispuestos a cortarnos una mano o un pie, o a sacarnos un ojo. ¿Debemos tomar estas palabras en sentido literal? Fijémonos en que Cristo dice, “si tu mano... si tu pie... si tu ojo te es ocasión de caer”. No es la mano, ni el pie, ni el ojo la causa del mal, porque si lo fueran ¿qué de la otra mano, el otro pie y el otro ojo? Ya anteriormente Cristo les había dado a los discípulos (véase 7:17-23) la clave para comprender que la causa del pecado está en el interior del corazón del hombre; aunque se puedan usar la mano, el pie o el ojo para cometer la falta. Jesús utilizó estas ilustraciones para que se apreciara la gravedad del pecado.

Si como resultado de la determinación de evitar la impiedad, no logramos obtener todo lo que pudiésemos desear en esta vida, debemos recordar que la eternidad, el reino de Dios, es recompensa mucho mayor que cualquier otra cosa. Nadie estará lisiado en el cielo (véase Filipenses 3:21).

Jesús, para lograr que sus discípulos comprendieran el valor de la Palabra de Dios en la batalla contra el pecado, la compara con la sal que se emplea para resaltar el sabor de los alimentos y para preservarlos; cuando nos cae sal sobre una herida o una llaga, nos recuerda nuestro problema, por el ardor que nos produce, como de quemadura por fuego. ¿Qué puede ser esta sal? Es la Palabra de Dios, cuya ley quema y cuyo evangelio sana. Si fuera posible despojar a la sal de sus propiedades no podría lograr ni una cosa ni la otra, es decir, ni quemar con la ley ni sanar con el evangelio. Cristo nos llama a que usemos la sal de la Palabra tal como Dios nos la ha dado, en toda su pureza y su poder. Si se le quita el sabor, como muchos teólogos modernos desean hacer, no hará lo que Dios quiere; entonces no hay esperanza de nada. Tomemos la Palabra tal como es en nuestros corazones, y tendremos su sabor. Por medio de la Palabra tendremos paz los unos con los otros, lo que era en una referencia a la discusión que tenían los discípulos acerca de quién era el mayor.

¿Y qué respecto de estar en paz con nosotros mismos? Aunque podamos luchar contra el pecado, no lo podemos vencer definitivamente y se pudiera pensar que peleamos una batalla perdida. No es así, Cristo ya les había asegurado y les había demostrado a sus discípulos que podía perdonar los pecados y lo estaba haciendo (2:5-10). Para eso vino, y por eso estaba ahora en camino a Jerusalén donde iba a sufrir, morir y resucitar. Como nos muestran estas palabras de Jesús, el hecho de que tenemos el perdón en él nunca debe ser motivo para que tomemos el pecado a la ligera. Para mostrarnos lo terrible del pecado, estas palabras nos deben servir para no usar la garantía del perdón que él nos concede como licencia para pecar despreocupadamente.

**Jesús en camino a Jerusalén**

*Jesús enseña sobre el divorcio*

**10** Levantándose de allí, vino a la región de Judea y al otro lado del Jordán. Y volvió el pueblo a juntarse a él, y de nuevo les enseñaba como solía. <sup>2</sup> Se acercaron los fariseos y le preguntaron, para tentarlo, si era lícito al marido repudiar a su mujer. <sup>3</sup> Él, respondiendo, les dijo: —¿Qué os mandó Moisés?

<sup>4</sup> Ellos dijeron:

—Moisés permitió dar carta de divorcio y repudiarla.

<sup>5</sup> Respondiendo Jesús, les dijo:

—Por la dureza de vuestro corazón os escribió este mandamiento; <sup>6</sup> pero al principio de la creación, hombre y mujer los hizo Dios. <sup>7</sup> Por esto dejará el hombre a su padre y a su madre, y se unirá a su mujer, <sup>8</sup> y los dos serán una sola carne; así que no son ya más dos, sino uno. <sup>9</sup> Por tanto, lo que Dios juntó, no lo separe el hombre.

<sup>10</sup> En casa volvieron los discípulos a preguntarle sobre lo mismo, <sup>11</sup> y les dijo:

—Cualquiera que repudia a su mujer y se casa con otra, comete adulterio contra ella; <sup>12</sup> y si la mujer repudia a su marido y se casa con otro, comete adulterio.

*(Mateo 19:1-12; Juan 10:40)*

Dejando Galilea, Jesús atravesó Samaria y cruzando el río Jordán entró en Perea. La época de largos periodos de aislamiento junto a sus discípulos había quedado atrás, en tanto que el momento de su pasión se acercaba. Durante esos meses Jesús continuó dedicando tiempo a la instrucción de las multitudes y a sanar a muchos de entre ellas, sin dejar de aprovechar cada oportunidad disponible para enseñar a los discípulos. En esta ocasión enseñó sobre el divorcio, un tema que sigue siendo tan candente ahora como en aquellos tiempos.

El relato de Mateo difiere algo del de Marcos, pero si nos damos cuenta de que fueron varios los fariseos que se acercaron al Señor, se entiende que más de uno de ellos lo estuvo hostigando con preguntas.

La pregunta de los fariseos no era sincera, pues intentaban desacreditarlo con la respuesta que les diera. La pregunta sobre el divorcio tenía una razón de ser, porque ellos no estaban de acuerdo con la interpretación correcta de las palabras de Moisés en Deuteronomio 24:1. Los que eran seguidores del rabí Shammai decían que la única razón para el divorcio era la indecencia moral; los que seguían a Hillel decían que todo lo que en la esposa disgustase a su marido, ya era fundamento para el divorcio. Lógicamente, esperaban que Jesús tomara partido por una de las dos opiniones, dándoles con ello la oportunidad de criticarlo públicamente.

Jesús aceptó este reto, diciéndoles, para comenzar, que la ley de Moisés que habían citado era simplemente una concesión por la dureza del corazón. Era un intento de mantener un orden razonable en la sociedad, y no era, en modo alguno, una declaración mediante la cual Dios le diera su aprobación al divorcio. Después, Jesús se remontó al comienzo de la creación para sustentarse en los principios que Dios expuso allí con relación al matrimonio, a partir de los cuales les dio su propio dictamen: “no son ya más dos, sino uno solo. Por tanto, lo que Dios juntó, no lo separe el hombre”.

Únicamente guardando este designio se cumple con el propósito original de Dios, que es quien une al esposo y la esposa. La palabra griega que se usa para esta unión significa, “acoplados juntos como pareja”. Dios quiere que el matrimonio sea “mientras los dos vivan” o “hasta que la muerte nos separe”. El matrimonio no es un trato de conveniencia temporal, sino un compromiso para toda la vida.

Cuando el Señor les habló a los discípulos, les repitió lo que les había dicho a los fariseos (véase Mateo 19:8, 9), pero añadió un nuevo elemento que resultaba desconocido tanto para los judíos

en general como para los fariseos en particular; ni siquiera los discípulos lo habían oído. Cristo dijo que el hombre que se divorcia de su esposa y se casa con otra mujer comete adulterio contra su esposa, de la misma manera que la mujer que se divorcia de su marido y se casa con otro hombre. Tanto a los hombres como a las mujeres que incurran en esta situación los ubicó en la misma categoría, la de adúlteros. En aquellos tiempos los hombres que se divorciaban de sus esposas, simplemente no pensaban que estaban haciendo algo malo o algo que desagradara a Dios, y las mujeres pensaban de igual forma. La naturaleza humana no ha cambiado, y el divorcio sigue siendo un problema al que se tiene que enfrentar la iglesia de nuestros días.

El Espíritu Santo utilizó el relato que hace Marcos de esta conversación de Jesús con los fariseos y con sus discípulos para destacar cuál fue el plan de Dios para el matrimonio desde el mismo comienzo. Dios hizo que Marcos no dijera nada aquí sobre las circunstancias en que puede ser permisible el divorcio; eso lo hizo en Mateo 5:32; 19:9 y 1 Corintios 7:10-15.

### *Jesús y los niños*

**<sup>13</sup> Le presentaban niños para que los tocara, pero los discípulos reprendían a los que los presentaban. <sup>14</sup> Viéndolo Jesús, se indignó y les dijo:**

**—Dejad a los niños venir a mí, y no se lo impidáis, porque de los tales es el reino de Dios. <sup>15</sup> De cierto os digo que el que no reciba el reino de Dios como un niño, no entrará en él.**

**<sup>16</sup> Y tomándolos en los brazos, ponía las manos sobre ellos y los bendecía**

*(Mateo 19:13-15; Lucas 18:15-17)*

Esta es una de las más amenas y reconfortantes historias de los evangelios sinópticos, aunque también es una de las más tristes. Por supuesto, podemos tratar de disculpar a los discípulos diciendo que procuraban proteger a Jesús de interrupciones innecesarias que

le quitaban el tiempo para cosas más importantes. Pero eso es exactamente lo que es muy triste en su actitud.

Los discípulos, al impedir que las personas le llevaran los niños a Jesús, mostraban que no creían que ellos tuvieran la madurez necesaria para sacar provecho de la atención de Jesús y por lo mismo no lo necesitaban como su Salvador. Pero Jesús se puso decididamente de parte de quienes traían a los niños, los que sin duda en su mayoría serían los padres.

Solamente en una ocasión anterior nos habla Marcos de que Jesús se indignara o se enojara. Aquella vez fue contra los fariseos (3:5); y esta vez en contra de sus propios discípulos, y con mucha razón. Ya era hora de que hubieran sabido que las bendiciones del Señor eran para todos, sin distinción de edad. Oportunidades para aprenderlo no les había faltado, como cuando volvió a la vida a la niña de doce años, hija de Jairo; o cuando libró de la posesión demoníaca a la hija de la mujer sirofenicia. ¿Se les habría olvidado que unos pocos días antes, estando en Capernaúm, había puesto en medio de ellos a un niño para enseñarles lo que significaba ser el más grande en el reino de Dios? ¿Cómo era posible que fueran tan duros de entendimiento, tan torpes?

Las palabras de Jesús enseñan claramente que “hasta los niños de pecho”, como lo menciona Lucas 18:15 al relatar este incidente, deben ser llevados a su reino. Es verdaderamente lamentable que todavía haya quienes les nieguen el bautismo a los niños, como si ese fuera un acto de obediencia de la persona, en lugar de lo que realmente es, un don o regalo de Dios. La postura de excluir a los niños del bautismo no puede estar de acuerdo con lo que Jesús les dijo a sus discípulos: “Dejad que los niños vengan a mí; no se lo impidáis, porque de los que son como éstos es el reino de Dios”. Estas palabras del Señor y otras como las que dice Pablo en Efesios 6:4, le sirven de fundamento a nuestro programa de educación cristiana a los niños, que incluyen la escuela dominical y las escuelas bíblicas de vacaciones.

No hay que esforzarse mucho para comprender que al decir, “de los que son como éstos es el reino de Dios”, Jesús no estaba

hablando sólo acerca de los niños, ni refiriéndose únicamente a los que se encontraban allí aquel día. Eso lo confirma al decir inmediatamente después, “el que no reciba el reino de Dios como un niño, no entrará en él”. No hablaba solamente de los niños, sino de personas de cualquier edad, pero diciendo que la única forma de entrar es teniendo la sencilla fe y la confianza “como un niño” en lo que Cristo ha hecho por nosotros. La entrada en el reino de los cielos no es algo que ganamos por nuestras buenas obras o por nuestra vida ejemplar. En todo caso, esos son los frutos de ser parte del reino; nunca podríamos hacer más de lo que puede hacer un niño de pecho para merecer el reino de los cielos. Es la misericordia infinita de Dios la que nos da este regalo.

*El joven rico*

**<sup>17</sup> Al salir él para seguir su camino, llegó uno corriendo y, arrodillándose delante de él, le preguntó:**

**—Maestro bueno, ¿qué haré para heredar la vida eterna?**

**<sup>18</sup> Jesús le dijo:**

**—¿Por qué me llamas bueno? Nadie es bueno, sino sólo uno, Dios. <sup>19</sup> Los mandamientos sabes: “No adulteres. No mates. No hurtes. No digas falso testimonio. No defraudes. Honra a tu padre y a tu madre.” <sup>20</sup> Él entonces, respondiendo, le dijo:**

**—Maestro, todo esto lo he guardado desde mi juventud.**

**<sup>21</sup> Entonces Jesús, mirándolo, lo amó y le dijo:**

**—Una cosa te falta: anda, vende todo lo que tienes y dalo a los pobres, y tendrás tesoro en el cielo; y ven, sígueme, tomando tu cruz.**

**<sup>22</sup> Pero él, afligido por esta palabra, se fue triste, porque tenía muchas posesiones.**

**<sup>23</sup> Entonces Jesús, mirando alrededor, dijo a sus discípulos:**

**—¿Cuán difícilmente entrarán en el reino de Dios los que tienen riquezas!**

**<sup>24</sup> Los discípulos se asombraron de sus palabras; pero Jesús,**

**respondiendo, volvió a decirles:**

**—Hijos, ¡cuán difícil les es entrar en el reino de Dios a los que confían en las riquezas! <sup>25</sup> Más fácil es pasar un camello por el ojo de una aguja, que entrar un rico en el reino de Dios.**

**<sup>26</sup> Ellos se asombraban aun más, diciendo entre sí:**

**—¿Quién, pues, podrá ser salvo?**

**<sup>27</sup> Entonces Jesús, mirándolos, dijo:**

**—Para los hombres es imposible, pero no para Dios, porque todas las cosas son posibles para Dios.**

**<sup>28</sup> Entonces Pedro comenzó a decirle:**

**—Nosotros lo hemos dejado todo y te hemos seguido.**

**<sup>29</sup> Respondió Jesús y dijo:**

**—De cierto os digo que no hay nadie que haya dejado casa, o hermanos, o hermanas, o padre, o madre, o mujer, o hijos, o tierras, por causa de mí y del evangelio, <sup>30</sup> que no reciba cien veces más ahora en este tiempo: casas, hermanos, hermanas, madres, hijos y tierras, aunque con persecuciones, y en el siglo venidero la vida eterna. <sup>31</sup> Pero muchos primeros serán los últimos, y los últimos, primeros.**

*(Mateo 19:16-30; Lucas 18:18-30)*

Jesús se encaminaba a Jerusalén, donde iba a pagar el precio por la salvación de la humanidad. Fue entonces cuando vino a su presencia un joven (véase Mateo 19:20, 22), que poniéndose de rodillas le planteó una pregunta. No se equivocó al buscar quien la contestara, porque el Señor tenía la respuesta. Aunque era un dirigente de los judíos (véase Lucas 18:18), aparentemente en alguna sinagoga, no sabía cuál era el camino a la vida eterna. Pensaba que alcanzarla era algo que dependía de las buenas obras que la persona realizara. Su duda consistía en precisar cuáles eran esas buenas obras. Buscó la respuesta el Jesús porque consideraba que él era “bueno”, pero considerándolo sólo como un “maestro” común.



Cristo se propuso corregirlo de ese error primero, y es por eso que le preguntó: “¿Por qué me dices bueno? Nadie es bueno, sino sólo Dios”. Solamente Dios es perfecto, y por lo tanto solamente él puede proveer la salvación. ¿Entonces por qué me llamas “bueno”? Con esto Jesús no estaba diciendo que él no era Dios, sino haciendo que el hombre reflexionara sobre lo que significaba haberlo llamado “bueno”, y las implicaciones de esta vedad. Lo que estaban tratando tenía mucho más trascendencia que venir a con una pregunta y salir con una respuesta.

La pregunta: “¿qué haré?”, tenía una respuesta que este principal de una sinagoga les había dado a muchos otros. Jesús le respondió de igual forma, repitiéndole resumidamente los mandamientos de Dios que rigen las relaciones del hombre con su prójimo. Sin duda debieron haber sido aquellos acerca de cuyo cumplimiento se habría sentido más seguro este joven, pues su respuesta fue, “todas estas cosas las he guardado desde mi juventud”. Entonces, ¿por qué preguntaba? Aún cuando lo había cumplido todo no se sentía satisfecho. Hoy en día hay muchos que contestarían diciendo que esos mandamientos no tienen vigencia y que la vida eterna es pura imaginación. Están peor que este joven rico. Este dignatario había llevado una vida ejemplar, pero...

El amor de Jesús fluyó de su corazón hacia este hombre, y se concentró en la falla más notable de éste. Así que le dijo que vendiera todas sus posesiones y lo diera a los pobres. De esa forma se desharía de las riquezas a las que amaba por encima de Dios y que lo mantenían fuera de su reino. Una vez hecho eso, y libre de esa idolatría, debía ir y seguir a Jesús.

El joven rico, considerando que el precio era demasiado alto, se marchó y olvidó fijarse en el premio que le aguardaba, Jesucristo, el tesoro en los cielos y el reino de Dios. ¿Regresó alguna vez? No lo sabemos.

Jesús aprovechó esta ocasión para enseñarles a los discípulos una lección necesaria: “¡Cuán difícilmente entrarán en el reino de Dios los que tienen riquezas!” Los discípulos quedaron atónitos ante esas palabras, y entonces el Señor habló de nuevo diciéndoles:

“¡cuán difícil les es entrar en el reino de Dios a los que confían en las riquezas!” Y añadió: “Más fácil es pasar un camello por el ojo de una aguja, que entrar un rico en el reino de Dios”. Simplemente el hombre no puede salvarse a sí mismo, ni este joven dignatario, ni los discípulos, ni nadie. La justificación por las obras nunca satisface las demandas divinas.

Pero no estamos ante un problema sin solución, ya que Jesús añade: “Para los hombres es imposible, pero no para Dios, porque todas las cosas son posibles para Dios”. Dios mediante, hasta un rico que vive idolatrando sus riquezas, puede hacerlas a un lado para confiar con todo su corazón en Dios. Ese es el poder del evangelio.

Pedro intervino en el asunto para decir: “Nosotros lo hemos dejado todo y te hemos seguido”, mostrando así que no había captado aún toda la profundidad de lo que dijo Jesús. Al responderle, el Salvador le señaló las evidencias de la gracia de Dios que ya experimentaban y con la que continuarían en la eternidad; demostrándole que el don de la vida eterna no podía ser visto como una recompensa por las obras de ellos. Ésta era sólo por la gracia de Dios.

Pero lo que Jesús le dijo a Pedro también nos alienta y nos consuela en nuestra vida terrenal. Si por causa de Cristo fuéramos despreciados y ridiculizados hasta por los de nuestra familia, o tuviésemos que enfrentar persecuciones más serias, él nos asegura que en su familia tendremos todo lo necesario. Su amor, que mora en el corazón de los creyentes, vendrá a nosotros en una unión eterna, más preciosa que cualquier relación familiar terrenal.

Como lo fueron para Pedro y para los demás apóstoles, estas palabras son también una advertencia para todos nosotros: “pero muchos primeros serán últimos; y los últimos primeros”. Hubo quienes como Judas, uno de los doce, y Caifás y Anás, sumos sacerdotes de pueblo de Dios, que pensaban que eran los “primeros,” pero no terminaron como primeros. Treinta piezas de plata fueron el ídolo de Judas, mientras Caifás y Anás adoraban el ídolo de sus posiciones jerárquicas. Los tres acabaron excluidos

del reino de los cielos; mientras que muchos creyentes humildes, ignorados y despreciados por los grandes del mundo, pero apreciados por Dios, terminan como “primeros”.

Aquí el Señor nos habla de cómo el apego a las riquezas le hace difícil a cualquiera seguir al Salvador. Pero no todos los ricos empezaron y terminaron como este principal de la sinagoga. Podemos citar a Abraham, David, Zaqueo, Cornelio, Lidia y muchos otros. Con ellos fue diferente, porque por la gracia de Dios no fueron servidores de sus bienes, sino que las pusieron junto con ellos mismos al servicio de Cristo y del evangelio. Hoy en día hay muchos cristianos como ellos, así como también hay muchos otros obstáculos para la salvación aparte de las riquezas.

*Jesús predice su muerte por tercera vez*

**<sup>32</sup> Iban por el camino subiendo a Jerusalén. Jesús iba delante, y ellos, asombrados, lo seguían con miedo. Entonces, volviendo a tomar a los doce aparte, les comenzó a decir las cosas que le habían de acontecer:**

**<sup>33</sup> —Ahora subimos a Jerusalén, y el Hijo del hombre será entregado a los principales sacerdotes y a los escribas. Lo condenarán a muerte y lo entregarán a los gentiles. <sup>34</sup> Se burlarán de él, lo azotarán, lo escupirán y lo matarán; pero al tercer día resucitará.**

*(Mateo 20:17-19; Lucas 18:31-34)*

Cuando los doce vieron que Jesús se encaminaba a Jerusalén, se sorprendieron. En dos ocasiones anteriores (8:31 y 9:31) el Salvador les había profetizado acerca de su pasión, y a ella se había referido al descender del monte de la transfiguración (9:9-12). ¿Era verdaderamente el propósito de Jesús cumplir lo que había dicho? Los demás seguidores de Cristo también estaban llenos de temor, todos sentían que algo trascendental, trágico y misterioso estaba a punto de suceder.

Por tercera vez, Jesús tomó aparte a los doce y les predijo su pasión, pero esta vez con muchos más detalles. La pasión iba a tener lugar en Jerusalén. Traicionado, juzgado y condenado por el Sanedrín, iba a ser entregado a los gentiles, es decir, al gobernador romano, a manos de cuyos soldados sufrirá muchas indignidades para luego ser crucificado, un procedimiento de ejecución reservado para los que no eran romanos. Pero el final será de victoria; a los tres días volverá de la tumba a la vida.

Lucas nos dice que esta vez los discípulos tampoco lo pudieron comprender; pero ¿no nos hubiera pasado a nosotros lo mismo si nos hubieran dicho esto antes de que el suceso hubiera ocurrido, especialmente si nuestros líderes religiosos nos hubieran dicho que el Mesías iba a establecer un reino terrenal?

*La ambiciosa petición de Jacobo y de Juan*

**<sup>35</sup> Entonces Jacobo y Juan, hijos de Zebedeo, se le acercaron y le dijeron:**

**—Maestro, queremos que nos concedas lo que vamos a pedirte.**

**<sup>36</sup> Él les preguntó:**

**—¿Qué queréis que os haga?**

**<sup>37</sup> Ellos le contestaron:**

**—Concedéndonos que en tu gloria nos sentemos el uno a tu derecha y el otro a tu izquierda.**

**<sup>38</sup> Entonces Jesús les dijo:**

**—No sabéis lo que pedís. ¿Podéis beber del vaso que yo bebo, o ser bautizados con el bautismo con que yo soy bautizado?**

**<sup>39</sup> Ellos respondieron:**

**—Podemos.**

**Jesús les dijo:**

**—A la verdad, del vaso que yo bebo beberéis, y con el bautismo con que yo soy bautizado seréis bautizados; <sup>40</sup> pero**

**el sentaros a mi derecha y a mi izquierda no es mío darlo, sino a aquellos para quienes está preparado.**

**<sup>41</sup> Cuando lo oyeron los diez, comenzaron a enojarse contra Jacobo y contra Juan. <sup>42</sup> Pero Jesús, llamándolos, les dijo: —Sabéis que los que son tenidos por gobernantes de las naciones se enseñorean de ellas, y sus grandes ejercen sobre ellas potestad. <sup>43</sup> Pero no será así entre vosotros, sino que el que quiera hacerse grande entre vosotros, será vuestro servidor; <sup>44</sup> y el que de vosotros quiera ser el primero, será siervo de todos, <sup>45</sup> porque el Hijo del hombre no vino para ser servido, sino para servir y para dar su vida en rescate por todos.**

*(Mateo 20:20-28)*

Aunque el Señor les había hablado todavía con mayor detalle acerca de su pasión, ahora más cercana, los discípulos seguían sin entender. Ellos creían que era el Mesías, pero, ignorando los sacrificios, pensaban sólo en la gloria que ello conllevaba.

Sorprende que Jacobo y Juan llevaran esta petición ante Jesús. Como parte de los que le eran más cercanos, debieron estar mejor informados, pero el corazón humano es por naturaleza pecaminoso. De acuerdo con Mateo, fue la ambiciosa madre de los hermanos quien en realidad hizo la solicitud. Al presentarlos como los autores de la petición, Marcos nos está diciendo que ellos estaban de acuerdo con ella.

Lo más chocante fue la forma en que trataron de comprometer a Jesús sin su pleno conocimiento usando una petición preliminar. Esta petición muestra por una parte, que creían que Jesús les podía dar todo cuanto pidieran, y por otra parte, el temor a que se lo negara. ¡Y tenían razón en sus temores! Por eso querían que el Salvador les diera primero algún indicio de que aprobaría su petición.

En cuanto a la solicitud propiamente dicha, uno trata de encontrar cómo es que se les pudo ocurrir algo así. Tal vez se hayan sentido incitados a ello por la promesa que Jesús les hizo a

los discípulos en relación con el incidente del joven rico. Marcos no nos da toda la respuesta de Cristo a lo que dijo Pedro: “Nosotros lo hemos dejado todo y te hemos seguido”. Mateo 19:28 reporta que Jesús también les dijo: “De cierto os digo que en la regeneración, cuando el Hijo del Hombre se sienta en el trono de su gloria, vosotros que me habéis seguido os sentaréis también sobre doce tronos, para juzgar a las doce tribus de Israel”. Es seguro que Jacobo y Juan debieron aferrarse a esa promesa para venir ahora pidiendo los sitios más honorables y prominentes, uno a la derecha y otro a la izquierda de Jesús.

La respuesta de Jesús fue rotunda. Les dijo categóricamente que no sabían lo que estaban pidiendo. No comprendían que el camino al trono era por la vía del sufrimiento y la muerte, precisamente lo que les había dicho recientemente. Y sólo una persona podía soportar todo esto. Jesús mismo iba a dar su vida por los pecadores del mundo. Entonces él les preguntó: “¿Podéis beber el vaso que yo bebo, o ser bautizados con el bautismo con que yo soy bautizado?” Rápidamente, y sin pensar lo que estaban diciendo, le respondieron: “Podemos”, y el Señor les respondió diciéndoles que tendrían su parte en los sufrimientos, pero que en cuanto a los sitios a su derecha y a su izquierda ya habían sido asignados por el Padre celestial.

Los diez discípulos restantes no eran mejores que Jacobo y Juan, y se molestaron porque no habían pensado en hacer la pregunta antes que los primeros dos. Para que el tema no se convirtiera en fuente de conflicto entre los doce, Jesús les hizo ver las enormes diferencias entre los reinos de este mundo y el reino de los cielos. El mismo Salvador resultaba el mejor ejemplo. El Hijo del hombre no había venido para ser servido sino para servir.

Los grandes de la tierra ejercen autoridad; los grandes en el reino de Dios son servidores de todos, en eso radica su grandeza. Leyendo los evangelios encontramos abrumadora evidencia de ello.

Como conclusión, tenemos de labios de Jesús una de sus declaraciones más consoladoras; en ella nos revela la meta de su

cercana pasión al decir: “El Hijo del Hombre... vino a dar su vida en rescate por todos”. Aunque externamente parece que le fue impuesta la muerte como una condena, en verdad Jesús la asumió voluntariamente en pago por los pecados de todos.

La expresión “rescate por todos”, en la Nueva Versión Internacional se traduce “rescate por muchos”, y da la impresión de que excluye a algunos. El resto de las Escrituras se encarga de aclararnos que esta impresión es una mala interpretación de sus misericordiosas palabras. Los “muchos” por quienes murió están en contraste con el único Hijo del Hombre.

*El ciego Bartimeo recibe la vista*

**<sup>46</sup> Entonces vinieron a Jericó; y al salir de Jericó él, sus discípulos y una gran multitud, Bartimeo, el ciego, hijo de Timeo, estaba sentado junto al camino, mendigando. <sup>47</sup> Al oír que era Jesús nazareno, comenzó a gritar:**

**—¡Jesús, Hijo de David, ten misericordia de mí!**

**<sup>48</sup> Y muchos lo reprendían para que callara, pero él clamaba mucho más:**

**—¡Hijo de David, ten misericordia de mí!**

**<sup>49</sup> Entonces Jesús, deteniéndose, mandó llamarlo; y llamaron al ciego, diciéndole:**

**—Ten confianza; levántate, te llama.**

**<sup>50</sup> Él entonces, arrojando su capa, se levantó y vino a Jesús.**

**<sup>51</sup> Jesús le preguntó:**

**—¿Qué quieres que te haga?**

**El ciego le dijo:**

**—Maestro, que recobre la vista.**

**<sup>52</sup> Jesús le dijo:**

**—Vete, tu fe te ha salvado.**

**Al instante recobró la vista, y seguía a Jesús por el camino.**

*(Mateo 20:29-34; Lucas 18:35-43)*

Los relatos de esta curación en Mateo, Marcos y Lucas tienen lo que parecerían ser diferencias irreconciliables. Algunos teólogos y comentaristas se aprovechan de ellas para cuestionar la inspiración de la Biblia. En el Libro *La Interpretación de los Evangelios de San Marcos y San Lucas* de R.C.H. Lenski (*Interpretation of St. Mark's and St. Luke's Gospel*, p 295), se da una explicación que nos satisface tanto a nosotros como a las Escrituras. Este autor dice: “A primera vista parece que existe una clara discrepancia entre las expresiones: ‘y cuando salió de Jericó con sus discípulos’ de Marcos (Mateo), y la Lucas: ‘al acercarse Jesús a Jericó’. Uno dice, que estos ciegos fueron sanados cuando el Salvador salía de Jericó y otro, que cuando se acercaba. Para resolver el problema se ha llegado hasta suposiciones tan raras como la de decir que fueron tres las curaciones ocurridas. Sin embargo, la explicación es simple. Tal como lo señala Lucas 19:1, Jesús iba pasando por Jericó; y aunque ya se había hecho tarde, nadie le pidió que se quedara. Al otro lado de la ciudad le aguardaba Zaqueo, a quien Jesús le pidió que bajara del árbol. Volviéndose sobre sus propios pasos, el Maestro regresó a Jericó y pasó la noche en la casa del publicano. Es durante este regreso que ocurre la curación de los ciegos. Lucas, queriendo destacar la historia de Zaqueo, nos la presenta como una unidad, sin añadir la curación de los ciegos. Marcos y Mateo omiten el episodio de Zaqueo. Los tres evangelistas están en lo correcto, y lo que parecía una seria contradicción deja de existir cuando juntamos todos los hechos”. Marcos y Lucas hablan de un solo ciego, sin que esto establezca que no hubiese otro más. Marcos quizás conocía a Bartimeo y tal vez por ello menciona su nombre. Mateo, que estaba físicamente presente en Jericó al momento de los hechos, vio por sí mismo a los dos mendigos invidentes.

Excluyendo los casos de posesión demoníaca, hay una diferencia entre esta curación en Jericó y las que le habían precedido. Se trata de que Bartimeo se dirigió a Jesús llamándolo “Hijo de David”. Esta es la única ocasión en todo el libro de



Marcos en que Jesús es llamado así. Quienes conocían el Antiguo Testamento sabían que éste era un título mesiánico empleado en Isaías 11:1; Jeremías 23:5, 6 y Ezequiel 34:23, 24. Había llegado el momento en que Israel debía conocer el hecho de que Jesús de Nazaret era el Mesías. Y puesto que Cristo estaba a sólo 24 km al noreste de Jerusalén, bastión de sus oponentes y cuartel general del gobernador romano, no existía el riesgo de que las multitudes quisieran proclamarlo rey, como había ocurrido cuando alimentó a los cinco mil.

La fe del ciego, elogiada por Jesús, no era una emoción transitoria y superficial. El hombre siguió a Jesús a Jerusalén, el camino que lo llevaba a la cruz y a la tumba abierta. El hecho de que todavía se le conociera por su nombre cuando Marcos escribió este evangelio, hace pensar que quizás se convirtió en un bien conocido miembro de la conragación de Jerusalén. La persistencia de Bartimeo y su fe constituyen ejemplos para nuestra vida de oración.

### *El ministerio de Jesús en Jerusalén*

#### *La entrada triunfal en Jerusalén*

**11** Cuando se acercaban a Jerusalén, junto a Betfagé y a Betania, frente al Monte de los Olivos, Jesús envió a dos de sus discípulos, <sup>2</sup> y les dijo:

—Id a la aldea que está enfrente de vosotros, y al entrar en ella hallaréis un pollino atado, en el cual ningún hombre ha montado. Desatadlo y traedlo. <sup>3</sup> Y si alguien os pregunta: “¿Por qué hacéis eso?”, decid que el Señor lo necesita y que luego lo devolverá.

<sup>4</sup> Fueron, y hallaron el pollino atado afuera a la puerta, en el recodo del camino, y lo desataron. <sup>5</sup> Algunos de los que estaban allí les preguntaron:

—¿Qué hacéis desatando el pollino?

<sup>6</sup> Ellos entonces les dijeron como Jesús había dicho, y los dejaron ir. <sup>7</sup> Trajeron el pollino a Jesús, echaron sobre él sus

**mantos, y se sentó sobre él. <sup>8</sup> También muchos tendían sus mantos por el camino, y otros cortaban ramas de los árboles y las tendían por el camino. <sup>9</sup> Los que iban delante y los que venían detrás gritaban, diciendo:**

**—¡Hosana! ¡Bendito el que viene en el nombre del Señor!**

**<sup>10</sup> ¡Bendito el reino de nuestro padre David que viene!**

**¡Hosana en las alturas!**

**<sup>11</sup> Entró Jesús en Jerusalén y fue al Templo. Después de observarlo todo, como ya anocheecía, se fue a Betania con los doce.**

*(Mateo 21:1-11; Lucas 19:28-44; Juan 12:12-16)*

Este día, en que comienza la Semana Santa, lo conocemos como Domingo de Ramos. Desde que comenzó su ministerio no era la primera vez que Jesús visitaba a Jerusalén; el Evangelio de Juan registra visitas del Salvador a esta ciudad en otras tres ocasiones (Juan 2:13; 5:1; 7:10). Pero esta era la última, y Jesús sabía lo que le aguardaba. En tres oportunidades les había dicho a sus discípulos que iba a sufrir y a morir allí, y que iba a resucitar al tercer día (8:31, 32; 9:31; 10:32-34). De manera que ahora marchaba dispuesto a cumplir la voluntad del Padre para redimir a la humanidad mediante su sufrimiento y muerte. Los discípulos lo habían confesado como el Cristo, sin darse cuenta cabal de lo que eso significaba, y en Jericó el ciego Bartimeo lo llamó Hijo de David. Otros lo habían llamado Hijo de Dios. Ahora Jesús iba a Jerusalén en este primer Domingo de Ramos para proclamar que él era todas estas cosas, aunque no en el mismo sentido en que los discípulos y las multitudes lo entendían. El que se manifestase de esta forma en este domingo, no fue comprendido adecuadamente por los discípulos, sino hasta después de su ascenso a los cielos (véase Juan 12:16). Muchos en el pueblo, incluso entre los sacerdotes, no captaron el sentido de lo ocurrido hasta pasados los acontecimientos del día de Pentecostés (véase Hechos 6:7). Lo que ocurrió aquel Domingo de Ramos sustenta hoy nuestra fe en Jesús como nuestro Salvador, Redentor y Rey.

Habiendo llegado al monte de los Olivos, en las cercanías de Betania y Betfagé, Jesús envió a dos de sus discípulos a la aldea que les quedaba cerca, para que le trajeran un pollino que allí encontrarían. En caso de que alguien preguntara por qué desamarraban al animal, deberían responderle diciendo que el Señor lo necesitaba, y que lo devolvería pronto. Todo sucedió tal como les había dicho y esto fortaleció la fe que tenían en él, porque era evidencia del conocimiento sobrenatural de Jesús. De hecho, las propias palabras que les había encomendado identificaban y definían a la vez su persona y su deidad: “*El Señor lo necesita*”. El que los dueños del pollino (véase Lucas 19:33) permitieran que los discípulos llevaran no solamente a ese animal, sino también la asna de quien era hijo (véase Mateo 21:7), demuestra que esas personas conocían a Jesús y tenían confianza en él. No hay duda de que estaban al tanto de los muchos milagros que el Salvador había obrado, particularmente el de la resurrección de Lázaro, que había sido el más reciente. De ahí que estuviesen seguros de que necesitaban el pollino, y de que les sería devuelto en breve. Visto a la luz de las escrituras, el mandato de Jesús, indicando que trajesen un “pollino en el cual ningún hombre ha montado”, es trascendente porque sugiere, de acuerdo con las escrituras (lea Números 19:2; Deuteronomio 21:3; y 1 Samuel 6:7), que el burrito que todavía no había sido montado se iba a usar para un propósito sagrado. ¿Y qué podría ser más sagrado que llevar al Hijo de Dios a Jerusalén a comenzar su pasión? Pero no era eso, sino que había un propósito mucho más grande. El significado de este acto les haría recordar a cuantos le vieses entrar así en Jerusalén la profecía de Zacarías 9:9: “Alégrate mucho hija de Sión; da voces de júbilo, hija de Jerusalén; mira que tu Rey vendrá a ti, justo y salvador, pero humilde, cabalgando sobre un asno, sobre un pollino, hijo de asna”. Se trataba de una acción deliberada con la que el Salvador estaba no sólo dirigiendo a los discípulos y a aquella multitud, sino a nosotros también, a fijarse en esta profecía. El que entrase usando este tipo de cabalgadura demostraba también que su misión mesiánica no era de carácter político, como sus discípulos y

muchos otros esperaban que fuese, sino el humilde servidor de su Padre Celestial. Por eso cumplía también con esta profecía cabalgando en un pollino sobre el cual los discípulos extendieron sus mantos a manera de cómoda “silla de montar”.

¿Cuál fue la reacción de la multitud? La multitud que lo acompañaba estaba formada por los que habían estado con Jesús la mayor parte del día, y por los que, al saber que venía a la ciudad, salieron a recibirlo (véase Juan 11:56; 12:12,13). Tendían sus mantos en el camino que Jesús habría de recorrer dándole la bienvenida como su rey, algo similar a como en ocasión anterior habían reaccionado los seguidores de Jehú cuando proclamaron su ascensión al trono (véase 2 Reyes 9:13). Las ramas de palmeras y de otros árboles que tendieron a manera de alfombra al paso de Jesús (véase Juan 12:13 y Mateo 21:8), nos recuerdan las palabras del versículo 27 del Salmo 118 que en la Nueva Versión Internacional dice: “Únanse a la procesión portando ramas en la mano hasta los cuernos del altar”. La entrada de Jesús en Jerusalén fue una procesión triunfal. Aunque de momento la mayoría de los que la presenciaban no pudieran imaginarse que el verdadero triunfo iba a llegar más tarde en esa misma semana cuando el Salvador derrotaría al pecado y la muerte.

Las palabras con que la multitud le daba la bienvenida a Jesús, que son algo diferentes entre los cuatro evangelistas, porque la muchedumbre debe haber sumado miles, añaden a lo que ya sabemos acerca del salvador. Eran expresiones tomadas de los versículos 25 y 26 del Salmo 118: “Oh Jehová, sálvanos ahora, te ruego; Te ruego, oh Jehová, que nos hagas prosperar ahora. Bendito el que viene en el nombre de Jehová”. Venir en el nombre de Jehová es hacerlo cumpliendo el plan de salvación diseñado por Dios. Esa era la misión de aquel a quien la multitud estaba recibiendo, sin entender todavía el propósito que venía a cumplir. Al hablar de Jesús como “el que viene” lo estaban haciendo en concordancia con el sentido mesiánico con que estas palabras se usan en las Escrituras: “No será quitado el cetro de Judá, ni el bastón de mando de entre sus pies, hasta que llegue Siloh; a él se

congregarán los pueblos” (Génesis 49:10). Zacarías 9:9, a quien ya hemos citado, es todavía más explícito; pero también lo testimonian el Salmo 40:6-8 aplicado a Cristo en Hebreos 10:5-10, y Malaquías 3:1. Los primeros en reconocer a Jesús como el Mesías fueron María y José, Simeón y Ana. Juan el Bautista fue el primero en proclamar su venida (véase Marcos 1:7; Lucas 3:15-18; y Juan 3:31).

Las siguientes palabras con que la multitud le aclamaba, y que Marcos cita, revelan otro aspecto de Jesús: “¡Bendito el reino de nuestro padre David, que viene!” Con ellas se destaca la condición de Jesús, más claramente expresada en la cita de Juan 12:13, en que la multitud le llama: “Bendito... el Rey de Israel”. Jesús era ese rey mesiánico, no simplemente porque fue descendiente de David, ya que muchos otros descendientes de la línea davídica nunca llegaron a ser reyes, sino porque él era aquel rey de la casa de David que Dios había prometido. La promesa ya cumplida, la encontramos en Isaías 9:6, 7: “Porque un niño nos ha nacido, un hijo nos es dado, y el principado sobre su hombro; y se llamará su nombre: “Admirable consejero”, “Dios fuerte”, “Padre eterno”, “Príncipe de paz”. Lo dilatado de su imperio y la paz no tendrán límite, sobre el trono de David y sobre su reino disponiéndolo y confirmándolo en juicio y en justicia desde ahora y para siempre”. El Salmo 132:11 y Jeremías 23:5 nos repiten la misma promesa y la misma verdad, reflejadas en los hechos y las palabras de este Domingo de Ramos. Quiera Dios que ellos encuentren cabida en nuestros corazones para reconocer al Salvador como lo que realmente es.

Muy probablemente esta entrada triunfal comenzó antes del mediodía y duró hasta ya avanzada la tarde. Finalmente el Señor y sus discípulos arribaron al templo, la casa del Padre de Jesús. Es Marcos el único de los evangelistas que nos dice que la purificación de este lugar ocurrió realmente al siguiente día, el lunes. Los otros evangelistas no especifican el día, sino que enlazan este suceso con la entrada mesiánica en Jerusalén, ya que

ambos son demostración del poder del rey de nuestro Señor. Por eso es que Mateo tampoco divide los acontecimientos de la maldición de la higuera seca en dos partes, en dos días diferentes, como lo hace Marcos. Siendo ya tarde en ese Domingo de Ramos, el Señor inspeccionó el templo que iba a purificar al siguiente día. Mientras tanto, como Jerusalén estaba colmada de visitantes para la fiesta, y al mismo tiempo no era probablemente un sitio seguro para que Jesús y sus discípulos pasasen la noche allí (véase Juan 11:49-57), salieron pues para quedarse con amigos en Betania o para acampar en algún lugar.

*Jesús purifica el templo*

**<sup>12</sup> Al día siguiente, cuando salieron de Betania, tuvo hambre. <sup>13</sup> Viendo a lo lejos una higuera que tenía hojas, fue a ver si tal vez hallaba en ella algo; pero cuando llegó a ella, nada halló sino hojas, pues no era tiempo de higos. <sup>14</sup> Entonces Jesús dijo a la higuera:**

**—¡Nunca jamás coma nadie fruto de ti!**

**Y lo oyeron sus discípulos.**

**<sup>15</sup> Vinieron, pues, a Jerusalén, y entrando Jesús en el Templo comenzó a echar fuera a los que vendían y compraban en el Templo. Volcó las mesas de los cambistas y las sillas de los que vendían palomas; <sup>16</sup> y no consentía que nadie atravesara el Templo llevando utensilio alguno. <sup>17</sup> Y les enseñaba, diciendo:**

**—¿No está escrito: “Mi casa será llamada casa de oración para todas las naciones”? Pero vosotros la habéis hecho cueva de ladrones.**

**<sup>18</sup> Lo oyeron los escribas y los principales sacerdotes, y buscaban cómo matarlo, porque le tenían miedo, por cuanto todo el pueblo estaba admirado de su doctrina. <sup>19</sup> Pero al llegar la noche, Jesús salió de la ciudad.**

*(Mateo 21:12-19; Lucas 19:45-48)*

Al relatar los sucesos de la Semana Santa, Mateo y Lucas unen la entrada triunfal a Jerusalén con la purificación del templo, pues ambos acontecimientos revelan la autoridad de Jesús como el Mesías. Al relatar lo que sucedió con la higuera, Mateo, a diferencia de Marcos, lo hace sin dividir cronológicamente lo acontecido en dos episodios. Marcos lo relata como ocurrió cronológicamente, lo divide en dos partes; mediante el primero de estos eventos, Jesús prepara a los discípulos para que comprendan más profundamente lo que estaba por suceder: que el templo tendría que ser purificado porque lo estaban utilizando mal y por eso no producía los frutos que el Señor Dios deseaba.

Al atardecer del Domingo de Ramos, Jesús y los doce partieron hacia Betania, y temprano en la mañana del día siguiente regresaron a Jerusalén. Habiendo salido sin desayunar, Jesús estaba hambriento. Lejos, a un lado del camino, y por ende sin propietario, había una higuera cubierta de follaje. Como en esos árboles la aparición de los frutos precede a las primeras hojas, Jesús tenía toda la razón para esperar que encontraría algunos higos que pudieran comer (vemos que en esta ocasión el Maestro no empleó el conocimiento sobrenatural que usó en otras oportunidades). Al llegar al árbol, no encontró nada más que hojas; había una promesa pero sin cumplimiento. Fue entonces cuando maldijo a la higuera.

Las palabras que usó parecen ásperas. No era que Jesús estuviese descargando su frustración contra el árbol, sino que estaba preparando a los doce que lo escuchaban, para que comprendieran la lección que iba a tener lugar en el templo; a la mañana siguiente esa enseñanza iba a tener aplicación en la propia vida de los discípulos, al hacerles saber que habiéndoles bendecido, era justo que esperara que a su debido tiempo dieran el correspondiente fruto.

Mediante la purificación del templo, Jesús llamó públicamente la atención del pueblo de Dios al hecho de que los que tienen autoridad, los sacerdotes y el sanedrín, habían profanado la casa

de Dios. De acuerdo con la ley mosaica, los animales que habrían de ofrecerse como sacrificio tenían que ser ceremonialmente limpios. Para pagar el impuesto del templo, los peregrinos tenían que cambiar el dinero de los países extranjeros de donde provinieran por la moneda en que era lícito efectuar ese pago (compare Marcos 12:16 con Éxodo 20:4). Pero eso no se debía hacer en algún área del templo, es decir, en el atrio de los gentiles, pues ese era el único lugar de la casa de Dios donde los gentiles se podían reunir para decir sus oraciones, oír la palabra de Dios y meditar. En esa área llena de animales, sus ruidos y sus olores, además del tintineo de las monedas y la gritería de los cambistas, era casi imposible que tan nobles propósitos se pudieran llevar a cabo. Pero peor aún, los que tenían permiso de las autoridades del templo para llevar a cabo las actividades mercantiles que allí se desarrollaban, imponían precios exorbitantes. Los gentiles se veían despojados del único sitio del templo desde donde les era permitido adorar a Dios. Este lugar sagrado había sido transformado en un mercado común y la situación clamaba al cielo en busca de solución. Ese estado de cosas era todavía más crítico, ya que tres años atrás Jesús había purificado el templo (véase Juan 2:13-17). La lección de lo que hizo en aquella ocasión no había sido aprendida, y con la plena aprobación de las autoridades, las malas costumbres habían sido reinstauradas. Por ello el Señor, en su celo por la casa de su Padre, se dio a la tarea de convertirla nuevamente en un sitio que le agradara a Dios. Y así fue, por lo menos durante el resto de la Semana Santa, pues Jesús estuvo regresando allí a diario para enseñar al pueblo.

Con la expulsión de compradores y vendedores, y al volcar las mesas de los cambistas y los vendedores de palomas, el Señor limpió el atrio de los gentiles con la autoridad de su palabra. Nadie tenía una respuesta contra su justa ira; la conciencia de los transgresores estaba de acuerdo con lo que hacía Jesús. Además de esto, el Salvador impidió que el área reservada a los gentiles se usara como atajo entre la parte oriental de Jerusalén y el monte de



los Olivos. Las autoridades del templo, que habían permitido eso, habían perdido todo el sentido de la presencia de Dios. Por extraño que parezca, esta prohibición fue incluida en el Talmud judío.

Cuando se restableció la calma, Jesús amplió lo que había dicho mientras cumplía su tarea purificadora, llamando la atención hacia las escrituras que los profanadores habían ignorado. Primero, citó a Isaías 56:6, 7: “Y a los extranjeros que sigan a Jehová... yo los llevaré a mi santo monte y los alegraré en mi casa de oración; sus holocaustos y sus sacrificios serán aceptados sobre mi altar; porque mi casa será llamada casa de oración para todos los pueblos”. Después citó a Jeremías 7:11: “¿Es cueva de ladrones delante de vuestros ojos esta Casa sobre la cual es invocado mi nombre? He aquí que también yo lo veo, dice Jehová”. Los funcionarios del templo no sólo le quitaban a Dios el honor que le correspondía, sino que despojaban a los gentiles de su único sitio de oración a Dios en el templo. Hasta tal punto había caído la religión oficial en días de Cristo, que la casa de su Padre había sido convertida en madriguera de quienes ponían su propio interés por encima de la voluntad del Señor y del bienestar del pueblo.

Lo que Cristo dijo e hizo en esta ocasión nos debe llevar a reflexionar sobre nuestra relación con él y con su palabra. “Porque si Dios no perdonó a las ramas naturales, a ti tampoco te perdonará” (Romanos 11:21). ¿Tomamos nuestra fe y nuestra vida en la iglesia seriamente? ¿O permitimos que nuestra vida religiosa se limite solamente a una simple participación social?

La reacción de los sacerdotes y del Sanedrín resultó totalmente opuesta a lo que Dios hubiera deseado, y eso justificó aún más la acción que nuestro Señor llevó a cabo. Los líderes religiosos no veían en Jesús sino a un rival que invadía su territorio; estaban temerosos por que las multitudes que oían la enseñanza de Jesús comenzaban a reconocerla como la verdad; por ese motivo los principales sacerdotes y los maestros de la ley empezaron a buscar la manera de matarlo. No se dieron cuenta de que Dios incluso emplearía el odio y la envidia que sentían contra Jesús para llevar a su Hijo a la cruz donde sería sacrificado. Hubo entre aquellos

líderes religiosos hombres como Nicodemo, José de Arimatea y otros, que no hicieron causa común con el mal (véase Juan 12:42). La fe de esos creyentes no se hizo pública sino hasta el Viernes Santo en unos casos; en otros, tras la ascensión de Jesús y particularmente después de Pentecostés. Sin embargo, la mayoría de ellos no se arrepintieron, sentenciándose a ellos mismos con sus actos. Esto constituye una advertencia que nadie debe ignorar.

Aquella tarde, Jesús y los doce abandonaron de nuevo Jerusalén.

*La Higuera seca y el poder de la fe*

**<sup>20</sup> Por la mañana, al pasar junto a la higuera, vieron que se había secado desde las raíces. <sup>21</sup> Entonces Pedro, acordándose, le dijo:**

**—Maestro, mira, la higuera que maldijiste se ha secado.**

**<sup>22</sup> Respondiendo Jesús, les dijo:**

**—Tened fe en Dios. <sup>23</sup> De cierto os digo que cualquiera que diga a este monte: “Quítate y arrójate en el mar”, y no duda en su corazón, sino que cree que será hecho lo que dice, lo que diga le será hecho. <sup>24</sup> Por tanto, os digo que todo lo que pidáis orando, creed que lo recibiréis, y os vendrá. <sup>25</sup> Y cuando estéis orando, perdonad, si tenéis algo contra alguien, para que también vuestro Padre que está en los cielos os perdone a vosotros vuestras ofensas, <sup>26</sup> porque si vosotros no perdonáis, tampoco vuestro Padre que está en los cielos os perdonará vuestras ofensas.**

*(Mateo 21:20-22)*

Yendo camino de regreso a Jerusalén en la mañana del martes, Jesús y sus discípulos volvieron a pasar junto a la higuera que para entonces ya se había secado, desde las raíces. La sentencia de Jesús se había cumplido irrevocablemente. Pedro resultó ser el primero en darse cuenta de ello y llamar la atención sobre lo sucedido. Los demás discípulos se asombraron ante la rapidez con que eso había

sucedido (véase Mateo 21:20). Seguramente que esto les hizo recordar las palabras que Jesús había dicho acerca de la degradación moral y espiritual de Israel y de sus incrédulos líderes.

Cuando le preguntaron por la higuera que se había secado, el Señor no contestó de manera directa, sino que usó el hecho para edificar a los discípulos y la fe de ellos. Los guías religiosos de Israel habían caído de la fe, y Jesús no quería que eso les fuera a ocurrir a los discípulos. Como estaban cerca del monte de los Olivos y no lejos del Mar Muerto, Jesús usó el ejemplo de un monte y un mar como ilustración para enseñarles que la fe, como ahora les estaba diciendo, puede mover montañas.

La fe es la confianza y la seguridad implícita en las promesa de Dios. Incluso si parecen tan imposibles como que una montaña se eche al mar. Dios es todopoderoso; mas en ninguna parte ha prometido responder a nuestra oración si en ella pedimos que una montaña se arroje al mar. Tenemos que estudiar la santa Palabra de Dios para saber qué es lo que él ha prometido. De manera que nuestra fe y las oraciones que de ella fluyen, que son muchas veces sólo una recitación de necesidades y deseos gigantes, deben estar basadas en lo que Dios ha prometido.

Jesús también llamó la atención a un elemento que puede socavar por completo la oración que llevemos ante el trono de Dios; un corazón que esté lleno de mala voluntad contra el prójimo desagrada a Dios. La purificación del templo había dejado claro que esa era la clase de corazón que tenían los líderes religiosos. Las oraciones que le dirigían a Dios eran tan falsas como malvados eran sus corazones y por eso no serían contestadas.

Jesús no dice que debemos estar dispuestos a perdonar solamente cuando se nos pida el perdón, sino que debemos estar dispuestos a hacerlo aun antes de que se nos pida. Es así como actúa la fe, la fe verdadera. Y esto no es válido exclusivamente para los discípulos; también lo es para nosotros.

El versículo 26 aparece entre corchetes en varias versiones, porque no aparece en algunos de los manuscritos más antiguos; por igual razón se le consigna solamente como una nota al pie de

la página en la Nueva Versión Internacional. De todos modos, nosotros nada tenemos que perder, ya que el versículo 26 no añade nada nuevo. Además, encontraremos exactamente las mismas palabras que Jesús dijo en su sermón en el monte (Mateo 6:15).

*La autoridad de Jesucristo*

**<sup>27</sup> Volvieron entonces a Jerusalén y, andando él por el Templo, se le acercaron los principales sacerdotes, los escribas y los ancianos, <sup>28</sup> y le preguntaron:**

**—¿Con qué autoridad haces estas cosas? ¿Quién te dio autoridad para hacer estas cosas?**

**<sup>29</sup> Jesús, respondiendo, les dijo:**

**—Os haré yo también una pregunta. Respondedme y os diré con qué autoridad hago estas cosas. <sup>30</sup> El bautismo de Juan, ¿era del cielo, o de los hombres? Respondedme.**

**<sup>31</sup> Entonces ellos discutían entre sí, diciendo:**

**—Si decimos “del cielo”, dirá: “¿Por qué, pues, no lo creísteis?” <sup>32</sup> ¿Y si decimos “de los hombres”?...**

**Pero temían al pueblo, pues todos tenían a Juan como un verdadero profeta. <sup>33</sup> Así que, respondiendo, dijeron a Jesús:**

**—No sabemos.**

**Entonces, respondiendo Jesús, les dijo:**

**—Tampoco yo os digo con qué autoridad hago estas cosas.**

*(Mateo 21:23-27; Lucas 20:18-8)*

El martes de la Semana Santa, el Señor pasó gran parte de la mañana enseñando en el templo y predicándole las buenas nuevas a la gente que allí se reunía (véase Lucas 20:1). Durante un intermedio, se le acercó una delegación del Sanedrín; traían un propósito encubierto (versículo 18) del que Cristo estaba bien al tanto. Como miembros de esa institución tenían además el derecho y el deber de preguntar en virtud de qué autoridad estaba Jesús haciendo cosas tales como la purificación del templo. Sin embargo, como podemos ver en 3:22; 7:5; 8:11, y 10:2 con la

pregunta en apariencia inocente, en realidad buscaban una respuesta que les permitiera ridiculizarlo ante el pueblo o acusarlo de blasfemia, la misma acusación por la cual lo juzgarían más adelante (véase 14:63, 64).

Jesús les contestó a su vez con una pregunta, evitando así caer en la trampa que tendían, planteándola de manera que no la pudieran malinterpretar. Cuando les preguntó si el bautismo de Juan era de Dios o de los hombres, estaba incluyendo en esta expresión toda la obra y la predicación de este profeta. Ellos había rechazado en sus corazones a este hombre de Dios y su bautismo (véase Lucas 7:30). Con su rechazo se habían negado a recibir a Juan y a Jesús como enviado de Dios.

Esta pregunta del Señor los ponía ahora entre la espada y la pared. Sabían que la predicación y la enseñanza de Juan señalaban a Jesús como el Cristo (véase Juan 3:28), de manera que cualquier cosa que dijeran de Juan sería automáticamente aplicable a Jesús. Si decían “del cielo”, sabrían que Jesús les preguntaría “¿por qué no le creísteis?” y en consecuencia se declararían ellos mismos culpables de no haber creído ni en el enviado de Dios, ni en lo que éste decía acerca de mismo Jesús. Por otra parte, si respondían “de los hombres”, temían enfrentarse a la ira de la multitud que podría apedrearlos, pues el pueblo consideraba a Juan como legítimo profeta (véase Lucas 20:6). Ante la encrucijada decidieron acogerse al derecho de no declarar contra sí mismos y respondieron, “no sabemos”. Pero estas palabras los condenaban, porque se negaron a enfrentarse a la verdad de la Palabra de Dios. La misma verdad que Juan el Bautista había citado y que había apoyado en su propio ministerio, y que Jesús había proclamado en su predicación y había confirmado mediante sus propios milagros; y que ellos había prometido enseñar y proclamar. Es realmente triste que no aceptaran esta oportunidad que Cristo les dio para que se arrepintieran y confesaran sus pecados; no quisieron hacer ni una cosa ni la otra. Rechazaron a Cristo porque apreciaron más sus puestos y sus privilegios que la salvación.

El Espíritu Santo, que quiso que Marcos nos transmitiera este intercambio, pone ante nosotros la misma cuestión que los miembros del Sanedrín prefirieron eludir. Quiera Dios que nuestra respuesta sea la Pedro, “tú eres el Cristo”.

*La parábola de los arrendatarios*

**12** Entonces comenzó Jesús a decirles por parábolas: «Un hombre plantó una viña, la rodeó con una cerca, cavó un lagar y edificó una torre; luego la arrendó a unos labradores y se fue lejos. <sup>2</sup> A su tiempo envió un siervo a los labradores para recibir de estos del fruto de la viña. <sup>3</sup> Pero ellos, tomándolo, lo golpearon y lo enviaron con las manos vacías. <sup>4</sup> Volvió a enviarles otro siervo; pero, apedreándolo, lo hirieron en la cabeza, y también lo insultaron. <sup>5</sup> Volvió a enviar otro, y a éste lo mataron. Después envió otros muchos: a unos los golpearon y a otros los mataron. <sup>6</sup> »Por último, teniendo aún un hijo suyo, amado, lo envió también a ellos, diciendo: “Tendrán respeto a mi hijo.” <sup>7</sup> Pero aquellos labradores dijeron entre sí: “Éste es el heredero; venid, matémoslo, y la heredad será nuestra.” <sup>8</sup> Y tomándolo, lo mataron y lo arrojaron fuera de la viña. <sup>9</sup> »¿Qué, pues, hará el señor de la viña? Irá, destruirá a los labradores y dará su viña a otros. <sup>10</sup> »¿Ni aun esta escritura habéis leído: “La piedra que desecharon//los edificadores ha venido a ser cabeza del ángulo. <sup>11</sup> El Señor ha hecho esto, y es cosa maravillosa a nuestros ojos”?» <sup>12</sup> Procuraban prenderlo, porque entendían que decía contra ellos aquella parábola; pero temían a la multitud y, dejándolo, se fueron.

*(Mateo 21:33-46; Lucas 20:9-19)*

Como la delegación del sanedrín se negó a responder la pregunta de Jesús, él tampoco les respondió de una manera directa, sino que lo hizo de una forma velada, mediante una parábola que dijo en presencia de ellos y de la multitud que los rodeaba.

Como sabemos, la parábola es una narración corta basada en situaciones y cosas comunes y corrientes de la vida, que se utilizan como medio para enseñar una verdad espiritual. Durante su ministerio nuestro Señor dijo muchas parábolas (capítulo 4), y durante la Semana Santa, como Marcos y los otros evangelistas registran, enseñó por medio de ellas. Por regla, las parábolas están dedicadas a ilustrar un solo punto; pero ésta en particular es diferente. Para nosotros en la época del Nuevo Testamento se explica a sí misma.

Los líderes religiosos de Israel captaron el mensaje. No sólo les daba respuesta a la pregunta de: ¿Con cuál autoridad estás haciendo estas cosas?, sino que constituía una vívida continuación de la purificación del templo y una contundente advertencia acerca del destino que les esperaba si no se arrepentían.

Jesús usó como ilustración una situación de la vida diaria, las tierras dadas en arriendo mientras sus propietarios estaban ausentes. A diferencia de otras parábolas, ésta también partía de un pasaje que les era familiar a todos los que conocían el Antiguo Testamento (véase Isaías 5:1-7). Al igual que en este pasaje, también aquí Israel era la viña y Dios mismo era el propietario. Al continuar el desarrollo de la historia, la parábola de Jesús empieza a representar los hechos hasta el momento que estaban viviendo. Los siervos comisionados para recolectar los frutos eran los profetas enviados a Israel a lo largo de toda la era del Antiguo Testamento (véase versículo 5 y Mateo 21:34-36); el último de ellos era Juan el Bautista. Generalmente el llamado y los mensajes de estos siervos de Dios no recibían atención. Algunos de los profetas eran perseguidos y otros asesinados, tal como vemos en 2 Crónicas 24:20-22 (el profeta Zacarías, aquí mencionado, no es el mismo que escribió el libro de este nombre). El hijo de la parábola no es otro que el propio Jesucristo. Llamándose a sí

mismo “hijo amado”, se estaba señalando como mayor que los profetas y portado del mensaje final de Dios.

Al tratar con Israel, Dios había mostrado inagotable paciencia e infinita misericordia. ¿Cuál de nosotros hubiera enviado a su propio hijo bajo esas circunstancias? La increíble dureza de corazón y la persistente incredulidad del pueblo de Israel, y en especial de sus líderes religiosos, aparece vívidamente retratada en la parábola. Estos hechos no sólo eran ya evidentes en los días del Antiguo Testamento, sino que se cometían abiertamente y a plena luz durante todo el ministerio de Jesucristo. Eso era inexcusable.

Jesús había dicho que la viña tenía todo lo que necesitaba para dar una cosecha abundante. Israel tenía la palabra de Dios y tenía el templo. Puesto que habían convertido la ley en un método para ganarse el cielo, resultó que cuando Jesús vino a su pueblo le recibieron sólo unos pocos que esperaban la redención de Israel, en tanto que los demás lo rechazaron. Los líderes del pueblo lo vieron como un rival y nada más. Desechándolo como hijo y heredero, le dieron muerte fuera de los muros de Jerusalén, infligiéndole el oprobio final de crucificarlo entre dos malhechores. Aunque fue Pilato quien ordenó la crucifixión, los líderes religiosos de Israel fueron básicamente los culpables.

Lo que Jesús dijo que los arrendatarios iban a hacer con el hijo y heredero todavía estaba por ocurrir, aunque iba a ocurrir dentro de unos pocos días. De modo que sus palabras no eran únicamente una advertencia, sino también un llamado al arrepentimiento; seguido del anuncio de lo que les ocurriría si no lo escuchaban y proseguían con sus malvados planes. Jesús les preguntó directamente: “¿Qué, pues, hará el señor de la viña?” Y él mismo se encargó de responderles: “Irá, destruirá a los labradores, y dará la viña a otros”. Eso fue exactamente lo que sucedió. Al ser el Salvador rechazado y muerto por los líderes de Israel, y al persistir éstos en su impenitencia, la viña le fue transferida a la iglesia cristiana.



Hoy en día somos nosotros los destinatarios y los custodios de la palabra de salvación. ¡Quiera Dios que nunca rechacemos y siempre sostengamos en toda su pureza las buenas nuevas de Jesucristo, para que no perdamos sus bendiciones!

Pero las enseñanzas de Jesús en esta parábola no terminan con la muerte de su hijo amado ni con la ejecución del juicio del propietario contra los arrendatarios malvados. Enseguida pasó a decirles que su muerte no sería el acto final, sino que él iba a resucitar y a ser la piedra angular del edificio del nuevo Israel. Eso lo dijo empleando las palabras de los versículos 22 y 23 del Salmo 118, el mismo en que aparecen las expresiones con las que la multitud le había dado la bienvenida en su entrada triunfal el Domingo de Ramos.

Los principales sacerdotes, los maestros de la ley y los ancianos comprendieron que la parábola estaba dirigida a ellos, pero se hicieron los desentendidos y no se arrepintieron. Por el contrario, buscaron la forma de arrestar a Jesús tan pronto como fuera posible. Lo único que de momento los detenía era el temor a la multitud que aprobaba las palabras del Señor, aún cuando no captaban todo su significado. Y este no fue el final de los esfuerzos de los enemigos de Jesús para tenderle una celada y acusarlo con sus propias palabras, y contar con una excusa para arrestarlo y ejecutarlo.

### *El tributo debido al César*

**<sup>13</sup> Le enviaron algunos de los fariseos y de los herodianos para que lo sorprendieran en alguna palabra. <sup>14</sup> Viniendo ellos, le dijeron:**

**—Maestro, sabemos que eres hombre veraz y que no te cuidas de nadie, porque no miras la apariencia de los hombres, sino que con verdad enseñas el camino de Dios. ¿Es lícito dar tributo a César, o no? ¿Daremos, o no daremos?**

**<sup>15</sup> Pero él, percibiendo la hipocresía de ellos, les dijo:**

**—¿Por qué me tentáis? Traedme un denario para que lo vea.**

**<sup>16</sup> Ellos se lo trajeron; y él entonces preguntó:  
—¿De quién es esta imagen y la inscripción?**

**Ellos le dijeron:**

**—De César.**

**<sup>17</sup> Respondiendo Jesús, les dijo:**

**—Dad a César lo que es de César, y a Dios lo que es de Dios.  
Y se maravillaron de él.**

*(Mateo 22:15-22; Lucas 20:20-26)*

Aunque la delegación del Sanedrín se marchó, la determinación de seguir procurando atraparlo, de ser posible usando sus propias palabras, se mantuvo sin modificaciones. Más tarde, en ese mismo día, hicieron otro intento. Esta vez los espías y provocadores eran algunos de los discípulos de los fariseos y de los seguidores de Herodes Antipas. Los primeros, para realizar esas funciones en el ámbito religioso; los segundos, en el político, y ambos usando el pretexto de una pregunta (véase Mateo 22:16). Los fariseos odiaban a Herodes, pero no tenían remordimientos para aliarse con sus seguidores, si ello servía para sus planes contra Jesús. Sobre similares bases se fundó la amistad de Herodes con Pilato (véase Lucas 23:12). Cuando los enviados llegaron ante Jesús, procuraron desarmarlo con frases halagadoras, que aunque correspondían absolutamente a la verdad, fueron dichas con hipocresía.

El impuesto por el que preguntaban era el que cada individuo tenía que pagar anualmente. Como los judíos odiaban esa contribución, pensaban que Jesús quizás sería de igual sentir. Además, era bien sabido que uno de los propios discípulos de Cristo había pertenecido con anterioridad al partido de los zelotes, una agrupación patriótica extremista (véase 3:18). Y después de todo, ¿por qué debía el pueblo de Dios pagarle impuestos a un emperador pagano?

Despojándolos del disfraz, Jesús les preguntó directamente: “¿Por qué me estáis poniendo a prueba?” Las siguientes palabras: “Traedme un denario para que lo vea”, fueron de fina ironía. ¿Sería

acaso que nunca había visto esa moneda? Al traerla de inmediato y mostrársela, estaban dando pruebas contra ellos mismos de que la poseían y hacían uso común de ella.

El denario era una pequeña moneda de plata que llevaba en una de sus caras la efigie del emperador y en otra una inscripción que decía, por supuesto en latín: “Tiberius Caesar Augustus, hijo del divino Augusto”. Los fariseos pagaban con ella los impuestos, y de esa manera estaban declarando tácitamente que reconocían la autoridad del César y de paso se contestaban su propia pregunta. Cristo pudo haberse detenido aquí.

Sin embargo, en esta ocasión, a diferencia de aquella en que le habían preguntado, “¿Con cuál autoridad estás haciendo estas cosas?” Jesús prefirió responderles más directamente. Lo hizo de tal modo que ni los romanos, ni los herodianos, ni los fariseos podían estar en desacuerdo con la respuesta.

Esta respuesta es también válida en nuestros días: “dad a Cesar lo que es de Cesar, y a Dios lo que es de Dios”. El estado y la Iglesia tienen diferentes dominios, y a ambos les debemos tributo. El estado es también una institución divinamente ordenada por y usada para los propósitos de Dios. Lo que tenemos que precisar es cuáles asuntos le pertenecen a cada cual.

Este pasaje es quizás idóneo para que entendamos las diferencias entre uno y otro de los relatos evangélicos. Leyendo a Marcos 12:13-17, Mateo 22:15-22 y Lucas 20:20-26 vemos que las palabras de Jesús y los detalles de lo que sucedió varían ligeramente. Pero eso no pone en duda la absoluta veracidad e inspiración de las Escrituras. Con alguna frecuencia encontramos diferencias en los detalles. Un evangelista parece centrarse en las acciones de las personas, otro puede ocuparse más en todos los que participaron en el hecho y en lo que dijeron; pero ni uno ni otro relato se descalifican entre sí, y en consecuencia no existe discrepancia entre ellos.

Por lo común Jesús hablaba en arameo, en tanto que los escritores del Nuevo Testamento lo redactaron en griego. Al

traducir, no se tiene necesariamente que usar la misma palabra para expresar la misma verdad. Esto es evidente al hacerlo por ejemplo del griego al español, o a cualquier otro idioma. El vocabulario y la estructura de las oraciones que se usan en una versión no son necesariamente idénticos a otra traducción. Eso es evidente, por ejemplo, cuando comparamos las versiones antiguas al español con las modernas, e incluso algunas contemporáneas entre sí. Por ejemplo, la Reina Valera revisión de 1995 tiene en Marcos 12:15: “¿Por qué me tentáis?”, en tanto que ésta que la revisión de 1977 dice en la misma cita: “¿por qué me estáis poniendo a prueba?” Obviamente ambas presentan la misma pregunta con igual significado, pero usando distintas palabras. Otro ejemplo pudiera ser el versículo 13. La primera versión citada dice: “Y viendo de lejos una higuera;” en tanto que la segunda señala: “Y viendo desde lejos”. El versículo 16 también ejemplifica el asunto; leyéndose en la revisión de 1995: “Y no consentía que nadie atravesase el templo llevando utensilio alguno,” y en la de 1977: “Y no permitía que nadie transportase mercancías pasando por el templo”.

Además, debemos tener presente que mientras el texto hebreo del Antiguo Testamento fue inspirado por Dios, sus traducciones a otros idiomas no lo son. Pero, sabemos que hay muy pocas traducciones que pudiéramos cuestionar seriamente. Dios no nos exige que cada uno de nosotros utilice solamente los originales en hebreo y griego; las citas que el Nuevo Testamento hace del Antiguo Testamento están tomadas de la Septuaginta, una traducción griega del Antiguo Testamento hebreo. Aún cuando, desde el punto de vista técnico, hay ocasiones en que la traducción puede no estar de acuerdo con el original en la lengua hebrea, fue el propio Espíritu Santo quien inspiró que se hicieran los textos hebreos y quien los cita en la misma Biblia. A menos que se pueda demostrar que contiene textos falsos o contradictorios de las afirmaciones de las Sagradas Escrituras, las traducciones que usamos siguen siendo la palabra de Dios.

*La pregunta sobre el matrimonio y la resurrección*

**<sup>18</sup> Entonces vinieron a él los saduceos, los que dicen que no hay resurrección, y le preguntaron, diciendo:**

**<sup>19</sup> —Maestro, Moisés nos escribió que si el hermano de alguno muere y deja esposa, pero no deja hijos, su hermano debe casarse con ella y levantar descendencia a su hermano.**

**<sup>20</sup> Hubo siete hermanos: el primero tomó esposa, y murió sin dejar descendencia. <sup>21</sup> Entonces el segundo se casó con ella, pero él también murió sin dejar descendencia. Lo mismo pasó con el tercero, <sup>22</sup> y con los siete: ninguno dejó descendencia. Finalmente, murió también la mujer. <sup>23</sup> En la resurrección, pues, cuando resuciten, ¿de cuál de ellos será ella mujer, ya que los siete la tuvieron por mujer?**

**<sup>24</sup> Entonces, respondiendo Jesús, les dijo:**

**—Erráis también en esto, porque ignoráis las Escrituras y el poder de Dios, <sup>25</sup> porque cuando resuciten de los muertos, ni se casarán ni se darán en casamiento, sino que serán como los ángeles que están en los cielos. <sup>26</sup> Pero respecto a que los muertos resucitan, ¿no habéis leído en el libro de Moisés cómo le habló Dios en la zarza, diciendo: “Yo soy el Dios de Abraham, el Dios de Isaac y el Dios de Jacob”? <sup>27</sup> ¡Dios no es Dios de muertos, sino Dios de vivos! Así que vosotros mucho erráis.**

*(Mateo 22:23-33; Lucas 20:27-40)*

Durante este día, el Señor apenas podía dar un paso sin enfrentarse a una nueva pregunta. La fuente de sus respuestas brotaba de su pleno conocimiento de las Escrituras. De hecho, la Biblia es el manantial de nuestras respuestas a los interrogantes de la vida, Como tan apropiadamente dice el Salmo 119:105, “Lámpara es a mis pies tu palabra. Y lumbrera a mi camino”. Iluminados por ella, podemos vencer los ataques de Satanás y regocijarnos plenamente en la gracia y el amor de Dios.

En esta ocasión fueron los saduceos quienes vinieron a Jesús con una pregunta con la que confiaban ponerlo en un aprieto, y lograr que el pueblo dudara de su autoridad. Para comenzar, Marcos nos aclara el error teológico de ese grupo al identificarlos como “los que dicen que no hay resurrección”. Por lo tanto, según la doctrina que profesaban, no habría vida después de la muerte, ni juicio final, ni ángeles, ni demonios; quizás ni siquiera existiría el alma. En cuanto a las Escrituras, aceptaban como auténticos solamente los escritos de Moisés.

Muchos de los teólogos modernistas y liberales de nuestros días sustentan esta negación de la resurrección, en especial la resurrección de Cristo. En realidad, no debiéramos llamarlos modernistas, ya que esa falsa doctrina lleva bastante tiempo. Sin embargo los antiguos saduceos, aunque lejos de la verdad, no lo estaban tanto como sus modernos sucesores, ya que todavía enseñaban que el Pentateuco había sido escrito por Moisés, algo que los teólogos liberales de hoy simplemente se niegan a aceptar.

Los saduceos no estaban haciendo referencia a las palabras de Moisés (véase Deuteronomio 25:5, 6) con el ánimo de cuestionar o ridiculizar la regla mosaica llamada ley del levirato, la cual parecían aceptar. La intención era más bien hacer burla de lo relativo a la resurrección. Lo hacían porque, aunque de manera indirecta, Jesús había hablado de la resurrección. En la parábola de los labradores malvados, le había dicho a la delegación del sanedrín, que aunque aquéllos iban a matar al “hijo,” “la piedra” que desecharon los constructores, vendrían a ser la “piedra angular”, de modo que no permanecería muerto, sino que se levantaría otra vez. La pregunta, “En la resurrección, cuando resuciten, ¿de quién de ellos será mujer?”, pues los siete la tuvieron por mujer”, iba destinada a poner en ridículo cualquier posibilidad de una resurrección física.

Más bien que adentrarse en la pregunta, Jesús se centró en los obvios errores, la ignorancia de ellos tanto de las Escrituras como del poder de Dios. Por eso les dijo que con respecto a la

resurrección no habían tomado en cuenta que las leyes anteriores aplicables a la vida en este mundo no continuarían en vigor. No habrá matrimonio, y no existiendo la muerte, no existirá la necesidad de la reproducción.

Después agregó, ya que ellos negaban la existencia de los ángeles, que en la resurrección los seres humanos “son como ángeles en los cielos”. Aunque nuestros propios cuerpos resucitarán, serán transformados y convertidos en perfectos instrumentos del espíritu. Leamos 1 Corintios 15:42-44 y prestemos especial atención a que las personas que serán transformadas son las mismas que vivieron y murieron en esta tierra. Más adelante, en el versículo Pablo dice: “Nosotros seremos transformados” (1 Corintios 15:52).

Aunque no con tanto detalle como en el Nuevo Testamento, el Antiguo enseña también la doctrina de la resurrección de los muertos. Consultemos a Isaías 26:19 y Daniel 12:2 para comprobarlo. Génesis 22:5 también nos muestra la fe de Abraham en el poder de Dios para volver a la vida a su hijo Isaac, a quien se le había ordenado que ofreciera en sacrificio.

Al responderles a los saduceos, Jesús citó del Pentateuco, pues estos eran los libros de Moisés que ellos aceptaban. Cuando el Salvador les preguntó si no habían leído “en el libro de Moisés, en lo de la zarza”, señaló este detalle para ayudarles a sus oyentes a localizar la cita, ya que en la época de Cristo las Escrituras no estaban divididas en los capítulos y versículos que hoy nos facilitan encontrar los textos que deseamos.

Con base en lo que allí dice la Palabra, les planteó que no habían entendido correctamente el pasaje. Dios dijo, “Yo soy el Dios de Abraham” y no, “Yo era”. Abraham, Isaac y Jacob estaban vivos en la presencia de Dios aún cuando en tiempos de Cristo ya habían muerto desde muchos siglos atrás (véase Lucas 20:37, 38). Puesto que Dios es Dios de vivos, eso implica la resurrección del cuerpo al final de los tiempos. Dios no permite que la muerte anule su pacto.

En menos de una semana se demostraría de un modo muy especial la resurrección de nuestro Señor de entre los muertos. Aunque la promesa de Dios acerca de la resurrección y la vida eterna sobrepasa nuestro entendimiento, nos confortará y consolará, en la vida y en la muerte cuando enfrentemos el último día. Aunque nuestro cuerpo sea transformado para que se cumplan los requerimientos del cielo, seguiremos siendo las mismas personas que fueron aceptadas por el Señor, y declaradas sus hijos y herederos en el sacramento del santo bautismo. La respuesta que Jesús les dio a los saduceos de aquella época continúa siendo el principal argumento para callar a los saduceos de hoy.

### *El gran mandamiento*

**<sup>28</sup>Acercándose uno de los escribas, que los había oído discutir y sabía que les había respondido bien, le preguntó: —¿Cuál es el primer mandamiento de todos?**

**<sup>29</sup>Jesús le respondió:**

**—El primero de todos los mandamiento es: “Oye, Israel: el Señor nuestro Dios, el Señor uno es. <sup>30</sup>Y amarás al Señor tu Dios con todo tu corazón, con toda tu alma, con toda tu mente y con todas tus fuerzas.” Éste es el principal mandamiento. <sup>31</sup>El segundo es semejante: “Amarás a tu prójimo como a ti mismo.” No hay otro mandamiento mayor que estos.**

**<sup>32</sup>Entonces el escriba le dijo:**

**—Bien, Maestro, verdad has dicho, que uno es Dios y no hay otro fuera de él; <sup>33</sup>y amarlo con todo el corazón, con todo el entendimiento, con toda el alma y con todas las fuerzas, y amar al prójimo como a uno mismo, es más que todos los holocaustos y sacrificios.**

**<sup>34</sup>Jesús entonces, viendo que había respondido sabiamente, le dijo:**



—**No estás lejos del reino de Dios.  
Y ya nadie se atrevía a preguntarle.**

(Mateo 22:34-40)

La respuesta de Jesús que silenció a los saduceos les complació a los fariseos, quienes a pesar de su oposición a Cristo compartían esta verdad (véase Mateo 22:46). Haciendo un último esfuerzo para atrapar a Jesús en sus propias palabras, los fariseos recurrieron a un escriba, experto en la ley, quien actuando como vocero del grupo, le planteó a Cristo una cuestión que era asunto de debate entre ellos mismos. El debate sobre la pregunta se comprende fácilmente al tener en cuenta que los fariseos habían subdividido y ampliado los mandamientos de Dios hasta llegar a la cifra de 613 reglas. Era lógico que algunos fueran considerados más importantes que otros. Y la pregunta era: “¿Cuál mandamiento es el más importante?”

No fue difícil para el Señor darle al escriba la respuesta acertada. La voluntad de Dios habla primero de la relación del hombre con Dios, y luego de la relación de los hombres entre sí; la respuesta debía provenir con toda claridad de la Palabra. Por ello Jesús citó Deuteronomio 6:4, 5 y Levítico 19:18. El que se hable aquí de Dios como “uno”, no socava la doctrina de la trinidad; porque de lo que se habla aquí, es de la unicidad de ser (esencia), y no de una persona. Recordemos que el Antiguo Testamento usa el plural para referirse al único Dios (véase Génesis 1:26). Como existe sólo un Dios, cuando se le llama *Jehová*, es el Dios de la gracia, y cuando se le llama *Eloim* es el Dios de la fuerza y el poder. Es con todo derecho que Dios demanda que le amemos con todo nuestro corazón, con toda nuestra alma, con toda nuestra mente y con toda nuestra fuerza. Este pasaje citado por Jesús les era muy familiar a los creyentes, ya que formaba parte de la oración que todo israelita piadoso debía pronunciar tres veces al día. Por tanto, no dudaban en apreciar este mandamiento como el más importante. Lo que había de nuevo en la respuesta de Jesús es que el precepto, “Amarás a tu prójimo

como a ti mismo” quedaba al mismo nivel que el anterior, cuando Jesús concluyó: “No hay otro mandamiento mayor que estos”.

Nos resulta fácil decir que amamos a Dios más que a cualquier otro ser y por encima de todas las cosas, pero la prueba de eso se aprecia por el amor a nuestros hermanos sin importar quienes sean. Debemos amarlos tanto como a nosotros mismos; eso excluye todo egoísmo. Este “amar” va mucho más allá del “querer”. Nuestro corazón no puede tener paz con Dios si no tiene paz con el prójimo.

Simplemente, el maestro de la ley no pudo discrepar con Cristo. De hecho, manifestó que aprobaba de todo corazón la respuesta que el Señor le dio. Estuvo de acuerdo en que el amor a Dios y al prójimo es más importante que todos los holocaustos y todos los sacrificios, la mayoría de los cuales eran sólo símbolo de arrepentimiento por haber pecado contra las leyes de Dios. Al referirse a 1 Samuel 15:22 y a Oseas 6:6, destacó con cuánta facilidad el rito puede ocupar el lugar que le corresponde al amor.

Sus palabras sirven de recordatorio para que nos mantengamos alerta, de manera que nuestros servicios de adoración no sean algo donde lo que se predique se disipe, sino donde lo que se predique se practique.

Las palabras de este escriba lo muestran como un hombre ya influido por Cristo, que se sintió complacido con los comentarios del hombre; eso en contraste con el silencio indiferente con que en muchas otras ocasiones le habían respondido. Ahora, cuando Jesús le dijo a este escriba: “No estás lejos del reino de Dios”, le hizo saber al hombre que en verdad había reconocido la naturaleza ética del reino de Dios. Las palabras de Jesús eran un reto y una invitación; lo retaban a tomar el siguiente paso y lo invitaban a creer en Cristo como su Salvador. ¿Dio el escriba ese paso? No lo sabemos ni tampoco lo descartamos. La palabra de Jesús es poderosa.

Esta fue la última pregunta que le hicieron a Jesús sus enemigos. Empleando las escrituras como base para sus respuestas, el Señor los venció siempre de forma contundente. Sin

embargo, a pesar de eso continuaron sin aceptarlo; así demostró que la fe no es asunto que dependa de ganar en una discusión, sino que es un don de Dios que puede ser rechazado. Queriendo salvarlos de las terribles consecuencias que este rechazo les traería, Jesús a su vez les dirigió una pregunta y les hizo una advertencia.

### *Una pregunta y una advertencia*

**<sup>35</sup> Enseñando Jesús en el Templo, decía:**

**«¿Cómo dicen los escribas que el Cristo es hijo de David?,**

**<sup>36</sup> pues el mismo David dijo por el Espíritu Santo:**

**»“Dijo el Señor a mi Señor: ‘Siéntate a mi diestra, hasta que ponga a tus enemigos//por estrado de tus pies.’”**

**<sup>37</sup>»David mismo lo llama Señor; ¿cómo, pues, es su hijo?»**

**Y gran multitud del pueblo lo oía de buena gana.**

**<sup>38</sup> Les decía en su enseñanza:**

**«Guardaos de los escribas, que gustan de andar con largas ropas, y aman las saluciones en las plazas, <sup>39</sup> las primeras sillas en las sinagogas y los primeros asientos en las cenas,**

**<sup>40</sup> que devoran las casas de las viudas y, para disimularlo, hacen largas oraciones. Estos recibirán mayor condenación.»**

*(Mateo 22:41-46; 23:1-7; Lucas 20:41-47)*

Esta fue la última sesión de enseñanza pública que dio el Señor antes de su pasión. Al ver que era imposible lograr que sus propias palabras lo contradijeran o lo acusaran, sus enemigos desistieron de hacerle nuevas preguntas. Sólo les quedaba la opción de tomarlo preso y matarlo. “Pero decían: No durante la fiesta, para que no se haga alboroto en el pueblo” (Mateo 26:5). Sin embargo, era Dios quien había escogido la fecha y el lugar, y ellos se vieron forzados a ir en contra de los planes que habían hecho.

Jesús les dirigió sus últimas palabras a los líderes religiosos y a la multitud (Mateo 22:41 y Marcos 12:37), y tratando el asunto que más enfurecía a los fariseos, les preguntó, “¿Cómo dicen los escribas que el Cristo es el hijo de David?” Ya el propio Jesús les

había dado la respuesta cuando les preguntó acerca del bautismo de Juan, y al referirse a sí mismo en la parábola de los labradores malvados como, “hijo amado”. Ahora, el Señor volvía a insistir sobre el mismo tema, porque de no ser verdadero Hijo de Dios, tampoco podría ser el Mesías, el Cristo, el Salvador.

Jesús comenzó refiriéndose a lo que decían los escribas, y continuó con lo que se registra en las Escrituras. Los maestros de la ley enseñaban que el Cristo era hijo de David, un mesías humano y nada más. De hecho, Jesús era descendiente de David tal como lo muestran las genealogías de Mateo 1 y Lucas 3. Sobre la base de esta esencia únicamente humana los maestros de la ley esperaban que el reinado mesiánico fuera la pronta restauración de la gloria terrenal que Israel había logrado en el pasado. El Salvador les hizo ver que realmente no le habían prestado atención a las Escrituras. Después de citarles el Salmo 110:1, les dijo estas palabras que Marcos recoge y que culmina en una pregunta que ellos mismos debieron de haberse hecho antes, y que no admite más que una sola respuesta correcta. “David mismo le llama Señor; ¿cómo, pues es su hijo?” Esto sólo se puede responder correctamente reconociendo que Cristo es al mismo tiempo el eterno Hijo del Padre y por tanto Dios, y a su vez humano, al ser descendiente de David. Los fariseos podían aceptar la última parte de esta doble afirmación, para aprovecharse de ella; pero no estaban dispuestos a aceptar la primera parte, ni a darle la bienvenida como su divino Señor y Salvador.

Con esa conducta, los enemigos del Señor rechazaban la Escritura que, según Jesús, David había escrito “por el Espíritu Santo”, es decir, por inspiración divina. Aquí tenemos en las propias palabras de Jesús su concepto acerca de las Escrituras. Esta declaración de la boca del mismo Jesucristo y otras afirmaciones claras y directas que en ella encontramos, dan fe de que la Biblia es la inerrante e inspirada Palabra de Dios; mediante ella, el Señor fortalece nuestra débil carne para que podamos vencer pecados como los que señala en las palabras que dijo a continuación, mostrando a los escribas tal y como eran.

No era poco el honor de ser escriba. Ya hemos aprendido por las palabras de Jesús (9:33-37), que la vida del pastor o maestro cristiano debe ser una vida al servicio de otros, ajena al ánimo de enseñorearse o aprovecharse de los demás. Jesús puso al descubierto la hipocresía de sus adversarios, que vestían con ostentación para que se les saludara en las plazas rindiéndoles homenaje. Se sentaban en los sitios preferenciales en las sinagogas, cercanos al arca en que se guardaban los rollos con los textos sagrados, para quedar muy visibles. Y, por supuesto, no dejaban vacíos los sitios de honor en los banquetes. ¡Qué orgullo y qué egoísmo! Pero todavía faltaba lo peor: se aprovechaban de la pobreza de las viudas, encubriendo esa maldad con la recitación de largas oraciones, para aparecer santos ante los ojos de los demás. Mateo 23:1-36 es un catálogo de las faltas de los escribas y fariseos, que podían engañar a los hombres pero no a Dios.

El hijo de David y también su Señor los juzgará en el día del juicio, diciendo: “Éstos recibirán una sentencia más severa”. Poco tiempo después Cristo hablará con sus discípulos en privado acerca de ese juicio.

### *La ofrenda de la viuda*

**<sup>41</sup> Estando Jesús sentado delante del arca de la ofrenda, miraba cómo el pueblo echaba dinero en el arca; y muchos ricos echaban mucho. <sup>42</sup> Y vino una viuda pobre y echó dos blancas, o sea, un cuadrante. <sup>43</sup> Entonces, llamando a sus discípulos, les dijo:**

**—De cierto os digo que esta viuda pobre echó más que todos los que han echado en el arca, <sup>44</sup> porque todos han echado de lo que les sobra, pero ésta, de su pobreza echó todo lo que tenía, todo su sustento.**

*(Lucas 21:1-4)*

Estos fueron los últimos momentos de Jesús en el templo. Es extraño que pasara este tiempo sentado en el patio de las mujeres,

donde las ofrendas eran depositadas en trece receptáculos en forma de trompetas. Mientras eso ocurría, el Hijo de Dios miraba dentro del corazón de los que venían a adorar.

Jesús examina también el corazón de todos los que hoy confiesan: “Creo en Dios Padre Todopoderoso... y en Jesucristo, su único Hijo, nuestro Señor.” ¿Sentimos lo que decimos? ¿Lo comprueba nuestra ofrenda de tiempo, de talento y de dinero? Muchas veces, la ofrenda es la verdadera prueba de la fe.

Mucha gente rica ofrenda mucho. Jesús no dijo que sus ofrendas no fueran bien recibidas o no fueran necesarias; lo que quería que sus discípulos y nosotros tengamos en cuenta es que las ofrendas son aceptables sólo si provienen de corazones llenos de amor y confianza. Esta viuda era de modo muy especial, ejemplo claro de ambas virtudes.

El hecho de que ella fuera viuda hace de este episodio final algo dramático y conmovedor. Jesús había acabado de hablar con los maestros de la ley, que “devoran las casas de las viudas”. ¿Estaban algunos de estos entre los ricos que ofrendaban mucho? No lo sabemos.

Comparada con lo que daban los ricos, la ofrenda de la viuda era insignificante; equivalía a “dos blancas, o sea un cuadrante”. La blanca se llamaba *lepton* en el texto original, y significaba “pequeño, delgado, liviano”. Las dos blancas valían un cuadrante, o *kodrantes*, como se llamaba en griego; \* y este a su vez era 1/64 del *denario*, que constituía el salario diario de un trabajador en ese entonces. El sueldo no era comparable con el de un trabajador de nuestros días. Por eso, la ofrenda de la mujer era en verdad una muy pequeña cantidad.

Aquí el idioma griego usa la palabra *kodrantes*, siendo ésta una transliteración del latín *cuadrantes*. Marcos a menudo emplea términos latinos para su evangelio en el texto griego, lo cual es

---

\* La-Reina-Valera de 1960, la Reina-Valera Actualizada y la Nueva Verión Internacional (en la nota al pie de la página) usan “cuadrante” en vez de “una cuarta parte del as”.

una señal de que éste estaba escrito para cristianos romanos y que posiblemente vivían en Roma.

Pero lo que la viuda dio no fue insignificante a los ojos de Cristo; por eso reunió a sus discípulos para enseñarles algo que nosotros también tenemos que aprender; les dijo que la viuda había contribuido con mucho más que ninguno otro. Él lo sabía, no porque le hubiera preguntado, sino porque siendo el Hijo de Dios podía verle el corazón. Jesús sabe infinitamente más que lo que podemos saber de nosotros mismos.

¿Por qué dijo Jesús, “esta viuda pobre echó más que todos?” Porque a diferencia de los ricos, que tenían de sobra, ella había dado todo lo que tenía. De esa forma estaba llevando a cabo un acto de fe, de adoración, de amor y de absoluta confianza en Dios. Finalmente, eso es lo que significa ser un verdadero discípulo.

El Señor mide nuestras ofrendas por el espíritu con que las hacemos. Sus palabras no nos piden que vaciemos las cuentas bancarias, sino que nos invita a darnos a él. A partir de ese paso nuestras ofrendas para su obra también serán generosas, y nuestra vida vendrá a ser una mayordomía verdadera.

Este episodio es particularmente emocionante porque conocemos el resto de la historia. Esta fue la última visita de Jesús al templo; de allí se fue directamente a ofrecerse así mismo, todo lo que él es, en la cruz, para pagar el precio que no podemos pagar, para hacer la contribución que nosotros no podemos hacer. El Viernes Santo Jesús pagó completamente nuestra deuda, y en ese momento se hizo aun más pobre que esta humilde viuda.

### El sermón en el Monte de los Olivos

La mayor parte de las cosas que Jesús nos dice en Marcos 13 está aún por suceder; una parte es nuestra situación actual, como el desprecio y la persecución; otra parte pertenece al pasado, como la destrucción del templo y de Jerusalén. Sin embargo, cuando Jesús les habló a sus discípulos, la destrucción era parte del futuro.

La ocurrencia de estos sucesos tal como fueron predichos, respalda nuestra absoluta convicción de que todo lo que Jesús dijo aquí ocurrirá de modo irrevocable a su debido tiempo. Sus palabras en este capítulo fueron dichas de tal forma que nos llaman a estar constantemente alerta. Nosotros mismos estamos incluidos en el llamado del versículo final de este capítulo: “Lo que os digo a vosotros, lo digo a todos: Velad”. No era la primera vez que Jesús hablaba sobre el fin de esta era y sobre la eternidad. Eso se puede comprobar en 3:29; 4:29; 8:38; 9:47; 10:30 y 12:25-27. Luego lea por adelantado en 14:25,62 y 16:16.

Tenemos que tener mucho cuidado de no hacer uso indebido de estas palabras de Jesús, cuyo propósito es prepararnos para vivir y dar testimonio de Cristo en un mundo que es enemigo de su mensaje cristiano. Estas palabras no fueron dichas para satisfacer cierta curiosidad natural por saber la fecha del día del juicio, que solamente nuestro Padre celestial conoce (13:32).

Estas palabras de nuestro Señor hablan de sólo una segunda aparición de Cristo, (13:26,27) en el día del juicio. Teniéndolas en cuenta, evitaremos caer en la interpretación errónea de Apocalipsis 20 que hoy sostiene muchas iglesias, y según la cual, al fin del mundo, Cristo vendrá en dos oportunidades. La primera vez, mil años antes del fin para establecer un reinado de un milenio con capital en Jerusalén; la segunda vez, en el día del juicio. La lectura de las palabras de este capítulo y el estudio cuidadoso de Apocalipsis 20 nos revelarán que esa explicación es insostenible y, de hecho, espiritualmente peligrosa, puesto que hace que muchos no puedan estar espiritualmente preparados para el regreso de Jesús cuando venga a juzgar a los vivos y a los muertos. A continuación centrémonos en el más extenso e ininterrumpido de los discursos de Jesús que se registra en Marcos, y que aparece con detalles adicionales en Mateo 24 y 25, y en Lucas 21:5-35.

### ***Señales del fin de los días***

*Jesucristo predice la destrucción del templo*



## **13** Al salir Jesús del templo, le dijo uno de sus discípulos:

—Maestro, ¡mira qué piedras y qué edificios!

<sup>2</sup> Jesús, respondiendo, le dijo:

—¿Ves estos grandes edificios? No quedará piedra sobre piedra que no sea derribada.

*(Mateo 24:1,2; Lucas 21:5,6)*

Impresionado ante la magnificencia del templo, del cual Cristo salía por última vez, uno de los discípulos de Jesús quiso que él admirara también la hermosa edificación. Puede que nosotros hayamos experimentado la misma sensación de sobrecogimiento frente a la belleza de una iglesia o la grandiosidad de un edificio. El templo de Jerusalén quizás haya sido más espectacular que cualquier edificación que hayamos visto. Herodes el Grande comenzó su reedificación alrededor del año 20 a.C. La reconstrucción, que incluía los patios y las murallas que lo rodeaban, estaba todavía inconclusa en ese momento. Los bloques de piedra que se usaron para esta obra eran enormes; Flavio Josefo, un antiguo historiador judío dice que algunos medían 12 x 3.5 x 2.4 m. El conjunto de edificios que ocupaba el área en que estaba enclavado el templo, y que le pertenecían, se presentaba ante los ojos de los discípulos como algo tan impercedero como la misma tierra.

Pero estaban equivocados. Cuando los líderes del templo rechazaron la palabra de Dios y la autoridad de su hijo, Jesucristo (véase 11:27-33; 12:12,38-40), estaban firmando su propia acta de defunción (véase Mateo 23:37-39). El que ésta se materializara sería sólo cuestión de tiempo.

Las palabras de Cristo fueron cumplidas por el ejército romano en el año 70 d.C., cuando destruyeron completamente el templo y las edificaciones anexas; hasta tal punto, que la ubicación exacta de éste no ha podido ser determinada. Y parecería que Dios estuviera demostrando su rechazo de este templo, al permitir que en ese mismo lugar los musulmanes construyeran su famosa

Cúpula de la Roca. Todavía quedaron restos de los grandes muros de contención, pero éstos no eran propiamente para el templo; y el hecho de que sean ahora el muro de las lamentaciones, no hace que sirvan para que los corazones se vuelvan al único Salvador, a Jesucristo, nuestro Señor. La historia de Israel nos enseña que Jesús vino a los suyos y los suyos no lo recibieron. Quiera Dios que nosotros no cometamos el mismo y fatídico error.

*La doble pregunta de los discípulos*

**<sup>3</sup>Y se sentó en el Monte de los Olivos, frente al Templo. Entonces Pedro, Jacobo, Juan y Andrés le preguntaron aparte:**

**<sup>4</sup>—Dinos, ¿cuándo serán estas cosas? ¿Y qué señal habrá cuando todas estas cosas hayan de cumplirse?**

*(Mateo 24:3; Lucas 21:7)*

Parece ser que los discípulos siguieron a Jesús muy asombrados y en silencio hasta el monte de los Olivos. Desde allí tenían una visión del templo en toda su magnificencia. Entonces cuatro discípulos, los primeros que había escogido (1:16-20), le plantearon a Jesús una pregunta cuya respuesta muchos deseaban escuchar. Los cuatro habían sido primeramente discípulos de Juan el Bautista, que había hablado del fin de todas las cosas (véase Mateo 3:12).

Andrés aparece aquí incorporado al círculo de los más íntimos de Jesús. Y quizás fue él quien hizo la pregunta. Tres años atrás, este apóstol y Juan habían sido los primeros en seguir al Señor (véase Juan 1:35-39). Y fue este mismo Andrés quien buscó a su hermano Pedro y le dijo: “hemos hallado al Mesías”. Esta pregunta indica que lo creía desde el fondo de su corazón y que confiaba en que Jesús tenía la respuesta.

“Estas cosas” incluían la destrucción del templo que Jesús acababa de mencionar, y de acuerdo con Mateo 24:3, “¿cuál será la señal de tu venida y del final de esta época?” Los cuatro

discípulos creían firmemente que Jesús regresaría, y también creían que esta época terminaría; de modo que, al preguntar “¿cuándo?” y “¿cuál será la señal?”, eran sinceros, y no preguntaban por simple curiosidad; por lo tanto Jesús les respondió de acuerdo a los sentimientos con que le preguntaban. No les reveló la fecha, porque eso los podría afectar espiritualmente, pero les habló en detalles de las señales y de lo que mientras tanto ocurriría. De esa forma los preparó a ellos, y nos prepara a nosotros, para enfrentar pruebas y dificultades.

*Advertencias contra engañadores y falsas señales del fin*

**<sup>5</sup> Jesús, respondiéndoles, comenzó a decir:**

**—Mirad que nadie os engañe, <sup>6</sup> porque vendrán muchos en mi nombre, diciendo: “Yo soy el Cristo”; y engañarán a muchos. <sup>7</sup> Pero cuando oigáis de guerras y de rumores de guerras, no os turbéis, porque es necesario que así suceda; pero aún no es el fin, <sup>8</sup> pues se levantará nación contra nación y reino contra reino; y habrá terremotos en muchos lugares, y habrá hambres y alborotos; principios de dolores son estos.**

*(Mateo 24:4-8; Lucas 21:8-11)*

Estas palabras de Jesús se parecen a los titulares de los periódicos que leemos habitualmente: Las sectas con sus falsos mesías, las guerras y las amenazas de guerra de nación contra nación, los terremotos y las hambrunas. De todo esto tenemos, y todas dan prueba de que el pecado ha corrompido todas las cosas, y que solamente el regreso del Señor las puede restaurar. Quizás la situación sea hoy en día aún más aguda de lo que era en tiempos de Jesús, pues por esa época Roma había impuesto una relativa paz en todo el mundo civilizado. Cristo dijo que las cosas no permanecerían de esa manera, y así ha ocurrido.

Las palabras de Jesús se han cumplido una y otra vez. La primera señal, la de los falsos mesías, comenzó a cumplirse desde

antes de la destrucción de Jerusalén; y desde entonces esos personajes han aparecido en gran cantidad y siguen estando entre nosotros. Esto nos recuerda al llamado Reverendo Sun Myung Moon, que en 1982 testificó ante una corte federal de los Estados Unidos diciendo que se había reunido con Moisés, Buda y Jesucristo. Y añadía que este último le había pedido que “le ayudara en la salvación del universo”. Moon dijo que aunque él no se llamara así mismo el mesías, sus seguidores creían en él, y luego añadió: “Yo tengo la posibilidad de convertirme en el verdadero Mesías”. ¿Hay algo que podamos añadir a esa herejía? Nuestro Señor nos dice, “Mirad que nadie os engañe”. Él es el verdadero y único Mesías.

Las palabras de Jesús nos dicen que estas son señales de un fin que ciertamente se acerca, pero no de un fin que esté ya presente. Son “principio de los dolores de alumbramiento”, o como más tarde diría San Pablo en Romanos 8:22, 23: “Sabemos que toda creación gime a una, y a una está con dolores de parto hasta ahora; y no sólo esto, sino que también nosotros mismos, que tenemos las primicias del Espíritu, nosotros también gemimos dentro de nosotros mismos, esperando la adopción, la redención de nuestro cuerpo”.

Cuando Cristo dice, “todo esto tiene que ocurrir”, nos está indicando que Dios tiene parte en ella. Así como Dios está cumpliendo estas señales ahora, así el cumplirá la promesa de la venida de Cristo. Es cierto que para nosotros “el fin está por llegar”, pero sus palabras, que siempre se realizan, nos aseguran que el fin en verdad llegará. El dueño salió de viaje, pero ciertamente regresará (versículos 34 – 37).

*Advertencia sobre luchas y persecuciones; un llamado a la perseverancia*

**<sup>9</sup>»Pero cuidad de vosotros mismos, porque os entregarán a los concilios, y en las sinagogas os azotarán; y delante de gobernadores y de reyes os llevarán por causa de mí, para**

**testimonio a ellos. <sup>10</sup> Y es necesario que el evangelio sea predicado antes a todas las naciones. <sup>11</sup> Pero cuando os lleven para entregaros, no os preocupéis por lo que habéis de decir, ni lo penséis, sino lo que os sea dado en aquella hora, eso hablad, porque no sois vosotros los que habláis, sino el Espíritu Santo.**

**<sup>12</sup> El hermano entregará a la muerte al hermano, y el padre al hijo; y se levantarán los hijos contra los padres, y los matarán. <sup>13</sup> Y seréis odiados por todos por causa de mi nombre; pero el que persevere hasta el fin, éste será salvo.**

*(Mateo 24:9-14; Lucas 21:12-19)*

Con estas palabras Jesús estaba preparando nuevamente a sus discípulos para enfrentar lo que se les avecinaba casi de inmediato. Lo que les decía ya se lo había comunicado antes, pero ahora lo hacía más específicamente. En Marcos 8:34 aparecen registradas las palabras que les dirigió a ellos y a la multitud: “Si alguien quiere venir en pos de mí, niéguese a sí mismo, tome su cruz, y sígame”. Los discípulos de Cristo fueron llevados ante concilios y sinagogas, ante gobernadores y reyes gentiles. En Hechos 5:40, 41; 6:12 - 7:60; 8:1 - 3; 16:22 -24; 24:1 -23 tenemos las respuestas que el mismo Espíritu Santo les dio.

Jesús les dijo también a sus discípulos porque era necesario todo esto, es decir, que: “primero debe ser proclamado el evangelio a todas las naciones”. Los sufrimientos de los discípulos no serán a consecuencia de sus faltas o pecados, sino “por causa de mí” (versículo 9). A través de la predicación, otros serán llevados al conocimiento de Jesucristo, y eso hará que los sufrimientos inherentes a la obra evangelizadora valgan la pena.

Jesús no les ocultó cuán dolorosos serán esos sufrimientos. El evangelio provoca la desunión entre las personas que lo escuchan; unos están a su favor y otros en contra. Y por esa causa, la predicación enfrentará a hermano contra hermano, y a padre contra hijo, e hijos contra padres. ¿Quién no capta ese doloroso dilema, cuando en 2 Timoteo 4:10 Pablo dice: “porque Demas me ha

desamparado amando este mundo?” De hecho, el Señor les dijo: “Seréis aborrecidos de todos por causa de mi nombre”. Siempre son sólo unos pocos los que aceptan el testimonio del evangelio; la gran mayoría lo rechaza y odia a quienes lo profesan y confiesan.

Jesús les dijo a sus discípulos que mientras el mundo seguía su marcha hacia el fin, la vida como cristianos y como heraldos del evangelio no sería fácil. Estas palabras se les debían aplicar claramente a los discípulos que estaban sentados junto a Jesús en el monte de los Olivos; pero son también para nosotros. Todavía el mundo tiene un odio fanático hacia Cristo y su predicación. Y lo que es peor, buena parte de esta aversión ha invadido en nuestros días a la iglesia visible, donde muchos teólogos rechazan lo que las Escrituras enseñan acerca de Cristo. Ser un cristiano fiel, militante y confesante, en nuestros días también es objeto de odio y persecución hasta tal grado, que en algunos países llega hasta la muerte. Aunque la situación no tiende a mejorar, Jesús no quiere que nos desanimemos. Aquí está su promesa: “El que perseverare hasta el final, ése será salvo”.

¿Cuándo será ese final? Cristo no lo dice de manera específica, sino que más bien apunta hacia nuestra misión. “Pero primero debe ser proclamado el evangelio a todas las naciones”. De manera que en vez de andar preocupándonos por la fecha exacta, sigamos adelante usando nuestro tiempo y nuestras capacidades para dar testimonio de él. El Espíritu Santo, y el mismo Jesucristo (véase Lucas 21:15), nos ayudarán a enfrentar y a vencer las pruebas hasta que llegue el fin y la salvación de todos los creyentes.

### *Señales precedentes a la destrucción de Jerusalén y el templo*

**<sup>14</sup>»Pero cuando veáis la abominación desoladora de que habló el profeta Daniel, puesta donde no debe estar (el que lee, entienda), entonces los que estén en Judea huyan a los montes. <sup>15</sup>El que esté en la azotea, no descienda a la casa ni entre para tomar algo de su casa; <sup>16</sup>y el que esté en el campo,**

**no vuelva atrás a tomar su capa. <sup>17</sup> ¡Ay de las que estén encinta y de las que críen en aquellos días! <sup>18</sup> Orad, pues, para que vuestra huida no sea en invierno, <sup>19</sup> porque aquellos días serán de tribulación cual nunca ha habido desde el principio de la creación que Dios hizo, hasta este tiempo, ni la habrá. <sup>20</sup> Y si el Señor no hubiera acertado aquellos días, nadie sería salvo; pero por causa de los escogidos que él eligió, acertó aquellos días.**

**<sup>21</sup> »Entonces, si alguno os dice: “Mirad, aquí está el Cristo”, o “Mirad, allí está”, no le creáis, <sup>22</sup> porque se levantarán falsos cristos y falsos profetas, y harán señales y prodigios para engañar, si fuera posible, aun a los escogidos. <sup>23</sup> Pero vosotros ¡tened cuidado! Os lo he dicho todo de antemano.**

*(Mateo 24:15 – 27; Lucas 21:20 -24)*

En esta sección Jesús está hablando de la destrucción de Jerusalén y del templo. Las palabras, “los que estén en Judea huyan a los montes”, indican claramente que no se está refiriendo al fin del mundo. Cuando esto último ocurra, no habrá posibilidad de huir ni será un acontecimiento limitado a Judea. La expresión “ni habrá jamás” con que se refiere a la severidad de la tribulación de aquellos días, también indica que habrá días y años subsiguientes a “aquellos días”.

Como la destrucción de Jerusalén y del templo era algo que aún no había ocurrido. Marcos (igual que Mateo) añadió las palabras, “el que lee, entienda”. Según el libro de los Hechos, los cristianos que residían en Jerusalén y Judea y que alcanzaban a ser varios miles, debían escapar para poner a salvo sus vidas. Aquí Jesús les advierte que no habrá tiempo que perder, ni siquiera de bajar a la casa para que recoger un artículo de valor personal, o ir a ella desde el campo para buscar el manto. El historiador Flavio Josefo nos cuenta que los cristianos le prestaron oídos a esa advertencia y huyeron a Pella al este del Jordán.

Las palabras de Jesús con que comienza esta sección de Marcos son las más difíciles de entender; en primer lugar, hay que

entender lo que está diciendo con “la abominación de la desolación”. Mateo 24:15 nos recuerda que son palabras dichas por el profeta Daniel y empleadas aquí por Cristo (véase Daniel 9:27; 11:31; 12:11). En el año 168 a.C., los habitantes de Judea habían sido testigos de un incidente, anticipo de lo profetizado por nuestro Señor, cuando Antíoco IV Epifanes erigió un altar pagano en el templo. Sin embargo, el cumplimiento definitivo tuvo lugar cuando la ciudad de Jerusalén y el templo fueron destruidos por los romanos en el año 70 d.C. La presencia de insurgentes judíos portando armas en su interior, y la de soldados de Roma erigiendo sus estandartes en la puerta oriental del templo y ofreciendo allí sacrificios paganos, son evidencia de que éste había sido profanado tanto por judíos como por los gentiles. Después de capturar la ciudad, el general romano Tito se encargó de arrasar por completo las estructuras del templo. Lo que quedó después de que éste fuera incendiado fue destruido por los soldados romanos.

De los horrores de aquellos días dejó constancia el testimonio de Flavio Josefo, testigo presencial del cumplimiento de la profecía de Jesús. Recuerdo haber leído sobre todo esto cuando era niño y asistía con mi padre a servicios religiosos celebrados en alemán. Nuestro himnario en ese idioma tenía un apéndice en cuya sección octava aparecía todo el relato que escribió Josefo. Cualquiera que lo lea estará completamente de acuerdo con lo que dijo nuestro Señor: “porque aquellos días serán de tribulación cual nunca ha habido desde el principio de la creación que Dios hizo, hasta este tiempo, ni la habrá”. Las oraciones de los escogidos fueron oídas, la tragedia no sucedió en invierno. La fecha de la victoria romana fue el 8 de septiembre del año 70 d.C. De paso, fijémonos en que el Señor no nos habla de evolución sino de la creación, como lo hizo en 10:6. Él lo sabe, ya que estuvo presente en ella.

En los años y meses previos a la destrucción de Jerusalén, se presentaron muchos falsos cristos y muchos falsos profetas. Este aspecto de la profecía, tal como dijimos al comentar el versículo 5 (p 196), es aplicable también al tiempo que media entre la



destrucción de Jerusalén y el regreso en gloria de nuestro Señor. Por tanto el consejo “estad sobre aviso; os lo he dicho por anticipado” con que Jesús alertó a los discípulos en el monte de los Olivos, nos compete también a nosotros. Lo que le ocurrió a Jerusalén en el año 70 d.C., garantiza que todas las demás profecías que contiene este capítulo también se cumplirán. Las palabras de Cristo siempre se cumplen. En los capítulos siguientes veremos cómo se cumplieron todas las profecías que describen su pasión.

### *La venida del Hijo del Hombre*

**<sup>24</sup>»Pero en aquellos días, después de aquella tribulación, el sol se oscurecerá y la luna no dará su resplandor. <sup>25</sup>Las estrellas caerán del cielo y las potencias que están en los cielos serán conmovidas. <sup>26</sup>Entonces verán al Hijo del hombre, que vendrá en las nubes con gran poder y gloria. <sup>27</sup>Entonces enviará a sus ángeles y juntará a sus escogidos de los cuatro vientos, desde el extremo de la tierra hasta el extremo del cielo.**

*(Mateo 24:29 – 31; Lucas 21:25 -28)*

Nuestro Señor habla aquí de todos los sufrimientos que habrá desde el día de Pentecostés hasta el fin del mundo, hasta que el evangelio haya sido predicado a todas las naciones (versículo 10). La predicación de las buenas nuevas no sólo les trae el gozo de la salvación a los escogidos del Señor, sino que también despierta la enemistad y el odio de quienes se le oponen (versículo 13). Esta situación persistirá hasta que el Señor venga de nuevo, y con él, el fin. En ese momento los sufrimientos tomarán una forma distinta, la de juicio, como en la destrucción de Jerusalén.

La segunda venida del Señor incluye el fin del universo tal como lo conocemos. El sol y la luna dejarán de funcionar, las estrellas caerán y los planetas se derrumbarán. Quien los hizo los

sacudirá, porque ya habrán cumplido el propósito para el cual fueron creados. 2 Pedro 3:10 describe un cuadro similar; ya sea que esto signifique la aniquilación total y una nueva creación, o una renovación, es algo que la Escritura no especifica.

En el momento en que el Hijo del Hombre venga en las nubes de los cielos, para juzgar a los vivos y a los muertos, Dios le estará dando fin a la historia. Jesús, que se había llamado múltiples veces a sí mismo el “Hijo del Hombre” (véase 2:10, 28; 9:9, 12, 31; 10:33; 14:21, 41), también empleó este término cuando habló específicamente de su regreso como juez, como lo hace en 8:38 y 14:62, y aquí en el versículo 26. Con base en esto, a los discípulos no les quedaba ninguna duda de que quien les estaba hablando en el Monte de los Olivos era el que muy en breve habría de sufrir y morir por los pecados del mundo; pero tampoco dudaban que era el mismo que vendría a juzgarlo. Esa convicción es también la nuestra.

Entonces él vendrá en poder y gloria, y no en estado de humillación. Aun cuando conserve su cuerpo humano, y su título de Hijo del Hombre, él revela su poder y su autoridad cuando dice que enviará a sus ángeles, porque tiene autoridad sobre ellos. Por otra parte, su unidad con el Padre en la Deidad queda esclarecida y definida cuando dice que somos “sus” elegidos, al tiempo que en el versículo 20 dijo que la elección es obra de Dios.

Jesús nos dice que el propósito de su regreso es el de reunir con él a los elegidos. Eso nos libera de todo temor de nuestro propio juicio. Leamos 1 Tesalonicenses 4:16,17. No importa dónde estemos o dónde estén nuestros cuerpos o huesos, polvo o cenizas; los ángeles del Señor nos encontrarán y nos llevarán a él. Aunque el versículo 27 de Marcos 13 no menciona expresamente la resurrección, aparece de manera implícita en el texto.

Como este discurso estaba encaminado a alertar y confortar a los creyentes, Marcos no menciona palabras directas de Jesús relativas al destino de los incrédulos. Pero no faltan las citas que recogen lo que dijo el Señor, señalando que los apóstatas serán

entregados al castigo eterno del infierno (véase 3:29; 8:36; 9:43-48), y ya no estarán presentes para tentarnos ni perseguirnos. Nosotros estaremos con el Señor.

### *La enseñanza de la higuera*

**<sup>28</sup>»De la higuera aprended la parábola: Cuando ya su rama está tierna y brotan las hojas, sabéis que el verano está cerca.**

**<sup>29</sup>Así también vosotros, cuando veáis que suceden estas cosas, conoced que está cerca, a las puertas. <sup>30</sup>De cierto os digo que no pasará esta generación sin que todo esto acontezca. <sup>31</sup>El cielo y la tierra pasarán, pero mis palabras no pasarán.**

*(Mateo 24:32 – 35; Lucas 21:29-33)*

La lección de la higuera es sencilla: el brote de las ramas y las hojas anuncia la llegada del verano; también el cumplimiento de las señales anunciadas indica que el fin está cerca. Sin embargo, tenemos que tener en cuenta que nuestra percepción del tiempo no es la misma que la de Dios. El Salmo 90 versículo 4 nos dice: “Porque mil años delante de tus ojos son como el día de ayer, que pasó, y como una de las vigilias de la noche”. A la vista de Dios toda esta cadena de acontecimientos marcados por la proclamación del evangelio al mundo por parte de los apóstoles, la destrucción de Jerusalén, el crecimiento de la iglesia, su persecución desde dentro y desde fuera, y el fin de todas las cosas, constituyen un capítulo ante los ojos de Dios, el último capítulo. Al presentarlo de esta forma, Jesús tenía el propósito de que nunca pudiera decirse que la fecha de su regreso sería ésta o la otra, y que partir de tal suposición dejáramos de estar alerta.

Son muchos los que han establecido fechas para el regreso del Señor, y todos han quedado muy mal parados. Charles Taze Russell, el fundador de la secta de los testigos de Jehová, profetizó que Cristo vendría de manera visible en 1914 para establecer un reino terrenal. Como no hubo nada de eso, modificó lo que había

dicho, planteando que el regreso era en forma invisible. Sin embargo, no hay forma de que esto concuerde con el versículo 26 de este capítulo de Marcos que estamos comentando, y que habla de un regreso visible. El Señor no nos ha dicho cuándo vendrá, pero quiere que estemos siempre listos para recibirlo.

Esto nos ayuda a entender sus siguientes palabras: “De cierto os digo que no pasará esta generación sin que todo esto acontezca”. Si por “esta generación”, entendiéramos que se trata solamente de los que estaban vivos en esa época, no quedaría otra alternativa que pensar que esto es un error de Jesús, quien tendría además el agravante de haber afirmado la expresión con un juramento, ya que comenzó su declaración con, “De cierto os digo”.

La palabra griega que se traduce por “generación” se usa particularmente para referirse a los que están vivos en un momento específico, o a sus contemporáneos. Pero también se puede usar para designar a los descendientes de un antecesor común, o que pertenecen al mismo grupo o a la misma raza. Por lo tanto, muchos comentaristas han tomado esta palabra como referida a los judíos. Al parecer esta es una explicación aceptable; muchos de los pueblos y naciones que existían en ese tiempo han desaparecido, mientras que los judíos continúan. Por desgracia, la malinterpretación de esta explicación ha sido usada para perseguir a este pueblo, o negarles el acceso al evangelio, y para enseñar falsamente que no lo necesitan para salvarse; o para darle una interpretación política que apoya al estado de Israel.

Personalmente, favorezco la interpretación que considera que “generación” significa en su contexto: aquellos que tienen algo en común; y ese algo en común que permite agruparlos, es el rechazo a Jesucristo y el odio hacia los que creen en él (8:38)

Por causa de los discípulos, que muchas veces quedaban perplejos y con dudas, Jesús agregó una declaración respecto a la confiabilidad de sus palabras y de sus predicciones. El cielo y la tierra envejecerán como una vestidura (versículos 24, 25), y pasarán; pero sus palabras nunca pasarán. Puede que transcurra mucho tiempo, y muchos años, pero el fin llegará

inexorablemente, y entonces Jesús volverá para reunir consigo a los suyos. Este es el verdadero antídoto contra la desesperanza y el desánimo.

*Es necesario velar, pues desconocemos el día y la hora*

**<sup>32</sup>»Pero de aquel día y de la hora nadie sabe, ni aun los ángeles que están en el cielo, ni el Hijo, sino el Padre.**

**<sup>33</sup>Mirad, velad y orad, porque no sabéis cuándo será el tiempo. <sup>34</sup>Es como el hombre que, yéndose lejos, dejó su casa, dio autoridad a sus siervos, a cada uno le dio un trabajo y al portero mandó que velara. <sup>35</sup>Velad, pues, porque no sabéis cuándo vendrá el señor de la casa; si al anochecer, a la medianoche, al canto del gallo o a la mañana; <sup>36</sup>para que cuando venga de repente, no os halle durmiendo. <sup>37</sup>Y lo que a vosotros digo, a todos lo digo: ¡Velad!**

*(Mateo 24:36 – 51; Lucas 21:34 - 36)*

Al terminar, Jesús reitera lo errados y presuntuosos que son los que pretenden predecir, aunque sea aproximadamente, la fecha del fin del mundo. Nadie sabe ni el día, ni la hora, ni siquiera los discípulos, ni los ángeles, ni aun el Hijo, sino solamente el Padre. No sería esta la primera ni la última vez que hablara Jesús sobre el mismo asunto (véase Mateo 20:33 y Hechos 1:7).

La expresión, “ni el Hijo” es la que nos deja sorprendidos. Recordamos lo que Colosenses 2:3 nos dice, “... a fin de conocer bien el misterio de Dios el Padre, y de Cristo, en quien están escondidos todos los tesoros de la sabiduría y del conocimiento”; y que Juan 10:30 Jesús mismo dice, “El Padre y yo uno somos”. Tenemos aquí dos personas, pero una en esencia; la tercera es el Espíritu Santo. ¿Cómo puede entonces entenderse que Jesús haya dicho, “ni el Hijo”?

La respuesta, que debemos considerar más allá de nuestra capacidad para comprenderla plenamente, consiste en que Cristo estaba hablando aquí como el Hijo de Dios que a su vez es Hijo

del Hombre. De acuerdo con su naturaleza humana, Jesús no hacía uso constante de su omnisciencia divina la cual empleaba sólo cuando era necesaria para llevar a efecto su obra redentora. No era parte de la misión del Hijo revelar la fecha exacta de su regreso; hacerlo hubiera implicado para nosotros un serio peligro espiritual.

No es obligación del dueño de la casa revelarles o decirles a sus empleados exactamente cuando ha de volver, pero es deber del encargado de la puerta mantenerse alerta en su puesto. El propietario puede volver a cualquier hora; entre la tarde y la noche (6:00 - 9:00 p.m.), de la noche a la medianoche (9:00 - 12:00 p.m.), cuando canta el gallo (12:00 - 3.00 a.m.) o al amanecer (3:00 - 6:00 a.m.). Estas son las cuatro vigias en que los romanos dividían la noche.

La exhortación de Cristo fue, “velad”. Y debemos velar, sin permitir que las cosas del mundo cieguen de tal forma nuestro entendimiento, que no podamos ver que está en juego la salvación de nuestra alma. Fijemos nuestra mirada en el Señor Jesucristo. Sus últimas palabras en el monte de los Olivos están dirigidas también a nosotros, “Lo que os digo a vosotros lo digo a todos: Velad”.

Posiblemente Cristo y sus discípulos pasaron esa tarde y el miércoles de la Semana Santa en Betania.

### *Jesús ungido en Betania*

**14** Dos días después era la Pascua y la fiesta de los Panes sin levadura. Los principales sacerdotes y los escribas buscaban cómo prenderlo con engaño y matarlo. <sup>2</sup> Y decían:

«No durante la Fiesta, para que no se alborote el pueblo.»

<sup>3</sup> Pero estando él en Betania, sentado a la mesa en casa de Simón el leproso, vino una mujer con un vaso de alabastro de perfume de nardo puro de mucho valor; y quebrando el vaso de alabastro, se lo derramó sobre su cabeza. <sup>4</sup> Entonces algunos se enojaron dentro de sí, y dijeron:

—¿Para qué se ha hecho este desperdicio de perfume?, <sup>5</sup> pues podía haberse vendido por más de trescientos denarios y haberse dado a los pobres.

Y murmuraban contra ella.

<sup>6</sup> Pero Jesús dijo:

—Dejadla, ¿por qué la molestáis? Buena obra me ha hecho.

<sup>7</sup> Siempre tendréis a los pobres con vosotros y cuando queráis les podréis hacer bien; pero a mí no siempre me tendréis.

<sup>8</sup> Ésta ha hecho lo que podía, porque se ha anticipado a ungir mi cuerpo para la sepultura. <sup>9</sup> De cierto os digo que dondequiera que se predique este evangelio, en todo el mundo, también se contará lo que ésta ha hecho, para memoria de ella.

<sup>10</sup> Entonces Judas Iscariote, uno de los doce, fue a los principales sacerdotes para entregárselo. <sup>11</sup> Ellos, al oírlo, se alegraron y prometieron darle dinero. Y Judas buscaba oportunidad para entregarlo.

*(Mateo 26:1-16; Lucas 22:1 – 6; Juan 12:1 - 8)*

El apóstol Juan ubica el ungimiento de Jesús en Betania, en la tarde anterior al Domingo de Ramos, es decir, seis días antes de su crucifixión y muerte. Marcos y Mateo sitúan este hecho dentro de la Semana Santa porque revela la actitud de los discípulos y pone al descubierto el corazón de Judas. Eso nos ayuda a comprender cómo fue posible que “uno de los doce” traicionara a Jesús.

De acuerdo con Juan, Judas el primero que criticó duramente a María con el pretexto de que el producto de la venta del perfume se les podría haber dado a los pobres (excusa muy noble la que usó). Detrás de esas palabras se escondía la frustración porque había visto escapar la oportunidad de quedarse con parte de esa suma, que equivalía al salario de un año de un obrero. Poco después de eso, se puso en contacto con los principales sacerdotes y acordó la entrega de Jesús.

El relato de Juan sitúa precisa y correctamente el momento en que tuvo lugar este unguimiento, porque Lázaro, a quien Jesús había resucitado de los muertos, también estaba presente en el banquete en casa de Simón. La presencia de Lázaro atraía a muchos curiosos y a otros que por causa de él se habían convertido en creyentes de Jesús (véase Juan 12:9 - 11). Esta atracción, y esta fe que despertaba Jesús, era lo que producía mayor temor entre los principales sacerdotes. Si nos fijamos bien, nos daremos cuenta de que ni Marcos ni Mateo le ponen fecha al evento, por lo tanto no hay contradicción entre ellos y Juan.

Dos días antes de la Pascua y de las fiestas de los panes sin levadura, el Sanedrín celebró una reunión informal en el palacio de Caifás, el sumo sacerdote (véase Mateo 26:3). El asunto era ver qué hacían con Jesús, y cuándo lo iban a hacer. No era la primera vez que se reunían en relación con el asunto; esta vez, incluso, planearon matar a Lázaro. Estaban convencidos de que la única salida era darle muerte a Jesús, pero decían “no durante la fiesta”, no sea que haya un tumulto del pueblo. Según los historiadores, durante la fiesta de la Pascua la población de Jerusalén aumentaba por lo menos el doble de lo habitual. Era probable que muchos de los visitantes que por aquellos días colmaban la ciudad provinieran de Galilea, y que por lo tanto fueran seguidores de Cristo. Los principales sacerdotes se daban cuenta de que eso era un serio riesgo para ellos; además tenían que contar con el hecho de que durante la festividad los romanos reforzaban y alertaban a sus tropas.

Así que, “no durante la fiesta” era un requisito que tenían que cumplir. Sin embargo no contaban con los planes de Dios. Como Cristo es “nuestra pascua” (véase 1 Corintios 5:7), su sacrificio por nuestros pecados sería consumado precisamente en esta celebración. El que los principales sacerdotes y los maestros de la ley pensarán de otro modo, no alterarían los planes de Dios.

Durante la comida que se dio en Betania en honor de Cristo, María, la hermana de Lázaro, y Marta, lo honraron de modo muy



especial. Muy probablemente Marta se había enterado por medio de los discípulos del anuncio que Jesús había hecho de su inminente muerte; pensando, María, que no iba a tener otra oportunidad de demostrarle reverentemente su respeto o de asistir a su sepultura, decidió hacerlo en este momento. El perfume que usó, importado de la India, era extraordinariamente costoso, valía más que el salario promedio de todo un año. Marcos y Mateo dicen que le ungió la cabeza, y Juan, que aporta detalles que no dan los otros evangelistas, relata que le ungió los pies y se los secó con sus cabellos. Es Jesús mismo quien dice en el versículo 8, “se ha anticipado para ungir mi cuerpo”, algo que María hizo humillándose ante el Señor y los que estaban presentes, expresando de esa manera su fe.

Algunos de los discípulos (véase Juan 12:4, 5), mostraron su disgusto por lo que consideraban como un gasto inútil. Es cierto que abundaban los pobres que podían haberse beneficiado con el valor del perfume, pero ofende la dureza de corazón de los discípulos que interpretaron mal la acción de María y la reprochaban.

El Señor la defendió y elogió su proceder; dijo que hay tiempo y lugar para cada cosa, y lógicamente para ayudar a los pobres; pero como no le quedaba mucho tiempo para estar con ellos, esta era la oportunidad de María para que confesara abiertamente su fe. Jesús dijo que ella había hecho, “una buena obra”; mirando en su corazón, sabía que la había hecho para, “ungir mi cuerpo para la sepultura”. Ninguno de los discípulos estuvo presente en su sepultura; asistieron solamente dos miembros del Sanedrín que se habían declarado abiertamente creyentes, Nicodemo y José de Arimatea, que en ese momento hicieron pública su fe en el Señor; y unas pocas mujeres. No nos asombra entonces que Jesús haya dicho que esta obra de fe y amor de María, iba a ser recordada en cualquier parte del mundo en que se predicase el evangelio.

El tono severo de las palabras de Jesús muestra que sabía lo que Judas tenía en su corazón, aunque, como vemos por los sucesos del atardecer del Jueves Santo, los once discípulos

restantes ni siquiera sospechaban la perfidia de Judas. Reprendido por el Señor, pero sin arrepentirse, Judas consultó poco antes de la Pascua con los principales sacerdotes para entregarles a Jesús. La aparición de un traidor entre las filas de los doce, fue algo que los llenó de regocijo, y aparentemente les hizo olvidar lo de “no durante la fiesta”. El precio que acordaron fue de treinta piezas de plata, una suma mezquina (véase Éxodo 21:32; Zacarías 11:12). ¡Qué terrible es cuando el pecado y Satanás se apoderan de las personas! (Véase Lucas 22:3; Juan 13:27.)

Judas no fue el último de los traidores; a través de los tiempos son muchos los que han traicionado a su Señor, los que se han apartado de su camino. ¡Dios nos libre de formar parte de ese grupo!

### *El Jueves Santo*

#### *La Santa Cena*

**<sup>12</sup> El primer día de la fiesta de los Panes sin levadura, cuando sacrificaban el cordero de la Pascua, sus discípulos le preguntaron:**

**—¿Dónde quieres que vayamos a preparar para que comas la Pascua? <sup>13</sup> Y envió a dos de sus discípulos diciéndoles:**

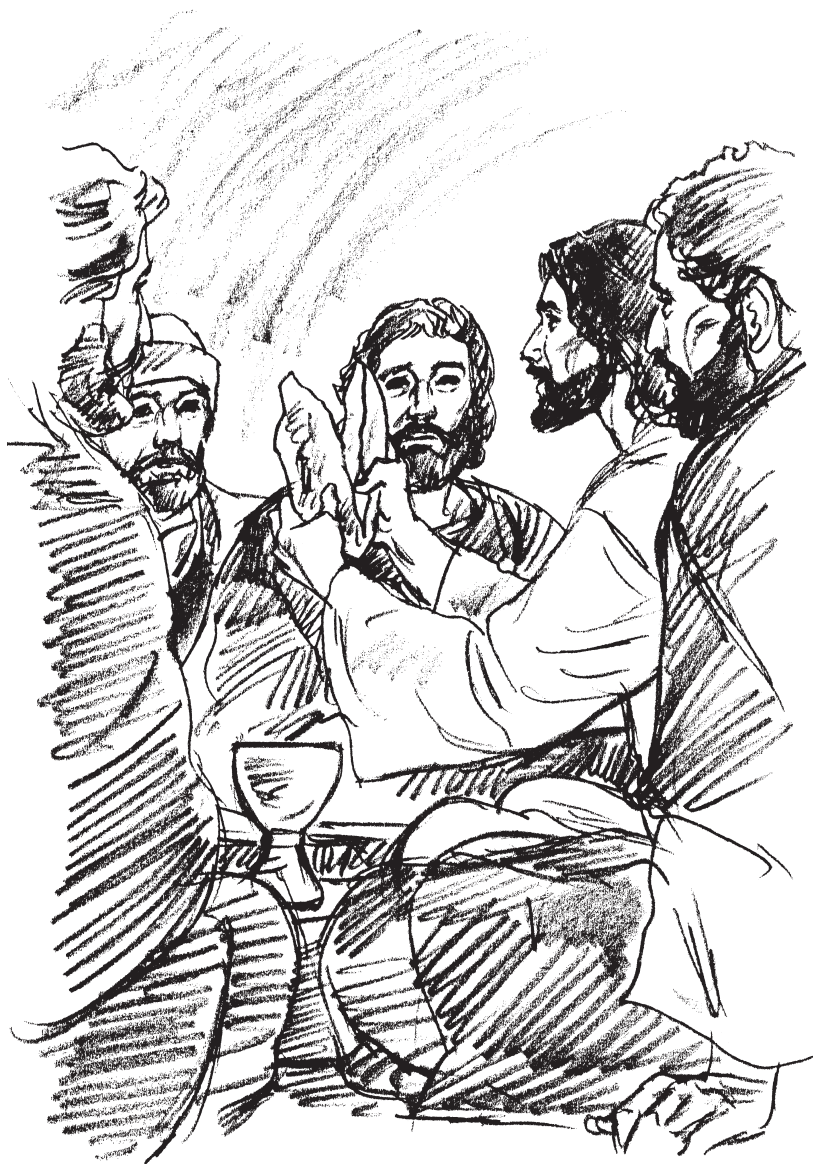
**—Id a la ciudad, y os saldrá al encuentro un hombre que lleva un cántaro de agua; seguidlo, <sup>14</sup> y donde entre decid al señor de la casa:**

**“El Maestro dice: ‘¿Dónde está el aposento donde he de comer la Pascua con mis discípulos?’” <sup>15</sup> Entonces él os mostrará un gran aposento alto ya dispuesto. Haced allí los preparativos para nosotros.**

**<sup>16</sup> Fueron sus discípulos, entraron en la ciudad, hallaron lo que les había dicho y prepararon la Pascua.**

**<sup>17</sup> Cuando llegó la noche vino él con los doce. <sup>18</sup> Y cuando se sentaron a la mesa, mientras comían, dijo Jesús:**

**—De cierto os digo que uno de vosotros, que come conmigo, me va a entregar.**



*La Santa Cena*

**19 Entonces ellos comenzaron a entristecerse y a decirle uno tras otro:**

**—¿Seré yo?**

**Y el otro:**

**—¿Seré yo?**

**20 Él, respondiendo, les dijo:**

**—Es uno de los doce, el que moja conmigo en el plato. <sup>21</sup>A la verdad el Hijo del hombre va, tal como está escrito de él, pero ¡ay de aquel hombre por quien el Hijo del hombre es entregado! Bueno le fuera a ese hombre no haber nacido.**

**22 Mientras comían, Jesús tomó pan, lo bendijo, lo partió y les dio, diciendo:**

**—Tomad, esto es mi cuerpo. <sup>23</sup>Después tomó la copa y, habiendo dado gracias, les dio y bebieron de ella todos. <sup>24</sup>Y les dijo:**

**—Esto es mi sangre del nuevo pacto que por muchos es derramada. <sup>25</sup>De cierto os digo que no beberé más del fruto de la vid, hasta aquel día en que lo beba nuevo en el reino de Dios.**

**26 Después de haber cantado el himno, salieron al Monte de los Olivos.**

*(Mateo 26:17 – 30; Lucas 22:7 – 23; Juan 13:1, 2, 18, - 30; 1 Corintios 11:23 – 26)*

Era el jueves de la Semana Santa; al día siguiente, en la Pascua, Cristo, “nuestra pascua”, iba a ser sacrificado (1 Corintios 5:7). Según la costumbre hebrea, el viernes comenzaba a la puesta del sol del día jueves, a las 6:00 p.m.

Durante un período de ocho días, que comenzaban el día anterior al inicio de la semana de Pascua, los judíos consumían solamente pan sin levadura, para recordarles lo que el pueblo de Israel había comido durante su paso por el desierto después de la salida de Egipto. Ese período de ocho días era llamado la fiesta de los panes sin levadura. La Pascua propiamente dicha conmemoraba la comida de cordero con cuya sangre habían

pintado los dinteles de las puertas cuando estaban en Egipto, para que el ángel de la muerte pasara de largo y no inmolara a los primogénitos de las casa del pueblo de Dios. Esa era la festividad más sagrada del año para la iglesia del Antiguo Testamento, y sin duda apuntaba hacia la venida del Mesías para salvar al pueblo de la esclavitud del pecado.

En la mañana del jueves, estando aún Jesús en Betania, los discípulos le preguntaron dónde comería la Pascua. La respuesta nos hace recordar las precisas instrucciones que les dio el Domingo de Ramos para que encontraran el pollino. Tanto en aquella ocasión como en ésta, sus instrucciones fueron explícitas, pero sin revelar el lugar exacto. El hombre a quien los discípulos debían encontrar y seguir, será fácil de reconocer, pues llevará un cántaro de agua, labor que normalmente hacían las mujeres en esos días. El mensaje que Jesús le envió al dueño de la casa muestra que ese hombre era un fiel seguidor; sabía quién era “el Maestro”, e indudablemente reconocería a sus enviados. No hay ningún indicio de que hubiera existido un acuerdo previo, aunque no lo podemos descartar totalmente. Un sitio como el que buscaban debió haber estado en gran demanda en esos días en que Jerusalén estaba llena de peregrinos.

La causa de esta discreción radicaba en que el Señor estaba al tanto de los planes de Judas (versículos 10, 11) y no quería privarse de esa oportunidad para comer la Pascua con sus discípulos, y además para advertirle a Judas.

Pedro y Juan fueron a Jerusalén (véase Lucas 22:8), encontraron todo como Jesús les había dicho, y prepararon todo lo necesario para la Pascua: el cordero, las hierbas amargas, el pan sin levadura y el vino. Al atardecer, Jesús estaba con los doce en el aposento alto. “Los doce” es una expresión técnica, que se emplea a menudo para designar a los apóstoles, tal como ocurre en 1 Corintios 15:5, donde en realidad son solamente once (véase Mateo 28:16; Lucas 24:9; Marcos 16:14 y Hechos 2:14), ya que Judas se había suicidado. Desde luego, es posible que en este caso

Pedro y Juan hayan vuelto a donde estaba Jesús, y que entonces todos se dirigieran en grupo al lugar.

Mientras comían la Pascua, Jesús hizo un anuncio sorprendente; uno de los que estaban comiendo con él lo iba a traicionar. Ninguno sospechaba de Judas, porque en caso contrario no le hubieran preguntado al Señor, “¿Seré yo?” Jesús les respondió, “es uno de los doce, el que moja conmigo en el plato”. Juan 13:18 nos dice que Cristo estaba cumpliendo la profecía del Salmo 41:9, “Aun el hombre de mi paz, en quien yo confiaba, el que de mi pan comía, alzó el pie contra mí”. Por su parte, Marcos recoge estas palabras de Jesús: “A la verdad el Hijo del Hombre va, tal como está escrito en él”, y la seria advertencia que siguió, hecha para despertar la conciencia de Judas y de todos nosotros. Aunque se estaban cumpliendo las Escrituras, eso no disculpaba a Judas. Dios lo considerará culpable de sus actos, porque pudo haber rehusado en aquel momento el bocado que Jesús le daba y haberse arrepentido. En vez de eso, lo que hizo fue darle lugar a Satanás en su corazón, y abandonó el aposento lleno de ira y decidido a entregar a Jesús en manos de los principales sacerdotes. El traidor volverá a aparecer otra vez en el huerto del Getsemaní, identificando a Jesús con un beso. Al leer este relato no podemos más que pensar seriamente en nuestra relación con Cristo y con los que son de él. El profundo dolor de ser traicionado, fue también parte de los sufrimientos de la pasión de nuestro Señor.

Después de que Judas se marchó, Jesús concluyó la Pascua de una manera totalmente nueva. Tenía que ser así, porque la Pascua del Antiguo Testamento, que señalaba a Cristo y su sacrificio, iba a alcanzar su culminación y el pleno cumplimiento de su propósito con la muerte de Jesús al día siguiente. Haciendo uso del pan y el vino de la Pascua, Jesús instituyó el sacramento neotestamentario de la Santa Cena.

El sacramento del cuerpo y la sangre de Jesús no fue instituido sólo para los doce (ahora los once); note que Jesús dijo: “Esto es mi sangre del nuevo pacto que por muchos es derramada”, muchos

en comparación con los once, es decir por todos los creyentes. Unos tres años antes, Juan el Bautista había señalado a Cristo diciendo: “He aquí el Cordero de Dios, que quita el pecado del mundo” (Juan 1:29). Cuando Jesús dijo aquí que no iba a beber nuevamente del fruto de la vid hasta la venida del reino de Dios, estaba diciendo que este sacramento no era solamente para los que estaban presentes en ese primer Jueves Santo, sino que su validez se extenderá hasta que también nosotros nos reunamos de nuevo con él, es decir, durante toda la era del Nuevo Testamento. En lugar del cordero de la Pascua, Cristo nos da en este sacramento en, con y bajo el pan, su cuerpo, que fue crucificado al día siguiente; y en, con y bajo el vino, su sangre, que sería derramada como sacrificio por nuestros pecados el Viernes Santo.

Estas palabras de Cristo han sido, quizás más que ningunas, objeto de muy variadas y contradictorias interpretaciones. La mayoría de los protestantes consideran que el pan y el vino no son más que símbolos de algo que reciben espiritualmente los participantes. Los católicos romanos enseñan lo que se conoce como la transustanciación, que consiste en considerar que el pan y el vino se transforman en el cuerpo y la sangre Cristo, de modo que la forma es lo único que conservan de sí estos elementos. Además, enseñan que este sacramento es un verdadero sacrificio que lleva a cabo el sacerdote oficiante. Ninguna de esas dos interpretaciones está de acuerdo con las Escrituras. En 1 Corintios 11:27 San Pablo dice inspiradamente: “De manera que cualquiera que coma este pan o beba esta copa del Señor indignamente, será culpado del cuerpo y de la sangre del Señor”. Vemos aquí cómo, hablando por el Espíritu Santo, el apóstol nos señala que al participar de este sacramento, estamos comiendo pan y bebiendo vino, al mismo tiempo que recibimos el cuerpo y la sangre del Señor.

Lutero está de acuerdo con las Escrituras cuando al responder en su Catecismo Menor a la pregunta, “¿Qué es el sacramento de la Santa Comunión?” Nos dice: “Éste es el verdadero cuerpo y la verdadera sangre de nuestro señor Jesucristo, dados a los cristianos

con el pan y el vino para que los comamos y bebamos”. Y cuando pregunta, “¿Qué bendiciones recibimos a través de esta comida y esta bebida?” responde diciendo: “Esto está indicado por las palabras, ‘esto es mi sangre del pacto, que es derramada a favor de muchos’”. Y Jesús dijo: “Esto es mi cuerpo” y “Esto es mi sangre”. ¿Cómo es posible esto? Porque Cristo lo dijo. Sigue siendo un misterio, pero cada uno de nosotros puede decir con certeza: “Cristo murió por mí, derramó su sangre por mí, y me da la seguridad de que por su gracia me da su verdadero cuerpo y su verdadera sangre en, con y bajo el pan y el vino de su Santa Cena.

Le damos gracias al Señor porque este sacramento no fue solamente para los once: éramos incapaces de salvarnos a nosotros mismos, pero el sacramento nos reafirma esta verdad: “con mucha más razón, habiendo sido ya justificados en su sangre, por él seremos salvos de la ira” (Romanos 5:9). Hasta que el Señor mismo nos lleve consigo a la cena de las bodas del Cordero, nuestro bien espiritual necesita la reiteración de esta seguridad que nos llega a través de la palabra y el sacramento. De la misma forma que entramos al reino mediante el renacimiento del bautismo, el bendito sacramento de su cuerpo y de su sangre nos reafirma el perdón, y nos fortalece para vivir en él. Judas quedó excluido porque se negó a arrepentirse del pecado que planeó. Arrepintámonos a diario y participemos en el cuerpo y la sangre de nuestro Señor con asiduidad, y recibamos así la reafirmación del perdón, al participar del cuerpo y la sangre de nuestro Señor.

Que al tomar parte en esta celebración, nuestros corazones canten en gratitud y alabanza como lo hicieron los discípulos junto con Jesús en camino al monte de los Olivos. “Alabad a Jehová porque él es bueno; porque para siempre es su misericordia” (Salmo 118:1).

*Jesús anuncia la negación de Pedro*

**<sup>27</sup> Entonces Jesús les dijo:  
—Todos os escandalizaréis de mí esta noche, pues escrito**



**está: “Heriré al pastor y las ovejas serán dispersadas.”**

**<sup>28</sup> Pero después que haya resucitado, iré delante de vosotros a Galilea.**

**<sup>29</sup> Entonces Pedro le dijo:**

**—Aunque todos se escandalicen, yo no.**

**<sup>30</sup> Y le dijo Jesús:**

**—De cierto te digo que tú hoy, en esta noche, antes que el gallo haya cantado dos veces, me negarás tres veces.**

**<sup>31</sup> Pero él con mayor insistencia decía:**

**—Aunque tenga que morir contigo, no te negaré.**

**También todos decían lo mismo.**

*(Mateo 26:31 – 35; Lucas 22:31 -34; Juan 13:31 – 38)*

En el camino al Getsemaní, Jesús les hizo otro anuncio sorprendente: que el resto de los discípulos también lo iban a abandonar. Les citó a Zacarías 13:7, diciéndoles que cuando el Padre celestial dispusiera el sacrificio del único que puede decir de sí mismo, “Yo soy el buen pastor” (Juan 10:14), las ovejas serían dispersadas. Y eso fue exactamente lo que sucedió (versículo 50).

Antes de que le pudieran contestar, ya el Buen Pastor los estaba consolando. Les dijo que después de resucitar, porque ciertamente iba a ser condenado a muerte pero no iba a permanecer muerto, se reunirá con ellos otra vez con mucho gozo en Galilea. Aun cuando Cristo se apareció a los discípulos en Jerusalén, fue en Galilea donde pasó la mayor parte del tiempo con ellos antes de su ascensión. Esta declaración era la certeza que ellos necesitaban, algo a que aferrarse durante los difíciles días venideros. Lamentablemente no lo hicieron. Pero de todas formas quedó como testimonio de la amorosa preocupación que sentía el Señor por los suyos, aun en momentos en que enfrentaba la muerte. ¿Nos amará menos a nosotros?

Pero Pedro no podía dejar de reaccionar ante el anuncio de que él también iba a ser de los que huirían, e insistió en que aunque todos lo abandonaran, él no lo haría. Está claro que en ese

momento Pedro no recordaba cómo Cristo le había llamado la atención de manera muy especial en una ocasión anterior (8:32,33), ni de las claras advertencias que el Señor les había hecho en el aposento alto (véase Lucas 22:31 - 34 y Juan 13:38). Por eso Cristo le repitió lo que ya le había dicho. Antes del amanecer, Pedro lo iba a negar no una, ni dos, sino tres veces (los gallos cantan después de las 3:00 a.m. y al amanecer). Jesús se valió de esta particularidad, porque al oír el canto del gallo, el apóstol podrá asociar lo que hizo con lo que Jesús le estaba profetizando. Pero Pedro no alcanzó a comprender su propia debilidad y continuó rechazando lo que el Señor decía, afirmando que nunca lo iba a dejar, aunque tuviera que morir junto a él. ¡Pedro aun no se daba cuenta de cuán débil era!

De hecho, Pedro no era el único que sostenía esta opinión y expresaba su desacuerdo con lo que Jesús les decía; todos los apóstoles estaban seguros de lo fuerte e incommovible que era la lealtad que le profesaban al Maestro. “También todos decían lo mismo”. Y también todos estaban equivocados. Cristo tendría que ir solo hasta la cruz, porque era el único que en realidad lo podía hacer. Nosotros no podemos redimirnos a nosotros mismos.

Si los once, incluyendo a Pedro, lo abandonaron después de haber estado casi tres años con Jesús, siendo testigos de sus milagros y de la verdad de su palabra, ¿Qué haremos nosotros en momentos de peligro? Nuestra única fuente de poder es Jesús; él es nuestro en la palabra y el sacramento.

### *Jesús ora en Getsemaní*

**<sup>32</sup> Vinieron, pues, a un lugar que se llama Getsemaní, y dijo a sus discípulos:**

**—Sentaos aquí, entre tanto que yo oro. <sup>33</sup> Se llevó consigo a Pedro, a Jacobo y a Juan, y comenzó a entristecerse y a angustiarse. <sup>34</sup> Y les dijo:**

**—Mi alma está muy triste, hasta la muerte; quedaos aquí y velad.**

<sup>35</sup> Yéndose un poco adelante, se postró en tierra, y oró que, si fuera posible, pasara de él aquella hora. <sup>36</sup> Y decía: «¡Abba, Padre!, todas las cosas son posibles para ti. Aparta de mí esta copa; pero no se haga lo que yo quiero, sino lo que quieres tú.»

<sup>37</sup> Vino luego y los halló durmiendo, y dijo a Pedro:

—Simón, ¿duermes? ¿No has podido velar una hora?

<sup>38</sup> Velad y orad para que no entréis en tentación; el espíritu a la verdad está dispuesto, pero la carne es débil.

<sup>39</sup> Otra vez fue y oró, diciendo las mismas palabras. <sup>40</sup> Al volver, otra vez los halló durmiendo, porque los ojos de ellos estaban cargados de sueño; y no sabían qué responderle.

<sup>41</sup> Vino la tercera vez, y les dijo:

—¡Dormid ya y descansad! ¡Basta, la hora ha llegado! He aquí, el Hijo del hombre es entregado en manos de los pecadores.

<sup>42</sup> »¡Levantaos! ¡Vamos! Ya se acerca el que me entrega.

(Mateo 26:36 – 46; Lucas 22:39 - 46; Juan 18:1)

Nunca podremos comprender la profundidad de la agonía de Jesús en Getsemaní. Había llegado a ese huerto, uno de sus lugares de retiro favoritos, al atardecer del Jueves Santo, no con el ánimo de descansar o recrearse un poco, sino con el propósito de deshacer lo que el hombre había hecho en aquel otro huerto, el del Edén. Allí el pecado había entrado en el mundo, aquí el segundo Adán, un verdadero ser humano en todo el sentido de la palabra, pero sin pecado y siendo también el Hijo de Dios, se enfrentaba a la horrenda deuda que había venido a pagar. Antes había hablado de esto muchas veces, pero ahora estaba cara a cara con esa realidad. ¿Iba a pasar por todo eso?

Como usted y como yo, Jesús necesitaba orar al Padre celestial. Y también necesitaba la compasión y la compañía de sus más cercanos amigos humanos, sus discípulos. Al entrar al huerto, sintió la angustia que ningún mártir puede sentir. Los que sufren y mueren por Cristo, saben que tienen en él un Salvador dispuesto

a recibirlos; pero, Jesús era el Cordero expiatorio, a punto de cargar sobre sí el castigo de todos los pecados. A los tres que entraron con él en el jardín, les reveló sus sentimientos: “mi alma está muy triste, hasta la muerte; quedaos aquí y velad”.

Tan grande era su agonía que no sólo se arrodilló (Mateo 26:39), sino que cayó rostro en tierra para orar, en una postura que no es la que reflejan la mayoría de los pintores. Como lo haría un niño, le rogó a su Padre que, de ser posible, pasara de él esa copa; toda su naturaleza se horrorizó; la prueba era de una severidad inimaginable. La copa, que ya antes había mencionado (10:38), era la copa de la ira de Dios. Aunque estaba dispuesto a beberla, sin embargo, le preguntó al Padre si quizás en su omnisciencia conocía otra salida para salvar la humanidad. Pero Jesús estaba decidido a someterse a la decisión del Padre, cualquiera que fuese, aunque le produjera gran temor. Tres veces vertió su alma ante el Padre; y en su agonía, su sudor era como gotas de sangre, y el Padre celestial envió un ángel para fortalecerlo (véase Lucas 22:43, 44). No había alternativa, nuestro Señor aceptó la prueba y ganó la batalla.

¿Y los tres discípulos? Esa es otra historia; Jesús les pidió que velaran, pero ellos se quedaron dormidos muy rápidamente, hasta Pedro, que había hecho alarde de su disposición a morir con el Señor. Cuando el Maestro los despertó, estaban tan avergonzados que no acertaron a dar ninguna excusa. Y, entonces, en medio de su agonía, nuestro Señor mostró su preocupación por los discípulos; les recordó que la carne pecaminosa no sería capaz de vencer en la batalla, de manera que tendrían que orar y velar. El Señor los volvió a encontrar dormidos tanto en la segunda, como en la tercera ocasión en que acudió a verlos. No es difícil que nos pongamos en el lugar de ellos; estaban fatigados, y el día había sido largo y desconcertante. Aun así, le habían fallado a Cristo en esta hora de su necesidad, y Jesús tuvo que enfrentar su agonía totalmente solo.

Como había sido fortalecido por la comunión con el Padre celestial, Jesús era una persona cambiada cuando retornó la tercera

vez a sus discípulos. Había ganado la batalla con sus propios sentimientos humanos, como lo había hecho cuando en el mismo comienzo de su ministerio venció a Satanás durante la tentación en el desierto. Ahora, con ánimo resuelto levantó a sus discípulos, les dijo exactamente lo que estaba a punto de ocurrir y marchó adelante para encontrarse con el que lo estaba traicionando.

Es necesario recordar que todo esto fue parte de lo que nuestro Señor sufrió por nuestra salvación, cuando ocupó nuestro lugar y cargó con nuestras culpas. Esta escena del Getsemaní, debe estar con frecuencia en nuestras mentes, y no sólo una vez al año durante la cuaresma. Y podemos estar seguros de que Jesús responderá a nuestras oraciones y nos ayudará en nuestras ansiedades y nuestras angustias, mientras velamos y oramos.

### *Jesús es traicionado y arrestado*

**<sup>43</sup> Aún estaba él hablando cuando vino Judas, que era uno de los doce, y con él mucha gente con espadas y palos, de parte de los principales sacerdotes, de los escribas y de los ancianos. <sup>44</sup> El que lo entregaba les había dado señal, diciendo: «Al que yo bese, ése es. Prendedlo y llevadlo con seguridad.» <sup>45</sup> Cuando vino, se acercó luego a él y le dijo:**  
—¡Maestro! ¡Maestro!

**Y lo besó. <sup>46</sup> Entonces ellos le echaron mano y lo prendieron.**

**<sup>47</sup> Pero uno de los que estaban allí, sacando la espada, hirió al siervo del Sumo sacerdote y le cortó la oreja.**

**<sup>48</sup> Respondiendo Jesús, les dijo:**

—¿Como contra un ladrón habéis salido con espadas y con palos para prenderme? <sup>49</sup> Cada día estaba con vosotros enseñando en el Templo y no me prendisteis; pero así es, para que se cumplan las Escrituras.

**<sup>50</sup> Entonces todos los discípulos, dejándolo, huyeron.**

**<sup>51</sup> Pero cierto joven lo seguía, cubierto el cuerpo con una**

**sábana. Lo prendieron, <sup>52</sup> pero él, dejando la sábana, huyó desnudo.**

*(Mateo 26:47 – 56; Lucas 22:47 – 53; Juan 18:2 – 11)*

Esta fue la última vez que estuvieron juntos los doce, ¡qué momento tan trágico!; mientras uno revelaba plenamente su traición, los once restantes abandonaban a su Señor.

El sanedrín había enviado junto con algunos de sus miembros una fuerza compuesta de guardias del templo y legionarios romanos (véase Juan 18:3) para que arrestaran a Jesús. Querían estar seguros de que, en caso de resistencia, Jesús no los evadiera como había hecho en ocasiones anteriores. Como era de noche, Judas se prestó para identificar a Jesús con un beso. Esa era la forma en que normalmente un discípulo saludaba a su maestro. Quizás Judas pretendía disimular su traición, ¡cuán malvado puede llegar a ser el corazón una vez que le da cabida a Satanás!

Pero en realidad Jesús dominaba la situación por completo. Cuando les dijo que él era el que buscaban, todos ellos, incluyendo a Judas, cayeron al suelo (Juan 18:6). Las últimas palabras que Jesús le dirigió a Judas fueron un llamado final a que se arrepintiera (véase Mateo 26:50 y Lucas 22:48). Pero Judas demostró allí mismo lo que sentía en el corazón cuando llamó a Jesús simplemente “Rabí”, es decir maestro, en lugar de Señor. La turba armada pudo arrestar a Jesús únicamente después de haberse visto en el suelo totalmente impotente. Jesús les recordó que el arresto no se había producido mientras él andaba entre ellos en los patios del templo; allí no habían alzado una mano para aprehenderlo. Incluso, ahora no hubieran podido hacerlo, si no fuera porque las Escrituras tenían que cumplirse (véase Isaías 53:12; Zacarías 13:7).

Pedro trató de redimirse, sacó su espada en defensa de Jesús y le cortó la oreja a Malco, un servidor del sumo sacerdote (véase Juan 18:10). Jesús reprendió a Pedro por lo que había hecho, y en un acto de gracia y misericordia que escapa a nuestra comprensión,

saná milagrosamente al herido. Mediante el desarrollo de estos hechos tan sorprendentes, Jesús protegió a Pedro y a los otros diez discípulos. De haber querido hacerlo, el Señor podría haber pasado tranquilamente en medio de sus enemigos que habían venido a arrestarlo, pero estaba determinado a rescatarnos a usted y a mí, así que permitió que lo llevaran preso.

El episodio de Pedro y su espada, las palabras que Jesús les dijo a Judas y al grupo armado, y otros pasajes de la Biblia (12:13 - 17) muestran hasta dónde se han apartado los teólogos del evangelio de Jesucristo cuando apoyan los motines, las rebeliones y la violencia afirmando que son permisibles por los sufrimientos y las injusticias que imponen los gobiernos y los que tienen autoridad. Suponga que Jesús hubiera adoptado esa posición; ¿dónde estaríamos hoy?, ¿dónde iríamos a estar en la eternidad?

Los dos versículos finales de esta sección del comentario (51 y 52) son peculiares del Evangelio de Marcos y han sido motivo de mucha especulación. ¿Podría este joven haber sido el propio Marcos? ¿Pudo el aposento alto, donde posteriormente se reunía la iglesia de Jerusalén (Hechos 12:12), haber estado en la casa de los padres de este evangelista? El joven, que según sugiere el texto original griego era un adolescente, podía haber estado durmiendo en la casa donde Jesús y sus discípulos celebraron la Pascua. Despertado al oír que se marchaban rumbo a Getsemaní, le echó mano a una sábana o una vestimenta exterior de lino (como dice la NVI en inglés), y los siguió. Cuando se produjo el arresto de Jesús y la huída de los once, el joven debió haberse quedado por los alrededores, pero al ser descubierto, empleó la agilidad de sus años y escapó dejando atrás lo único que traía puesto.

Aunque las cosas pudieron haber sido de esta manera, estas conjeturas no tienen el apoyo de los textos, pero sí nos permiten conocer el estado de ánimo del destacamento encargado de la detención, y confirmar que Jesús tuvo que afrontar su pasión en total soledad. Este último de sus seguidores también tuvo que huir, como ya lo habían hecho momentos antes los once, incluyendo a Pedro.

*Jesús ante el Sanedrín*

<sup>53</sup> Trajeron, pues, a Jesús ante el sumo sacerdote; y se reunieron todos los principales sacerdotes, los ancianos y los escribas. <sup>54</sup> Pedro lo siguió de lejos hasta dentro del patio del Sumo sacerdote; y estaba sentado con los guardias, calentándose al fuego. <sup>55</sup> Los principales sacerdotes y todo el Concilio buscaban testimonio contra Jesús para entregarlo a la muerte, pero no lo hallaban, <sup>56</sup> porque muchos daban falso testimonio contra él, pero sus testimonios no concordaban. <sup>57</sup> Entonces, levantándose unos, dieron falso testimonio contra él, diciendo:

<sup>58</sup> —Nosotros lo hemos oído decir: “Yo derribaré este templo hecho a mano, y en tres días edificaré otro no hecho a mano.”

<sup>59</sup> Pero ni aun así concordaban en el testimonio. <sup>60</sup> Entonces el sumo sacerdote, levantándose en medio, preguntó a Jesús, diciendo:

—¿No respondes nada? ¿Qué testifican estos contra ti?

<sup>61</sup> Pero él callaba y nada respondía. El Sumo sacerdote le volvió a preguntar:

—¿Eres tú el Cristo, el Hijo del Bendito?

<sup>62</sup> Jesús le dijo:

—Yo soy. Y veréis al Hijo del hombre sentado a la diestra del poder de Dios y viniendo en las nubes del cielo.

<sup>63</sup> Entonces el Sumo sacerdote, rasgando su vestidura, dijo: —¿Qué más necesidad tenemos de testigos? <sup>64</sup> Habéis oído la blasfemia; ¿qué os parece?

Y todos ellos lo condenaron, declarándolo digno de muerte.

<sup>65</sup> Entonces algunos comenzaron a escupirlo, a cubrirle el rostro, a darle puñetazos y a decirle: «¡Profetiza!»

También los guardias le daban bofetadas.

(Mateo 26:57 -68; Lucas 22:54,63 -71; Juan 18:12 - 14, 19 -24)



Jesús estaba en un juicio ante una corte religiosa de la que se esperaba un juicio justo. Se esperaba que buscaran en las Escrituras para obtener respuestas a preguntas vitales al proceso, como por ejemplo: ¿Es Jesús el Cristo? ¿Es verdaderamente Santo, justo e inocente? ¿Es el Hijo de Dios (como dice Marcos en el versículo con el que comienza su evangelio)? Vamos a ver.

Al reseñar el juicio de Jesús, Marcos omite la visita preliminar ante Anás el Sumo sacerdote ya retirado (véase Juan 18:13,14,19-23); en su lugar da una información completa de la primera presentación ante Caifás, y sólo toca de paso el segundo juicio que se celebró en la mañana (15:1). Aunque el Sanedrín era la legítima institución eclesiástica del pueblo de Dios, estaba en este caso actuando contra todos sus propios estatutos. En casos en los que se preveía la aplicación de la pena capital, era obligatorio que al celebrarse dos juicios, éstos debían estar separados por lo menos por un día como lapso de tiempo entre los dos. Era también requisito indispensable que tuviera lugar a la luz diurna para garantizar que se hiciera con justicia. Pero el interés del Sanedrín en condenar y ejecutar a Jesús tan pronto como fuera posible, le hizo desechar sus propias reglas. Los corazones de sus integrantes estaban llenos de odio hacia Jesús y de miedo al pueblo. Al hablar de Pedro, Marcos nos lo presenta calentándose al calor del fuego de las brasas de carbón en el patio junto a la guardia de la casa del Sumo sacerdote. Eso demuestra que el juicio se llevó a cabo de noche, pues dada la altura de 762 m a que está situada Jerusalén, las noches de primavera suelen ser muy frías.

Los principales sacerdotes y el Sanedrín no tenían ningún interés de darle al acusado un juicio imparcial. El asunto era acumular pruebas en su contra, y ni siquiera la ilegalidad de haberle arrestado sin tener cargos en su contra les hizo desistir de continuar el proceso. Trajeron falsos testigos para que dieran testimonio, pero al interrogarlos de nuevo, quedó expuesta la falsedad de sus afirmaciones. Al final hubo dos que se adelantaron diciendo que Cristo había afirmado que iba a destruir el templo y lo reconstruiría en tres días. En realidad, con ocasión de la primera

purificación del templo, Cristo había dicho algo similar (véase Juan 2:19). Más tarde (13:2) también había hablado de la venidera destrucción del templo y de Jerusalén, pero en esta última ocasión lo dijo a sus discípulos en privado. Cabe preguntarse si acaso judas les habría comunicado algo a los principales sacerdotes. Pero ni aun así lograban que concordaran los testimonios de los testigos y por eso Jesús no se dignó responder al testimonio de esos mentirosos.

Temeroso de que ese juicio no les permitiera condenar al acusado, y terminara en un fracaso como el proceso ante Anás, el mismo Caifás entró en escena. En las primeras palabras que le dirigió a Cristo, este personaje se mostró sorprendido de que Jesús no contestara y asumió que el testimonio en su contra era válido. A diferencia de su actuación ante Anás, Jesús permanecía ahora callado. Sometiéndose a esta injusticia, tomaba sobre sí toda la flagrante iniquidad que los individuos en autoridad han cometido contra los oprimidos desde los comienzos de la humanidad.

Desconcertado, Caifás decidió jugar su mejor carta; conjurándole por el Dios viviente (véase Mateo 27:63) le preguntó: “¿Eres tú el Cristo, el Hijo del Bendito?” En realidad éste era el verdadero asunto, pero ni Caifás ni el resto de los jueces estaban interesados en investigar si lo era o no. Lo único que querían era usarlo para condenar a Cristo. Si Jesús se hubiera quedado callado esta vez, hubiera equivalido a negarlo. Caifás lo sabía, así es que estaba convencido de que él se saldría con la suya, sin importar como contestara Jesús. El Redentor le contestó, “Yo soy”, aunque con ello ponía su vida en peligro. La respuesta debió haberle recordado a Caifás en ese momento lo que Dios le ordenó a Moisés que les dijera a los israelitas: “El YO SOY me ha enviado a vosotros” (Éxodo 3:14). Bajo juramento Jesús declaró que él era en verdad el Cristo, el Hijo del Bendito.

Sin detenerse en esto, el Señor procedió a advertirle a Caifás y al Sanedrín: “Y veréis al Hijo del Hombre sentado a la diestra del poder de Dios, y viniendo en las nubes del cielo”. El último día se cambiarán los papeles, Caifás y el Sanedrín tendrán que

comparecer delante de Jesucristo que actuará como juez divino. Si no se arrepintieron, ese día será para ellos de indecible terror; pero para los creyentes será un día de redención.

El Sumo sacerdote Caifás debió haber reconocido que las palabras de Jesús eran el cumplimiento de lo que se profetiza en el Salmo 110:1 y en Daniel 7:13,14. Pero no quiso dar oídos a la advertencia. Creyendo que había alcanzado su objetivo, se rasgó las vestiduras y declaró a Jesús culpable de blasfemia, y a eso se unieron todos los demás integrantes del tribunal. No era Jesús el que blasfemaba, sino ellos, y junto con ellos blasfemaban también los que hoy día, desde dentro de la iglesia visible, concuerdan con los jueces que en aquel Viernes Santo rechazaron a Cristo como el Hijo de Dios y Redentor de la humanidad. ¡Quiera Dios que nosotros nunca seamos encontrados entre ellos!

El tratamiento que le dieron a Jesús, después de ser condenado por el Sanedrín, fue brutal e indigno; los guardias siguieron el ejemplo de sus “nobles” líderes. La profecía de Isaías 50:6 concerniente al Salvador comenzó a cumplirse en medio de la corte de los principales sacerdotes: “Di mi cuerpo a los heridores, y mis mejillas a los que me mesaban la barba; no aparté mi rostro de injurias y de esputos”. Como ya no tenía la facultad de imponer sentencias de lapidación, descargaron su frustración sobre Jesús en cuanta forma les fue posible antes de entregarlo a Pilato.

Pedro, que fue testigo de estos horrores escribió posteriormente: “El cual no hizo pecado, ni se halló engaño en su boca; quien cuando le maldecían no respondía con maldición; cuando padecía, no amenazaba” (1 Pedro 2:22,23). Pero Pedro no se dio cuenta de lo que Jesús hizo por él y por nosotros hasta que se arrepintió. Ahora seguirá su propia prueba.

*Pedro niega que conoce a Jesús*

**<sup>66</sup> Estando Pedro abajo, en el patio, vino una de las criadas del Sumo sacerdote, <sup>67</sup> y cuando vio a Pedro que se calentaba, mirándolo, le dijo:**

—Tú también estabas con Jesús, el nazareno.

<sup>68</sup> Pero él negó, diciendo:

—No lo conozco, ni sé lo que dices.

Y salió a la entrada, y cantó el gallo. <sup>69</sup> La criada, viéndolo otra vez, comenzó a decir a los que estaban allí:

—Éste es uno de ellos.

<sup>70</sup> Pero él volvió a negarlo. Poco después, los que estaban allí dijeron otra vez a Pedro:

—Verdaderamente tú eres de ellos, porque eres galileo y tu manera de hablar es semejante a la de ellos.

<sup>71</sup> Entonces él comenzó a maldecir y a jurar:

—¡No conozco a este hombre de quien habláis!

<sup>72</sup> Y el gallo cantó la segunda vez. Entonces Pedro se acordó de las palabras que Jesús le había dicho: «Antes que el gallo cante dos veces, me negarás tres veces.» Y pensando en esto, lloraba.

(Mateo 26:69 – 75; Lucas 22:54 – 62; Juan 18:15 – 18, 25 – 27)

Jesús había dicho. “Yo soy.”

Pedro dijo. “No soy”. Hay verdadera tragedia en este relato, pero nunca la hubiéramos conocido si Jesús no hubiera sido genuinamente lo que es, nuestro Salvador y Redentor. Después de tan honda caída, el Señor estuvo dispuesto a llamar a Pedro al arrepentimiento, y después de la resurrección, incluso lo restauró a la posición de apóstol, y lo usó poderosamente en la obra del reino de Dios. Si Jesús estuvo dispuesto (y era capaz) de hacerlo por Pedro, ¡también está dispuesto a hacerlo por nosotros!

Después de huir del huerto de Getsemaní, Pedro y Juan (véase Juan 18:15 ss) siguieron a los hombres que habían arrestado a Jesús hasta el palacio del Sumo sacerdote. A Juan, que era conocido de este alto dignatario, le fue incluso permitida la entrada al patio, mientras que Pedro tuvo que quedarse afuera. Fue Juan quien habló con la portera y la persuadió para que dejara pasar a Pedro. Evidentemente, ambos apóstoles estaban muy preocupados por lo que le fuera a ocurrir a Jesús. No tenemos noticias de lo que

hizo Juan durante el juicio, pero sí de lo que hizo Pedro. ¿Pudo haber estado Judas cerca de allí? (véase Mateo 27:3).

Los guardias había encendido una hoguera para calentarse y Pedro se sentó entre ellos. Sin duda era éste un lugar peligroso por estar en medio de los enemigos de Cristo. Apenas se había sentado cuando una joven criada, quizás recelosa por haberlo dejado pasar, miró detenidamente a Pedro y en presencia de los guardias le preguntó: “¿No eres tú también de los discípulos de este hombre?” (Juan 18:17). A continuación, y para que todo el mundo la oyera, dijo: “también tú estabas con Jesús, el nazareno”. Las palabras de esta joven eran claro reflejo del desprecio que sentían sus patrones por Jesús. Unas pocas horas antes, Pedro había le prometido a su maestro: “Aunque tenga que morir contigo de ninguna manera te negaré”, pero bastaron las palabras de una criada para precipitarlo en su caída. Lleno de temor, Pedro se retiró a la entrada, al pasillo techado que conducía a la calle, con la idea de que allí estaría más seguro.

En esos momentos el gallo cantó por primera vez; sin embargo, Pedro no se percató de ello. Como nunca hay lugar seguro para los pecadores, hubo quienes aquí también lo acosaron. Lucas (22:58) nos dice que uno de ellos era un hombre; Mateo (26:71) habla de otra criada, y Marcos registra las palabras de la muchacha que ya anteriormente se había dirigido a Pedro, y que esta vez dijo, “éste es uno de ellos”. Nuevamente Pedro lo negó; el miedo le hizo olvidar lo que Jesús le había dicho en el aposento alto. ¡Cualquier cosa con tal de salvar la vida! El evangelio de Juan nos dice que en ese momento Jesús fue transferido de la residencia de Anás a la de Caifás, donde continuaría el juicio ante este último. Este movimiento le permitió a Pedro regresar al patio y perderse entre la multitud.

Según el evangelio de Lucas, el siguiente suceso ocurrió aproximadamente una hora después, lo que dio tiempo para que Pedro se enterara lo suficiente de lo que había pasado en el juicio de Jesús. Las criadas y algunos de los guardias no quedaron satisfechos con la respuesta de Pedro; es probable que estuvieran

incluso comentando entre sí la situación como medida de precaución. El caso es que se le acercaron de nuevo. Entre ellos estaba ahora un pariente de Malco, a quien el apóstol le había cortado una oreja en el huerto de Getsemaní. El hombre le dijo, “¿no te vi yo en el huerto con él?” (Juan 18:26); y los que lo acompañaban añadieron una evidencia que les parecía convincente: “porque eres galileo”.

Por tercera vez, Pedro volvía a negar cualquier relación con Jesús; al punto de desconocerlo por completo. Y para referirse a quien antes había llamado “el Cristo, el hijo del Dios viviente” (Mateo 16:16), usó la expresión ese “hombre”. Para lograr que todo esto pareciera creíble, Pedro comenzó a maldecir y a jurar que no mentía. En ese momento, de según Lucas, el gallo cantó por segunda vez y “se volvió el Señor y miró a Pedro; y Pedro se acordó de la palabra del Señor” (Lucas 22:61).

El dolor fue indescriptible; y no lo hubiera podido soportar, si al mismo tiempo Jesús no le hubiera visto con una mirada llena de compasión. Mientras lo ridiculizaban y se burlaban de él, mientras sufría más de lo imaginable, el Señor se había vuelto hacia Pedro cuando él más lo necesitaba. Pedro no sólo recordó que el Señor le había anunciado que lo negaría, sino que también le había dicho: “Pero yo he rogado por ti, que tu fe no falte; y tú, una vez vuelto, confirma a tus hermanos” (Lucas 22:32). Este episodio tan penoso para Pedro, aparece registrado en las Escrituras para que el Espíritu Santo lo use para fortalecernos y ayudarnos a estar siempre vigilantes y orando. Y para que si caemos, retornemos al amor y al perdón de nuestro Señor y Salvador. Jesús sufrió para que eso fuera posible. Pero aun hay más.

### *El Viernes Santo*

*El último interrogatorio de Cristo ante el Sanedrín (15:1)*

**15** Muy de mañana, habiendo tenido consejo los principales sacerdotes con los ancianos, con los

**escribas y con todo el Concilio, llevaron a Jesús atado y lo entregaron a Pilato.**

*(Mateo 27:1, 2; Lucas 22:66 – 23:1)*

Esta era la segunda reunión de la corte de justicia; ahora todos los miembros del Sanedrín estaban allí, ya que anteriormente no les había sido posible a todos ellos estar presentes. De acuerdo con el Evangelio de Lucas, esta vez el Señor se negó a responder a la pregunta de si era realmente el Cristo. Ya se lo había dicho previamente, y no le habían creído.

Aunque era en contra de la ley, y estaba prohibido por ésta, la primera reunión del Sanedrín había tenido lugar en horas de la noche. Se convocó esta reunión para darle a la anterior una apariencia de legalidad. La ley y la tradición exigían que en los casos en que se contemplara la aplicación de la pena de muerte, las dos sesiones de la corte se tenían que llevar a cabo con un día de intermedio. Además, los reglamentos romanos establecían que las sentencias no se dictaran antes del amanecer. Este tribunal cubrió su carácter ilegal dándole una apariencia legal. Sin importar cómo, se había determinado matar a Jesús.

En esta reunión matutina el Sanedrín convirtió en resolución formal la decisión que ya había tomado la noche anterior: el acusado era digno de muerte. La naturaleza religiosa del cargo de blasfemia, por el que lo habían condenado, hacía que esta sentencia no fuera válida ante el tribunal de Pilato, bajo cuya competencia estaba sólo los delitos de carácter político. En consecuencia, esta reunión les sirvió para decidir qué cargos iban a presentar contra Cristo, cuando lo hicieran comparecer ante el gobernador romano. El significado político que le atribuyeron al título de “Mesías”, les daría las bases suficientes para promover una acusación de alta traición, y el hecho de conducir atado al prisionero, le estaría diciendo a Pilato que lo consideraban como un criminal de alta peligrosidad. Cada uno de estos hechos concordaba con lo que Jesús les había dicho previamente a sus discípulos: “El Hijo del Hombre será entregado a los principales

sacerdotes y a los escribas; y lo condenarán a muerte, y lo entregarán a traición a los gentiles” (10:33).

La residencia oficial del gobernador romano de Judea estaba en Cesárea en la costa del Mediterráneo. Durante las festividades de los judíos era usual que el gobernador fijara temporalmente su residencia en Jerusalén para impedir desórdenes. En esas ocasiones se alojaba en una sección del palacio de Herodes. Pilato ejerció el cargo de procurador desde el año 26 al 36 d.C.

### *Jesucristo ante Pilato*

**<sup>2</sup> Pilato le preguntó:**

—¿Eres tú el Rey de los judíos?

**Respondiendo él, le dijo:**

—Tú lo dices.

**<sup>3</sup> Y los principales sacerdotes lo acusaban mucho. <sup>4</sup> Otra vez le preguntó Pilato, diciendo:**

—¿Nada respondes? Mira de cuántas cosas te acusan.

**<sup>5</sup> Pero Jesús ni aun con eso respondió, de modo que Pilato quedó muy extrañado.**

**<sup>6</sup> En el día de la Fiesta les soltaba un preso, cualquiera que pidieran. <sup>7</sup> Y había uno que se llamaba Barrabás, preso con sus compañeros de motín que habían cometido homicidio en una revuelta. <sup>8</sup> Viniendo la multitud, comenzó a pedir que hiciera como siempre les había hecho. <sup>9</sup> Pilato les respondió diciendo:**

—¿Queréis que os suelte al Rey de los judíos?, <sup>10</sup> porque sabía que por envidia lo habían entregado los principales sacerdotes. <sup>11</sup> Pero los principales sacerdotes incitaron a la multitud para que les soltara más bien a Barrabás.

**<sup>12</sup> Respondiendo Pilato, les dijo otra vez:**

—¿Qué, pues, queréis que haga del que llamáis Rey de los judíos?

**<sup>13</sup> Y ellos volvieron a gritar:**



—¡Crucificalo!

<sup>14</sup> Pilato dijo:

—¿Pues qué mal ha hecho?

**Pero ellos gritaban aun más:**

—¡Crucificalo!

**<sup>15</sup> Pilato, queriendo satisfacer al pueblo, les soltó a Barrabás, y entregó a Jesús, después de azotarlo, para que fuera crucificado.**

*(Mateo 27:11 – 26; Lucas 23:2 – 25; Juan 18:28 – 19:16)*

El relato que hace Marcos resume el juicio de Jesús ante Pilato, otros evangelistas dan más detalles. El propósito de Marcos es simplemente demostrar que Jesús era inocente de todos los cargos que se le hacían, que su condena fue injusta, que Pilato era un oportunista, y que los líderes de Israel permanecían empecinados en su rechazo a Cristo. Es el inocente quien tiene que sufrir por el culpable. Aunque Pilato se lavó las manos antes de entregar a Cristo para ser crucificado, y dijo, “soy inocente de la sangre de este justo” (Mateo 27:24), no lo era.

El Sanedrín que llevó a Jesucristo encadenado ante Pilato, acusaba al Salvador de que subvertía a la nación, de que se oponía al pago de los tributos que le correspondían al César, y de que pretendía que era el Cristo, un rey; todos eran cargos de carácter político. Inmediatamente Pilato se concentró en la imputación más seria, la de que pretendía que era un rey. Juan 18:33 - 38 da un relato detallado de sus indagaciones judiciales al respecto. Pilato pronto descubrió que el reino al que Jesús se refería, “no es de este mundo”, y hasta ese momento había decidido: “Yo no hallo en él ningún delito”. Sin embargo, con su observación frívola de, “¿qué es la verdad?”, este hombre tristemente evadió aceptar la invitación indirecta que le hacía el Señor a entrar al reino.

Cuando les anunció su decisión a los sacerdotes, Pilato se enteró de que Jesús había venido de Galilea. Como este territorio estaba bajo la jurisdicción de Herodes, el caso debía ser considerado por ese gobernante, y de paso vio la oportunidad para

librarse de una decisión que se le estaba haciendo muy incómoda. Pero su plan resultó infructuoso, pues Herodes, que posiblemente se encontraba en otra sección del palacio (véase Lucas 23:6 - 11), decidió devolverle el prisionero.

En el juicio ante Pilato, Jesús respondió completamente a las preguntas que le hizo; sin embargo, guardó silencio frente a sus acusadores fuera de la sala del tribunal. Esta conducta que asombró a Pilato, dice mucho de la disposición de Jesús; nos indica que todos los cargos contra él eran falsos y que estaba dispuesto a sufrir todas y cada una de las vejaciones e injusticias para salvarnos a cada uno de nosotros.

En ese momento la multitud le pidió a Pilato que siguiera su costumbre tradicional de liberar un prisionero prominente durante la Pascua. Esta multitud era muy diferente de la que le había dado la bienvenida al Señor el Domingo de Ramos; estaba constituida no por seguidores de Jesús, sino por los que apoyaban a los principales sacerdotes. Pilato se dio cuenta de eso y lo usó como oportunidad para deshacerse de este caso vergonzoso, así que le dio a la multitud a escoger entre Barrabás, que era culpable de asesinato en una insurrección de la que no existe ningún registro, y Jesús. El contraste no podía ser más marcado; de hecho, el gobernador romano sugirió que fuera Jesús el liberado, pensando que la multitud lo escogería de inmediato, pero calculó mal. Los principales sacerdotes persuadieron a la muchedumbre para que exigieran que Barrabás fuera soltado; cualquier otro, ¡menos Jesús!

Durante esta fase del juicio, la esposa de Pilato le envió un mensaje (véase Mateo 27:19) que debió haberlo perturbado mucho. En lugar de prestarle oídos a la advertencia, y liberar a Jesús, Pilato procedió a soltar a Barrabás a pesar de que sabía muy bien que los principales sacerdotes habían llevado a Jesús ante él, no por que fueran leales al César, sino por la envidia que le tenían a Jesús. Pilato abandonó allí mismo su cargo como juez, al preguntarle a la multitud: “¿Qué, pues, queréis que haga del que llamáis rey de los judíos?” Una pregunta como esa no es compatible con la posición de juez.

Al llegar aquí, Marcos le pone fin a su relato. De acuerdo con Juan 19:1 - 16, Pilato hizo que azotaran a Jesús al tratar por última vez de ponerlo en libertad, apelando a los sentimientos de compasión de la muchedumbre. Sin embargo, la turba exigía que Jesús fuera crucificado, y así Pilato condenó al Hijo del Hombre, que es también el Hijo de Dios, a morir en la cruz.

Quizá sintamos pesar por Pilato, pero ¿cómo hubiéramos actuado nosotros? Tanto ante la corte judicial religiosa como en la corte política, el único que de algún modo defendió a Jesús fue este gobernador romano. Sin embargo, no siguió hasta el final con su convicción de que Cristo era inocente; eso era un riesgo político muy alto. Es cierto que las Escrituras tenían que cumplirse; pero eso no disculpa a Pilato, ni a ninguno de nosotros, Al concluir todo este relato tenemos una clara imagen: un mundo culpable, y un Salvador sin culpa. ¡Gracias a Dios que nos lo dio!

*Los soldados se burlan de Jesús*

**<sup>16</sup> Entonces los soldados lo llevaron dentro del atrio, esto es, al pretorio, y reunieron a toda la compañía. <sup>17</sup> Lo vistieron de púrpura, le pusieron una corona tejida de espinas <sup>18</sup> y comenzaron a saludarlo:**

**—¡Salve, Rey de los judíos!**

**<sup>19</sup> Le golpeaban la cabeza con una caña, lo escupían y, puestos de rodillas, le hacían reverencias. <sup>20</sup> Después de haberse burlado de él, le quitaron la púrpura, le pusieron sus propios vestidos y lo sacaron para crucificarlo.**

*(Mateo 27:27 – 31; Juan 19:1 – 16)*

La flagelación (versículo 15) había tenido lugar en presencia de la turba. Los latigazos propinados sin límite eran brutales en extremo; la espalda del Salvador estaba hecha pulpa por los golpes del látigo de cuero con punta de hueso o de metal. La pérdida de sangre era cuantiosa. Tras esa tortura, los soldados lo llevaron al interior del edificio.

Tres veces antes, Pilato había usado la palabra rey para referirse a Jesús. Ahora se quería congraciar con el Sanedrín y con la turba, demostrándoles qué tipo de rey en era realidad Jesús, y en esto tenía razón, ¡Jesús no era un rey para ser temido! Lo que Marcos relata aquí es algo que el propio Señor había predicho: “Los gentiles se burlarán de él, lo escupirán, lo azotarán y lo matarán” (10:33,34). El Rey de reyes era tratado como un criminal.

Todos los soldados estacionados en la guarnición del palacio fueron convocados. Tomando una túnica púrpura, de las que usaban los soldados de caballería romanos, seguramente ya raída y desechada, se la pusieron a Jesús a manera de manto real encima de las heridas abiertas. Como es de rey el usar corona, le fabricaron una con ramas de espinos y le pusieron una caña entre las manos, como si fuera un cetro. Riéndose, silbando y dando gritos, se arrodillaban ante él y decían: “¡Salve, Rey de los judíos!” – una parodia de *¡Ave César, emperador, vencedor!* (Salve, César, emperador victorioso). Tomando una vara, lo golpeaban una y otra vez en la cabeza, y cada golpe las espinas de la corona se le enterraban más y más. Como si esto fuera poco, mezclando la crueldad con el desprecio escupían sobre él. ¡Qué crueles! ¡Qué insensibles!

Nuestro Señor sufrió todo esto sin una queja. Lo hizo porque es nuestro Salvador y Rey. Apocalipsis 1:12 - 16 y Mateo 25:31 - 46 nos hablan de Jesús en su gloria y majestad. En el día final, Pilato y sus soldados, los sacerdotes y la turba, usted y yo, estaremos ante él. Pero no tendremos ningún temor; él sufrió todo esto por nosotros.

El último intento de Pilato por salir del dilema en que se encontraba fue presentar a Jesús ante la multitud, coronado y vestido con el manto, como un rey simulado (véase Juan 19:5-16); pero los sacerdotes y demás presentes lo rechazaron gritando: “No tenemos más rey que César”. Vistiéndole otra vez con su propia ropa ahora ensangrentada, fue llevado afuera para que lo crucificaran.

*La crucifixión*

**<sup>21</sup> Obligaron a uno que pasaba, Simón de Cirene, padre de Alejandro y de Rufo, que venía del campo, a que le llevara la cruz.**

**<sup>22</sup> Y lo llevaron a un lugar llamado Gólgota, (que significa: «Lugar de la Calavera»). <sup>23</sup> Le dieron a beber vino mezclado con mirra, pero él no lo tomó. <sup>24</sup> Cuando lo crucificaron, repartieron entre sí sus vestidos, echando suertes sobre ellos para ver qué se llevaría cada uno.**

**<sup>25</sup> Era la hora tercera cuando lo crucificaron. <sup>26</sup> El título escrito que señalaba la causa de su condena era: «El Rey de los Judíos». <sup>27</sup> Crucificaron también con él a dos ladrones, uno a su derecha y el otro a su izquierda. <sup>28</sup> Así se cumplió la Escritura que dice: «Y fue contado con los pecadores». <sup>29</sup> Los que pasaban lo insultaban, meneando la cabeza y diciendo: —¡Bah! tú que derribarías el Templo de Dios y en tres días lo reedificarías, <sup>30</sup> sálvate a ti mismo y desciende de la cruz.**

**<sup>31</sup> De esta manera también los principales sacerdotes, burlándose, se decían unos a otros, con los escribas: —A otros salvó, pero a sí mismo no se puede salvar. <sup>32</sup> ¡El Cristo! ¡Rey de Israel! ¡Que descienda ahora de la cruz, para que veamos y creamos!**

**También los que estaban crucificados con él lo insultaban.**

*(Mateo 27:32 – 44; Lucas 23:26 – 43; Juan 19 :17 – 24)*

Con excepción de Juan, todos los evangelistas narran cómo Simón fue obligado a cargar la cruz de Jesús cuando ya le era imposible al Señor continuar; su agotamiento extremo no nos debe causar sorpresa. La agonía espiritual, el trato violento de los azotes que había sufrido, así como la falta de alimento desde la última comida en la Pascua, explican esta situación.

Aunque Simón no cargó voluntariamente con la cruz, el incidente fue una bendición. La mención que hace Marcos de su nombre y el de sus hijos sugiere que todos ellos se convirtieron en



*El alzamiento de la cruz*

seguidores de Cristo y que eran bien conocidos entre la comunidad cristiana. Pensemos en el honor de poder decir, “yo ayudé” o “mi padre ayudó al Salvador, a llevar la cruz hasta el Calvario”. Es probable que la familia haya estado posteriormente en Roma donde fueron conocidos por el apóstol Pablo (véase Romanos 16:13).

Simón era de Cirene, una importante ciudad de Libia, en el norte de África; con su presencia, se reunían en la crucifixión de Cristo gente de tres continentes: Europa, Asia y África. Eso nos recuerda el mandato que les dio el Señor a sus apóstoles de predicar el evangelio en todo el mundo y lo que sucedió cuando llegó el día del Pentecostés (véase Hechos 2:5-11). Juan 19:25-27 y Marcos 15:40, 41 nos dicen que además de los hombres, también había algunas mujeres en el Calvario.

Al arribar al Gólgota, fuera de las murallas de la ciudad, los soldados le dieron a Jesús una mezcla de vino y mirra, una especie de narcótico, que él rechazó después de probarla. Había decidido pagar plenamente el precio de la redención sin que sus sentidos estuvieran entorpecidos. No se puede orar o hablar coherentemente si se está bajo la influencia de drogas o alcohol, y Jesús tenía una misión que llevar a cabo. El dolor sería extremo, pero él estaba listo para soportarlo.

A las 9:00 a.m. los soldados crucificaron a Jesús. Ninguno de los evangelistas describe el procedimiento. Crucificar al Hijo de Dios era casi impensable. Su sufrimiento iba más allá de los clavos que le taladraban manos y pies, más allá del calor y de la sed agobiantes bajo el sol ardiente; esto era el dolor físico. El Salvador sufría también la ira del Dios Santo, su propio Padre celestial, contra todos los pecados cometidos desde el tiempo de Adán hasta el del último ser humano que nazca en este mundo. Cada uno de los pecados merece la condenación eterna, y por ello estuvo Jesús colgado de la cruz, desnudo y expuesto a los vituperios de los hombres y a la ira de Dios hora tras hora.

El cargo específico seguía siendo el mismo: “el rey de los judíos”. Los miembros del Sanedrín rechazaron este cargo por

considerarlo falso, mientras que Pilato lo veía como su última venganza. Nosotros aceptamos esta declaración como la verdad; las variantes que recogen los evangelistas no nos deben preocupar; según Juan 19:29, la inscripción fue escrita en arameo, latín y griego, lo que explica las variaciones.

Los enemigos de Cristo aprovecharon para hacer cada minuto de sus últimas horas lo más doloroso posible. Todos los que pasaban, los principales sacerdotes, los maestros de la ley, los que estaban crucificados junto con él, y según Lucas 23:36 también los soldados, amontonaban un insulto tras otro sobre Cristo. Es cierto, sólo si bajaba de la cruz creerían en él; de lo contrario continuarían considerándolo como un impostor. Sabemos que Jesús tenía todo el poder físico para descender de la cruz y recordamos que tenía doce y más legiones de ángeles a su disposición. Pero había una imposibilidad moral y espiritual; él había venido a tomar nuestro lugar y a dar su vida por nosotros en pago por nuestros pecados. Este propósito del Señor era lo que ridiculizaba esa gente en aquel primer Viernes Santo. Quiera Dios que muchos de ellos hayan sido movidos al arrepentimiento, tal como se arrepintió en aquella tarde uno de los malhechores crucificados.

Muchas profecías del Antiguo Testamento encontraron cumplimiento este día de Viernes Santo; hasta citar los versículos 16 y 18 del Salmo 22: “Desgarraron mis manos y mis pies”, y “repartieron entre sí mis vestidos, y sobre mi ropa echaron suertes”, y lo que dice el Salmo 69:9: “Y los insultos de los que te vituperaban cayeron sobre mí”; además de todo lo que se profetiza en el capítulo 53 de Isaías.

### *La muerte de Jesús*

**<sup>33</sup> Cuando vino la hora sexta, hubo tinieblas sobre toda la tierra hasta la hora novena. <sup>34</sup> Y a la hora novena Jesús clamó a gran voz, diciendo:**



—¡Eloi, Eloi!, ¿lama sabactani? (que significa: “Dios mío, Dios mío, ¿por qué me has desamparado?”).

<sup>35</sup> Algunos de los que estaban allí decían, al oírlo:

—Mirad, llama a Elías.

<sup>36</sup> Corrió uno y, empapando una esponja en vinagre, la puso en una caña y le dio a beber, diciendo:

—Dejad, veamos si viene Elías a bajarlo.

<sup>37</sup> Pero Jesús, lanzando un fuerte grito, expiró. <sup>38</sup> Entonces el velo del Templo se rasgó en dos, de arriba abajo. <sup>39</sup> Y el centurión que estaba frente a él, viendo que después de clamar había expirado así, dijo:

—¡Verdaderamente este hombre era Hijo de Dios!

<sup>40</sup> También había algunas mujeres mirando de lejos, entre las cuales estaban María Magdalena, María la madre de Jacobo el menor y de José, y Salomé, <sup>41</sup> quienes, cuando él estaba en Galilea, lo seguían y le servían; y otras muchas que habían subido con él a Jerusalén.

(Mateo 27:45 – 56; Lucas 23:44 – 49; Juan 19:28 – 37)

Los principales sacerdotes y los maestros de la ley se habían mofado de Jesús demandando una señal. “que baje ahora de la cruz, para que veamos y creamos”. Dios les dio una señal distinta; de hecho, varias señales, y todas inequívocas.

La primera fue la oscuridad desde el mediodía hasta las 3.00 p.m.; “el sol se oscureció” (Lucas 23:45). Esa oscuridad no fue el resultado de un eclipse, que resultaba imposible en temporada de luna llena, ni se debía a la presencia de nubes de tormenta. Se trataba de un acto sobrenatural de Dios, que tiene poder para ejecutarlo. Recordemos la oscuridad sobre Egipto que se narra en Éxodo 10:21 – 23, y la detención del sol en los días de Josué 10:12 - 14. No es seguro que la oscuridad de este Viernes Santo cubriera todo el planeta. La versión *King James* en inglés traduce en Lucas 23:44 el término original griego como “tierra”, y Marcos lo escribe igual, pero refiriéndose a la tierra de Israel. La Nueva Versión Internacional dice “tierra” en ambos casos. No dudamos del

control de Dios sobre la naturaleza que creó. En Éxodo 10:21- 23 que ya citamos, aunque no se menciona el sol, se describe a los egipcios en total oscuridad, mientras que los israelitas tenían luz.

La oscuridad en las Escrituras se relaciona con el juicio de Dios. Tal como vemos en Amós 8:9, 10; Isaías 13:9 – 11; y Joel 2:30, 31, aquí es una señal del juicio divino contra el mal, la reacción de Dios ante el asesinato disfrazado de ejecución legal, que se cometió contra su Hijo. Colgado de la cruz, Jesús sufrió la agonía del infierno y la separación de su Padre celestial. No sufría por sus propios pecados, porque no los había cometido; pero llevaba sobre sí todos los nuestros. Se había hecho pecado y maldición por nosotros, como nos dicen 2 Corintios 5:21, y Gálatas 3:13. En justa ira, el Padre se apartó de quien resumía en sí todo pecado. Aunque nunca lo podamos comprender, la estrecha comunión entre el Padre y el Hijo quedó suspendida, para que Cristo pudiera pagar el precio de nuestra redención. El horror de esto arrancó de labios de Jesús las palabras del Salmo 22:1 “Dios mío, Dios mío, ¿por qué me has desamparado?” Esto era casi más que lo que el mismo Jesús podía resistir, aun así llamó a su Padre “Dios mío” señalando que no se había apartado de él.

Del terror y el horror de estas palabras de Jesús nos volvemos a las burlas de los que lo rodeaban. Empeñados en agravar sus sufrimientos, aprovecharon la similitud de sonidos en la palabra “*eloi*”, se mofaban diciendo: “Está llamando a Elías”. Los judíos tenían la tradición de que este profeta precedería al Mesías y le ayudaría a establecer su reino. Al haber Jesús proclamado su condición como tal, la burla que le estaban haciendo significaba: “Estás muy equivocado si crees que Elías va a venir a ayudar a alguien como tú”. En ese momento el Señor dijo, “tengo sed”, y uno de los presentes, compadeciéndose de él, empapó una esponja en vinagre y se la ofreció, después de lo cual el hombre dijo: “Dejad, veamos si viene Elías a descolgarle”, a cuyo dicho, según nos narra Mateo, se unieron otros de los que allí estaban.

No tuvieron que esperar mucho, Elías no vino. Con un gran grito que fue sin duda su proclamación victoriosa de “consumado

está” (Juan 19:30), Jesús expiró con la plegaria: “Padre, en tus manos encomiendo mi espíritu” que nos reporta Lucas 23:46. Así culminó Jesús la obra que el Padre le había encargado, pagando por los pecados del mundo.

En el momento mismo de la muerte de Jesús, Dios rasgó de arriba abajo en dos partes el velo del templo (véase Mateo 27:51), que separaba el lugar santo del lugar santísimo. Con esto Dios indicaba que las ofrendas del Antiguo Testamento que apuntaban hacia Cristo habían cumplido su propósito. El Hijo de Dios había entrado en el lugar santísimo celestial, y le había presentado allí al Padre el precio completo de la redención. El camino a Dios quedaba ahora abierto para todos. Ya no era necesario que el Sumo sacerdote acudiera una vez al año al lugar santísimo en el templo terrenal de Jerusalén con la sangre de la expiación.

Lo ocurrido debió haber causado gran consternación y no pudo ser mantenido en secreto; eran precisamente las 3:00 p.m., y los sacerdotes estaban atareados con los sacrificios de la tarde. El acontecimiento, que se hizo del conocimiento público, es relatado por Marcos y Mateo, y en el mismo hay una clara evidencia de que el Padre había aprobado y aceptado el sacrificio de Jesús.

La iglesia del Nuevo Testamento comenzó a crecer de inmediato. Hay buenas razones para creer que el centurión que estaba apostado al pie de la cruz, y uno de los que se pensaría que era el candidato menos probable para convertirse, fue el primer converso. Él había sido testigo de todo, y había oído las palabras de Jesús, incluyendo aquellas con las que entregó su alma en manos de su Padre. El centurión romano llegó a la única conclusión: “Verdaderamente este hombre era Hijo de Dios”. Lucas añade otras palabras del soldado a tono con las anteriores: “Realmente este hombre era justo”. Las dos conclusiones encajan perfectamente. Quiera Dios que esta confesión sea también la nuestra.

Entre quienes habían estado presentes en la crucifixión y la muerte de nuestro Señor había un considerable número de mujeres. Tres de ellas habían ministrado a Jesús y sus discípulos durante

sus viajes de predicación a través de Galilea, y junto con otros seguidores de Cristo lo habían acompañado a Jerusalén. No habían tenido entonces la menor idea de que iban a ser testigos de su muerte, ni tampoco sospechaban ahora que lo iban a ver después de su resurrección (véase Mateo 28:8 - 10).

### *Jesús es sepultado*

**<sup>42</sup> Cuando llegó la noche, porque era la preparación, es decir, la víspera del sábado, <sup>43</sup> José de Arimatea, miembro noble del Concilio, que también esperaba el reino de Dios, vino y entró osadamente a Pilato, y pidió el cuerpo de Jesús. <sup>44</sup> Pilato se sorprendió de que ya hubiera muerto, y llamando al centurión, le preguntó si ya estaba muerto. <sup>45</sup> E informado por el centurión, dio el cuerpo a José, <sup>46</sup> el cual compró una sábana y, bajándolo, lo envolvió en la sábana, lo puso en un sepulcro que estaba cavado en una peña e hizo rodar una piedra a la entrada del sepulcro. <sup>47</sup> María Magdalena y María madre de José miraban dónde lo ponían.**

*(Mateo 27:57 – 61; Lucas 23:50 – 56; Juan 19:38 – 42)*

La sepultura de nuestro Señor fue apresurada, pero con dignidad. Como no se permitía hacerlo durante el sábado, que comenzaba a las 6:00 p.m. del viernes, y ya habían pasado las tres de la tarde, no había tiempo que perder.

José de Arimatea, miembro del Sanedrín, estaba seguramente presente en el momento de la muerte de Jesús. Ahora confesó abiertamente su fe, y al hacerlo, puso su posición en grave peligro; valientemente se dirigió a Pilato pidiendo el cuerpo de Jesús. De hecho, pedía que se hiciera una excepción en su caso, ya que lo usual era que los cuerpos les fueran entregados a los familiares cercanos o a los amigos del fallecido. Los discípulos, temerosos y abatidos, no estaban en condiciones de cumplir esa tarea y quizás ni siquiera habían pensado en ello. José de Arimatea quiso ahorrarle a Jesús la indignidad de que su cuerpo fuera echado en

fosa común. Sin saberlo, estaba cumpliendo la profecía: “Y se dispuso con los impíos su sepultura, más con los ricos fue en su muerte; aunque nunca hizo maldad ni hubo engaño en su boca” (Isaías 53:9). Pilato se informó con el centurión asegurándose de que Jesús había muerto, y se manifestó sorprendido por la rapidez del deceso que por lo general no ocurría en los crucificados en tan breve plazo, y por esto le entregó el cuerpo al solicitante.

Rápidamente José compró la tela de lino necesario para la sepultura y Nicodemo (véase Juan 19:39) compró la mezcla de polvo de mirra, especias y áloe en cantidad, como se usaba para la sepultura de los reyes. Quizás con la ayuda del centurión, bajaron el cuerpo de Jesús de la cruz; no sabemos si lavaron el cuerpo primero, como se acostumbraba. Envolvieron el cuerpo en la tela de lino, al tiempo que le cubrían con las especias antes mencionadas y lo pusieron en la tumba. El sepulcro le pertenecía a José de Arimatea (véase Mateo 27:58, 60), nunca había sido utilizado y estaba cerca al sitio de la crucifixión (véase Juan 19:41, 42). Entre quienes observaban la sepultura estaban María Magdalena, María la madre de José y otras mujeres que habían acompañado a Jesús desde Galilea (véase Lucas 23:55).

No queda duda de que Jesús había muerto porque sólo se les da sepultura a los muertos. Nosotros sabemos que resucitó de la tumba, victorioso sobre la muerte, pero los que le hicieron los últimos honores, aun no sabían lo que habría de suceder. En aquellos momentos en sus corazones sólo había dolor y pena.

## *La resurrección y ascensión de Jesús*

### *La resurrección*

**16** Cuando pasó el sábado, María Magdalena, María la madre de Jacobo, y Salomé, compraron especias aromáticas para ir a unirlo. <sup>2</sup>Muy de mañana, el primer día de la semana, vinieron al sepulcro, recién salido el sol. <sup>3</sup>Pero decían entre sí:



*La resurrección*

—¿Quién nos removerá la piedra de la entrada del sepulcro?

<sup>4</sup> Pero cuando miraron, vieron removida la piedra, aunque era muy grande. <sup>5</sup> Y cuando entraron en el sepulcro, vieron a un joven sentado al lado derecho, cubierto de una larga ropa blanca, y se asustaron. <sup>6</sup> Pero él les dijo:

—No os asustéis; buscáis a Jesús nazareno, el que fue crucificado. Ha resucitado, no está aquí; mirad el lugar en donde lo pusieron. <sup>7</sup> Pero id, decid a sus discípulos, y a Pedro, que él va delante de vosotros a Galilea; allí lo veréis, como os dijo.

<sup>8</sup> Ellas salieron huyendo del sepulcro, porque les había entrado temblor y espanto; y no dijeron nada a nadie, porque tenían miedo.

*(Mateo 28:1 – 8; Lucas 24:1 – 9; Juan 20:1 – 9)*

Al leer los relatos de la resurrección en los cuatro evangelios, nos asombramos de su concordancia. Sin embargo, muchos de los comentaristas modernos hablan de contradicciones y más contradicciones; si ellos estuvieran en lo cierto, el Espíritu Santo tendría que ser mentiroso. Entre los eruditos luteranos de línea conservadora y ortodoxa están R.C. Lenski y J. Ylvisaker, quienes han elaborado una excelente síntesis de los cuatro relatos la cual es plenamente compartida por nosotros.

Temprano en la mañana después del sábado, Jesús se levantó de los muertos, traspasó sus sudarios y salió de la tumba, sin que nada se viera alterado. Entonces, para anunciar la resurrección, el Padre celestial envió un ángel que estremeció el lugar como con un terremoto, y el ángel hizo rodar la piedra de la tumba, para mostrar que estaba vacía. Los guardias, dominados por el pánico, huyeron del lugar.

Fue entonces cuando llegaron las mujeres y se preguntaron quién habría quitado la piedra de la puerta del sepulcro, que yacía sobre el piso. María Magdalena se adelantó corriendo, echó una mirada al interior de la tumba, y volvió apresuradamente a la

ciudad para informar a los discípulos. Mientras tanto, las otras mujeres entraron en la tumba donde el ángel les dijo que Jesús había resucitado. También les dijo que fueran y lo dijeran a sus discípulos, especialmente a Pedro.

En esos momentos María Magdalena regresaba a la tumba acompañada de Pedro y Juan. Como lo hacían por el mismo camino, se encontraron con las otras mujeres, y Pedro y Juan se adelantaron corriendo. Después de haber visto la tumba vacía y las envolturas de lino, regresaron a Jerusalén. María Magdalena volvió otra vez a la tumba, donde los ángeles le hablaron. Luego el Señor resucitado se le apareció a ella primero. Poco tiempo después Jesús se apareció también a las otras mujeres que aun iban de regreso a Jerusalén.

Un poco después en la mañana o temprano al mediodía del Domingo de Pascua Jesús se apareció a Pedro, que ciertamente necesitaba mucho esa seguridad. Después en la tarde, dos apóstoles se encontraron con Jesús en el camino a Emaús. Al atardecer del Día de Pascua, Jesús se apareció a los diez apóstoles, (faltaba Tomás) cuando estaban reunidos con las puertas cerradas y aseguradas. Una semana más tarde Jesús volvió a aparecerse a los once bajo las mismas circunstancias. Aunque habían conversado sobre todo lo ocurrido, les tomó un tiempo captar la gloriosa realidad de la resurrección. Fue por eso que Jesús permaneció con ellos durante cuarenta días y se reunió con ellos en Galilea, alejados de sus enemigos, antes de retornar a Betania para la ascensión.

Aunque estudiemos los cuatro relatos de los evangelios y las palabras de 1 Corintios 15:3 - 7 sabemos relativamente poco de todo lo que sucedió durante esos cuarenta días. Los discípulos y seguidores de Jesús, que habían experimentado el terror y el dolor de su crucifixión muerte y sepultura, necesitaban de ese tiempo. Nosotros también tenemos ese mensaje que ellos llegaron a creer de todo corazón. “¡Jesús ha resucitado! ¡En verdad ha resucitado!” Ahora regresemos a Marcos.



Vemos que al finalizar ese sábado a las 6:00 de la tarde, las dos Marías y Salomé fueron al mercado a comprar especias (aceites aromáticos) para unguir el cuerpo de Jesús como una última muestra de respeto y honra a su fallecido Señor. Decididas a cumplir lo que no habían podido llevar a cabo el viernes por la tarde, las mujeres salieron para hacerlo muy temprano por la mañana del día siguiente. El sol ya había despuntado cuando arribaron a la tumba. Ellas ni se percataron de los soldados romanos que estaban estacionados en el lugar; lo único que les preocupaba era la gran piedra que había sido rodada para cerrar la entrada al sepulcro. Cuando vieron que estaba quitada, María Magdalena regresó corriendo para decirlo a los discípulos, en tanto que Salomé y María, la madre de Jacobo, entraban a la tumba para investigar. Al ver a un joven sentado allí se espantaron, pero se dieron cuenta de que era un ángel, un mensajero de Dios, cuando contemplaron su resplandeciente vestidura.

Este fue el mensaje que recibieron, “Buscáis a Jesús Nazareno, el que fue crucificado. Ha resucitado, no está aquí. Mirad el lugar donde lo pusieron”. Y entonces, para que pudieran creer plenamente, se les dio un mensaje especial para que lo llevaran a los discípulos y especialmente a Pedro. Debían recordarles lo que Jesús les había dicho cuando salían del aposento alto rumbo a Getsemaní: “Pero después de que haya resucitado, iré delante de vosotros a Galilea” (14:28). “Allí le veréis conforme os dijo”, les dijo el ángel.

Este anuncio era demasiado hermoso para ser creído, e impresionante la presencia del ángel; así que salieron despavoridas del sepulcro. Con el corazón lleno de miedo, no pudieron salir gritando para dar la noticia en el pueblo de: “¡Ha resucitado! ¡Ha resucitado! Las mujeres apenas podían creer lo que había sucedido; necesitaban hablar de esto con los once.

Si lo que el ángel dijo no hubiera sido verdad, nunca habiéramos oído hablar de estas mujeres, ni de lo que ocurrió aquel domingo; pero el anuncio de Dios es la verdad. “Él ha resucitado”. El Evangelio de San Juan es el que nos habla más detalladamente

de lo que sucedió en Galilea. En 1 Corintios 15:6, el apóstol Pablo nos dice que en una ocasión el señor resucitado se apareció a más de quinientos creyentes.

Marcos nos ha contado la historia de quien verdaderamente es “Jesucristo, el Hijo de Dios” (1:1). Su historia es el evangelio, las buenas nuevas.

### ***Las palabras finales***

En este punto, el lector del Evangelio de Marcos, que está familiarizado con ciertas versiones bíblicas, se ve obligado a lidiar con un problema. El problema consiste en si estas palabras (versículos 9 - 20) fueron en realidad escritas por Marcos. No tenemos los manuscritos originales (los autógrafos) de los evangelistas. Lo mejor que tenemos son copias de copias. Esas copias fueron escritas a mano, y fueron copiadas ya sea directamente o por medio del dictado. Esto último también se puede decir de las epístolas originales de Pedro (véase 1 Corintios 16:21; Colosenses 4:18; 2 Tesalonicenses 3:17). Se pueden dar errores cuando los manuscritos son copiados e incluso a máquina o por computadora. Párrafos enteros pueden muy bien ser omitidos por equivocación.

Este pudiera ser el caso de las palabras finales de Marcos. Unos pocos manuscritos no tienen los versículos 9 - 20, y por ello la mayoría de las traducciones actuales mencionan el hecho. Entre éstas se encuentran también *An American Translation* escrita por William F. Beck y *A New Accurate Translation of the Gresk NEW TESTAMENT into simple Everday American English* por Julian G. Anderson. Ambos eruditos luteranos conservadores.

La Nueva Versión Internacional se excede cuando dice que “los manuscritos antiguos más fidedignos y otros testimonios de la antigüedad no incluyen Marcos 16:9 - 20”. La realidad es que sólo dos antiguos manuscritos griegos y unos pocos más que son traducciones a otras lenguas antiguas omiten el fragmento en cuestión.

Aunque los dos manuscritos antiguos griegos que mencionamos arriba, el *Codex Sinaiticus* y el *Codex Vaticanus*, datan del siglo cuarto, y son genuinamente antiguos, no por ello constituyen una categoría única en cuanto a ser los “manuscritos antiguos más fidedignos”. Éstos son parte de la evidencia de manuscritos, y en este caso la gran mayoría de ellos está en desacuerdo con estos dos y a favor de la inclusión de los versículos 9 - 20.

También es cierto que en varios sentidos, algunos de los otros manuscritos también indican que desde tiempos remotos surgieron algunas preguntas acerca de los últimos versículos del evangelio de Marcos. Pero por otra parte, incluso los copistas del *Sinaiticus* y del *Vaticanus*, que no tienen estos versículos, pudieron haberlos conocido porque en el espacio donde deberían estar escritos esos versículos, el *Sinaitico* tiene un espacio en blanco lo bastante largo como para acomodar los versículos 9 - 20, y al *Vaticanus* le falta toda una página. Así que, inclusive con estos dos manuscritos, la omisión de los doce versículos antes mencionados no es totalmente concluyente.

Para terminar, la evidencia de los manuscritos favorece la inclusión de estos versículos. Otras objeciones, tales como las diferencias de estilo y vocabulario que señalan los críticos, se les pueden atribuir en su mayor parte al cambio del tema. Así es que en realidad no hay mucha duda de que los versículos 9 - 20 fueron en verdad escritos por Marcos.

### *Jesús se aparece a María Magdalena*

**<sup>9</sup> Habiendo, pues, resucitado Jesús por la mañana, el primer día de la semana, apareció primeramente a María Magdalena, de quien había echado siete demonios. <sup>10</sup> Yendo ella, lo hizo saber a los que habían estado con él, los cuales estaban tristes y llorando. <sup>11</sup> Ellos, cuando oyeron que vivía y que había sido visto por ella, no lo creyeron.**

*(Juan 20:10 -18)*

Toda esta sección se caracteriza por ser breve concisa, lo que es típico en Marcos, como lo hemos visto por ejemplo en 1:12, 13. A diferencia de los evangelistas Mateo y Juan, Marcos no registra los largos discursos de Jesús; la única vez que hizo esto fue en el capítulo 13, lo cual puede ser tomado como evidencia de que estas palabras así mismo fueron escritas por Marcos. El versículo 9 dice la hora en que Jesús resucitó de la tumba “por la mañana del primer día de la semana”. Esto sugiere que Marcos es el autor, ya que ninguno de los otros evangelistas menciona el hecho.

La aparición aquí de Jesús a María Magdalena le aseguraba que él mismo, que había expulsado siete demonios de ella, estaba vivo en verdad. Ahora ella sabía que no había nada que temer y que no había puesto su confianza en Jesús en vano. El testimonio que les dio a los discípulos, a quienes informó de inmediato, añadió al testimonio de las demás mujeres a las a las que el Señor también se había aparecido.

Los discípulos no creyeron lo que las mujeres les contaron; ellos tenían que estar convencidos sin lugar a duda (vea a Tomás en Juan 20:24 - 29). Estamos agradecidos por eso, ya que nosotros no estuvimos presentes para oír el testimonio de las mujeres, ni tampoco hemos visto al Salvador resucitado. El testimonio subsiguiente de los apóstoles nos da la certeza de que Cristo en verdad resucitó de entre los muertos. Ellos se convencieron por completo. La Pascua no significa sólo una tumba vacía, sino un Señor resucitado.

*El Señor se aparece a dos de sus discípulos*

**<sup>12</sup> Pero después apareció en otra forma a dos de ellos que iban de camino al campo. <sup>13</sup> Ellos fueron y lo hicieron saber a los otros; y ni aun a ellos les creyeron.**

*(Lucas 24:13 – 35)*

Entre quienes no creyeron lo que dijeron las mujeres estaban dos hombres que más tarde en ese mismo día se dirigían a Emaús.

Cuando Jesús se les reveló, regresaron inmediatamente a Jerusalén para decirlo a los otros. Los once les comunicaron que el Señor se había aparecido a Pedro, y los dos discípulos les contaron lo que sucedió en el camino a Emaús y cómo lo habían reconocido cuando partió el pan. Parecía increíble, pero Jesús había resucitado; ellos lo habían visto.

*Jesús se aparece a los once*

**<sup>14</sup> Finalmente se apareció a los once mismos, estando ellos sentados a la mesa, y les reprochó su incredulidad y dureza de corazón, porque no habían creído a los que lo habían visto resucitado.**

*(Lucas 24:36 – 49; Juan 20:24 – 29)*

Los discípulos merecían que se les reprendiera. Después de todo, aquellos a quienes ellos se habían negado a creer eran testigos enviados por el mismo Señor. ¿Cómo podrían esperar que otros les creyeran, cuando ellos fueran enviados a proclamar al Salvador resucitado, si ellos mismos persistían en la incredulidad? Además, Jesús mismo había profetizado acerca de su resurrección, cuando aún estaba con ellos.

Amparándose en que esta reprimenda no aparece registrada por ninguno de los otros evangelistas, algunos críticos dicen que no pudo haber ocurrido, y que por tanto tampoco pudo haber sido escrita por Marcos. Los que piensan así olvidan que cada evangelista toma algunos aspectos que los otros omiten. Y más aún, no tienen en cuenta las citas de Juan 20:30, 31 y 21:25 que demuestran que ninguno de los evangelios recogen todo lo que hizo Jesús, ya sea antes o después de su resurrección.

*Comisión de los apóstoles*

**<sup>15</sup> Y les dijo:  
—Id por todo el mundo y predicad el evangelio a toda**

**criatura. <sup>16</sup>El que crea y sea bautizado, será salvo; pero el que no crea, será condenado. <sup>17</sup>Estas señales seguirán a los que creen: En mi nombre echarán fuera demonios, hablarán nuevas lenguas, <sup>18</sup>tomarán serpientes en las manos y, aunque beban cosa mortífera, no les hará daño; sobre los enfermos pondrán sus manos, y sanarán.**

*(Mateo 28:18 – 20)*

Según Mateo, todo lo que Marcos narra aquí ocurrió en Galilea, cumpliéndose de esta manera lo prometido por el ángel, 16:7. Cuando los discípulos, y probablemente los quinientos que menciona 1 Corintios 15, se encontraron en una cita con el Señor, recibieron esta gran comisión.

Durante su ministerio terrenal, mientras Jesús obraba la salvación de este mundo, la mayor parte de su predicación y de su enseñanza estuvo limitada a los judíos, el pueblo escogido de Dios (véase 7:27; Mateo 15:24). Sin embargo, ahora que la obra redentora estaba consumada, su mensaje evangélico (1:1, 14) debe ser predicado a todo el mundo. Ya no será más la circuncisión la que abra las puertas del reino y de la familia de Dios; ahora será el sacramento del santo bautismo (1:4). En este sacramento Jesús traerá a cada bautizado la misericordia y la gracia del evangelio. Pero él añadió una advertencia para aquellos en quienes falte la fe o que se nieguen a creer; para los tales no habrá salvación. Sin embargo, no somos nosotros los que nos salvemos a nosotros mismos al venir a Cristo. Lo único que podemos hacer por nosotros mismos es rechazar a Cristo. Es Cristo quien nos otorga la fe y la salvación.

Después de comisionar a los discípulos para proclamar el evangelio, Jesús mencionó los atributos que les iba a dar. En esencia, ya se los habían prometido cuando llamó a los doce (3:15), y habían sido puestos en práctica cuando salieron en su primer viaje misionero (6:13). El libro de los Hechos recoge ejemplos de todos ellos, con excepción de “aunque beban cosa mortífera, no les hará daño”. Sin embargo, esto está puesto al

mismo nivel de “tomarán serpientes en sus manos” (véase Hechos 28:3 - 6).

Las actividades de los manipuladores de serpientes, tomadores de venenos y carismáticos de hoy, que enfatizan estas actividades mientras que en ese afán olvidan el mensaje del evangelio, demuestran que esos dones especiales no existen actualmente en la iglesia, pues ya cumplieron su papel. Todos los dones especiales que necesitamos están registrados en el libro de los Hechos. En ninguna parte ha dicho Jesús que ellos continuarían hasta el fin de los tiempos. Lo que continuará es la predicación del evangelio.

### *La ascensión*

**<sup>19</sup> Y el Señor, después que les habló, fue recibido arriba en el cielo y se sentó a la diestra de Dios. <sup>20</sup> Ellos, saliendo, predicaron en todas partes, ayudándolos el Señor y confirmando la palabra con las señales que la acompañaban. Amén.**

*(Lucas 24:50 – 53; Hechos 1:9 – 11)*

San Lucas escribió que el día de la ascensión de Jesús, el Señor y sus discípulos salieron hacia Betania. Sin embargo, ninguno de los demás evangelios nos habla del viaje de regreso desde Galilea a Jerusalén, que tiene que haber sido de gran gozo. El recorrido llevado a cabo casi dos meses antes quedaba atrás para siempre (10:32 - 34). El Señor había cumplido todo lo que vino a hacer en la tierra, pero en este viaje en que le acompañaban de regreso a Jerusalén, recordaban todo lo sucedido. Sobre el monte de los Olivos estaba el huerto de Getsemaní, cercano al Gólgota, y no muy lejos de allí una tumba que estaba vacía. Durante estos cuarenta días Jesús también los había convencido de su resurrección.

Y ahora, a la vista de todos ellos, él ascendía al Padre en los cielos para sentarse a su diestra, como Dios y como hombre, para

reinar sobre todas las cosas para la gloria de su Padre. Aquí respondía completamente la pregunta que les hizo en una ocasión a los maestros de la ley: “¿Cómo dicen los escribas que el Cristo es hijo de David? Pues el mismo David dijo por el Espíritu Santo: ‘Dijo el Señor a mi Señor: Siéntate a mi diestra, hasta que ponga a tus enemigos por estrado de tus pies’. David mismo le llama ‘Señor’. Entonces, ¿de qué parte es hijo suyo?” (12:35 - 37). Aquí está la evidencia: él no era sólo hijo de David, sino también Señor de señores.

Las palabras del versículo 20 con que las concluye este evangelio son un bello resumen y testimonio de la misión de los apóstoles y de los mensajeros del Señor en los años que siguieron. Todavía estamos en esa misión, y el Señor está aun actuando mediante nosotros. ¿Somos nosotros discípulos suyos? Si es así, ¿estamos ocupados en su obra? Nadie podría haber escrito un final mejor. Yo creo que Marcos lo hizo.



## ANTIGUO TESTAMENTO

GÉNESIS	ECLESIASTÉS
ÉXODO	CANTARES
LEVÍTICO	ISAÍAS
NÚMEROS	JEREMÍAS
DEUTERONOMIO	LAMENTACIONES
JOSUÉ	EZEQUIEL
JUECES	DANIEL
RUT	OSEAS
1º SAMUEL	JOEL
2º SAMUEL	AMÓS
1º REYES	ABDÍAS
2º REYES	JONÁS
1º CRÓNICAS	MIQUEAS
2º CRÓNICAS	NAHUM
ESDRAS	HABACUC
NEHEMÍAS	SOFONÍAS
ESTER	HAGEO
JOB	ZACARÍAS
SALMOS	MALAQUÍAS
PROVERBIOS	

## NUEVO TESTAMENTO

MATEO	1º TIMOTEO
<b>MARCOS</b>	2º TIMOTEO
LUCAS	TITO
JUAN	FILEMÓN
HECHOS	HEBREOS
ROMANOS	SANTIAGO
1º CORINTIOS	1º PEDRO
2º CORINTIOS	2º PEDRO
GÁLATAS	1º JUAN
EFESIOS	2º JUAN
FILIPENSES	3º JUAN
COLOSENSES	JUDAS
1ª TESALONICENSIS	APOCALIPSIS
2ª TESALONICENSIS	

La Biblia Popular es una serie de comentarios de la Biblia para todas las personas. Los autores de la serie han servido como pastores de congregaciones, profesores universitarios, o profesores de seminario, muchos en más de una de estas actividades. Cada autor comenzó con el texto original en Hebreo o Griego y después trabajó para presentar el mensaje de la Palabra de Dios a los cristianos quienes enfrentamos presiones y tentaciones cada día de la vida. Dos verdades importantes sirven de guía a todos los comentarios. Primero, la Biblia es la Palabra inspirada de Dios y por lo tanto es verdadera y confiable. Segundo, el mensaje central de toda la Biblia es Jesucristo.

Muchos creen que **El Evangelio de Marcos fue el primero de los cuatro evangelios que se escribió completamente. Muchos creen que Marcos escribió lo que Pedro proclamó. Es un evangelio de acción, Jesús actúa. Además, este evangelio asegura que Jesús es el Hijo de Dios y dedica gran parte al último viaje de Jesús a Jerusalén y al sufrimiento y muerte del Salvador allá.**